POR QUE Y COMO EL IMPERIALISMO FRENA EL PROGRESO DE LA HUMANIDAD

POR QUE Y COMO EL IMPERIALISMO FRENA EL PROGRESO DE LA HUMANIDAD

Editorial Internacional
PAZ Y SOCIALISMO
Praga, 1981

BAJO LA SUPERVISION DE
K. I. ZARODOV

Redactor compilador:
Y. V. Potemkin

SUMARIO

De la Editorial 5

El imperialismo contemporáneo: teoría y práctica 6

Amenaza a la paz y seguridad de los pueblos

Mijaíl Milshtein
Acerca de la actual doctrina político-militar de los EE.UU. 30

Quién se opone a convertir el Océano Indico en zona de paz 42

Washington: rumbo a la confrontación 58

Horst Schmitt
Las vías de lucha contra la política de agresión 77

Intensificación de la explotación capitalista

Victor Perlo
La economía política burguesa contra los intereses de los trabajadores 92

Michael Graber
La estrategia capitalista de la racionalización 104

Enfermedad crónica 113

L. Soroni
Los obreros inmigrantes en los países del capital 138

El neocolonialismo

Jose Gomez, Julio Laborde, Carlos Núñez Anavitarte
El principal enemigo de los pueblos latinoamericanos 145

Yusuf Dadoo
La presión político-militar contra los regímenes «indeseables» 157

La carrera armamentista y los países en desarrollo 169

Dinos Constantinou
Chipre-CEE: amarga experiencia de una asociación 173

Maciej Perczynski
Acerca de las concepciones del nuevo orden económico 185

La socavación económica de los países liberados 197

Criatura de la reacción mundial

Fernando Romero
Acerca de la naturaleza del fascismo en America Latina 204

La alianza del terror 214

A. Notin
Un pueblo en el exilio 217

El derecho a la patria 224

Hedayat Hatami
El veredicto es definitivo 233

Acta de acusación contra el imperialismo 240

DE LA EDITORIAL

La lucha contra el imperialismo que es el freno principal del progreso de la humanidad, la denuncia de su reaccionaria naturaleza explotadora, el rechazo de las pretensiones expansionistas de los círculos imperialistas es una tarea vital de todas las fuerzas democráticas y pacíficas. La línea antiimperialista es una de las orientaciones fundamentales de la «Revista Internacional».

El libro que ofrecemos se compone de los materiales más significativos de esta línea, publicados por la revista en los años 1979—1981: artículos, reseñas de las discusiones colectivas, recopilaciones de hechos y cifras. En base a la teoría leninista, en ellos se analizan los rasgos característicos del imperialismo contemporáneo, se denuncian sus acciones que ponen en peligro la paz y la seguridad de los pueblos, la política neocolonialista y la profundización de las contradicciones fundamentales del capitalismo. Los autores son representantes de los partidos comunistas y obreros, científicos marxistas, personalidades de los partidos y organizaciones democrático-revolucionarios, periodistas progresistas.

Los materiales se publican preferentemente tal y como fueron insertados en la revista. Los cargos de los autores, así como las cifras y hechos corresponden a la fecha de las publicaciones en la revista.

La Editorial ruega a los lectores que envíen sus impresiones del libro a la siguiente dirección: Editorial Internacional Paz y Socialismo, Thakurova 3, Praga 6, Checoslovaquia.

EL IMPERIALISMO CONTEMPORANEO: TEORIA Y PRACTICA

La Comisión para problemas de la lucha de clases en los países capitalistas de **Revista Internacional** y el Instituto de Estudio de los Problemas Actuales del Capitalismo, de Polonia, realizaron en Varsovia un simposio internacional que examinó algunas particularidades del desarrollo del imperialismo en la etapa actual. En el simposio tomaron parte **Andrzej Lawrowski**, director del Instituto de Estudio de los Problemas Actuales del Capitalismo; **Tadeusz Kolodziej** y **Longin Pastusiak**, colaboradores de este Instituto; los representantes de sus respectivos partidos en la revista **John Pittman**, miembro del Buró Político del Partido Comunista de los EE.UU.; **Bert Ramelson**, del Partido Comunista de Gran Bretaña. **Ahmed Salem**, del Partido Comunista Sudanés, **Hugo Fazio**, miembro del CC del Partido Comunista de Chile, y **Emile Habibi**, miembro del Buró Político del CC del Partido Comunista de Israel; **German Diliguenski**, colaborador de Instituto de Economía Mundial y Relaciones Exteriores de la Academia de Ciencias de la URSS; **Francisco Melo**, redactor jefe de la edición portuguesa de **Revista Internacional; Massimo Micarelli**, colaborador del

Instituto Gramsci (Italia); **Heinz Jung**, subdirector **del Instituto de Estudios Marxistas, de Francfort** del Meno (RFA).

Las intervenciones de los participantes del simposio se publican en forma resumida y agrupadas en los problemas fundamentales examinados en el evento.

LA VIABILIDAD DE LAS IDEAS LENINISTAS

Uno de los puntos centrales del debate fue la valoración del alcance que tiene la teoría leninista sobre la naturaleza y particularidades del imperialismo para comprender la modificación de él en las condiciones actuales. Los participantes del simposio coincidieron en que las conclusiones y juicios fundamentales contenidos en el trabajo clásico de Lenin **El imperialismo, fase superior del capitalismo,** aunque apareció hace más de sesenta años, son confirmados por el desarrollo de los acontecimientos en el mundo contemporáneo, y en que las recomendaciones de Lenin sobre las cuestiones más importantes de la estrategia y la táctica del movimiento revolucionario no han perdido su actualidad.

Los apologistas burgueses y reformistas del capitalismo sostienen, manifestó en su intervención *J. Pittman*, que el capitalismo monopolista ha sufrido un cambio tan radical que ha perdido toda similitud con el imperialismo «viejo», «clásico» analizado por Lenin. Argumentan que los avanzados procesos de integración económica y de creación de monopolios transnacionales, supuestamente, no dan base a la competencia y las contradicciones. Se dice que la revolución científica y técnica asegura automáticamente el bienestar general y excluye la necesidad de la revolución social... sacándose la conclusión de que el análisis leninista del imperialismo que, posiblemente, fue correcto en su tiempo, «ha caducado».

En base a la experiencia de su país, J. Pittman citó numerosos hechos e hizo generalizaciones que muestran que las leyes del desarrollo del capitalismo estadounidense también ahora se caracterizan por fenómenos, señalados por Lenin, como son la agudización de la lucha de clases y la profundización de la crisis del capitalismo a consecuencia de la acentuación, en condiciones del capitalismo monopolista de Estado, de la contradicción cardinal entre el carácter social

de la producción y la forma privada de apropiación de los frutos del trabajo. Se caracterizan por la sucesiva polarización social de la sociedad, debido a la cual nuevos y nuevos sectores de la población van adoptando posiciones antimonopolistas. Continúa el proceso de cambio de la situación del capitalismo nacional bajo el influjo del desarrollo dispar de los países capitalistas...

La Revolución de Abril en Portugal, manifestó *F. Melo*, ha confirmado cabalmente la viabilidad de las ideas leninistas. Habiendo acabado con la variedad portuguesa del capitalismo monopolista de Estado y habiendo asestado un golpe demoledor a los monopolios, la Revolución de Abril ofreció así al pueblo una perspectiva socialista. Los acontecimientos ocurridos en el país, a pesar de haber sido arrastrado al sistema político militar de la OTAN, de estar envuelto en las redes de las transnacionales y atado con los préstamos y créditos al mercado capitalista mundial, evidencian que las fuerzas del progreso social y económico son invencibles. La transición del capitalismo al socialismo, como lo previera Lenin, ha pasado a ser la ley fundamental de nuestra época.

Con toda su especificidad, señaló F. Melo, la revolución portuguesa corrobora otra tesis básica de la estrategia política leninista, tesis en consonancia con la cual la cuestión del poder es la cuestión fundamental de la revolución. Porque el carácter complejo de la lucha de clases en Portugal obedece, entre otras cosas, a que las importantes transformaciones socio-económicas han sido realizadas en el país sin haberse creado un aparato estatal correspondiente a las conquistas alcanzadas. Las fuerzas progresistas no pudieron consolidar el poder revolucionario en el país. Como indica el Partido Comunista Portugués, esto fue una seria insuficiencia que permitió a los círculos reaccionarios y conservadores sentar una base sólida para organizar la resistencia al desarrollo del proceso revolucionario.

LOS MONOPOLIOS Y EL ESTADO

El debate que tuvo lugar en el simposio ha demostrado que las especulaciones teóricas y los subterfugios propagandísticos de los ideólogos del imperialismo no pueden cambiar el hecho de que la raíz de todos los problemas que socavan los cimientos de la sociedad burguesa hay que ubicarla, como lo descubriera Lenin, en la creciente dominación de los monopolios, predeterminada por la sucesiva concentración de su poderío y el sometimiento cada vez mayor del Estado a los intereses del capital privado.

La concentración de la producción y la centralización del capital continúan siendo hasta el día de hoy uno de los principales rasgos del imperialismo, tal fue la tesis central de la intervención de *B. Ramelson*. El surgimiento a un ritmo acelerado de las empresas gigantes hoy es una característica de todos los países industrializados. En Gran Bretaña, dijo B. Ramelson, este proceso está muy avanzado. En 1970, por ejemplo, a las cien empresas mayores les correspondió el 41% de la producción convencionalmente neta frente al 33% en los EE.UU. Si antes de la I Guerra Mundial, el 50% de la producción de la industria manufacturera correspondía a cerca de 2.000 empresas, ahora corresponde a menos de 150. Al analizar las vías de concentración de la industria, B. Ramelson señaló que desde fines de los años 50 ésta aumentó su volumen gracias, en el 50%, a la fusión de firmas y compañías.

Los círculos gobernantes, dijo *J. Pittman*, tratan por todos los medios de enmascarar el hecho señalado por B. Ramelson. Dando como argumento, por ejemplo, la existencia en los Estados Unidos de América de cerca de 10 millones de empresas de todo tipo y dimensión, quisieran presentar a los EE.UU. como cierto «paraíso de la libre competencia». Pero la vida económica del país está dominada por cien grandes monopolios. Son estos monopolios los que determinan los precios, establecen la política salarial y dominan en la esfera de los créditos y la circulación fiduciaria, en la política tributaria. En fin de cuentas, los magnates industriales y financieros determinan la orientación de los procesos políticos en los EE.UU. y las concepciones de la política exterior de Washington.

Esta unión de los «principios» que se contradicen —competencia y monopolización— es característica del imperialismo contemporáneo. Así se confirman las palabras de Lenin al señalar que «La característica fundamental del imperialismo, en términos generales, no es nada más que monopolios, sino monopolios junto con el intercambio, la competencia, el mercado, las crisis» [1].

Los participantes del simposio examinaron en detalle el rol del Estado burgués en la monopolización del capital. En la actualidad, manifestó *T. Kolodziej*, se observa el crecimiento

[1] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 2a ed., Buenos Aires, Cartago, t. 25, p. 448.

del papel del sector público, que se forma tanto mediante la nacionalización de las firmas particulares ya existentes, como a través de la participación directa del Estado, que asume el principal papel al surgir una nueva rama. La primera variante se utiliza ante todo en las ramas en las que se observa que el estancamiento o la desaceleración del progreso técnico perjudican a los empresarios privados. En este caso se les ayuda mediante la nacionalización de estas ramas con el pago de compensaciones. A la segunda variante se recurre en las ramas «supermodernas» (electrónica, de aviación, espacial), por cuanto los monopolios no quieren muchas veces desembolsar enormes sumas para los trabajos de investigación científica, cuyos resultados son problemáticos.

Al ilustrar su planteamiento analizando la situación de los sectores públicos de la economía de Gran Bretaña y Francia, T. Kolodziej mostró que la actividad de las ramas económicas nacionalizadas no está supeditada a los intereses de la sociedad. Habló, en concreto, del mantenimiento artificial de los precios relativamente bajos de los artículos y servicios que suministran. Esto se hace so pretexto de la necesidad de contener el proceso inflacionario en el sector privado para «asegurar la capacidad de competencia del país en el mercado mundial». Sin embargo, esta argumentación es justa sólo en parte, por cuanto la disminución de la rentabilidad del sector público reduce las acumulaciones que podrían ser utilizadas en nuevas inversiones necesarias para su desarrollo.

De modo que, continuó diciendo T. Kolodziej, la nacionalización de una serie de ramas en los países capitalistas altamente industrializados no está destinada a desplazar el sector privado, sino a crear condiciones que favorezcan al capital monopolista. A eso sirven, en particular, los suministros que hacen las ramas nacionalizadas de la infraestructura de servicios baratos a los monopolios y las innovaciones e inventos (que aportan las ramas «supermodernas» nacionalizadas). Claro está que la burguesía monopolista no se opone a este tipo de nacionalización.

Sin embargo, sería incorrecto, replicó *B. Ramelson,* menospreciar el alcance político positivo de la nacionalización de la economía. En Gran Bretaña, por ejemplo, ésta se realizó no sólo para satisfacer los intereses económicos de los monopolios de los que habló T. Kolodziej. El establecimiento del control estatal sobre la fundición de acero, la extracción de carbón, la industria energética, los ferrocarriles de Gran Bretaña es el resultado directo de la presión del movimiento obrero.

Esto evidencia que la nacionalización no siempre se realiza en interés de la clase gobernante. Incluso en los casos en que con su ayuda se intenta favorecer al capital privado, las empresas o ramas estatizadas se convierten, a la larga, en campo de lucha de los trabajadores contra los monopolios. Por eso, dijo B. Ramelson, los sectores nacionalizados de la economía capitalista pueden y deben ser utilizados activamente en la lucha por cambios sociales profundos.

En principio, dijo *G. Diliguenski*, el fenómeno de la nacionalización está ligado directamente al debilitamiento del capitalismo. Esto puede ser tanto el resultado de la correlación de las fuerzas sociales y políticas desfavorable para el capital monopolista en uno u otro país, como el efecto de su debilidad económica, digamos, de la escasez de reservas de inversión privada. En los EE.UU., por ejemplo, o en la RFA el sector público no se ha desarrollado en las mismas proporciones que en los estados económicamente más débiles.

Al expresar su acuerdo con estas ideas, *F. Melo* llamó la atención sobre el hecho de que la nacionalización puede, a su vez, ser un potente resorte para socavar el poder del capital monopolista. Así lo evidencia, por ejemplo, la experiencia de la revolución portuguesa. En condiciones en que, a consecuencia de haber sido derrocada la dictadura fascista y de haberse conformado una situación nueva, democrática, el capitalismo monopolista de Estado ha perdido sus posiciones políticas, la nacionalización de las ramas fundamentales de la economía nacional ha minado el poder económico de los grupos monopólicos. Junto con otras dos importantísimas conquistas de la revolución —el control obrero y la reforma agraria—, la nacionalización fue no sólo respuesta a los intentos de la reacción de reinstaurar la dictadura, sino que contribuyó a consolidar la democracia y a desarrollar el proceso revolucionario.

Al analizar las particularidades del capitalismo germano-occidental, *H. Jung* llamó la atención sobre el hecho de que en la RFA predomina el modelo monopolista privado de desarrollo. Esta variante, dijo, hace imposible el paso total a las formas estatal-monopolistas de regulación. En la RFA, al Estado se le asigna, en lo fundamental, la función de financiar el proceso de concentración y monopolización y también la de superar las fuertes desproporciones en la economía na-

cional generadas inevitablemente por el mecanismo monopolista del movimiento del capital.

Pero, continuó diciendo H. Jung, no se puede, claro está, dejar de considerar la evolución producida en el desarrollo del mecanismo económico del capitalismo monopolista. Así, en 1966—1969, con la llegada al Gobierno de los socialdemócratas, se intentó impulsar los elementos estatales en el sistema de regulación, entre otras, en la esfera de la educación y la ciencia. Pero también en este caso las reformas correspondían a los intereses del capital monopolista, por cuanto el atraso en estas esferas podía socavar la capacidad de competencia del imperialismo germanooccidental.

Sin embargo, ahora hay que hacer constar que, en resumidas cuentas, este rumbo, al adquirir su propio dinamismo, contribuyó, junto con la inflación, a la reducción de la acumulación capitalista y a la alteración de las proporciones del desarrollo económico. Al verse en un atolladero, el Gobierno de la RFA, bajo el impacto de la crisis del petróleo y energética de 1973, emprendió una reorientación estratégica. Renunció al programa keynesiano de reanimación fiscal-política del poder adquisitivo de las masas[2], sin seguir el camino de los programas estatales de desarrollo. Optó por la vía de estimular las inversiones privadas.

Las tendencias señaladas por H. Jung, manifestó *T. Kolodziej,* se observan no sólo en la RFA. La burguesía se resigna a la nacionalización, subrayó, sólo cuando ésta ayuda a los empresarios privados a deshacerse de las empresas, compañías, sectores de la economía no rentables. En el caso contrario, los monopolios se oponen a los planes de nacionalización, y allí donde ésta ha sido realizada, pugnan por que se privatice al sector público. Se trata no sólo de las empresas y compañías privadas nacionalizadas. En Italia, por ejemplo, se insiste en privatizar las empresas estatales creadas con medios sociales, como, por ejemplo, los importantísimos consorcios industriales ENI e IRI.

T. Kolodziej opina que lo que se persigue no es tanto sacar ventajas inmediatas como conquistar en el sector público po-

[2] J. M. Keynes, economista burgués inglés, formuló la teoría del «capitalismo controlado» basada en la activa intervención del Estado burgués en la vida económica y la garantía de pingües beneficios a los monopolios más grandes a expensas de la elevación de los impuestos y la intensificación del trabajo de los obreros. Propuso que las crisis económicas se evitaran regulando la circulación fiduciaria y el consumo. —*N. de la Red.*

siciones que permitan dirigir su desarrollo de modo que no afecte los intereses del capital privado.

H. Jung llamó la atención sobre el hecho de que a consecuencia del desarrollo de la tendencia a la privatización, incluso concepciones estructurales moderadas consagradas, por ejemplo, en los documentos programáticos del PSDA encuentran la resistencia del capital monopolista y de las fuerzas políticas conservadoras asociadas a él.

Pero ¿se puede estabilizar el capitalismo incluso a través del pleno restablecimiento del mecanismo del libre mercado, es decir, a través de la liquidación del sector público?, preguntó *B. Ramelson.* Pues ha alcanzado una fase en la que la intervención del Estado ha llegado a ser un imperativo económico y político que excluye la posibilidad de una realización ilimitada del principio de la libertad del mercado. Esta es una de las contradicciones más agudas del capitalismo moderno. Al dejarse sentir con más fuerza cada año, evidencia la crisis de la economía política burguesa.

Al hacer constar la histórica falta de perspectiva del imperialismo, señaló *G. Diliguenski*, no debemos, sin embargo, olvidarnos de que el capitalismo moderno no ha agotado aún sus posibilidades. Merecen la más sostenida atención los intentos de los círculos gobernantes de los estados burgueses de estabilizar la economía capitalista a expensas de los trabajadores. Esto se manifiesta en la deliberada política de mantener el alto nivel del desempleo, en la reducción de los gastos en las necesidades sociales y en la disminución del salario real. Con todos sus matices, la política anticrisis del capitalismo monopolista de Estado se reduce siempre a la intensificación de la explotación de los trabajadores, a los esfuerzos por descargar en la mayor medida posible las dificultades económicas sobre sus espaldas.

Una de las formas más recientes de la explotación de los obreros, empleados e intelectuales, agregó *H. Jung*, es la utilización de las realizaciones del progreso científico y técnico para llevar a cabo la racionalización que asegure mayores beneficios a los monopolios a cuenta de la situación social y económica de los asalariados. La renovación del capital fijo a un nivel técnico cada vez más alto condiciona el incremento de la productividad del trabajo y de las potencialidades productivas, lo cual refuerza, naturalmente, la tendencia hacia la liberación de la mano de obra.

En los países donde la economía en su totalidad se desa-

rrolla a ritmo bajo y, por consiguiente, son sumamente limitadas las posibilidades de otros sectores de absorber a los trabajadores cesantes, este proceso provoca un rápido aumento del desempleo. Así, después de la crisis de 1974—1975, el número de desempleados en la RFA nunca fue menor del millón.

Es verdaderamente enorme el arsenal de métodos de represión utilizados por las clases gobernantes y por el Estado controlado por ellas contra la resistencia de los trabajadores a la política de explotación, señaló *B. Ramelson.* Uno de los métodos principales —al que en estos últimos años se recurre con una frecuencia cada vez mayor— es la famosa «política de ingresos». Su esencia consiste en que los círculos monopolistas y los partidos que sirven a sus intereses, sin desdeñar la demagogia y el engaño franco, tratan de demostrar que es necesario e incluso conveniente para los trabajadores el «contrato social» entre los obreros y el Estado, en otras palabras, el consenso voluntario de los obreros a que se les rebaje el nivel de vida a cambio de la promesa de asegurar la ocupación total, promesa que no puede cumplirse en las condiciones del poder del capital.

En el plano político, las clases gobernantes estimulan las tendencias autoritarias. Se merman por vía legislativa muchos de los derechos democráticos conquistados por los obreros en el período en que el capitalismo tuvo que hacer algunas concesiones. En Gran Bretaña esto se traduce en el deseo de privar a los sindicatos de la posibilidad de utilizar legalmente su fuerza.

LA INTERNACIONALIZACION DEL CAPITAL

En el simposio se examinó una serie de aspectos de la internacionalización del capital en las condiciones actuales. Iniciado en los años 60—80 del siglo XIX, el proceso de cristalización de los monopolios internacionales ha adquirido después de la II Guerra Mundial nuevos parámetros cuantitativos y cualitativos. Junto con la exportación de capital, este proceso representa hoy el intento de los principales estados capitalistas altamente industrializados de superar las contradicciones inherentes al imperialismo.

Por cuanto las compañías transnacionales, señaló *B. Ramelson,* se van sustrayendo del control del Estado, en su afán de máximos beneficios son capaces de perjudicar su estrategia

económica, socavar la balanza de pagos, influir negativamente en la estructura económica y dejar su huella en el presupuesto estatal y la política de precios. Las transnacionales refuerzan la anarquía inherente al capitalismo, limitan aún más las posibilidades de intervención del Gobierno capitalista en la situación económica, agravando así la crisis y bajando la eficacia de la política estatal de estabilización. En opinión de B. Ramelson, es precisamente en eso donde hay que ubicar las causas del fracaso de los métodos keynesianos y de la mayor popularidad de la teoría monetaria de M. Friedman[3] en los círculos científicos y gubernamentales burgueses.

Cierto es que las clases gobernantes de los países capitalistas inculcan con insistencia la idea de que pueden controlar las corporaciones transnacionales. Incluso se hacen intentos de elaborar para ellas un «código de conducta». Sin embargo, la experiencia diaria demuestra que estas afirmaciones son gratuitas. Así lo evidencian las dificultades insuperables que enfrenta toda tentativa de aplicar las legislaciones antimonopolistas.

H. Fazio mostró algunas expresiones que reviste la penetración del capital imperialista en los países dependientes, al analizar el ahondamiento y las nuevas formas que en los últimos años han adquirido las relaciones existentes entre el capital imperialista, especialmente el de origen norteamericano, y los países de América Latina sometidos a su dominación. Entre los nuevos fenómenos en desarrollo destacó los que provienen de la ampliación de la esfera de acción de las corporaciones transnacionales, de la dimensión que ha alcanzado la penetración del capital financiero, de la magnitud que ha tomado el endeudamiento externo y la importancia adquirida por la dependencia tecnológica.

En 1978, manifestó, a América Latina ingresó una cifra récord de capitales netos ascendente a 20.460 millones de dólares. La forma principal que adquiere actualmente el flujo de recursos foráneos proviene del ingreso de capital financiero, fundamentalmente bajo la forma de préstamos. Estos han crecido en los últimos años a un ritmo muy superior al de las inversiones directas. Si de 1972 a 1976 las inversiones

[3] El economista norteamericano M. Friedman, el principal representante de la orientación monetarista en la economía política burguesa, considera que la libre empresa y el mecanismo espontáneo del mercado capitalista pueden asegurar la marcha normal de la reproducción sin una amplia intervención del Estado, cuyas funciones deben limitarse a la regulación del volumen del dinero circulante. — *N. de la Red.*

directas aumentaban en un 40,1%, los préstamos lo hacían en un 411,6%. Esta tendencia ha continuado en los años posteriores con igual fuerza.

Los países latinoamericanos requieren imperiosamente de estos créditos para cubrir los altos déficit con que vienen operando en la cuenta corriente de la balanza de pagos. En los ocho primeros años de la década del 70 que está por finalizar ese déficit ha sido de más de 65.000 millones de dólares. Como consecuencia de ello, la deuda externa de los países latinoamericanos en los primeros siete años de la década setenta más que se cuadruplicó.

La presencia del capital extranjero, cualquiera que sea la forma que adopte, manifestó H. Fazio, implica una fuerte salida de recursos generados en la región. De 1974 a 1978, sólo por concepto de pago de intereses y utilidades hubo un egreso neto de 35.078 millones de dólares, cantidad muy superior a las inversiones directas acumuladas a la fecha. Ello sin considerar los numerosos otros canales a través de los cuales el capital imperialista radicado en América Latina remesa recursos a sus casas matrices. América Latina y el Caribe sufren un proceso de desinversión, exportan recursos en beneficio de la oligarquía financiera internacional y de las empresas transnacionales. Situación que deteriora seriamente las bases de acumulación de la región.

El capital imperialista, concluyó H. Fazio, actúa en los países de América Latina simultáneamente como un factor externo e interno, aliándose al interior de ellos con los grupos más poderosos de la burguesía interna —que en la generalidad de los casos ha tomado la forma de oligarquía financiera local— o con sectores de terratenientes. En la mayoría de los países más desarrollados de la región se dan cada vez más fuertes expresiones de capitalismo monopolista de Estado dependiente, con la activa participación del capital transnacional que actúa en el país respectivo.

A. Salem, en base a la situación creada en la región árabe, desarrolló el planteamiento de H. Fazio sobre el peligro que entraña la fusión del capital transnacional y local. El imperialismo utiliza activamente, por ejemplo, la redistribución de los petrodólares, es decir, de los medios que proporciona la venta de petróleo a la cúspide gobernante de los países exportadores de petróleo de esta región. Las colosales reservas monetarias así formadas resultan incorporadas a la circulación monetaria mundial y, apareciendo en el mercado monetario mundial, se integran con las reservas de los grandes monopolios y del gran capital de las principales potencias imperialistas. Los partidos comunistas de los países árabes, continuó A. Salem, están convencidos de que los petrodólares son un instrumento de penetración neocolonialista que crea dificultades para el desarrollo del proceso revolucionario.

Los objetivos estratégicos del neocolonialismo, dijo A. Salem, consisten en atar la economía de los países en desarrollo al mercado capitalista mundial, y los petrodólares son uno de los instrumentos para lograr este objetivo. Lo principal es crear obstáculos que impidan la acumulación de capital por dichos países, capital necesario para su estable desarrollo económico, y también desplegar la ofensiva contra el sector público para liquidarlo. Las potencias imperialistas frenan la industrialización y estimulan el desarrollo de la economía de monocultivo orientada a la exportación.

La división capitalista internacional del trabajo, prosiguió A. Salem, no puede garantizar la igualdad de los países en desarrollo en la economía mundial. Estando atados al mercado capitalista, los países en cuestión siguen siendo víctimas de las fuerzas ciegas del mercado y de las leyes de la explotación capitalista, se ven obligados a someterse a las condiciones de las relaciones económicas y comerciales onerosas.

La realidad impugna las teorías económicas burguesas contemporáneas de que los países en desarrollo, al optar por la vía capitalista, pueden asegurar su crecimiento económico apoyándose en la ayuda financiera extranjera concedida por los centros capitalistas en forma de subsidios, préstamos y capital anónimo. Por regla general, los programas elaborados en estas condiciones tienen un carácter limitado y se realizan bajo el control y en beneficio de los grupos monopolistas extranjeros. Como resultado, el volumen de los beneficios exportados de los países en desarrollo supera mucho el volumen total del capital importado a ellos. Además, los estados capitalistas desarrollados consiguen obtener de los países en desarrollo productos agropecuarios y materias primas a precios rebajados artificialmente y vender sus productos a precios elevados.

Así, pues, subsiste la división internacional del trabajo injusta impuesta por el imperialismo ya en el período colonial y mantenida en las nuevas condiciones por el poderío económico del capitalismo monopolista de Estado. Por eso, no se pueden separar las perspectivas del desarrollo econó-

mico independiente de los nuevos estados en desarrollo y el problema de la opción de ellos por una de las dos vías antagónicas del desarrollo social, la vía capitalista o la vía socialista.

En el curso del debate se recalcó que la expansión exterior es inherente no sólo al imperialismo de los EE.UU. La conquista de nuevos mercados externos y la obtención del acceso a las fuentes de materias primas, señaló, por ejemplo, *H. Jung*, es considerada por los círculos monopolistas de la RFA poco menos que una condición absoluta de la acumulación de capital. Es por eso que desde los primeros días de la existencia de la República Federal Alemana en el centro del desarrollo del capitalismo monopolista de Estado han estado presentes el estímulo a las exportaciones y a las inversiones en el extranjero y la garantización de la capacidad competitiva mediante la internacionalización monopolista de la producción.

En el último tiempo se deja sentir más y más el neocolonialismo colectivo, señaló *B. Ramelson*. En este sentido, puede servir de ejemplo la política de la Comunidad Económica Europea. Francia, por ejemplo, siendo uno de los fundadores del Mercado Común, ha atado a la CEE sus antiguas colonias. Después de la adhesión de Gran Bretaña a la comunidad, muchas de sus antiguas colonias también establecieron relaciones con la CEE. Son de dominio público los intentos, coronados en parte con éxito, de los «nueve» de elaborar, después de que se desencadenara la crisis del petróleo, una posición colectiva con respecto a los miembros de la Organización de los Países Exportadores de Petróleo. En la actualidad, los miembros del Mercado Común tratan de sincronizar una política regional que permita a los estados imperialistas de Europa Occidental mantener la gran diferencia entre los precios de sus artículos industriales, por una parte, y los de las materias primas que llegan de sus antiguas colonias, por otra.

EN VIAS DE LA INTEGRACION CAPITALISTA

El proceso de formación de los monopolios internacionales y el incremento de su poder económico y político estimulan la forma monopolista estatal de integración, cuya máxima expresión es la formación de asociaciones capitalistas interestatales. En su marco se desarrolla un proceso extraordinariamente contradictorio de adaptación de las economías nacionales y de las estructuras económicas a los grandes mercados creados por los complejos económicos regionales. Una

particularidad de este proceso es la combinación de la aspiración a la cooperación e integración, por una parte, y la creciente lucha tanto dentro de estos complejos como entre ellos, por otra.

Los promotores del ingreso de Gran Bretaña en la CEE, dijo *B. Ramelson*, fueron precisamente las corporaciones transnacionales británicas, que se daban cuenta de que la integración al Mercado Común les aseguraría el libre desplazamiento de los fondos inversionistas a los mercados, en rápido crecimiento, de Europa Occidental. En cuanto a la RFA, Francia e Italia, que van muy a la zaga de los EE.UU. y Gran Bretaña en lo que se refiere a la creación de corporaciones transnacionales, su objetivo consistía en asegurar un marco de actividad más amplio que traspasase las fronteras estatales, lo cual facilitaría a los monopolios de estos países las operaciones en la región eurooccidental.

J. Pittman, quien apoyó el análisis de las causas que mueven a los principales países capitalistas a participar en el proceso integracionista, llamó la atención sobre el hecho de que la competencia en el interior de la «región integrada», lejos de ser eliminada, se reforzó. Porque la supresión de las barreras arancelarias, manifestó, es la renuncia sólo a uno de los instrumentos de la lucha competitiva. Las dificultades en la elaboración de una política agraria común, las contradicciones en la política de extracción de carbón y fundición de acero, en la delimitación de las zonas de pesca, la discusión en torno al petróleo del mar del Norte son ejemplos de una encarnizada rivalidad entre los monopolios de los países de la CEE. Son precisamente las contradicciones interimperialistas, subrayó J. Pittman, lo que impide a los gobiernos de los países del Mercado Común elaborar una política común de intervención estatal para paliar la crisis en esta región tan importante para el destino del capitalismo.

No obstante, con todas las contradicciones y la rivalidad condicionadas por el afán de beneficios, señaló *B. Ramelson*, a los grupos nacionales del capital financiero eurooccidental los unen intereses comunes, prevalecientes en determinadas etapas. Se manifiestan en el deseo de aumentar el peso económico y político de la CEE para hacer frente al capital monopolista norteamericano y japonés y redistribuir las esferas imperialistas de influencia económica en favor de los monopolios de Europa Occidental. Estos intereses comunes pueden verse también en el propósito de utilizar la integración para

estabilizar la situación social y política dentro de sus países y también para presionar tanto sobre los estados que forman parte de grupos económicos como sobre los que están al margen de ellos.

La tarea de los marxistas consiste, evidentemente, en determinar, en cada etapa del desarrollo histórico, las tendencias que van prevaleciendo: integracionistas o desintegracionistas. Esta actitud es particularmente importante ahora, cuando el desentrañamiento de las causas de la agudización actual de la crisis general del capitalismo y la búsqueda de vías para salir de ella adquieren una importancia cada vez mayor.

La nueva crisis, señaló en relación con ello *M. Micarelli*, fue provocada en gran medida por los cambios estructurales producidos en el sistema capitalista y en la división internacional del trabajo. Citó como ejemplos el caos monetario, la inflación, el alza de los precios de las materias primas, el crecimiento de la composición orgánica del capital a costa del desarrollo preferencial de las ramas que fabrican instrumentos de trabajo, el descenso de la cuota de ganancia, la internacionalización del capital, la incidencia negativa de la automatización y la racionalización en la situación social y económica de los trabajadores.

Al mismo tiempo, dijo M. Micarelli, los mecanismos políticos que movían los resortes de la guerra fría sufren una crisis cada vez más profunda. Se acentúan las contradicciones imperialistas y también los antagonismos entre los estados en desarrollo y las potencias neocolonialistas.

La modificación de la estructura de las relaciones internacionales, prosiguió M. Micarelli, tiene gran significado. Ha aumentado el número de sus participantes y —lo que es fundamental— ha crecido el deseo de todos los países de jugar su papel en los asuntos mundiales y de luchar por el establecimiento de un nuevo orden en el comercio mundial, orden que favorezca a los países en desarrollo de Asia, Africa y América Latina.

A Europa Occidental, recalcó M. Micarelli, le corresponde un importante lugar en la lucha por este tipo de relaciones. Ella puede jugar un nuevo papel positivo en el mundo si las distintas fuerzas —la clase obrera y sus aliados, comunistas y socialistas— optan por el camino de transformaciones socialistas acorde con las tradiciones y particularidades de cada país, asegurando el pleno florecimiento de la democracia y de todas las libertades.

M. Micarelli expresó la opinión de que tanto el problema tratado más arriba como los intereses de encontrar salida a la crisis plantean de un modo nuevo la cuestión del lugar de la Comunidad Económica Europea y de sus organismos. Así, manifestó, es necesario investir al Parlamento Europeo de poder político, lo cual le permitiría resolver sobre una base verdaderamente democrática y multinacional problemas monetarios, financieros y energéticos y cuestiones relacionadas con la reestructuración industrial, la agricultura, la ecología e investigación científica.

M. Micarelli expresó la convicción de que, apoyándose en los trabajadores y sus partidos, en una Europa unida se podría privar de la libertad de acción a las asociaciones capitalistas y a los monopolios transnacionales. La creación del Parlamento Europeo y la extensión de la CEE permitirán, en opinión de M. Micarelli, reconsiderar con toda seriedad la política y las orientaciones básicas de esta última.

Algunos juicios de M. Micarrelli fueron criticados por otros participantes del simposio. *B. Ramelson*, por ejemplo, puso en tela de juicio la afirmación de aquél de que al estimularse el ingreso de todos los países capitalistas eurooccidentales en el Mercado Común puede crearse un instrumento *sui generis* para una «transformación socialista sincronizada» en Europa Occidental. Subrayó resueltamente que ningún intento de democratizar la CEE hará cambiar su papel como instrumento de las más poderosas corporaciones transnacionales privadas y de los monopolios estatales. Mediante este instrumento las fuerzas reaccionarias podrán paralizar las acciones de cualquier país miembro de la CEE en cuanto alcance una fase de desarrollo en que se haga apremiante la estructuración de la sociedad sobre principios socialistas.

F. Melo expresó también su desacuerdo con varios criterios de M. Micarelli. Dijo que los comunistas portugueses se oponen enérgicamente a la adhesión de su país al Mercado Común. La adaptación de las estructuras sociales y económicas y de la legislación laboral de Portugal a las estructuras de los países de la CEE significaría la restauración del capitalismo monopolista de Estado, una revisión de la Constitución y constituiría una amenaza a las conquistas revolucionarias y al régimen democrático.

Las maniobras de la reacción para arrastrar a Portugal al

Mercado Común y la amplia propaganda de la «opción europea» vienen acompañadas de intentos de levantar toda clase de obstáculos en el desarrollo de las relaciones con los países socialistas, del recrudecimiento del anticomunismo y el antisovietismo. ¿Acaso tenemos derecho a olvidarnos de estos efectos funestos de la integración capitalista?, preguntó F. Melo.

En las condiciones actuales, señaló *B. Ramelson*, las transnacionales son uno de los factores que acentúan las tendencias al desarrollo dispar. En este sentido, un ejemplo muy significativo nos lo ofrece, dijo, Gran Bretaña. La exportación del capital en un volumen cada vez mayor por las asociaciones monopolistas restringe las posibilidades para las inversiones internas, limitando así el ritmo de crecimiento de la producción y del producto interno bruto. Pero simultáneamente la misma exportación de capital lleva a reforzar el potencial económico de las transnacionales británicas en el mercado mundial.

Consecuencia directa de ello son el incremento de la anarquía en la acción de las estructuras económicas del capitalismo mundial y la exacerbación de su crisis tanto a nivel nacional como mundial. Las fuerzas centrípetas, que encuentran expresión en la tendencia a la integración estatal regional entran en contradicción con la agudización de la competencia entre las corporaciones nacionales y las transnacionales, es decir, con las fuerzas centrífugas.

En efecto, señaló *J. Pittman*, la lucha entre las tendencias centrípeta y centrífuga no es un fenómeno nuevo en la historia del capitalismo. En una situación en que el sistema explotador no enfrenta un peligro directo y en que el proceso revolucionario no ha puesto a la orden del día la cuestión de su existencia, los capitalistas libran entre sí una lucha a muerte. Pero en cuanto el capitalismo se ve amenazado, los capitalistas se unen para actuar en un frente común contra la clase obrera y sus aliados. Fue precisamente la aspiración de contribuir al desarrollo de la tendencia centrípeta y de hacer frente a la tendencia centrífuga a lo que se debió, por ejemplo, el surgimiento en 1973 de la Comisión tripartita, órgano especial de difusión de las ideas de cooperación y coordinación de las acciones de las potencias imperialistas. La decisión de instituirla (la Comisión está integrada por los principales representantes de los círculos financieros, industriales y gubernamentales de los estados capitalistas desarrollados:

EE.UU., Canadá, países de Europa Occidental, Japón) coincidió con el período de la evidente crisis económica, política e ideológica del imperialismo norteamericano y fue un intento de subsanarla[4].

Hay que tener en cuenta, señaló *L. Pastusiak*, que estos intentos de coordinar las acciones políticas y económicas de los estados imperialistas se hacen en condiciones cuando las posiciones de los EE.UU. como líder del mundo occidental se han debilitado notablemente. Si en 1950 a los EE.UU. les correspondió el 52,6% de la producción industrial y el 47,1% del producto interno bruto de los países capitalistas, en 1977 estas cifras disminuyeron hasta el 41,2 y el 38,9%, respectivamente. La diferencia entre la Europa capitalista y Japón, por una parte, y los EE.UU., por otra, empezó a reducirse gradualmente. Se añadieron a ello varias crisis internas consecutivas que sufrieron los EE.UU.: la económica, la energética y la de materias primas. La guerra agresiva en Indochina minó el prestigio moral y político de los EE.UU. en todas partes, comprendido el mundo capitalista. Después del escándalo de Watergate quedaron al descubierto numerosos actos de abuso de poder por parte de la CIA y el FBI y también de corrupción internacional a la que recurren las principales corporaciones norteamericanas.

LA LUCHA IDEOLOGICA

Ante las conmociones económicas, sociales, políticas y morales del mundo capitalista y la creciente crisis de la política neocolonialista del imperialismo, sus círculos gobernantes se esfuerzan de un modo cada vez más tenaz y sutil por adaptar su ideología al mundo en cambios. Como se subrayó en el simposio, es muy importante que al elaborar la táctica de la lucha antimonopolista y antiimperialista los comunistas examinen los distintos aspectos del desarrollo de la ideología y la propaganda imperialistas en las actuales condiciones.

Los ideólogos burgueses realizan en un amplio frente la tarea de «integrar» espiritualmente por la fuerza a las masas trabajadoras en la sociedad capitalista, manifestó *A. Lawrowski*. Ha sido precisamente ahora último cuando han surgido varias teorías burguesas que intentan demostrar que el capitalismo moderno no es un sistema basado en la explotación, sino un régimen social gobernado por mecanismos democrá-

[4]Véase más detalles sobre la Comisión tripartita en el artículo de J. Pittman «El "trilateralismo", nueva variante de la estrategia del imperialismo norteamericano», publicado en *Revista Internacional*, №5 de 1978. —*N. de la Red.*

ticos, un régimen que contribuye a la desaparición de los conflictos de clase, el único sistema que asegura no sólo la estabilización, sino el desarrollo progresivo de la sociedad.

Sin embargo, señaló A. Lawrowski, ante la ruda realidad, los propios teóricos burgueses en ciertas ocasiones se ven obligados a reconsiderar sus puntos de vista. Ahora reconocen con una frecuencia cada vez mayor el hecho fundamental de que el mundo capitalista atraviesa no simplemente una nueva etapa de fluctuaciones cíclicas, sino una profunda crisis estructural. A los círculos científicos burgueses les preocupa mucho el destino del sistema monetario capitalista. Se reconocen los éxitos de las fuerzas del progreso social y económico en Asia, Africa y América Latina. En este contexto se hace cada vez más obvio que la ideología imperialista carece de ideales positivos, y se patentiza más y más la crisis de las teorías socio-económicas burguesas.

No se puede dejar de ver, dijo *H. Jung*, que paralelamente a las tesis comunes para toda la propaganda imperialista, los círculos gobernantes de cada potencia imperialista elaboran su propio tema específico. En la presente etapa, la orientación principal de la ideología del imperialismo germanooccidental es la propaganda de la «economía social de mercado» surgida supuestamente en la RFA, la cual se recomienda como modelo a otros estados de Europa Occidental y a los países en desarrollo.

En vísperas de las elecciones (1980) al Bundestag, por ejemplo, los líderes del PSDA actuaron bajo la consigna del «modelo alemán», afirmando que después de su llegada al gobierno se logró combinar con éxito los principios de la «economía de mercado» con las garantías sociales para la clase obrera. Lo que se pretende conseguir con estas lucubraciones es atar, en lo ideológico, a los trabajadores de Alemania Occidental a las concepciones y a la política reformistas, infundiéndoles la ilusión de que coparticipan en la construcción de un «nuevo modelo» del capitalismo y especulando con el sentimiento de orgullo nacional.

Habiendo caracterizado al imperialismo moderno como un sistema único de la dominación económica, política y espiritual del capital monopolista, *G. Diliguenski* llamó la atención sobre la necesidad de estudiar la influencia que la revolución científico-técnica y las nuevas formas y métodos de la regulación estatal monopolista ejercen sobre el dinamismo del desarrollo de las relaciones de clase y la lucha de clases. Los

cambios producidos en la esfera técnico-económica, por ejemplo, predeterminan la modificación de los métodos de dominación de clase de la oligarquía monopolista. Si en un pasado relativamente reciente, la forma fundamental fue la coerción económica combinada con la coerción por parte de la ramificada red del aparato represivo burgués, hoy crece el significado del control de la conciencia de los trabajadores.

Una de las orientaciones fundamentales de la estrategia social del capitalismo consiste ahora en implantar en la conciencia social la ideología de la «sociedad de consumo». Movido por los intereses de ampliar el mercado para incrementar sus beneficios, el capitalismo altera el desarrollo natural de las demandas materiales y espirituales de la clase obrera y de todos los trabajadores, orientando unilateralmente su demanda sólo a los artículos de producción material y espiritual masiva. La propaganda burguesa trata de encauzar este proceso de tal modo que permita no sólo crear la base para el aumento de las ventas, sino, ante todo, para distraer la atención de los trabajadores de las cuestiones cardinales de su situación social y económica. Como resultado, se falsifica el carácter del antagonismo principal de clase de la sociedad capitalista.

La práctica de la lucha revolucionaria, subrayó *F. Melo*, pone al desnudo que la esencia de las concepciones burguesas, las reformistas de derecha y otras oportunistas es seudocientífica y contradice los hechos objetivos. Así, el ejemplo de la revolución portuguesa demuestra que es gratuita la afirmación de que la distensión y la coexistencia pacífica significan la renuncia a la lucha de clase e impiden el avance de los pueblos hacia su liberación.

El desarrollo de los acontecimientos en Portugal demuestra también la inconsistencia de los modelos con cuyo concurso se procura paralizar la lucha por las transformaciones socioeconómicas profundas y establecer un «equilibrio estratégico entre las zonas de influencia». Se hace cada vez más evidente el peligro que entrañan los llamados a la unidad regional o «geopolítica» a través de la cual la reacción y las fuerzas que le ayudan objetivamente intentan minar el rumbo hacia la fidelidad al internacionalismo proletario y destruir la unión de los trabajadores de Portugal con el movimiento obrero y de liberación nacional en el mundo.

A. Lawrowski opina que un elemento importante de la concepción de la política exterior del imperialismo estadouni-

dense es, en las condiciones actuales, el socavamiento de la unidad del movimiento comunista internacional y la provocación de la división política y pluralismo ideológico en los países socialistas. Esto quedó materializado en la campaña en «defensa de los derechos humanos» orquestada por la Administración de los EE.UU. Tuvo por finalidad permitir que Washington, encubriéndose con las consignas de la democracia y el humanismo, desempeñe el papel de guardián del orden capitalista y las ideas burguesas. No cabe duda que esta sucia campaña era considerada como antídoto contra la creciente influencia del socialismo, como arma contra la creciente lucha por la justicia social.

Simultáneamente, agregó *A. Salem*, los paladines washingtonianos de la democracia quisieran con su ruidosa propaganda desviar la atención de la opinión pública mundial del hecho de que EE.UU. es un país de tradiciones imperialistas que defendió activamente al sistema colonial y que hoy aplasta los movimientos de liberación nacional, los derechos y libertades de pueblos enteros. En Africa se recuerda bien, continuó A. Salem, que los EE.UU. votaron reiteradamente en la ONU contra las resoluciones condenatorias del régimen racista en la RSA y Rodesia del Sur y se opusieron a que fuera concedida una independencia efectiva a Namibia. En el conflicto somalí-etíope, Washington se puso de hecho del lado de Somalia, aunque fue precisamente el Gobierno de este país quien desató la agresión contra Etiopía. La CIA financió los grupos hostiles al Gobierno de Agostinho Neto en Angola, les envió mercenarios y armas.

Un ejemplo típico de la política francamente imperialista aplicada bajo la consigna de «defensa de los derechos humanos» manifestó *E. Habibi*, es el apoyo dado por los Estados Unidos de América a la colusión Begin—Sadat, que contradice los intereses esenciales tanto del pueblo de Israel como de los pueblos árabes y que priva al pueblo árabe de Palestina de sus derechos legítimos. El tratado por separado egipcio-israelí es una confabulación organizada por Washington para mantener ocupados los territorios usurpados por Israel y llevar a la práctica los planes sionistas de crear un «Gran Israel». Es parte de la estrategia del imperialismo norteamericano encaminada a crear en el Cercano Oriente un bloque militar agresivo destinado a sustituir a la CENTO y la SEATO desmoronadas bajo la presión de los pueblos. Como lo conciben los estrategas norteamericanos, Israel y Egipto deben ser

gendarmes que han de proteger en el Cercano Oriente, en el golfo Pérsico y en Africa los intereses de los EE.UU. y garantizar la seguridad de las bases militares norteamericanas emplazadas contra la Unión Soviética y otros países socialistas.

En cuanto a los propios Estados Unidos, en ellos hay centenares e incluso miles de presos políticos, según reconoció en su tiempo el conocido político norteamericano A. Young. ¿De qué «derechos ciudadanos» puede hablar Washington después de que fue desenmascarada la actividad anticonstitucional de la CIA y el FBI tanto dentro del país como fuera de él?

El fomento de la histeria antisoviética y anticomunista por los medios de comunicación de masas burgueses, que se observa ahora no sólo en los EE.UU., sino también en otros países capitalistas, concretamente en Gran Bretaña, dijo *B. Ramelson*, es parte de una campaña concertada. Obedece al miedo que los dirigentes del mundo capitalista tienen ante los efectos de la crisis económica, social, política e ideológica que tiende a agravarse. La finalidad de esta campaña es distraer la atención de las masas trabajadoras de los lados positivos del desarrollo de la comunidad socialista y desviarlas del camino de la lucha de clases. Los intereses de los trabajadores de los países capitalistas exigen rechazar enérgicamente los rabiosos ataques del imperialismo.

LA INFLUENCIA DEL SOCIALISMO MUNDIAL

Al analizar las particularidades del imperialismo contemporáneo, los participantes del simposio subrayaron que éste existe y actúa en un mundo en que se ha constituido y se desarrolla en línea ascendente el sistema socialista mundial, en un mundo liberado casi totalmente del colonialismo. Nuestra época es la época de transición del capitalismo al socialismo a escala mundial. Sus rasgos característicos son la creciente emulación y confrontación de los sistemas sociales antagónicos, la acentuación de la lucha de clases y la consolidación de la unidad de los tres torrentes fundamentales del proceso revolucionario mundial.

A juicio de *B. Ramelson*, el influjo fundamental de la comunidad socialista sobre el desarrollo de los procesos mundiales consiste en que bajo su impacto se agudiza y ahonda la crisis general del capitalismo. Las crisis económicas existían también antes de 1917. Sin embargo, ahora ha cambiado el

modelo de su ciclo. La fase del descenso es cada vez más prolongada y más profunda, mientras que la fase del ascenso se hace cada vez más corta sin llevar a la total salida de las crisis.

El surgimiento, consolidación y extensión del mercado socialista mundial, señaló *E. Habibi*, influye muy sensiblemente en el desarrollo de los países que, habiéndose sacudido el yugo colonial, buscan la independencia económica. Este hecho ejerce influencia no sólo sobre los sectores sociales progresistas de los países en desarrollo, sino incluso en los elementos que no son proclives a apoyar la vía socialista de desarrollo. Para estas personas las relaciones en pie de igualdad con los países que forman el mercado socialista sirven de estímulo para cambiar radicalmente las relaciones económicas con los estados imperialistas con vistas a asegurar una independencia efectiva.

Es necesario considerar, manifestó *G. Diliguenski*, que la lucha de los dos sistemas mundiales —el socialismo y el capitalismo— que es la peculiaridad determinante de nuestra época, no puede dejar de modificar los rasgos comunes del imperialismo analizados por primera vez por Lenin en sus trabajos clásicos. Tomemos, digamos, una característica del imperialismo, confirmada cabalmente por el desarrollo histórico, como la lucha interimperialista por los mercados, fuentes de materias primas y esferas de influencia. En los períodos anteriores, un desarrollo lógico de esta lucha fueron las guerras entre los estados imperialistas. Actualmente puede considerarse que, por lo visto, esta regularidad ha desaparecido en gran medida. El factor principal que condicionó esta modificación fue precisamente la circunstancia de que la existencia y consolidación del sistema socialista mundial obliga al imperialismo —pese a toda la agudeza de las contradicciones existentes entre sus distintos centros y entre los imperialismos nacionales—, a limitar de una u otra manera, a paliar las formas de su manifestación concreta.

Una de las particularidades esenciales de la Revolución de Abril en Portugal, manifestó *F. Melo*, es que, siendo fruto de la tenaz lucha del pueblo portugués, de la clase obrera y de su vanguardia —el Partido Comunista—, se realizó cuando en el mundo la correlación de fuerzas entre el socialismo y el capitalismo favorecía al desarrollo progresista. Habría sido imposible derrocar la dictadura de Salazar si no hubiese cambiado la correlación de fuerzas en el mundo. El factor principal en este cambio es la comunidad socialista, el crecimiento de su potencial económico, político y defensivo y el reforzamiento del influjo ideológico del socialismo en los procesos mundiales. Es precisamente eso lo que contribuye a la profundización de la crisis general del capitalismo, a las nuevas victorias del movimiento de liberación nacional y al incremento de la lucha de la clase obrera y de todos los trabajadores de los países capitalistas.

En las condiciones actuales, el imperialismo tiene que considerar el hecho de que la existencia de la Unión Soviética, de la comunidad socialista es la fuerza decisiva en la lucha por la paz. La distensión internacional que se apoya en el poderío político, económico y militar del socialismo real, señaló F. Melo, tiene particular importancia para todo el desarrollo internacional. La línea de coexistencia pacífica que siguen consecuentemente los estados socialistas ata las manos a los círculos más agresivos de las potencias imperialistas, les impide desencadenar una nueva guerra mundial y resta perspectiva a sus intentos de emplear medios violentos contra los países en desarrollo.

Revista Internacional, Nº 11, 1979.

AMENAZA A LA PAZ
Y SEGURIDAD DE LOS PUEBLOS

ACERCA DE LA ACTUAL DOCTRINA POLITICO-MILITAR DE LOS EE.UU.

Profesor **Mijaíl Milshtein**
(URSS)

En el conjunto de las doctrinas político-militares del imperialismo, la de los Estados Unidos ocupa una posición dominante. Este hecho obedece a múltiples factores, ante todo a que los Estados Unidos constituyen hoy en el mundo capitalista una especie de ciudadela del imperialismo, su principal arsenal militar. Los Estados Unidos son, entre los países capitalistas, los que poseen los mayores stocks de armas nucleares y de vectores para las mismas, así como la inmensa mayoría de los submarinos atómicos equipados con misiles y de los bombarderos estratégicos. Ninguno de los otros dispone de cohetes balísticos intercontinentales. Los Estados Unidos son el mayor productor de armas clásicas y ocupan el primer lugar por lo que respecta a su venta y suministros a otros países. El ejército estadounidense es el más numeroso del mundo capitalista, pues cuenta con efectivos de más de dos millones. Como una enorme araña, el imperialismo norteamericano ha extendido por todo el mundo su red de bases militares. Agrupaciones de las fuerzas armadas norteamericanas listas para el combate se encuentran actualmente no sólo en

Europa Occidental (donde hay 325.000 soldados estadounidenses) [1] y en el Sureste asiático, sino también en el océano Indico y en la zona del golfo Pérsico.

No se debe al azar que los Estados Unidos ocupen una posición dominante en la OTAN. Aunque las tropas puestas por ellos a disposición del mando conjunto de las fuerzas armadas de este bloque representan sólo el 10% de las unidades terrestres, el 20% de las aéreas y el 30% de las navales, constituyen, juntamente con las de la RFA, la principal fuerza de choque. Las unidades norteamericanas están mejor equipadas que las de los demás miembros de la OTAN, poseen armas más perfeccionadas, están mejor entrenadas y disponen de moderna munición nuclear y de los medios de hacerla llegar al objetivo. Es preciso tener en cuenta, además, que en los gastos militares de los países de la OTAN, alrededor del 70% corresponde a los Estados Unidos.

Los principales cargos del mando militar de las fuerzas armadas conjuntas de la OTAN —entre ellos el de comandante en jefe— están ocupados por norteamericanos, lo que permite a los EE.UU. imponer sus concepciones estratégicas al Bloque Noratlántico. De aquí que la doctrina político-militar de los Estados Unidos sea, de hecho, la doctrina dominante del imperialismo. En ella se concentran las aspiraciones principales de los círculos militaristas y expansionistas de los estados imperialistas, los cuales, para mantener sus posiciones de clase, se esfuerzan por fundamentar la necesidad de una enorme máquina militar y propugnan un continuo incremento de los armamentos, el logro de la superioridad militar y la utilización de las fuerzas armadas como instrumento principal de la política exterior de imposición.

La experiencia histórica muestra que, en las complejas condiciones internacionales creadas, cada vez que el imperialismo atraviesa por determinadas dificultades o sufre fracasos y derrotas en su política expansionista, se agudizan considerablemente las tendencias agresivas e intervencionistas de su doctrina militar y de toda su política militar. «Y cuanto más se reducen las posibilidades del imperialismo de dominar a otros países y pueblos, más furiosa es la reacción de sus representantes más agresivos y menos perspicaces» [2], dijo L. Brézhnev, Secretario General del CC del PCUS y Presidente del Presídium del Soviet Supremo de la URSS.

---

[1] Véase *U.S. News and World Report*, 9 de junio de 1980, p. 23.
[2] *Pravda*, 23 de febrero de 1980.

¿Qué es lo que caracteriza a la doctrina político-militar de los EE.UU. en las presentes condiciones? ¿Cuál es su objetivo principal? A estas dos preguntas puede darse en términos muy generales la siguiente respuesta: el objetivo principal es alterar en beneficio propio el equilibrio militar existente en el mundo, recurriendo para ello a un considerable aumento de los gastos militares, a la aceleración de la carrera armamentista y a la creación de nuevos sistemas de armas, sobre todo de tipo estratégico, menos controlables y más peligrosos. Dicho en otros términos, su propósito es conseguir la superioridad militar sobre la Unión Soviética y poder así aplicar impunemente la política «desde posiciones de fuerza», tanto a nivel regional como a escala global.

Todo esto tiene su expresión no sólo en una fraseología belicista, tan típica de muchos políticos y militares norteamericanos, y en los esfuerzos por crear en el país un clima semejante al de la histeria bélica, sino también en medidas concretas que constituyen una seria amenaza para la paz y la seguridad de los pueblos.

Recordemos algunos hechos. La dinámica del presupuesto militar constituye, como se sabe, el principal indicador de la orientación seguida por la doctrina político-militar del Estado. Los gastos militares de los EE.UU., que en 1981 llegarán a 173.400 millones de dólares, irán aumentando durante el próximo quinquenio a un ritmo anual del 4,2—5,4%, es decir, en 20.000—25.000 millones de dólares al año en precios actuales. Para 1985 alcanzarán la cifra astronómica de 253.200 millones. Pero algunos representantes de los círculos más belicistas consideran incluso que es poco y exigen que se eleven poco menos que a un billón de dólares al año. Un hecho sintomático es que mientras los gastos militares generales para el año económico de 1981 aumentan en un 5,7%, los dedicados a investigaciones y proyectos experimentales de índole militar se incrementarán en un 13%. También se acrecentarán los gastos para armas estratégicas, que se duplicarán en comparación con los de los años 70 y crecerán un 53% frente al nivel de los de 1980[3].

El principal rasgo distintivo de la presente etapa de la carrera armamentista es que, a iniciativa de los EE.UU., su centro de gravedad ha pasado del terreno cuantitativo al cualitativo o tecnológico, sobre todo en el desarrollo de las armas estratégicas. El objetivo es alterar la actual paridad y conseguir una superioridad militar cualitativa sobre la Unión Soviética en lo que respecta a los parámetros decisivos. A este respecto, el ex secretario de Defensa de los EE.UU, H. Brown, dijo en 1980: «El programa de investigaciones y proyectos es el medio principal de mantener nuestra superioridad tecnológica»[4].

Trátase, en particular, de desarrollar aceleradamente, producir y emplazar 200 cohetes intercontinentales móviles de base terrestre tipo MX, con cabezas múltiples y alta precisión de tiro, cuyo costo oscilará entre 33.000 y 120.000 millones de dólares. Numerosos expertos occidentales estiman que esta nueva generación de misiles puede considerarse de hecho como un arma del primer golpe.

Los cohetes «Minuteman-III», con los que está equipado actualmente el ejército norteamericano, van a ser dotados de nuevas ojivas «MK-12 A», cuya potencia y precisión serán tres veces mayores. Se trabaja intensamente en el desarrollo de una nueva generación de cabezas de combate para los cohetes intercontinentales, gracias a las cuales éstos podrán ser dirigidos y controlados en los sectores finales de su trayectoria.

Para la flota submarina equipada con misiles se introducen los nuevos sistemas «Trident-1». El primer submarino de este tipo comenzará a navegar en 1981, y otros cuatro, en 1985. A la vez, 12 submarinos armados con cohetes «Poseidon» pasarán a ser equipados con los «Trident-1», de un alcance de 8.000 kilómetros. La precisión de tiro de los «Trident-1» será casi cuatro veces superior a la de los «Polaris». Para más tarde se proyecta introducir los «Trident-2», con una precisión y un radio de acción aún mayores (11.000 km). Desde el año 1981 comenzarán a producirse los «Cruise». Conviene recordar también los intensos trabajos que se están realizando en el plano de la defensa antimisil y antiespacial.

Particularmente peligroso resulta el acuerdo adoptado en la sesión del Consejo de la OTAN del pasado mes de diciembre sobre la producción e instalación en Europa de 108 cohetes balísticos «Pershing-2» y 464 cohetes «Cruise» de base terrestre, con un alcance de más de 2.000 kilómetros y capa-

[3] The FY 1981, Department of Defense Program for Research, Development and Acquisition, Washington, 1980, p. 1—1, 1—38.

[4] Department of Defense, *Annual Report*, FY 1981. H. Brown. Secretary of Defense. Washington, 1980, p. 244.

ces algunos de ellos de transportar varias cargas nucleares y no una sola.

En Europa Occidental ya están instalados 800 vectores norteamericanos de armas nucleares de distinto tipo, capaces de alcanzar importantes objetivos en el territorio de la Unión Soviética y de otros países socialistas. Además, los portaaviones norteamericanos que recorren permanentemente las aguas del Mediterráneo y del Atlántico Este llevan más de 400 aviones adaptados para transportar cargas nucleares. Si añadimos a esto las correspondientes armas de Gran Bretaña y Francia, resultará que en Europa Occidental hay más de 1.500 vectores de armas nucleares. Por eso, el emplazamiento de los nuevos cohetes «euroestratégicos» puede introducir cambios cualitativos y cuantitativos en el balance de fuerzas en Europa y alterar en favor de la OTAN el equilibrio militar en el continente y el balance estratégico general de fuerzas. Debe tenerse en cuenta también que la decisión de producir e instalar en Europa nuevas armas nucleares forma parte del amplio programa, calculado para varios decenios —aprobado ya en la sesión de mayo de 1978 del Consejo de la OTAN—, de nuevas armas y equipo militar para las fuerzas conjuntas de la OTAN.

Las tropas de tierra, la aviación táctica, las fuerzas navales, la infantería de marina, etc. también se equipan con armas y equipos más perfectos, en particular con nuevos tanques, cohetes tácticos, aviones, medios de transporte de tropas y cargas por aire y mar. En este programa ocupan un lugar especial las «fuerzas de despliegue rápido», destinadas a intervenciones en zonas no cubiertas por los bloques militares con participación de los EE.UU., es decir, a injerencias armadas en los asuntos internos de otros países, en primer lugar del Cercano Oriente, Asia y América Latina.

Recordemos algunos hechos. Las «fuerzas de despliegue rápido» cuentan ya con 200.000 hombres [5], *a base sobre todo de unidades de la 1ª y 3ª divisiones de infantería de marina, la 82ª división de desembarco aéreo, la 101ª división aerotransportada, tres grupos de choque de portaaviones y escuadrillas de aviones tácticos y de transporte. Su misión principal es reforzar las posiciones norteamericanas y asegurar la posibilidad de una intervención militar en la zona del golfo Pérsico.*

Todo esto demuestra convincentemente que los EE.UU., al

[5] *Morning Star*, 20 de junio de 1980.

aumentar de un modo insólito sus gastos de guerra, se proponen crear la base material de un considerable crecimiento de su poderío militar. ¿Con qué fin? Con el de utilizar de nuevo la fuerza militar en todas sus aplicaciones, desde la amenaza y las demostraciones militaristas hasta los actos de agresión e intervención directa [6].

Por lo tanto, los EE.UU. han retornado de hecho a su papel «previetnámico» de «gendarme mundial», a la concepción estratégica de utilizar las fuerzas armadas allende el continente americano. Trátase de un hecho sumamente grave. Cabía suponer que la guerra de Vietnam, que costara a los EE.UU. tantas vidas humanas y centenares de miles de millones de dólares, sería una buena lección para los encargados de determinar la política exterior y militar del país. Pero, a pesar de las enseñanzas de Vietnam, los Estados Unidos vuelven a querer controlar el curso de los acontecimientos mundiales con el concurso exclusivo de los medios militares y mediante la aplicación de una política «desde posiciones de fuerza».

A juzgar por todo, la única lección aprendida por ciertos líderes norteamericanos en la jungla vietnamita es la de no prolongar la intervención armada tanto tiempo como en Vietnam.

En el libro *Las relaciones cívico-militares*, el general Goodpaster, ex comandante en jefe de las fuerzas armadas de la OTAN, y el conocido politólogo norteamericano Huntington, que participó en la planificación de acciones de política exterior estadounidense, dicen: «Lo más probable es que un futuro Vietnam no dure siete años sino siete semanas. Los EE.UU.... recurrirán a una superioridad aplastante para lograr sus objetivos con rapidez y decisión. El acento se pondrá en la duración limitada del conflicto y no en los recursos limitados» [7]. Lo que parece indicar que los EE.UU. utilizarán en el «futuro Vietnam» armas no sólo convencionales sino también nucleares. Efectivamente, en lo que respecta a la planificación del empleo de las armas nucleares tácticas, los EE.UU. han ido mucho más lejos que en el período previetnamita y amenazan demencialmente con utilizarlas en territo-

[6] Expertos norteamericanos han calculado que, entre la terminación de la II Guerra Mundial y el año 1975, los EE.UU. en 215 oportunidades han aplicado o amenazado con aplicar la fuerza contra otros países (véase B. M. Blechman, S. S. Kaplan. *Force without War*. Washington. 1978, p. 16).

[7] Andrew J. Goodpaster, Samuel Ph. Huntington. *Military Civil Relations*. Washington, 1977, p. 21-22.

rios ajenos. Según ha informado la prensa norteamericana, el Pentágono ha elaborado los planes y las variantes de la utilización de las armas nucleares tácticas «en zonas situadas fuera de la esfera de acción de la OTAN»[8], incluido «el caso de una intervención en Irán»[9].

Simultáneamente con el desarrollo de armas estratégicas ofensivas de alta precisión y el equipamiento del ejército con armas cualitativamente nuevas, los círculos estadounidenses más belicistas han comenzado a revisar en un sentido sumamente peligroso una serie de concepciones básicas de la estrategia militar, sobre todo de aquellas que se refieren a las condiciones de la utilización de las armas nucleares, las posibilidades de victoria en una guerra de este género y las consecuencias de la misma.

Como se indica en un estudio realizado por el Brookings Institute de Washington, «en los Estados Unidos ha llegado a su apogeo un debate público en torno a las prioridades militares, debate que recuerda en gran medida a los que tuvieron lugar hace veinte años»[10].

En un informe al Congreso de los EE.UU., el secretario de Defensa dijo que el Pentágono «acababa de realizar una revisión básica de nuestra política estratégica»[11]. ¿De qué revisión se trata? ¿Hacia dónde tienden ahora los esfuerzos de los estrategas político-militares de los Estados Unidos? Como es sabido, durante mucho tiempo estuvo muy extendida allí la idea de que la guerra nuclear era «inconcebible», de que en ella no podría haber vencedores, de que, en caso de generalizarse, sería funesta para la civilización y de que quien la desatase sería un suicida. Ahora, en cambio, cada vez están más difundidas, incluso a nivel oficial, «nuevas» concepciones de política y estrategia militar, extremadamente peligrosas, que pretenden argumentar lo aceptable y conveniente que es el empleo de las armas nucleares como respaldo de la política exterior y la posibilidad de triunfar en una guerra de este género.

Es muy significativo a este respecto el artículo «La victoria es posible», publicado en uno de los últimos números de la revista Foreign Policy[12]. *Los autores pertenecen al Hudson Institute, conocido por sus vinculaciones con el Pentágono y que expresa a menudo en el plano teórico las ideas de la llamada comunidad militar estadounidense (es decir, el complejo militar-industrial). Si el poderío nuclear norteamericano, dícese en el artículo, está destinado a asegurar el logro de los objetivos de la política exterior, los Estados Unidos deben estar en condiciones de conducir una guerra nuclear racional. Los autores recomiendan que tal guerra debe planearse de modo que quede asegurada la derrota de la Unión Soviética a un costo que no impida la recuperación de los Estados Unidos.*

A lo largo del artículo se afirma sin tapujos y con todo cinismo que el objetivo de la guerra nuclear debe ser, ni más ni menos, destruir el sistema político de la Unión Soviética e instaurar allí el «orden occidental». La comunidad militar norteamericana, leemos más adelante, considera hoy que la destrucción de la estructura política de la Unión Soviética figura entre los objetivos más importantes de las fuerzas estratégicas estadounidenses. ¿Cómo, según los autores, podrían los EE.UU. resistir en una guerra nuclear? Su respuesta es: la combinación de la estrategia de la «contrafuerza» con una defensa civil efectiva y con una defensa anticoheteril y antiaérea reduciría las pérdidas norteamericanas a un nivel compatible con la supervivencia y la recuperación.

Sobraría esta exposición detallada de tan delirantes disquisiciones si no fuese porque dichos autores no están solos y expresan una opinión que no es únicamente la de la «comunidad militar» de los EE.UU. sino también la de los círculos oficiales. En un informe presentado al Congreso por el secretario de Defensa se dice que «la estrategia de los EE.UU. y la OTAN considera la posibilidad de ser los primeros en recurrir a las armas nucleares si ello resultase necesario»[13].

La llamada estrategia de la «contrafuerza», que sirve de base en la utilización de las armas nucleares estratégicas, prevé el empleo de las mismas ante todo contra objetivos militares. En un libro que trata de demostrar la posibilidad de triunfar en una guerra nuclear, el general Graham, ex jefe del servicio de inteligencia militar de la Secretaría de Defensa de los EE.UU., dice: «En los años 80 habrán de desaparecer las causas técnicas y militares por las que cualquier cohete debe ser dirigido a cualquier objetivo que no sea militar y ya no

[8] *Baltimore Sun*, 6 de febrero de 1980.
[9] *Chicago Tribune*, 9 de febrero de 1980.
[10] *Setting National Priorities*, Agenda for the 1980's, Washington, 1980, p. 16.
[11] Department of Defense, *Annual Report*, FY 1981. Washington, 1980, p. 66.
[12] Véase *Foreign Policy*, № 39, Summer 1980.
[13] Department of Defense, *Annual Report*, FY 1980. Washington, 1979, p. 86.

habrá razón para considerar que las pérdidas civiles derivadas de un ataque contra objetivos militares pueden ser mayores que en guerras anteriores»[14].

Según informa la prensa norteamericana, el Presidente de los EE.UU. declaró oficialmente en su orden ejecutiva Nº 59 que se había adoptado la concepción de la «contrafuerza» como base para el empleo de las armas atómicas estratégicas[15]. Lo cual quiere decir que los EE.UU. han retornado a los viejos planes, ahora en una nueva variante, del «primer» golpe destinado a «desarmar» al adversario, es decir, a los planes de la guerra termonuclear.

Un importante elemento de la doctrina político-militar de los EE.UU. es la amplia preparación política e ideológica para la guerra, en la que ocupa el lugar central la campaña propagandística en torno a la famosa «amenaza soviética». El mito de la «amenaza militar soviética» no es nuevo. Tiene una larga historia y ha experimentando desde su surgimiento cierta evolución.

En los años que siguieron inmediatamente a la II Guerra Mundial, los aspectos políticos de la «amenaza soviética» dominaban sobre los militares, pues era presentada sobre todo como una «amenaza» política y se identificaba en cierto modo con el «peligro comunista». Ello no tenía nada de extraño, ya que los Estados Unidos detentaban el monopolio de las armas nucleares y estaban seguros de que su superioridad militar podría servir durante largo tiempo de sólida base para la política «desde posiciones de fuerza».

Pero los pilares de esa política se vinieron abajo con los éxitos alcanzados por la Unión Soviética en los planos económico y científico y en lo tocante a medios defensivos. El imperialismo había perdido, mucho antes de lo que calculaba, el monopolio de las armas nucleares. Fue un golpe muy serio para los estados Unidos, pero Washington no renunció a su política «desde posiciones de fuerza». El Pentágono consideraba que, pese a haber dejado de ser la única potencia nuclear, los Estados Unidos aventajaban considerablemente a la Unión Soviética en el número de armas nucleares y, sobre todo, en medios de transporte de las mismas. En aquel período, los

[14] Daniel O. Graham. *Shall America be defended? SALT-2 and Beyond.* New York, 1979, p. 241.
[15] Véase *New York Times*, 6 de agosto de 1980; *Washington Post*, 6 de agosto de 1980.

aspectos político-militares de la concepción de la «amenaza soviética» empezaron a dominar sobre los puramente políticos. Se amplió la expresión «amenaza soviética» y cada vez se fue utilizando más la de «amenaza militar soviética». Este mito se manejaba principalmente para justificar el rearme, sobre todo en lo relativo a fuerzas estratégicas ofensivas, que deberían incrementarse hasta lograr la superioridad sobre la Unión Soviética en dicho terreno. Para justificar esta orientación se hacían circular rumores de que los Estados Unidos se habían rezagado de la URSS en lo tocante a tales o cuales tipos de armas.

Así, en los años 50 se levantó un gran alboroto en torno a un supuesto retraso peligroso de los EE.UU. en la construcción de aviones de bombardeo. Después de un sensible incremento de los gastos militares y la adopción de un programa de producción intensiva de bombarderos pesados, el alboroto se fue apagando, para volver a resurgir al cabo de poco tiempo, esta vez en torno al «retraso» en materia de cohetes. La consecuencia fue un nuevo incremento del presupuesto militar y un desarrollo sin precedentes de las fuerzas coheteriles. Más tarde se reconoció oficialmente que en ambos casos se habían exagerado, multiplicándolas por 4 ó 5, e incluso más, las posibilidades reales de la Unión Soviética.

Lo que distingue a la actual campaña de intimidación con la «amenaza soviética» es que sus organizadores ya no hablan de retraso parcial en tal o cual tipo de armas, sino de pérdida de terreno en muchos aspectos que, en su conjunto, constituyen la base de la seguridad del país. Y como venía ocurriendo, se exageran las posibilidades de la Unión Soviética, aunque ahora se añade la patraña de que la URSS trata de lograr la superioridad militar sobre los EE.UU. y adquirir el potencial necesario para asestar «el primer golpe». En una palabra, toda la situación se presenta invertida.

Tales son algunas de las peligrosas tendencias que se observan en la actual doctrina político-militar de los Estados Unidos. ¿Qué es lo que testimonian? Es de todo punto evidente que en el plano político-militar se van imponiendo los círculos que no pueden aceptar el equilibrio militar entre la URSS y los EE.UU. y buscan la posibilidad de alterarlo en beneficio propio, para aplicar impunemente la política «desde posiciones de fuerza». Los campeones de esta política se comportan como conductores insensatos, que hacen caso omiso de las

señales de peligro, aprietan a fondo el acelerador y avanzan inconteniblemente hacia la catástrofe. El daño irreparable que semejante rumbo puede ocasionar a la seguridad de los pueblos, ante todo al propio pueblo estadounidense, no es tomado en consideración. Perdidos los frenos, ofrecen nuevos y nuevos planes de aumento de los gastos militares, asustando a su propio pueblo y a los aliados con la «amenaza soviética»; confeccionan programas a largo plazo para proyectar y producir nuevos tipos de armas, de costos elevadísimos y poder destructivo cada vez mayor; exigen que los otros miembros de sus bloques militares incrementen los gastos militares e intensifiquen los preparativos bélicos. Simultáneamente se aceptan nuevas y peligrosas concepciones de estrategia militar, las cuales, a juzgar por todo, arrancan de la suposición aventurera de que los EE.UU. lograrán la superioridad militar y conseguirán derrotar a la URSS en la proyectada guerra nuclear.

¿Cuál es la actitud de la Unión Soviética ante la posibilidad de utilizar las armas nucleares y, en general, ante la guerra nuclear? En los países capitalistas circulan a este respecto las versiones más absurdas y tendenciosas. Pero la realidad es que, desde el momento en que la energía atómica fue empleada por vez primera para fines bélicos, es decir, desde los albores de las armas nucleares, la URSS ha venido abogando perseverante y consecuentemente por la prohibición de todas las armas de exterminio masivo. «Estamos —dijo L. Brézhnev— contra el empleo del arma nuclear; solamente circunstancias excepcionales, la agresión de otra potencia nuclear a nuestro país o a nuestros aliados, puede obligarnos a recurrir a este medio de autodefensa extremo» [16].

En consecuencia, el arma nuclear es considerada por la Unión Soviética únicamente como un medio de autodefensa y no de ataque, lo que refuta de plano las afirmaciones de la propaganda norteamericana, que acusa calumniosamente a nuestro país de realizar preparativos para desatar una guerra nuclear.

Otro tanto cabe decir respecto a la afirmación de la propaganda occidental de que la URSS está tratando de crear «el potencial del primer golpe». La concepción del «primer golpe» es orgánicamente ajena a la política de la Unión Soviética, a su doctrina militar. Han sido precisamente la URSS y otros países socialistas los que han propuesto un acuerdo entre los

[16] L. I. Brézhnev. *Por el camino de Lenin,* t. 7, Moscú, 1979, p. 300.

estados participantes de la Conferencia Europea, incluidos los Estados Unidos, de no ser los primeros en emplear contra los demás las armas nucleares y convencionales. La aceptación de esta propuesta retiraría del orden del día el problema del primer golpe para desarmar al adversario. Pero los países de la OTAN no se han hecho eco de esta propuesta constructiva.

A diferencia de los países de la OTAN, los estados miembros del Tratado de Varsovia no han incrementado sus fuerzas armadas desde hace una serie de años. Y han declarado solemnemente «que jamás han pretendido ni pretenden lograr la superioridad militar; sus esfuerzos militares han estado y siempre estarán orientados exclusivamente a asegurar su capacidad defensiva» [17].

Es obvio que la Unión Soviética y otros estados socialistas no pueden dejar de tener en cuenta el incremento de los preparativos bélicos y la intensificación de las tendencias extremistas en la doctrina político-militar de los Estados Unidos, ni nunca permitirán que se altere el equilibrio de fuerzas en detrimento de su seguridad.

También en los Estados Unidos hay, sin duda, círculos cuya lucidez de pensamiento les hace comprender que, en las actuales circunstancias, una política orientada a lograr la superioridad militar mediante la carrera de los armamentos y las acciones militares acrecienta seriamente el peligro de que surja una guerra nuclear y supone para los pueblos una pesada carga. Cabe confiar en que los insistentes llamamientos de los países socialistas a detenerse, a dejar a un lado todo género de programas de rearme y renunciar a la creación de nuevos tipos y sistemas de armas aún más mortíferas y desestabilizadoras, así como a abandonar la elaboración de peligrosas concepciones militares, serán por fin escuchados, con lo que el proceso de distensión reemprenderá su marcha progresiva.

Revista Internacional, Nº 11, 1980.

[17] *Pravda,* 24 de noviembre de 1978.

QUIEN SE OPONE A CONVERTIR EL OCEANO INDICO EN ZONA DE PAZ

En la región del océano Indico quizás esté concentrado el mayor número de focos «candentes» y explosivos que amenazan a la paz y seguridad internacional. El imperialismo de EE.UU. incrementa allí su potencial bélico con el propósito de levantar una especie de «puño de hierro» sobre los pueblos de los estados jóvenes de Asia y Africa que aspiran a la libertad y el desarrollo progresista independiente.

Las cuestiones relativas a la actividad bélica provocadora de los estados imperialistas en el Indico, así como a las tareas que se plantean en esas condiciones ante los luchadores por la paz, la independencia y la libertad de los pueblos constituyeron el tema de la conversación en la Mesa Redonda de **Revista Internacional**, con la participación de **J. Ramin**, miembro del Buró Político del CC del Partido Comunista Reunionés; **D. E. W. Gunasekara**, miembro del Buró Político y secretario del CC del Partido Comunista de Sri Lanka; **Z. S. T. Skweyiya**, funcionario de la sección de investigaciones del Congreso Nacional Africano del Africa del Sur; **A. al-Rashid**, miembro del Comité Dirigente del Frente de Liberación Nacional de Bahrein; **A. M. Aziz**, miembro del CC del Partido Socialista Yemení; y **V. Gupta**, docente de la Universidad J. Nehru (Delhi, India). A continuación publicamos una breve versión de las discusiones.

CALDEAMIENTO DE LA TENSION

Los participantes dedicaron gran atención a los nuevos indicios de la escalada militar en la zona del Indico.

A. al-Rashid recordó que en el curso de varios siglos los dueños de ese océano y del litoral eran los colonizadores europeos. Pero al perder sus colonias, los imperialistas no se fueron, sino que procedieron a redoblar e incrementar su presencia bélica. El protagonista de la carrera de preparativos militares es la principal potencia del campo imperialista, los EE.UU.

Después de que a fines de los años 60 Gran Bretaña se vio

obligada a abandonar sus posiciones al «Este de Suez», los norteamericanos se apresuraron a ocupar su lugar. Ellos impusieron a Bahrein el acuerdo sobre el arriendo de la base naval de Juffir, arrendaron una base en el Emirato de Sharjah, obtuvieron el permiso para construir una base en la isla de Masirah, perteneciente a Omán.

Las bases militares de EE.UU. en el Indico forman una sola cadena con sus bases del Pacífico —en Japón, Filipinas y en Micronesia—, uniéndose al mismo tiempo con las bases de sus aliados: la RSA (Simonstown y Silvermine), Australia (Cockburn Sound), Francia (Reunión y Mayotte) y Nueva Zelanda.

El principal punto de apoyo de la estrategia norteamericana en el océano Indico es la base naval y aérea de los EE.UU., situada en al atolón de Diego García. *J. Ramin* habló más detalladamente al respecto.

La isla Diego García se encuentra en el mismo centro del Indico. Un buque de guerra puede en menos de dos días desplazarse desde allí hasta las aguas territoriales de prácticamente cualquier país costero. Arrebatando arbitrariamente el archipiélago Chagos, del cual forma parte la isla Diego García, a su ex colonia Mauricio, Gran Bretaña concertó en 1966 un acuerdo con EE.UU. de crear en la isla una base militar común.

A partir de entonces, en el atolón de construyen y amplían constantemente sistemas de mantenimiento y aseguramiento costero para grandes fuerzas navales, incluidos portaviones de choque y submarinos, dotados de misiles con ojivas nucleares, así como para la aviación estratégica, con bombarderos «B-52». Se ha aumentado el calado del puerto y se han acondicionado las pistas en las que pueden despegar y aterrizar aviones de todos los tipos; se construyeron silos para ojivas nucleares y depósitos para combustible y lubricantes. En la isla funciona un centro de comunicaciones navales. En sus aguas fondean la base flotante «Dixie» para destructores, numerosos navíos portacontenedores, petroleros, cargueros y de otro tipo, destinados al suministro de «las fuerzas de despliegue rápido» con funciones de gendarme. También allí tienen su base los aviones antisubmarinos «P-3C Orion».

Ahora, subrayó A. al-Rashid, los Estados Unidos han emprendido nuevos preparativos bélicos intensivos en la región del Indico. A una escala sin precedentes se está llevando a cabo la concentración de fuerzas navales norteamericanas, especialmente en la parte noroeste del océano, el mar Arábigo y el golfo Pérsico. Allí se encuentran constantemente dos o tres

escuadras de choque de portaviones, que cuentan con varias decenas de naves, parte de las cuales lleva a bordo medios para transportar armas nucleares. A los buques de guerra se han unido una especie de arsenales flotantes: barcos de carga, adaptados especialmente para el transporte de armas y material de guerra. En Washington ya ha sido tomada la decisión de crear una nueva Flota de EE.UU., la 5a, que permanecerá constantemente en el océano Indico.

Para participar en toda clase de operaciones en el Oriente Medio y Cercano ha sido designado un contingente de cerca de doscientos mil soldados norteamericanos. En los últimos tiempos, el Pentágono elabora planes para, en un comienzo, trasladar rápidamente a la región del golfo Pérsico cuatro divisiones de infantería y marines con efectivos navales, aéreas y unidades de apoyo. El ex ministro de Defensa de EE.UU. H. Brown declaró que en los años 80 se espera invertir no menos de 50 mil millones de dólares para «garantizar la seguridad de los suministros de petróleo desde el Cercano Oriente». Los círculos oficiales de Washington han confirmado la existencia de planes de bloqueo y minado del golfo Pérsico, cosa que ninguna persona juiciosa podría asociarla con el objetivo anunciado públicamente por el titular del Departamento militar norteamericano. Sobre todo suenan amenazadores los llamamientos de los «halcones» imperialistas de recurrir al armamento nuclear en caso de «circunstancias excepcionales».

En su afán de perpetuar y aumentar su presencia bélica en el océano Indico, Estados Unidos, destacó *D. Gunasekara,* procuran obtener nuevas bases en los estados del litoral. Combinando presiones y promesas de ayuda, los norteamericanos ya han logrado concertar acuerdos por los que se les conceden bases en Omán, Kenia, Somalia y Egipto. Omán, al parecer, junto con la base en la isla Masirah pondrá a disposición de las fuerzas navales norteamericanas uno de los puertos que será base para los dragaminas en caso de que se proceda a minar el estrecho de Ormuz. El puerto de Mombasa en Kenia servirá de base de abastecimiento para los buques de guerra de EE.UU. que patrullen el Indico, así como de lugar de descanso de sus tripulaciones. La base en Berbera (Somalia) está destinada para operaciones en el golfo de Adén y el mar Rojo. La base concedida por Egipto en Ras Banas se convertirá en trampolín para el transporte de tropas por aire hacia las regiones de Asia Sudoccidental. Según lo programado, la base será reconstruida para que en ella puedan aterrizar bombarderos estratégicos «B-52», aviones-espía «SR-71» y gigantescos aviones de trasporte militar. Conforme a los cálculos, el costo de la reconstrucción rebasará los 400 millones de dólares.

Junto con el incremento de su propia presencia bélica, destacaron los participantes en la mesa redonda, EE.UU. involucran insistentemente a sus socios de los bloques agresivos en sus preparativos militares. Y no sin éxito. Así, el Gobierno de Margaret Thatcher, sintiendo, quizás, nostalgia por la época de grandeza imperial de Gran Bretaña y deseando restaurar la presencia bélica inglesa «al Este de Suez», ha enviado sus buques de guerra a la zona del golfo Pérsico. El ministro de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña, lord Carrington, declaró que el Gobierno está dispuesto a utilizar sus fuerzas armadas en apoyo a las tropas de EE.UU. en caso de complicaciones militares en la zona del golfo Pérsico o en cualquier otro lugar.

La RFA tampoco ha querido quedarse atrás en «hacer flamear su bandera» en el Indico y envió allí dos destructores y dos barcos auxiliares. Ahora, una vez abolidas las restricciones en cuanto a la construcción de una flota de guerra germanooccidental, al Gobierno de la República federal le aconsejan directamente —como lo hace, por ejemplo, la revista inglesa *The Economist*— poner sus miras «al Este de Suez». y aprovechar la carta blanca que ha obtenido para botar buques que puedan prestar apoyo a las fuerzas navales de EE.UU. en el Indico.

Los integrantes del bloque ANZUS realizaron en el Indico a fines de agosto de 1980 las mayores maniobras navales. Australia, en particular, estuvo representada en las maniobras por el mayor número de buques de guerra y aviones de combate que ha puesto en movimiento en una sola vez desde la II Guerra Mundial. Al término de las maniobras, las unidades navales australianas emprendieron un patrullaje de tres meses en el océano Indico para hacer una «demostración de fuerzas». Anteriormente, el Gobierno de Fraser había manifestado su disposición de dar albergue a una gran base estratégica de la US Navy en la costa Oeste del país.

En Japón, determinados círculos se inclinan a incorporarse a la carrera de preparativos bélicos, desatada por Estados Unidos. Al intervenir en agosto de 1980 en el seminario nipón-norteamericano sobre cuestiones de seguridad, celebrado en Tokio, Kanemaru, uno de los líderes del Partido Liberal Democrático gobernante, declaró que la zona de seguridad de Ja-

pón no se limita al Extremo Oriente, sino que se extiende también hacia el Indico y el golfo Pérsico.

Sin embargo, los militaristas de EE.UU. no se contentan con todo esto. Emprenden esfuerzos desesperados para formar nuevos bloques y alianzas, en adición a los que ya existen. *A. M. Aziz* señaló en este sentido que la alianza Washington—Tel Aviv—El Cairo, configurada en base a la confabulación de Camp David, se ha hecho una realidad. Israel siempre ha desempeñado y sigue desempeñando el papel de cabeza de puente, de «Estado-base» de las fuerzas del imperialismo en el Oriente Medio y Cercano. Los EE.UU. quisieran convertir en un punto de apoyo para su expansión también a Egipto, cuyos dirigentes han declarado su disposición de conceder a Estados Unidos «todas las facilidades» para realizar operaciones militares contra cualquier país de la región.

El imperialismo y la reacción no abandonan la idea de formar un «pacto de seguridad del mar Rojo» y un bloque político-militar en la región del golfo Pérsico. En particular, el jefe del Estado Mayor General de las Fuerzas Armadas de la RAE H. Abu Gazalla propuso a Arabia Saudita crear conjuntamente con Egipto una flota de guerra en el mar Rojo. Esas agrupaciones, según subraya el Part do Socialista Yemení, tendrán la misión de desempeñar el papel de guardianes de los intereses del imperialismo, en primer lugar, los petroleros, en el Oriente Medio y Cercano. Pretenden cerrar esa vasta región en una especie de triángulo estratégico que forma el sistema de bases norteamericanas, con centro en la isla Diego García en el Sur, la alianza israelí-egipcia en el Oeste, y la alianza en formación de China, Pakistán y EE.UU. en el Este.

A pesar de la indiscutible desarticulación de las numerosas alianzas bélicas en Asia (desintegración de la CENTO, disolución de la SEATO y la cesación de hecho del ASPAC), dijo D. Gunasecara, los EE.UU. siguen cifrando sus esperanzas en la política de bloques, considerándola como uno de los eslabones más importantes de su estrategia. Procuran presionar a la Asociación de Países del Sudeste Asiático (ASEAN) con el propósito de convertirla en un bloque agresivo, primero político y, más tarde, probablemente, militar, enfilado contra los países socialistas de Indochina. Se emprenden maniobras para reanimar la SEATO. Se traman planes para crear una nueva agrupación bélica en el Atlántico del Sur. Esa alianza, que por analogía con la OTAN llevaría el nombre de OTAS (Organización del Tratado del Atlántico Sur), incluiría a la racista RSA y, a través de ésta, se coligaría con el sistema de bases militares y bloques del imperialismo en el océano Indico.

Los asistentes a la mesa redonda llegaron a la conclusión de que la envergadura y el ritmo de escalada de la carrera de preparativos bélicos llevada a cabo por las fuerzas del imperialismo en la región del Indico revelan su intención de *convertir ese estado de elevada tensión en un factor permanente,* que caracterice la situación en esa región.

«DEMOSTRACION DE FUERZAS»: CAUSAS Y OBJETIVOS

¿Qué es lo que ha generado ese incremento inusitado de la actividad político-militar de las potencias imperialistas en el Indico? ¿Qué objetivos persiguen al caldear la situación y atizar la psicosis de guerra?

Al responder a estas interrogantes, los participantes en la mesa redonda subrayaron que las actuales acciones de los imperialistas en el Indico forman parte de sus esfuerzos comunes tendentes a neutralizar y minar los resultados de la lucha que los pueblos de los países liberados de Asia y Africa sostienen por fortalecer la independencia nacional y conquistar su independencia económica. El caldeamiento de la situación en la región constituye la reacción del imperialismo al hecho de que en una serie de estados jóvenes hayan arribado al poder fuerzas patrióticas progresistas que se dieron a la tarea de realizar profundas transformaciones socio-económicas; al hecho de que algunos de los países liberados optaron por la vía de desarrollo de orientación socialista. A los omnipotentes del gran business de ultramar les amedrenta la perspectiva cada vez más real de perder la posibilidad de expoliar las riquezas nacionales de países y pueblos que tenían antes bajo su dominio. Y los países de la región del Indico son en primer lugar sinónimo de petróleo para ellos.

Tan sólo en 1979, observó D. Gunasekara, las operaciones con petróleo ajeno aportaron más de 10 mil millones de dólares de beneficios netos a las corporaciones petroleras norteamericanas, esto es, casi un 70% más que en el año anterior. Por ello es que hablan del petróleo árabe e iraní como si no perteneciera a los árabes e iraníes, sino a las potencias imperialistas, principalmente a EE.UU., que, presuntamente, tie-

nen «derecho» a adoptar cualquier medida para mantener su acceso a las riquezas ajenas. El incremento de preparativos bélicos en la región del Indico representa en sí, dentro de ese contexto, según estimaciones del Partido Comunista de Sri Lanka, una amenaza directa a los países que osen atentar contra los intereses de los monopolios norteamericanos.

La escalada de la tensión bélica es, por otra parte, un instrumento para llevar a la práctica la política imperialista de desestabilización de los países de la región y para derrocar a los regímenes progresistas y patrióticos. La historia, dijo *V. Gupta,* conoce no pocos ejemplos de cómo los imperialistas intentaron por las armas desviar el desarrollo de los acontecimientos en unas u otras regiones del mundo afro-asiático en dirección beneficiosa para ellos. Entre éstos figuran la agresión triple contra Egipto, la injerencia armada norteamericana en el Líbano en 1958, la agresión de EE.UU. a Vietnam, etc. No es casual que los documentos de la Conferencia Internacional por la Paz y la Seguridad en Asia, que sesionó en Delhi del 23 al 25 de marzo de 1980, señalaran que la situación que está creándose en la zona del golfo Pérsico recuerda mucho la que existía en 1964 en el golfo de Tonkín, donde una provocación sirvió de pretexto para la escalada de la agresión norteamericana en Vietnam.

El pueblo indio sabe muy bien que los buques norteamericanos son buques de guerra, y las bases militares de EE.UU., cabezas de puente para atacar a los países independientes. En la India suscita seria preocupación la incursión bandidesca de comandos norteamericanos en el Irán. Porque no hay garantía alguna de que otros estados, que mantienen una línea no deseable para Washington, no se conviertan en blanco de semejantes operaciones subversivas.

Los comunistas reunioneses han advertido en reiteradas ocasiones, recordó *J. Ramin,* que las bases militares de potencias imperialistas juegan el papel de puntos de apoyo para actividades subversivas. Precisamente desde la base francesa, situada en Reunión, partió el grupo de mercenarios para realizar la operación que derrocó al régimen progresista de Ali Soilih en las Comores. Y desde la base norteamericana de la isla de Masirah, agregó A. M. Aziz, se llevaron a cabo incursiones piratescas con el fin de aplastar la lucha de los patriotas de Dhofar y se efectuaron provocaciones contra la RPDY. La transacción entre EE.UU. y Somalia sobre la creación de bases militares norteamericanas en territorio somalí instiga a Mogadiscio a ampliar su agresión contra la Etiopía socialista.

En su afan de frenar los avances socio-políticos progresistas operados en los continentes africano y asiático, el imperialismo, como destacaran los participantes, busca allí apoyo entre los regímenes reaccionarios y racistas, en primer lugar, en la RSA, Israel, una serie de estados de la península Arábiga, Pakistán y, hasta hace poco, en Irán. Después de los acontecimientos revolucionarios de Etiopía y Afganistán y luego de haber sido derrocada la monarquía iraní, el incremento de la presencia militar de potencias imperialistas en la región del Indico está llamado a infundir seguridad a los racistas y reaccionarios de que en caso de complicarse peligrosamente la situación, pueden contar con la ayuda de sus protectores de ultramar.

Otro campo de las actividades subversivas, efectuadas para debilitar y dificultar la resistencia de los estados de la región a las imposiciones imperialistas, es azuzar a unos países contra otros. En el contexto del caldeamiento general de la tensión, eso puede llevar en cualquier momento a una peligrosa explosión [1].

Z. S. T. Skweyiya subrayó que los imperialistas conceden especial significado a que en la RSA se mantenga en el poder el régimen racista, al que se le concede un papel importante en los planes de convertir el Indico en esfera de dominio imperialista. Debido a su posición geográfica, la RSA es considerada como «segundo Gibraltar», como «guardián» de la importantísima ruta marítima que bordea el cabo de Buena Esperanza. Para que las fuerzas armadas de la RSA puedan cumplir cabalmente la misión de fuerza policiaca y las funciones de guardián que le han asignado, las potencias imperialistas prestan una considerable ayuda al régimen de Botha en diversas esferas, incluyendo la militar. Según informaciones de la prensa, la dirección de la OTAN celebró conversaciones secretas con el Gobierno sudafricano a fin de convertir la base Simonstown en un nuevo punto de apoyo de ese bloque militar.

Especial inquietud suscitan en la opinión pública mundial, prosiguió Z. S. T. Skweyiya, las informaciones acerca de la intensa colaboración de los racistas sudafricanos con los sionistas israelíes en la investigación y producción de armamento nuclear. Las informaciones dadas a la publicidad permiten su-

[1] Así, en septiembre de 1980 estalló el conflicto armado entre Irak e Irán.

poner que Israel y la RSA cuentan con cierto potencial nuclear y, quizás, han llevado a efecto las primeras pruebas de artefactos nucleares. La aparición de armas de aniquilación masiva en regímenes que proclaman abiertamente y practican la política racista y agresiva y desencadenan serios conflictos con los países vecinos, introduciría un elemento desestabilizador extremadamente peligroso en la situación ya de por sí bastante tensa. Tampoco debemos olvidar las ambiciones nucleares de Pakistán, situado en otra «región candente» del mundo afro-asiático.

Los participantes en la Mesa Redonda calificaron de tendencia extremadamente peligrosa los intentos del imperialismo de aprovechar para sus fines el curso político aventurero de la dirección pequinesa en la arena internacional[2]. La RPCh y EE.UU., dijo V. Gupta, de hecho mantienen ahora las mismas posiciones, caldeando con esfuerzos comunes la tensión y atizando la histeria bélica. Es cada vez más obvio que en sus planes los imperialistas le conceden a China un papel de importante pilar en la parte Nordeste del Indico. Pekín, por su parte, aboga abiertamente porque allí se incremente la presencia militar norteamericana. La dirección china respalda incondicionalmente la ampliación de la base en Diego García, la devolución de la base Utapao a los norteamericanos, la prorrogación del arriendo de la base Takhli en Tailandia, la conservación de las bases de EE.UU. en territorio de Australia, etc.

A su vez, Pekín espera recibir un alto tributo por su colaboración con EE.UU., concretamente, la libertad total de acción en Asia. la posibilidad de realizar sus ambiciones hegemonistas. Los líderes pequineses consideran el área del Indico, al igual que el Sudeste Asiático, como la esfera de expansión más asequible en estos momentos. Para materializar sus ambiciones, China incrementa intensamente su potencial naval. Según testimonios del influyente periódico indio *National Herald,* la flota del sur de la RPCh cuenta ahora con 300 unidades y seguirá aumentando. Con ritmo acelerado se lleva a cabo la construcción de submarinos, por el número de los cuales China ya ocupa el tercer lugar en el mundo. Para sus fuerzas navales compran en Occidente novísima tecnología y armamentos.

En el curso de los debates, los participantes subrayaron que la acrecida actividad militar de los estados imperialistas, y en

[2] Para más detalles, véase el artículo de N. Krishnan «¿Se "desmaoíza" la política exterior de Pekín?». *Revista Internacional,* № 11, 1980.

primer lugar de EE.UU., en el área del Indico ha de verse en relación con el bandazo que ha dado el curso político de Washington en la arena internacional, enfilado a hacer resucitar el clima de guerra fría y agudizar la confrontación con el mundo socialista. Se hacen intentos de romper el equilibrio estratégico militar existente en perjuicio de los estados de la comunidad socialista. En ello consiste una de las causas más importantes del acrecido interés de los belicistas norteamericanos hacia el Indico, el cual es considerado como región potencial —y ahora ya real, en considerable medida— para el despliegue de los componentes estratégicos de las fuerzas armadas de EE.UU. Algunas zonas del Indico, especialmente las situadas en sus partes Norte y Noroeste, se encuentran —teniendo en cuenta el siglo coheteril y nuclear en que vivimos— muy cerca del territorio de la Unión Soviética.

Los participantes en el encuentro se mostraron unánimes en cuanto a la opinión de que la creciente presencia militar de las potencias imperialistas en el océano Indico constituye un *factor de presión constante* sobre la política y, en cierta medida, la economía de los estados de la cuenca que han dejado o están dejando de orientarse por Washington y otras capitales occidentales. Es un *instrumento para asegurar por medio de la fuerza* las medidas tendentes a desestabilizar y derrocar a regímenes progresistas en los países de la región que al mismo tiempo refleja los intentos de lograr *cambios en la correlación de fuerzas a escala global* en favor del imperialismo.

ESCALADA DE FALACIAS

Es completamente lógico que los febriles preparativos bélicos en el área del Indico provoquen inquietud en la opinión pública, y también en los políticos realistas. Conscientes de ello, los imperialistas realizan un intenso bombardeo propagandístico en los países situados en la cuenca del Indico. En el curso del intercambio de opiniones se centró la atención en una serie de tendencias altamente nocivas de esa propaganda.

Ahora, dijo A. al-Rashid, se hace especial hincapié en sacar partido de la tristemente célebre tesis sobre la «amenaza soviética».

Recurriendo al fantasma de la «amenaza comunista, la propaganda imperialista cifra sus esperanzas en la falta de información que tiene una parte de la opinión pública de los países

afro-asiáticos, así como en los prejuicios e ideas falsas, que abundan en ciertas capas y grupos sociales.

Ahora se atribuye especial importancia, observó A. M. Aziz, a la influencia de la propaganda en la población de los países musulmanes. A los imperialistas les hacen el juego sus agentes y la reacción interna de algunos de esos países. Testimonio de ello son los intentos de convertir la organización Conferencia Islámica en arena de ataques contra la URSS, contra el régimen revolucionario afgano, evitando que se centre la atención de los miembros de la organización en los problemas más acuciantes —sobre todo para los árabes— como la cuestión de la devolución de las tierras árabes, ocupadas por Israel en 1967, incluyendo las reliquias de Jerusalén, que tanto significado tienen para la religión islámica; la de las vías y medios para lograr una solución justa del problema palestino; la de restablecer los derechos legítimos del pueblo árabe de Palestina pisoteados por los sionistas. La «actitud hostil de Moscú frente al islam» es una falacia tan absurda como el mito de «la amenaza soviética».

Como destacaron los participantes, capas cada vez más amplias de la opinión pública del mundo afro-asiático empiezan a entender la mala intención de esa intimidación. Los hechos, dijo D. Gunasekara, hablan por sí mismos. Al tergiversar la esencia de los acontecimientos en Afganistán, los medios burgueses de información masiva no escatiman esfuerzos en sus intentos de presentarlos como demostración de que la URSS procura «llegar a las aguas templadas del océano Indico» y «establecer su control» sobre las fuentes de recursos energéticos que aseguran el funcionamiento normal de la economía de los países capitalistas desarrollados. Sin embargo, en cuanto la situación en Afganistán empezó a entrar gradualmente en su cauce normal, la Unión Soviética, por acuerdo con el Gobierno afgano, evacuó algunas unidades de contingente limitado de tropas que se encuentran en ese país. La Unión Soviética no tiene una sola base en la región del Indico, y como manifestara más de una vez Leonid Brézhnev, ni aspira a tenerlas en el futuro. No ha sido la URSS, sino los EE.UU. con sus aliados los que han desplegado preparativos bélicos a gran escala en la región y atizan la sicosis de guerra.

Son muchos los hechos que evidencian que ese programa militarista fue concebido hace tiempo por la Casa Blanca. Porque también la cuestión de crear una flota especial en el océano Indico se debatió ya en los años 60 y principios de los 70.

Asimismo, datan de los años 1974—1975 los primeros pasos dados en la elaboración de planes para preparar grupos especiales para ser trasladados a la zona del golfo Pérsico con el objeto de «defender» los intereses del imperialismo norteamericano en caso de un nuevo embargo petrolero o de que lleguen al poder regímenes progresistas en países productores de petróleo. En 1978, los Estados Unidos suspendieron unilateralmente el diálogo soviético-norteamericano sobre la desmilitarización del Indico. La revista norteamericana *U. S. News and World Report* escribía al respecto que la Casa Blanca había perdido todo interés hacia las negociaciones porque los acuerdos que se lograsen en las mismas «atarían las manos a EE.UU.».

Los intentos de culpar a la Unión Soviética de estar caldeando la tensión en el Indico toman algunas veces formas más sutiles y, por eso, más peligrosas, observó V. Gupta. Se afirma, por ejemplo, que la intensa militarización del Indico es resultado de la rivalidad de «dos superpotencias» en esa región. Oponer resistencia a las «superpotencias» es el estribillo preferido de la propaganda pequinesa, aunque el tema de luchar contra los planes militaristas del imperialismo de EE.UU. figura formalmente y suena bastante tímidamente en las declaraciones de los dirigentes chinos, mientras que sus voces antisoviéticas se hacen oír con toda claridad. Por desgracia, algunos países afro-asiáticos también se inclinan a veces a poner el signo de igualdad entre la política de los EE.UU. y la URSS, responsabilizando en igual medida a estos dos países del aumento de la amenaza bélica en la región del Indico. Con ello queda a la sombra la cuestión de existencia de bases norteamericanas en la región, que ofrecen ventajas estratégicas militares a Estados Unidos, en tanto que la aceleración de la carrera de armamentos por el Pentágono es calificada de «reacción» a la presencia militar soviética.

Dicho planteamiento de la cuestión, destacaron los participantes del debate, carece absolutamente de base. Es bien sabido que el océano Indico constituye la única vía acuática que no se hiela, que comunica al mar Negro, el cual baña las costas de la URSS, con el Extremo Oriente. La navegación de barcos civiles y buques de guerra soviéticos en las aguas de ese océano —sea en los marcos de transporte planificado desde un extremo del país a otro o de travesías de entrenamiento y preparación—, no crean amenaza a ningún país del litoral.

El falso enfoque que hace en parte responsable a la URSS

por el caldeamiento de la situación en el Indico, señaló D. Gunasekara, repercute a veces también en las proposiciones de algunos estados de la región acerca de las medidas de desmilitarización del Indico. Como resultado de ello, según destacan los comunistas de Sri Lanka, esas proposiciones adquieren, en cierta medida, un carácter inconsecuente y tendencioso, se debilita su orientación antiimperialista y disminuye su eficacia. Algunos países no se deciden a criticar directamente las acciones militaristas de EE.UU., rechazarlas enérgicamente y, a veces, hasta se pronuncian contra la colaboración con los estados de la comunidad socialista. Por eso, hoy por hoy están lejos de aprovecharse al máximo las premisas existentes que permiten efectuar esfuerzos mancomunados a los estados del Indico y a los países socialistas en la lucha por llevar a la práctica el plan de crear allí una zona de paz.

V. Gupta señaló que Washington, para justificar su línea provocadora en el ámbito internacional, recurre con creciente frecuencia e insistencia al pretexto de defender los «intereses de vital importancia» para EE.UU. en las diversas regiones del planeta, incluyendo el Indico y el golfo Pérsico. Es característico que si antes las doctrinas de política exterior norteamericanas mencionaban, aunque fuera formalmente, los intereses de otros países, ahora se habla de los intereses de EE.UU. y sólo de los intereses de EE.UU. Washington considera de segundo orden la actitud que tienen frente a esta cuestión los pueblos de las regiones proclamadas de «vital importancia» para Estados Unidos.

Al presentar semejantes pretensiones, los círculos gobernantes de los EE.UU. arguyen que de los 54 tipos de materias primas de importanción utilizadas por la industria norteamericana, 38 provienen precisamente de la región del Indico. Pero el alto peso específico de cualquier región en las relaciones económicas, incluyendo el suministro de materias primas, a nadie le da derecho a actuar allí a su antojo. Es completamente lógico que los países de la región interpreten la concepción adoptada por la actual Administración norteamericana, que admite y contempla el uso de la fuerza para «defender los intereses nacionales de EE.UU.», como un peligroso regreso a la «diplomacia de las cañoneras».

Los participantes en la conferencia llegaron a la conclusión de que el objetivo de la campaña de desinformación y calumnias, desplegada por los órganos propagandísticos burgueses, consiste no sólo en justificar las acciones militaristas de las

potencias imperialistas en el área del Indico, sino también persigue el propósito de *dividir* las fuerzas que oponen resistencia —tanto a nivel gubernamental, como a nivel social— a la carrera de preparativos bélicos. El imperialismo procura *clavar una cuña* en las relaciones de esas fuerzas con sus fieles y firmes aliados de lucha: la URSS y otros estados de la comunidad socialista.

VOLUNTAD DE RESISTENCIA

El curso enfilado a la escalada de actividades militares y el atizamiento de la tensión en la zona del Indico contradicen el deseo natural de los estados del litoral de garantizar su seguridad y hacer desaparecer el peligro inminente de una guerra.

D. Gunasekara recordó que ya en 1971, por iniciativa de Sri Lanka, respaldada por un grupo de estados no alineados, la Asamblea General de la ONU aprobó la declaración que proclamaba al océano Ind'co zona de paz. A mediados de los años 70, esa idea fue apoyada por la aplastante mayoría de los países de Asia y Africa, así como por una serie de estados europeos. La idea fue respaldada oficialmente por la Unión Soviética y otros países socialistas.

Poco después de su arribo a la Casa Blanca, el Presidente de EE.UU. J. Carter también expresó que la Administración norteamericana estaba de acuerdo en la «moderación recíproca» en el Indico e incluso en su «total desmilitarización». Pero, como lo demostraron los acontecimientos posteriores, se trató únicamente de una maniobra diplomática, puesto que la «moderación» se convirtió en un incremento del poderío bélico sin precedentes. De hecho, Washington bloqueó las labores del Comité Especial de la ONU para el Océano Indico, el cual tenía la misión de preparar una conferencia internacional para tratar medidas tendentes a llevar a la práctica la idea arriba mencionada.

Los participantes en la Mesa Redonda expresaron que existen fundamentos objetivos, reales para crear un amplia abanico de fuerzas socio-políticas en la lucha por eliminar el peligro de guerra en el océano Indico. Los gobiernos de la mayoría de los países de esa región, numerosos partidos políticos y organizaciones sociales, estadistas y destacadas personalidades del clero, así como las masas trabajadoras se pronuncian por convertir el océano Indico en zona de paz. En la India, di-

jó V. Gupta, hasta las personas que generalmente comparten las posiciones pronorteamericanas no pueden ocultar su irritación e inquietud cuando se aborda el tema del incremento del poderío bélico de los Estados Unidos en el Indico. Las bases norteamericanas, enclavadas en la región, especialmente la de Diego García, son para todos los indios como una espina en el ojo.

A. al-Rashid centró la atención en el hecho de que hasta algunos regímenes reaccionarios, sobre todo en el mundo árabe, se sienten inquietos y preocupados por el incremento del peligro bélico en el Indico, manifiestan su descontento por las acciones burdas de la Administración norteamericana, puesto que engendran ánimos antiimperialistas entre las masas populares. Claro, la actitud de diversos países frente a los aspectos concretos del problema de conversión del Indico en zona de paz no es igual.

Algunos estados se pronuncian activamente por liquidar totalmente las bases militares extranjeras, por establecer el sistema de seguridad colectiva, otros abogan sólo por limitar los armamentos, y los terceros exigen «equilibrar» la presencia militar de las grandes potencias. Esas diferencias se deben, ante todo, a la heterogeneidad política de los estados del área, así como a la presión que experimentan por parte de las potencias imperialistas.

En el curso de los debates se subrayó que están llamados a formar el núcleo del amplio bloque de fuerzas que luchan por la paz y la seguridad en la cuenca del Indico todos aquellos que mantienen consecuentemente posiciones antiimperialistas progresistas. El Congreso Nacional Africano considera necesario, manifestó Z. S. T. Skweyiya, que esas fuerzas patrióticas progresistas se agrupen y formen un frente común, elaboren conjuntamente una estrategia y táctica bien definida de lucha contra las acciones de los círculos imperialistas que atentan contra la paz internacional. La declaración del encuentro de representantes de fuerzas democráticas nacionales del golfo Pérsico y la península Arábiga, celebrado en abril de 1980, recordó A. al-Rashid, formulaba claramente la tarea más importante del movimiento de liberación en esa región: desplegar la lucha «por l qu:dar las bases militares norteamericanas y otras formas de presencia militar imperialista en el golfo Pérsico, el mar Rojo, Arábigo y en el océano Indico».

Los comunistas de Sri Lanka, dijo D. Gunasekara, en su XI Congreso llegaron a la conclusión de que la situación que se está creando plantea insistentemente la necesidad de coordinar las posiciones y acciones de los partidos comunistas y obreros de los países de Asia y, por consiguiente, de convocar una conferencia regional de esos partidos. En caso de que resultara difícil celebrar esa conferencia, sería conveniente convocar, por lo menos, una conferencia de partidos comunistas y obreros de los países del Sudeste Asiático.

Al concluir las labores de la Mesa Redonda, sus participantes subrayaron que, tal como señalan las experiencias de la historia, la voluntad colectiva encarnada en la acción común de países y pueblos constituye el arma eficaz en la lucha por la paz, la seguridad y la liberación nacional. En la actual situación en que los imperialistas norteamericanos junto con los hegemonistas pequineses, atizando la sicosis de guerra, encauzan sus esfuerzos hacia la militarización del océano Indico, la tarea de luchar activamente por crear una zona de paz en esa región se torna cada vez más apremiante. Esa idea ha nacido de la práctica y, a pesar de todas las dificultades y obstáculos, su realización constituye un objetivo real y asequible.

Revista Internacional, Nº 12, 1980.

WASHINGTON: RUMBO A LA CONFRONTACION

El creciente antisovietismo en la política exterior de Washington, el aumento de la presión de la guerra fría y el aceleramiento de la carrera de los armamentos nucleares no pueden dejar de preocupar a la amplia masa de personas interesadas en la paz y la seguridad. A la «Revista Internacional» llegan muchas cartas en las que se pide revelar el intríngulis de la «línea dura» de la nueva Administración estadounidense y mostrar qué se encuentra realmente tras su política.

A continuación se expone un material informativo de análisis, como respuestas a las preguntas concretas de los lectores, preparado por la Comisión de la revista para los problemas de la información científica y la documentación.

LA VERDAD ACERCA DE LA GRAN MENTIRA

Muchos órganos de prensa, la radio y la televisión de nuestro país, así como de nuestros vecinos, los EE.UU., siembran el temor ante la «amenaza bélica soviética». Sin embargo, durante el tiempo que he vivido, que es más de treinta años, la URSS nunca ha cometido acto de agresión alguno. A muchos les surge una duda: ¿esa amenaza es de carácter militar o sólo político? Y, en general, ¿existe esa amenaza?

Ch. ROBERTSON
Canadá

Estimado Ch. Robertson:

Usted tiene razón al dudar de si es real «la amenaza bélica soviét ca». Nos detendremos primero en el aspecto político de la cuestión. Usted recordará que en el Decreto de la Paz, primer documento internacional promulgado por el Estado soviético en el primer día de su existencia, éste propuso la paz a todos los pueblos del mundo. ¿Acaso era aquél un simple llamamiento calculado para los crédulos? Por supuesto que no; dimanaba orgánicamente de la esencia humana de la doctrina de los comunistas, cuyo objetivo es la liberación y la felicidad del hombre.

Diversas organizaciones políticas y sociales se pronunciaban

por un programa de lucha por la paz, pero esa lucha adquirió consistencia —lo que dista mucho de ser casual— sólo después de aparecer en la palestra mundial el socialismo victorioso. Los comunistas de la URSS y de todos los países que construyen el socialismo están convencidos de que los pueblos pueden y deben vivir en paz; vivir libres y felices. Precisamente hacia esos objetivos orientan sus energías los partidos comunistas y obreros.

La línea general de la política exterior soviética, que obtuvo una nueva y convincente confirmación en el XXVI Congreso del PCUS, encuentra su materialización en las numerosas proposiciones constructivas y en la actividad práctica de la Unión Soviética, apoyadas por la comunidad socialista y otros estados amantes de la paz. ¿Con qué, pues, están vinculadas las invenciones acerca de la «amenaza bélica soviética», «la perfidia de Moscú», «el militarismo rojo» y «el peligro comunista»?

POR LAS PAGINAS DE LA HISTORIA

Para dar respuesta a esta interrogante, nos remitiremos nuevamente a la historia. Si usted echa una ojeada a las amarillentas colecciones de periódicos burgueses que aparecían en los primeros años después del Gran Octubre, hallará en ellos al «oso rojo» amenazando a la «civilización mundial» y caricaturas del «bolchevique salvaje» con un cuchillo en la boca, a veces incluso con cuernos: el demonio dispuesto a matar a la cultura cristiana. «El bolchevismo significa el caos, la degollina mundial y la total destrucción de la civilización», asustaba, por ejemplo, a sus lectores el periódico *New York Times* del 16 de marzo de 1919. ¿Para qué se necesitaron todas esas versiones del «peligro soviético»? De eso se habla francamente en el memorándum secreto enviado en aquellos años a todas las embajadas británicas: «Los gobiernos aliados han decidido firmemente hacer todo lo posible para derrocar al Gobierno soviético . . . en el más corto plazo»[1]. Como es sabido, los imperialistas emprendieron en aquel entonces la cruzada contra el primer Estado socialista del mundo. Pero después de fracasar, continuaron su política de «estrangular» a la Unión Soviética. Crearon en torno a ella «cordones», amalgamaron «coaliciones» y «frentes» antisoviéticos bajo la misma bande-

[1] Para más detalle, véase *When Britain Invaded Soviet Russia*, de Andrew Rothstein. London and West Nyack, 1979.

ra de la «amenaza bolchevique». Por último, la reacción imperialista puso sus miras en el fascismo, detestable engendro del capitalismo. Los hitlerianos proclamaron abiertamente que su objetivo era aplastar a sangre y fuego al proletariado revolucionario, eliminar «el tumor canceroso de la democracia» y terminar con el Estado soviético.

El fascismo fue derrotado en los duros y encarnizados combates de la II Guerra Mundial. 20 millones de soviéticos dieron sus vidas por esa victoria. Pero aún no se había dispersado el humo del incendio bélico cuando el imperialismo norteamericano, que ya había enfilado su rumbo para establecer en el mundo su propio orden, encabezó los nuevos intentos de «rechazar el comunismo».

Ahora se han hecho públicos muchos documentos diplomáticos y militares secretos de los años de posguerra. Ellos muestran que ya a partir de 1945, los EE.UU., que confiaban en su monopolio nuclear, elaboraban planes concretos para la agresión nuclear contra la Unión Soviética. Así, el 19 de septiembre de 1945, el comité de jefes de estados mayores de los EE.UU. recomendó al Presidente Truman comenzar todos los preparativos para asestar, en caso de necesidad, el primer golpe con el empleo del arma atómica. En 1949 se elaboró el conocido plan «Dropshot», según el cual debería lanzarse sobre la Unión Soviética 300 bombas atómicas y 250.000 bombas «habituales».

Tal vez usted sepa que en aquellos años, semejantes planes estaban a punto de ponerse en práctica. Los contemporáneos afirman que el Presidente norteamericano extendió más de una vez su mano hacia el botón nuclear. Thomas Power, ex vicecomandante en jefe de la aviación estratégica de los EE.UU., recuerda que a él se le ordenó en dos oportunidades poner en disposición de combate las unidades del mando de la aviación estratégica. En uno de los apuntes del propio Truman, hechos durante la guerra de Corea y publicados tres decenios después en el periódico norteamericano *Houston Chronicle,* se señalaba: «... la solución conveniente podría ser un ultimátum de diez días» a la Uníon Soviética, y si éste no produjera efecto, entonces «destruiremos todos los puertos o ciudades necesarios para alcanzar nuestros objetivos pacíficos...».

¡Idea verdaderamente extraña de los «objetivos pacíficos»! La humanidad tuvo la suerte de que la Unión Soviética terminara con el monopolio norteamericano del arma nuclear y de que el temor de los imperialistas ante la inevitable réplica de

castigo detuviera la agresión. Pero si nos remitimos nuevamente a la revista norteamericana *Collier's,* publicada en octubre de 1951, y, en general, a la prensa burguesa de aquellos tiempos, volveremos a ver las acusaciones de la «amenaza soviética», que eran utilizadas como tapadera para preparar la agresión contra la URSS. Churchill acusada desenfrenadamente a la Unión Soviética de haber creado la «cortina de hierro»[2]. A la URSS se le atribuían las intenciones de ocupar Europa Occidental, de establecer el control sobre el continente asiático, el Japón, etc. Todo eso no era más que una gran patraña.

¿QUIEN ACELERA LA CARRERA ARMAMENTISTA?

Abordemos el aspecto militar del problema. La propaganda imperialista, desde los años de posguerra, viene acusando a la URSS de desplegar la carrera armamentista. Pero, ¿cuál es la realidad?

He aquí algunos hechos señalados por los participantes en el Parlamento Mundial de los Pueblos por la Paz, celebrado en Sofía en 1980.

Los Estados Unidos explosionaron su primera bomba atómica en 1945; la URSS, en 1949. Los EE.UU. efectuaron la primera explosión termonuclear en 1952; la URSS, a fines de 1953. Los Estados Unidos disponen del arma intercontinental desde 1955; la Unión Soviética, desde 1957. El primer submarino atómico norteamericano con misiles balísticos entró en explotación en 1960; naves soviéticas de ese tipo comenzaron a crearse cuatro años más tarde. En 1970 se comenzó a equipar los misiles intercontinentales estadounidenses con ojivas múltiples de guiado individual; semejantes sistemas comenzaron a producirse en la Unión Soviética sólo cinco años más tarde. Las armas más modernas, como la bomba de neutrones, los misiles Cruise y los misiles de alcance medio Pershing-II, fueron creados en los Estados Unidos. No en vano G. Kistiakowsky, personalidad competente y ex consejero del Presidente Eisenhower en cuestiones de la ciencia y la técnica, reconocía que los Estados Unidos han sido los primeros —a lo largo de toda la historia de los armamentos nucleares— en introducir la mayor parte de los nuevos sistemas de armas, excepto algunos de sus tipos defensivos, a los que la Unión Soviética les de-

[2] El propio término «cortina de hierro» fue tomado descaradamente por el líder de los conservadores británicos del artículo de Goebbels publicado en la revista hitleriana *Das Reich,* del 23 de febrero de 1945.

signa por tradición una parte mucho más considerable de sus esfuerzos [3].

Es sabido que actualmente en el mundo se ha creado un equilibrio estratégico-militar entre la URSS y los EE.UU., entre el Tratado de Varsovia y la OTAN. Sin embargo, la propaganda burguesa promueve con frecuencia la tesis de que la URSS supera a los EE.UU. por el crecimiento del potencial bélico y de que ellos se ven obligados a alcanzarla. Pero en 1980, el Centro de Información Defensiva de los EE.UU. publicó un informe detallado que no dejó piedra sobre piedra de semejantes argumentos. Este documento indicaba que los gastos de los países de la OTAN en armamentos superaban considerablemente los gastos de los países del Tratado de Varsovia. De acuerdo con esos datos, en 1979 los primeros gastaron en armamentos 215.000 millones de dólares; los segundos, 175.000 millones (aquí debe aclararse que los métodos del cálculo utilizados por los expertos en estadística estadounidenses conducen a una considerable exageración de los gastos que los países socialistas hacen en defensa).

El informe del Centro de Información Defensiva, escribe el periódico *Daily World*, es una muestra de que son totalmente falsas las afirmaciones de los dirigentes de la OTAN de que la Unión Soviética adelanta a los EE.UU. en los gastos en los armamentos [4].

Añadiremos que no hay ninguna base militar soviética en territorio ajeno ni cerca de las fronteras terrestres o marítimas de los EE.UU. En cambio, los Estados Unidos mantienen más de 2.500 puntos de apoyo militares distribuidos en 114 países, incluidos los 386 puntos que rodean la Unión Soviética.

Todos estos hechos hablan de por sí. Analicemos ahora qué se oculta, en realidad, tras el alboroto acerca de la «amenaza militar soviética». Teniendo en cuenta lo expuesto, no es difícil dar una respuesta.

En primer lugar, lo necesita el complejo militar-industrial que obtiene fabulosos beneficios a costa de la carrera armamentista. En segundo lugar, al hacer aumentar el temor —aunque sea de manera artificial— de una agresión del extranjero, se genera el sentimiento de peligro y de inseguridad en la población de los países capitalistas, lo que permite a la burguesía distraer la atención de los crisis, del desempleo, de la inflación y de la lucha de clases y conservar su influencia y el

[3] Véase *The New York Times Magazine*, 27 de noviembre de 1977.
[4] *Daily World*, 24 de julio de 1980.

poder. En tercer lugar, al aumentar el temor ante la «amenaza soviética», el capital aspira a mantener en la órbita de su dominación y explotación a los pueblos que se han liberado de la dependencia colonial. Por último, y esto es lo principal y lo más evidente, tras el constante atizamiento del mito de la «amenaza soviética» se encuentra la tendencia a quebrar el sistema mundial del socialismo, alcanzar la superioridad militar respecto a la comunidad socialista o, en todo caso, debilitar sus posiciones, obligándole a mantener un ritmo irracional de acrecentamiento de los arsenales militares.

He ahí, estimado Ch. Robertson, de dónde surge y por qué continúa, desde hace más de sesenta años, esta gran patraña.

EL «TERRORISMO INTERNACIONAL»: HECHOS E INVENCIONES

Como es sabido, ya la primera etapa de actividad de la Administración de Reagan se ha destacado por una serie de declaraciones que tienen un carácter marcadamente hostil y calumnioso respecto a la Unión Soviética y al movimiento de liberación nacional mundial. El Secretario de Estado, A. Haig, acusó incluso a la URSS de apoyar constantemente en el sentido moral y material al «terrorismo internacional», como califican la lucha liberadora y antiimperialista de los pueblos.

Muchos lectores —T. Bradshaw (Gran Bretaña), L. Boudjedra (Marruecos), A. Friedrich (Austria) y otros— se han dirigido a la revista pidiendo aclarar en sus páginas este problema. Publicamos una información que revela la esencia del «terrorismo internacional».

EL MOVIL DE LA «ACUSACION»

Señalaremos ante todo el móvil oculto invisible a primera vista, que impulsó al Secretario de Estado norteamericano a unir en su declaración el terrorismo, la política de la Unión Soviética y el movimiento de liberación. Se trata aquí, por lo demás, del intento de turno de separar del socialismo mundial las fuerzas de liberación nacional.

El cálculo es simple: naturalmente, la URSS debe repudiar la organización y realización de actividades terroristas, sea donde sea. Los estadistas de Norteamérica no esperan, por supuesto, que esa actitud signifique que la Unión Soviética «dé la espalda» al movimiento de liberación nacional. Sin embargo, ¿y si ese repudio categórico al «terrorismo» desempeñara

en cierta medida el papel de «gato negro» que atraviesa el camino entre la primera potencia socialista del mundo y los combatientes por la liberación nacional? ¡Eso es lo que desean los estrategas del imperialismo! Teniendo en cuenta que no se ha elaborado aún una formulación universalmente admitida de qué es el terrorismo internacional, ellos acarician la esperanza de que por lo menos una parte de la opinión pública de Asia, Africa y América Latina se «trague» la inclusión de la lucha liberadora en ese concepto.

Sin embargo, la comprensión que tienen del terrorismo las masas que luchan por la liberación nacional y social y contra la explotación imperialista, no es, ni mucho menos, idéntica a las nociones de A. Haig y sus congéneres.

Pero, ¿que significa «terrorismo internacional»? En la mayor parte de los muchos intentos de determinarlo se reconoce, por lo menos, lo siguiente: son acciones violentas expresadas en asesinatos u otros atentados con fines políticos contra la vida de personas y que afectan en una u otra medida las relaciones internacionales. ¿Admite la Unión Soviética semejantes acciones? No, no las admite; pues para la URSS, como Estado socialista, democrático, está excluido de principio el empleo del terror en las relaciones internacionales, igual que otras formas de injerencia en los asuntos internos de otros países. Está claro que no son terroristas, sino combatientes por la libertad de sus pueblos los que tratan de conquistar una vida mejor, la democracia y el progreso, así como de liquidar la opresión imperialista y derrocar los regímenes reaccionarios.

UNA MENTIRA RABIOSA

Es sabido que tras los numerosos actos terroristas en Italia, RFA, Francia y otros estados capitalistas se encuentran organizaciones de corte tanto neofascista como ultraizquierdista [5]. ¿Será necesario señalar que los objetivos y credos políticos de ambas corrientes son incompatibles con los principios de la ideología y la moral comunistas, base de la sociedad socialista? ¿Que esa incompatibilidad excluye absolutamente todo

[5] Tanto las unas como las otras, sobre todo las primeras, están organizadas a nivel no sólo nacional, sino también internacional. La llamada Internacional Negra, por ejemplo, aúna clandestinamente a grupos neofascistas de Italia, Francia, España y Portugal y es apoyada por determinados círculos de los EE.UU. y la RFA. En sus marcos existe, desde luego, también la coordinación de la actividad terrorista.

vínculo entre la Unión Soviética y los terroristas de los países capitalistas, contrariamente a las insinuaciones e incluso a las afirmaciones directas de personalidades de potencias capitalistas?

Pueden cerrar los ojos ante esto sólo los anticomunistas empedernidos y rabiosos de entre los «científicos» que suministran a la Administración USA los «argumentos» necesarios para los círculos imperialistas. Estos «científicos» fundamentan la patraña acerca del apoyo que presta la Unión Soviética al terrorismo internacional recurriendo incluso a la historia que supuestamente «muestra» la «propensión innata» de los rusos a los actos terroristas. Mientras tanto, no sólo un experto-sovietólogo, sino que cualquier maestro de historia, por muy poco que esté preparado, debe saber que los comunistas de Rusia han rechazado categórica e irrevocablemente —desde el mismo momento que surgió el Partido Bolchevique— el terrorismo como método de acción política en las relaciones entre los pueblos. También el movimiento comunista internacional en su conjunto rechaza resueltamente ese método.

Es natural que la Unión Soviética haya replicado con dureza a los infundios del Secretario de Estado de EE.UU., calificándolos como un engaño burdo, malintencionado. Como adversario principista de la teoría y práctica del terrorismo, la URSS ha condenado y condena los actos terroristas, pues provocan víctimas humanas, perturban la actividad normal de las representaciones diplomáticas, el desarrollo de los contactos internacionales y el transporte.

UNA BURLA A LAS ESPERANZAS DE LOS PUEBLOS

Examinemos ahora la fórmula «la lucha de liberación es terrorismo internacional». Los representantes de la Administración estadounidense no pueden pretender aquí a la originalidad. La identificación de la lucha de liberación nacional con el terrorismo no es un «mérito» de ellos. Es un «invento» del imperialismo en su conjunto, que ha calificado invariablemente como terroristas las acciones de los combatientes por la liberación nacional, independientemente del país del ex imperio colonial donde se realicen. Hoy, ese mismo rótulo se le pone a la lucha que sostienen el pueblo palestino por sus derechos nacionales, el pueblo de Namibia por la independencia nacional, la población africana de la RSA contra el ignominioso sis-

tema de apartheid, las masas populares de una serie de países latinoamericanos contra los regímenes dictatoriales archirreaccionarios, las fuerzas patrióticas de toda la zona de liberación nacional contra los vestigios del colonialismo, la injerencia imperialista y por la dignidad humana.

Representantes de potencias imperialistas han tratado de introducir la fórmula anteriormente mencionada en el Derecho Internacional; así lo muestra la historia del examen de dicha cuestión en la ONU. Estos intentos no han tenido éxito. Ya en diciembre de 1960, la Asamblea General de la ONU aprobó, por iniciativa de la URSS, la Declaración sobre la concesión de la independencia a los países y pueblos coloniales. El derecho inalienable a la autodeterminación y a la independencia de todos los pueblos que se encuentran bajo el yugo de regímenes colonialistas y racistas u otras formas de dominación extranjera, así como la legitimidad de su lucha por alcanzar esos objetivos fueron confirmados en 1977 por el Comité especial para el terrorismo internacional. Ese es uno de los principios más importantes de la contemporaneidad, y con él concuerdan plenamente las acciones de obligada violencia que se realizan en el curso de la lucha liberadora. A diferencia del terrorismo internacional, esas acciones están orientadas no al menoscabo del orden legal internacional, sino a su consolidación.

De atenerse a la «lógica» del Washington oficial, resulta que las decenas de nuevos estados que han aparecido en el mapa político del mundo como resultado de la lucha de liberación nacional de los pueblos no son otra cosa que un engendro del terrorismo. Eso es mofarse de las aspiraciones de centenares de millones de personas de Asia, Africa y América Latina, una muestra de que se carece de deseo o de capacidad para comprender el carácter objetivo e históricamente condicionado que tienen los cambios progresistas en el mundo contemporáneo. Los intentos de las fuerzas más agresivas del imperialismo de levantar una barrera en la vía hacia tales cambios y de recuperar el papel de regentes de los destinos de los pueblos están condenados al fracaso.

¿QUIEN UTILIZA EL ARMA DEL TERROR?

Al acusar a la Unión Soviética y al movimiento de liberación nacional de ser fuentes del terrorismo internacional, los círculos imperialistas actúan como el ladrón que grita «¡Al ladrón!».

Pues nadie más que el imperialismo es el culpable de crear el caldo de cultivo para la arbitrariedad, la violencia y, es más, para implantar el terrorismo en la palestra internacional.

Es oportuno recordar que en los Estados Unidos hace ya tres decenios que la actividad terrorista subversiva contra otros estados, ante todo contra los países socialistas y los países en desarrollo, tiene la bendición de la ley llamada de seguridad mutua, aprobada por el Congreso en 1951. La exportación del terror, por consiguiente, aparece aquí, desde hace bastante tiempo, como una cuestión reglamentada y oficialmente homologada. ¡No son muchos los países que se deciden a elevar legislativamente el terrorismo al rango de política estatal! [6]

Los correspondientes servicios de los EE.UU., ante todo la Agencia Central de Inteligencia (CIA), han intentado reiteradas veces organizar atentados contra la vida del dirigente cubano Fidel Castro. Tampoco fueron «desatendidas» otras personalidades progresistas de los países en desarrollo. Como confirman diversos datos, la CIA está implicada en el rapto y el asesinato del ex Primer Ministro de Italia y líder del Partido Demócrata Cristiano, Aldo Moro, cuyos puntos de vista realistas no le convenían a Washington.

El imperialismo USA ofreció en Chile un ejemplo «clásico» de injerencia (con un amplio despliegue de actos terroristas) en los asuntos de otros estados para cambiar su régimen social y su política interior y exterior. Es bien sabido, en particular, que CIA y las multinacionales gastaron millones de dólares en la labor de zapa contra el Gobierno de la Unidad Popular, logrando su derrocamiento y el establecimiento de la dictadura fascista terrorista que ha pisoteado despiadadamente las conquistas democráticas del pueblo chileno.

Tanto en el pasado como en el presente, el imperialismo estadounidense es el principal sostén del terrorismo internacional, cuyas manifestaciones más peligrosas están vinculadas con la actividad de las fuerzas y los regímenes que se apoyan en la ayuda política, financiera y militar, oculta o abierta, de Washington.

En el Cercano Oriente no pasa prácticamente ni un solo día sin que las fuerzas armadas de *Israel* no efectúen actos terro-

[6] Algo semejante sucede, tal vez, sólo en Israel, cuya Knesset (Parlamento) aprobó en marzo de 1978 la resolución que exhorta a exterminar físicamente a los dirigentes de la Organización para la Liberación de Palestina; y en la RSA, donde las leyes racistas prevén la aplicación de métodos terroristas para aplastar las acciones de la población africana.

ristas contra los palestinos y la población pacífica del Líbano. La criminal política de negar los derechos nacionales al pueblo palestino es aplicada hoy por terroristas profesionales, como son muchos destacados dirigentes de Israel. Esta política sería imposible sin la benevolencia de los EE.UU.

Los círculos imperialistas prestan un apoyo criminal al régimen racista de la *RSA,* que aplica la polìticia de terror y violencia contra la población africana del país. De ese mismo modo actúan los racistas de Pretoria en Namibia ocupada. La RSA continúa la guerra no declarada contra Angola y Mozambique. Sólo en 1978-1980 los agresores han bombardeado en 290 oportunidades ciudades y aldeas de Angola y efectuado más de 50 operaciones de desembarco. Como resultado de esas acciones han perecido más de 1.800 personas.

Uno de los primeros huéspedes oficiales extranjeros de Reagan fue el gobernante de *Corea del Sur,* Chun Doo Hwan. Este dictador y representante de la camarilla militarista y los ultrarreaccionarios se hizo mundialmente famoso por sus represiones contra los disidentes, particularmente por el sangriento terror que fue desencadenado por orden suya en Cheongju en mayo de 1980 [7]. Hace ya tres decenios y medio que el régimen antipopular conserva el sur de la península de Corea como uno de los puntos de apoyo de los EE.UU. en Asia. Aquí se encuentran cerca de 40.000 soldados norteamericanos, importante elemento de la «viabilidad» de la tiranía de Seúl.

En Afganistán, como señaló, al hacer uso de la palabra en el XXVI Congreso del PCUS, Babrak Karmal, Secretario General del CC del PDPA, «. . .el imperialismo mundial — encabezado por el de los EE.UU., brutal terrorista internacional—, las fuerzas del hegemonismo y la reacción de todo pelaje continúan una actividad rabiosa y agresiva contra nuestra revolución; no cesa su injerencia abierta en los asuntos de nuestro país. Estas fuerzas retrógradas siguen la guerra no declarada contra nosotros, instruyen, equipan, arman y envían bandas de contrarrevolucionarios a nuestro territorio».

---

[7] Para no «incomodar» a este verdugo del pueblo coreano, el Congreso norteamericano incluso aplazó hasta que finalizara su visita la publicación del informe anual preparado por la Administración anterior acerca de las violaciones de los derechos del hombre en el mundo, pues este documento contenía también pasajes críticos respecto a Corea del Sur. Como ha comunicado la prensa, esta imprudencia le costó a la Administración Carter una severa amonestación de Reagan y Haig. ¡Qué no se hace por una persona amiga, aunque sea un criminal!

En América Latina gozan del apoyo de Washington —junto con la camarilla sanguinaria de Pinochet en Chile— otros regímenes militar-dictatoriales ultrarreaccionarios. Los EE.UU. apoyaron hasta el último día al verdugo del pueblo nicaragüense, Somoza, derrocado en 1979 por la Revolución Sandinista. Ahora tratan por todos los medios de impedir una «nueva Nicaragua» en *El Salvador,* donde la junta pronorteamericana incrementa las represiones con el fin de aplastar el movimento patriótico de liberación nacional. Más de mil consejeros de los EE.UU., que han pasado la «escuela» de la guerra en Vietnam, ocupan posiciones claves en las tropas de la junta y dirigen directamente las operaciones punitivas contra los patriotas, que prácticamente significan el genocidio del pueblo salvadoreño.

Estos son algunos hechos acerca de quién y con qué fines utiliza el terror, arma del imperialismo y la reacción. La patraña de la participación de la URSS en el «terrorismo internacional» fue necesaria para asegurar libertad a las fuerzas de la reacción en distintas regiones del globo terráqueo en el aplastamiento de los movimientos de liberación nacional. Al mismo tiempo, la campaña desplegada por la Administración de Washington es uno de los medios que los círculos imperialistas más agresivos utilizan a fin de hacer retroceder el proceso de distensión internacional. Esas acciones contradicen radicalmente a las aspiraciones de los pueblos a la libertad, al progreso y a la paz.

UN REBROTE DE LA «EPIDEMIA NEUTRONICA»

Nuestra revista ha comentado más de una vez la poderosa ola de protestas suscitada en el mundo entero por la publicación, en julio de 1977, de los planes del Gobierno de los EE.UU. para producir el arma neutrónica y emplazarla en el territorio de los países miembros de la OTAN. 700 millones de personas pusieron sus firmas bajo el llamamiento del Consejo Mundial de la Paz exigiendo impedir la creación de nuevos medios de exterminio masivo, incluida la bomba de neutrones. Bajo la presión de la opinión pública mundial, el Presidente de los EE.UU., J. Carter, se vio obligado a aplazar —en abril de 1978— por un tiempo indefinido la producción del arma neutrónica. Y aunque no cesaron prácticamente los trabajos para crear los componentes fundamentales de esta arma, no se decidió a plantear ante sus aliados la cuestión referente al emplazamiento de la bomba de neutrones en Europa Occidental.

Con el acceso al poder de la Administración Reagan, el pro-

blema del arma neutrónica volvió a adquirir extraordinaria agudeza y actualidad. Al referirse a «la recomendación de suma insistencia del Gobierno actual», el nuevo ministro de Defensa de los EE.UU., C. Weinberger, declaró en la conferencia de prensa celebrada el 3 de febrero de 1981 que el Pentágono se proponía revisar la decisión errónea —según su opinión— de Carter y comenzar la modernización de las fuerzas nucleares de la OTAN en Europa con la incorporación de la bomba de neutrones. «Considero — subrayó— que las posibilidades que proporciona esta arma ... son tan grandes que es muy probable que queramos aprovecharlas» [8].

¿En qué consisten esas posibilidades? ¿Cuáles son los verdaderos propósitos del Pentágono relacionados con la creación de la bomba de neutrones? ¿Qué consecuencias acarreará al mundo su empleo?

Antes de contestar a esas preguntas recordaremos qué representa, en general, la bomba de neutrones.

FUERZA DE ALTA RADIACION

La bomba de neutrones es un nuevo tipo de armas de exterminio masivo. Su peculiaridad consiste en que provoca una radiación neutrónica diez veces más elevada que la bomba atómica y la de hidrógeno, pero su efecto térmico, la fuerza explosiva y la cantidad de precipitaciones radiactivas es mucho menor que una carga estrictamente atómica de potencia análoga. Debido a que la bomba de neutrones tiene un limitado efecto explosivo, ella «respeta» los valores materiales —fábricas, edificios públicos y comerciales, etc.—, pero afecta a las personas que se encuentren a 1—2 kilómetros del centro de la explosión.

Los expertos en tecnología nuclear consideran que el empleo de la bomba de neutrones es mucho más simple que el de la bomba atómica o de hidrógeno. Se puede lanzarla desde un avión, hacerla explotar a determinada altura sobre el objetivo, enviarla al objetivo con un misil o con proyectiles de artillería.

Tales son las características del arma neutrónica, condicionadas por las leyes de física. Veamos ahora qué se encuentra tras estos «austeros» datos técnicos y qué peligro representa para la humanidad esta arma. Pero primero veamos los argumentos de los abogados de la bomba de neutrones, que expresan el punto de vista del Pentágono y del complejo militar-industrial de los EE.UU.

[8] *International Herald Tribune*, 4 de febrero de 1981.

LA LLAMADA BOMBA-MILAGRO ...

Es una bomba «limpia». Destruye todo lo vivo, y lo hace de una manera maravillosamente «humana», sin dejar ni charcos de sangre ni montones de huesos y conservando intactos los edificios.

Es una bomba «barata». No hay que preocuparse por los gastos. Su producción no será una carga insoportable para los contribuyentes.

Es una «bomba-milagro». Por cada millón de dólares mata más personas que cualquier otra arma de exterminio masivo.

Es una bomba «segura». Se la puede utilizar en cualquier latitud geográfica con un grado de intensidad que excluye toda probabilidad de serias réplicas de castigo por parte del enemigo.

Es una bomba «defensiva». Será utilizada con fines tácticos — para rechazar ataques — en territorios limitados, particularmente en Europa Central. Ademas, su empleo será una manera de atemorizar y ayudará a impedir el desencadenamiento del conflicto nuclear global.

... O SIMBOLO DE LA PERVERSIDAD MENTAL

Veamos ahora otras opiniones.

Eric Burhop (Gran Bretaña, presidente de la Federación Mundial de Científicos, especialista en física nuclear): «Las víctimas más felices de esta arma será una insignificante minoría que morirá de inmediato. La inmensa mayoría será condenada a una muerte terrible y dolorosa durante muchas semanas, meses, años ...» [9].

George Kistiakowsky (EE.UU., conocido científico, ex consejero del Presidente Eisenhower): «... Es simplemente monstruoso decir que la bomba de neutrones es un arma humana, como intentan presentarla algunos de los partidarios de su producción ... El arma neutrónica es tan inhumana como las ojivas atómicas y tal vez sea más horrible ...» [10].

Egon Bahr (Secretario federal del Partido Socialdemócrata de la RFA): el arma neutrónica es «el símbolo de la perversidad mental» [11].

[9] *In the Name of Life Itself Ban the Neutron Bomb!* World Peace Council, Helsinki, septiembre de 1977, p. 17.

[10] *Atlantic*, junio de 1978, p. 9—10.

[11] *Frankfurter Rundschau*, 5 de febrero de 1981.

Comentarista del periódico londinense «Times»: esta bomba «es la superarma capitalista que pone el valor de los objetos por encima de los valores del hombre» [12].

¿EN QUE CONSISTE EL PELIGDO FUNDAMENTAL?

Es dudoso, por supuesto, que sea razonable dividir las bombas en destructivas y no destructivas, en «humanas» e «inhumanas». Sin embargo, no cabe duda de que el arma neutrónica es mucho más *peligrosa* que todas las demás. Su peligro fundamental consiste en que en virtud de algunas peculiaridades —pequeñas dimensiones, facilidad de empleo, efecto explosivo limitado—, la propia idea de utilizar esta arma con fines tácticos, en el campo de batalla, no es tan inverosímil.

Según señalara P. Warnke, ex director de la Agencia norteamericana para el desarme y el control de los armamentos, esta arma «de menor potencia, mayor precisión y destrucciones secundarias supuestamente menores debilitará nuestra propia moderación al decidir su empleo» [13]. De aquí sólo hay un paso para admitir la posibilidad de utilizar la bomba de neutrones, con la que se puede llevar a cabo, supuestamente, guerras nucleares limitadas y controladas. Como resultado, se elevará el peligro de deslizarse hacia el conflicto nuclear global. Según declarara con toda franqueza un congresista norteamericano, «el arma neutrónica hace que la guerra nuclear sea concebible, aceptable, posible y, en fin de cuentas, inevitable».

EL EQUILIBRIO MILITAR A UN NUEVO NIVEL

La creación de la bomba de neutrones genera una nueva espiral de la carrera armamentista, da un impulso complementario a la elaboración ulterior de nuevos tipos de armas de exterminio masivo. «... Si se crea esa bomba en Occidente, se creará contra nosotros, y eso no lo oculta nadie —declaró L. Brézhnev, Secretario General del CC del PCUS y Presidente del Presídium del Soviet Supremo de la URSS, al corresponsal del *Pravda* en diciembre de 1977—; por lo tanto allí deben darse cuenta de que la URSS no permanecerá como observador pasivo. Nos veremos ante la necesidad de dar una respuesta

[12] *In the Name...*, p. 10.
[13] *The Congressional Record*, 18 de julio de 1977, p. H-7325.

a este reto con el fin de garantizar la seguridad del pueblo soviético, de sus aliados y amigos. Como resultado, todo esto elevará la carrera armamentista a un nivel más peligroso...» [14]

No se puede dudar de la justedad de las palabras del dirigente del Estado soviético. Según muestra toda la historia de posguerra, cualquier éxito de los EE.UU. en la creación de nuevos tipos de armamentos ha sido reducido a la nada por la Unión Soviética en un plazo relativamente corto de tiempo. Así ocurrió con la bomba atómica, con la bomba de hidrógeno, con los submarinos equipados con misiles, con las ojivas múltiples, etc. Así sucederá, indudablemente, también con la bomba de neutrones si la OTAN la incluye en sus arsenales.

Todo eso indica una vez más que el perfeccionamiento del arma nuclear y la carrera armamentista, cuyo iniciador es invariablemente el imperialismo USA, dejaron hace tiempo ya de tener sentido. «Las diferencias en el grado de pertrechamiento militar de las dos grandes fuerzas contrapuestas —advierte el físico nuclear soviético, académico M. Márkov— se nivelan con tanta rapidez como se nivela la temperatura de un pedazo de metal cuyos extremos fueron calentados de distinta manera. Cada perfeccionamiento del arma de exterminio en masa y la carrera armamentista sólo pueden elevar la "temperatura bélica" del planeta y el peligro de una catástrofe global.»

EL POLIGONO NUCLEAR DE LOS EE.UU.

Los generales del Pentágono comprenden perfectamente que es absurdo producir la bomba de neutrones sin tener en cuenta su emplazamiento ulterior. La única zona donde por el momento se supone desplegar esta arma es Europa Occidental. Por lo tanto, la conformidad de los gobiernos de esa región tiene bastante importancia. ¿Qué piensan ahora, pues, los dirigentes de los gobiernos y partidos políticos de Europa acerca de la declaración de C. Weinberger?

El periódico germanooccidental *Frankfurter Rundschau* escribió: «Es poco probable que la declaración de C. Weinberger sea gratuita. Ella debe causar preocupación en los europeos. Los nuevos rumores acerca del arma neutrónica complican la discusión de todo el tema del desarme. El arma neutrónica no

[14] L. I. Brézhnev. *Por el camino de Lenin.* Moscú, 1978, t. 6, p. 644 (en ruso).

es deseable para Europa... Eso lo muestra claramente la manera de reaccionar de los países aliados. Los gobiernos de los estados europeos están desconcertados y preocupados... Entre la población crece el sentimiento de temor. Por eso hay que dejar rápidamente el tema del arma neutrónica en el último cajón de la mesa política» [15].

«... Después de todas las inquietudes que los gobiernos de los países de Europa Occidental experimentaron antes de que el Presidente Carter cambiara su decisión, es poco probable que ellos quieran pasar una vez más a través de todo esto. En la actualidad, el Canciller Helmut Schmidt tiene ya serias dificultades debido a las acciones de las fuerzas de izquierda contra el arma nuclear; a otros países, como Bélgica y Holanda, les es difícil estar de acuerdo con las resoluciones de la OTAN sobre el emplazamiento de los misiles Cruise en Europa Occidental», advierte el rotativo londinense *Financial Times* [16].

«... Es poco probable que el arma neutrónica sea emplazada en el territorio de Inglaterra», dijo M. Thatcher [17].

El ministro de Asuntos Exteriores de Noruega, Knut Frydenlund, declaró que su Gobierno mantenía una actitud negativa respecto al emplazamiento de la bomba de neutrones en Europa Occidental. El 10 de febrero de 1981, la Cámara Baja del Parlamento holandés se pronunció contra el despliegue de las ojivas de elevada radiación.

Los políticos europeos preguntan con razón: ¿recomendarían los norteamericanos utilizar el arma neutrónica en su propio territorio? ¿O esta arma está destinada a las personas de segunda categoría, como son consideradas, a juzgar por todo, los habitantes de Europa Occidental? Si las «destrucciones secundarias» relacionadas con su empleo no son tan grandes, como afirman en los EE.UU., ¿por qué, entonces, el Pentágono renunció en 1969 al proyecto de crear ojivas tácticas de «radiación limpia» para defender las ciudades estadounidenses?

Recordaremos a los lectores que la cuestión de crear las ojivas de elevada radiación fue discutida a mediados de los años 60, cuando el ejército de los EE.UU. estaba trabajando en crear el sistema de defensa anticoheteril «Sentinel». Uno de los componentes de ese sistema debería ser el cohete balístico de alcance cercano Sprint, destinado a destruir los misiles del enemigo, al acercarse éstos a las ciudades, evitando la explo-

[15] *Frankfurter Rundschau*, 7 de febrero de 1981.
[16] *Financial Times*, 5 de febrero de 1981.
[17] Ibid., 6 de febrero de 1981.

sión de sus ojivas y las destrucciones en las ciudades. Sin embargo, en el país surgió —debido al carácter dudoso que tenía la última tesis —una oposición tan amplia a este proyecto que en 1969 fue desechado.

Está claro que no se puede hablar de ninguna posibilidad de «limitar las destrucciones secundarias» al utilizarse el arma neutrónica en regiones densamente pobladas. Esto lo reconocen muchos políticos y especialistas militares norteamericanos. Por ejemplo, el senador M. Hatfield indicó: «El arma neutrónica es capaz de provocar destrucciones cuyas dimensiones es difícil imaginarse» [18]. Pero si los EE.UU. han renunciado hace tiempo ya al empleo de ojivas neutrónicas en su territorio, en cambio, procuran con insistencia imponerlas en Europa.

LOS ELEMENTOS FUNDAMENTALES ESTAN YA PRODUCIENDOSE

No obstante las evidentes consecuencias catastróficas que supondría para la población pacífica de Europa Occidental el empleo de ojivas con elevada radiación y pese al vasto movimiento de protesta de la opinión pública amante de la paz, prácticamente continúa la elaboración de ellas. El Pentágono planificó para 1981—1983 la fabricación de unas 340 ojivas complementarias para los misiles de alcance cercano Lance, emplazados en la RFA, Inglaterra, Italia, Bélgica y Holanda. Estas ojivas tendrán la posibilidad de convertirse, en un corto plazo, en un arma de elevada radiación (neutrónica) [19]. De ese modo, sin producir directamente el arma neutrónica, sus elementos fundamentales, fáciles de convertir en ojivas neutrónicas, se acumulan incesantemente.

Precisamente esos elementos atraen hoy la atención del complejo militar-industrial, de los militaristas y de las personalidades más belicistas de la nueva Administración. A todos ellos les une la convicción de que los misiles dotados de ojivas neutrónicas permitirán «conservar la superioridad de los EE.UU. en los sistemas nucleares en disposición de combate hasta finales de los años 80» [20].

[18] *The Washington Post*, 7 de julio de 1977.
[19] *Department of Defense Annual Report FY 1981*, p. 146.
[20] *Military Posture FY 1979, Report by General G. Brown.* Washington, 1978, p. 9.

Sin embargo, la experiencia muestra que poner las esperanzas en el monopolio de cualquier arma, incluida la neutrónica, en nuestro siglo de progreso científico-técnico significa entregarse a ilusiones hueras. No existe más que una alternativa: la prohibición de la bomba de neutrones. Tal es la exigencia de todas las personas honradas de la Tierra. Tal es la posición de la Unión Soviética y de toda la comunidad socialista. El 14 de marzo de 1978, las delegaciones de Bulgaria, Checoslovaquia, Hungría, Mongolia, Polonia, RDA, Rumania y la URSS, presentaron conjuntamente al Comité para el Desarme el proyecto de convención sobre la prohibición de la producción, la acumulación, el despliegue y el empleo del arma neutrónica. Semejante proposición se presentó también el 11 de abril de 1980 en la carta del ministro de Asuntos Exteriores de la URSS al Secretario General de la ONU, referente a las tareas del segundo decenio del desarme. La disposición de «concertar un acuerdo que prohíba de una vez para siempre esta arma» [21] fue declarada una vez más por el camarada L. Brézhnev en el XXVI Congreso del PCUS.

Las iniciativas de paz de los estados de la comunidad socialista esperan respuesta. Y las dilaciones son inadmisibles. Aumenta el peligro de un deslizamiento hacia el conflicto nuclear. En estas condiciones, la palabra decisiva debe ser expresada urgentemente por la opinión pública progresista mundial, por millones de personas en todas las latitudes de nuestro planeta. Hay que arrebatar de las manos de los maniáticos nucleares la mecha neutrónica capaz de provocar la llama de la catástrofe global.

Revista Internacional, Nº 4, 1981.

[21] *Pravda*, 24 de febrero de 1981.

LAS VIAS DE LUCHA CONTRA LA POLITICA DE AGRESION

Horst Schmitt,
Presidente del Partido Socialista Unificado de Berlín Occidental

Numerosos hechos de la vida internacional contemporánea evidencian elocuentemente el incremento de las tendencias agresivas en la política exterior de las fuerzas imperialistas, en primer lugar de los Estados Unidos. El imperialismo se prepara materialmente y de manera omnímoda para la guerra, despliega a escala inusitada la carrera de armamentos y acrecienta cualitativa y cuantitativamente su potencial bélico. Se intensifica la injerencia en los asuntos internos de países soberanos, se crean fuerzas especiales para intervenciones armadas, se acrecienta la presencia militar de las potencias imperialistas en los mares, se refuerzan las bases militares ya existentes y se crean otras nuevas.

Como destaca el documento «El Partido Socialista Unificado de Berlín Occidental y las tareas para los años 80» [1], publicado por nuestro partido con motivo de la preparación de su VI Congreso, la situación internacional en el próximo decenio estará marcada por la lucha de dos tendencias: la aspiración de los pueblos a la paz, al progreso, y los intentos de la reacción imperialista de detener el desarrollo progresivo de la humanidad. Los círculos agresivos imperialistas, dice el documento, «han pasado en los umbrales de los años 80 a la contraofensiva, tomando el rumbo de la confrontación».

En su empeño de camuflar las verdaderas causas del recrudecimiento de la tensión internacional y de asegurarse la cobertura ideológica de la estrategia expansionista del imperialismo, la propaganda burguesa trata de volcar sobre la Unión Soviética la responsabilidad por el agravamiento de la situación en el mundo. Pero la realidad desbarata esas invenciones.

El XXVI Congreso del PCUS ha corroborado nuevamente la esencia pacífica de la política exterior del socialismo. Sobre el telón de fondo de las nuevas proposiciones constructivas soviéticas encaminadas a sanear el clima internacional se re-

[1] Sonderdruck *Die Wahrheit*, 5 de enero de 1981.

velan aún más nítidamente los verdaderos culpables de la amenaza de guerra y el peligro que entraña su rumbo aventurero.

Sería erróneo buscar las raíces de esa agresividad en factores temporales y pasajeros, en los giros de la política corriente de los estados imperialistas. Las causas tienen raíces mucho más profundas: en los principios mismos de su política exterior, en sus bases clasistas. No se trata de la mala voluntad o de las tendencias belicosas de ciertos estadistas, sino que de la esencia social de aquellas fuerzas que dictan el curso político de las potencias capitalistas, de los imperativos más importantes que determinan su estrategia. Esos imperativos —de carácter económico, político e ideológico— constituyen en toda su variedad el fundamento en que se basa la acrecida agresividad de los imperialistas.

El agravamiento de la crisis general del capitalismo, la acentuación de todas sus contradicciones y la reducción de la esfera de explotación, originada por la pérdida de nuevos y nuevos eslabones del sistema capitalista mundial y por la quiebra del colonialismo, llevan a las fuerzas imperialistas a intentar hallar una salida de las crecientes dificultades mediante la militarización de la economía y la expansión externa. Como destacaran los participantes de la Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas y Obreros celebrada en 1969, «la agresiva política del imperialismo obedece al afán de debilitar por todos los medios las posiciones del socialismo, paralizar el movimiento de liberación nacional de los pueblos, obstaculizar la lucha de los trabajadores en los países capitalistas y frenar el irreversible proceso de decadencia del capitalismo» [2].

En los últimos años los círculos reaccionarios imperialistas se sienten particularmente alarmados por el hecho de que el relajamiento de la tensión internacional en los años 70 y la profundización de la distensión crean premisas favorables para el fortalecimiento del socialismo y el aumento de su influencia, para los éxitos de la lucha de los pueblos por la liberación social y nacional. En sus intentos de impedir este desarrollo de los acontecimientos, las fuerzas más reaccionarias de los estados imperialistas, y principalmente de los Estados Unidos, tratan de desviar la política exterior hacia el agravamiento de la situación internacional, la liquidación de la dis-

[2] *Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas y Obreros. Moscú, 1969.* Praga, 1969, p. 8.

tensión y la agudización de la confrontación entre los estados de los dos sistemas en la arena internacional.

El carácter agresivo de la política exterior del imperialismo está condicionado por la naturaleza misma de sus relaciones económicas y sociales, por los intereses de sus clases dominantes. Al caracterizar los rasgos más importantes de la etapa monopolista en el desarrollo del capitalismo, V. I. Lenin subrayaba que «el imperialismo es la época del capital financiero y de los monopolios, los cuales introducen en todas las partes la tendencia a la dominación y no a la libertad» [3].

Aunque en nuestros días el campo de acción del imperialismo se ha estrechado notoriamente y algunos de sus rasgos como, por ejemplo, el reparto del mundo por los trusts internacionales y de reparto de todo el territorio del planeta por las potencias imperialistas más grandes han quedado relegados al pasado, el afán de dominio por parte del capital financiero y de los monopolios no se ha debilitado, ni mucho menos. Por el contrario, las fuerzas reaccionarias con especial enconamiento tratan de *contener y hacer retroceder el desarrollo de cambios históricos, de conservar y estabilizar el sistema de opresión y de explotación de los pueblos.*

Se valen para ello de métodos de política exterior propios del imperialismo y cifran sus esperanzas ante todo en la presión militar como instrumento decisivo para alcanzar sus objetivos. Al mismo tiempo, la acumulación de potencial bélico y la incontenible carrera armamentista son consecuencia de la combinación tanto de factores externos como internos, propios del carácter de la producción capitalista y de las peculiaridades de su desarrollo en la etapa contemporánea.

En las condiciones de empeoramiento de la coyuntura económica, cuando una profunda crisis aqueja a la economía capitalista, la parte influyente de los círculos gobernantes de las potencias imperialistas considera los gastos militares como un instrumento regulador y un estimulante de la actividad productiva, como medio para crear el gran mercado de armamentos, el cual absorbe el «exceso» de capitales que las ramas civiles de la producción no están en condiciones de absorber. Brown, ex ministro de Defensa de los EE.UU., afirmaba, por ejemplo, en febrero de 1980, al intervenir ante la Comisión Presupuestaria del Senado, que las asignaciones militares «influyen favorablemente» en la economía, ya que los gastos

[3] V. I. Lenin. *Obras Completas*, Buenos Aires, Cartago, t. 23, p. 418.

complementarios para armamentos contribuyen, presuntamente, al aumento de la producción en las industrias con un alto índice de capital y de equipos por unidad producida. Le hace también coro el actual jefe del Pentágono Weinberger, al anunciar la intención de la nueva Administración de elevar el presupuesto militar hasta la monstruosa suma de 250 mil millones de dólares para el año 1984.

Está claro que el aumento de los presupuestos militares no salva, ni mucho menos, la economía de los países capitalistas de las recesiones y conmociones. Al contrario, la militarización de la economía acarrea no pocas consecuencias destructivas. Sin embargo, es indudable también el hecho de que una parte influente de la clase dominante, relacionada con el *business* armamentista y que representa el complejo militar-industrial, recibe pingües beneficios de la preparación material de la guerra.

Una peculiaridad importante del desarrollo socio-económico de los países del imperialismo en los últimos decenios consiste en que *el papel del complejo militar-industrial en la vida económica y su influencia sobre la política exterior e interna de esos estados han aumentado sensiblemente.* Una serie de factores han contribuido a situar en el primer plano a una serie de grandes monopolios relacionados con la producción militar y a afianzar sus posiciones. Esas corporaciones disponen de notables ventajas en la lucha competitiva contra otros grupos monopolistas, lo cual tiene especial importancia dentro del contexto de conmociones y dificultades de crisis que aquejan la economía capitalista en su conjunto. El *business* militar no sufre las periódicas caídas de la producción, pues se basa en pedidos gubernamentales ventajosos y estables, en asignaciones del presupuesto estatal. Recordemos que los gastos militares directos de los Estados Unidos constituyen casi un tercio del presupuesto, y si se toman en consideración los gastos secretos y camuflados, la cifra total será considerablemente mayor. Según apreciaciones de los expertos, esos gastos llegan al 10% del producto nacional bruto.

La elevación del papel del complejo militar-industrial está condicionada también por el hecho de que la militarización de la economía contribuye a recrudecer la explotación de los trabajadores, creando, en esencia, un mecanismo adicional para traspasar el dinero desde los bolsillos de los trabajadores a las cajas fuertes de los consorcios. La militarización permite a los

monopolios profundizar y ampliar la esfera de explotación: no sólo obtener la plusvalía de la mano de obra ocupada directamente en la industria militar, sino que extraer impuestos de toda la nación, la cual se ve algo así como obligada a pagar su tributo en favor del *business* militar.

Los numerosos «ases» con los que cuentan ahora las corporaciones militares, contribuyen a fortalecer su poderío, su papel en el sistema económico y político del imperialismo, su creciente influencia en todos los dominios del desarrollo de la sociedad burguesa. *La alianza de los grandes monopolios y de los círculos castrenses ejerce una influencia cada vez mayor sobre la actividad de los órganos estatales y sobre la política de los parlamentos y gobiernos de las principales potencias capitalistas.*

Los factores que determinan la orientación agresiva de la política exterior del imperialismo no se reducen, naturalmente, a los beneficios materiales directos de los dueños de la industria militar y de los círculos socio-políticos vinculados a ellos. La propia carrera armamentista se debe en grado decisivo no sólo a las necesidades del *business* militar, sino también a fines políticos que se plantean los estrategas del imperialismo. *Ellos consideran el poderío militar, en primer lugar, como el instrumento y el medio más importante en la política exterior, como el «argumento» decisivo en la lucha contra el socialismo y el movimiento de liberación nacional.*

A partir de la Revolución de Octubre, la historia de las relaciones internacionales es ante todo la historia de luchas de las fuerzas más reaccionarias y agresivas del imperialismo contra la República de los Soviets, la primera en abrir el camino a la creación de una sociedad nueva, libre de explotación, sociedad que se convirtió en baluarte de todos los movimientos progresistas, liberadores y revolucionarios. Al caracterizar la situación creada en el mundo a raíz de la Revolución de Octubre, V. I. Lenin subrayaba que «las relaciones recíprocas de los pueblos y todo el sistema político mundial están determinados por la lucha de un pequeño grupo de naciones imperialistas contra el movimiento soviético y los estados soviéticos, a la cabeza de los cuales se encuentra la Rusia soviética. Si perdemos de vista esto, no podremos plantear correctamente ningún problema nacional ni colonial, aunque se trate del rincón más apartado del mundo. Los partidos comunistas tanto en los países civilizados como atrasados pueden

plantear y resolver correctamente los problemas políticos sólo si parten de este punto de vista» [4].

Los líderes del mundo capitalista han manifestado reiteradamente su pesar por no haber podido estrangular en un comienzo mismo al nuevo régimen. Recurrieron a todos los medios para conseguirlo: intervenciones armadas, bloqueo, «cordones sanitarios»... El nuevo régimen tuvo que resistir la prueba decisiva en la lucha contra el fascismo, engendro de los círculos más belicosos y chovinistas del capital monopolista.

Alarmados por el cambio de la correlación de fuerzas en la arena internacional, resultado de la derrota del fascismo y de la pérdida de una serie de estados desprendidos del sistema capitalista, los círculos imperialistas después de la II Guerra Mundial respondieron a las transformaciones socio-políticas con la creación de bloques militares —ante todo la OTAN—, con el chantaje atómico, intentando contener así el proceso revolucionario y liberador y limitar el aumento de la influencia del socialismo. La guerra fría, las acciones armadas directas contra otros países, de las cuales la agresión contra Vietnam fue la mayor, reflejaron esos intentos de retrotraer la marcha del desarrollo mundial y de detener el debilitamiento de las posiciones del imperialismo.

Durante mucho tiempo, los líderes del mundo capitalista no querían saber nada de coexistencia pacífica entre estados con diferentes sistemas socio-económicos, coexistencia a la que invitaban invariablemente la Unión Soviética y otros países socialistas. Al practicar la política «al borde de la guerra», los estrategas más belicistas del imperialismo han estado varias veces dispuestos a sobrepasar ese borde.

Cifraban enormes esperanzas en que el progreso científico-técnico les proporcionaría el medio decisivo para combatir al socialismo, les permitiría liquidar por la vía armada la principal «amenaza» para ellos: la existencia misma del nuevo régimen social. Y no es casual que las primeras realizaciones de la revolución científico-técnica, plasmadas en la obtención de la energía nuclear, fueran aplicadas por el imperialismo precisamente en el ámbito militar. El arma nuclear con su poder destructivo sin precedentes en el pasado se convirtió en el factor decisivo en los planes estratégicos militares y en los cálculos del imperialismo.

[4] V. I. Lenin. *O. C.*, t. 33, p. 365.

A pesar de haber suscrito en 1972 el SALT-I y los «principios de relaciones recíprocas» con la URSS, reconociendo oficialmente el carácter inadmisible de los intentos de «obtener ventajas unilaterales» y la necesidad de respetar el «principio de igualdad», los círculos más belicistas de EE.UU. no quisieron resignarse al equilibrio en el terreno de los armamentos y abandonar sus ensueños de lograr la superioridad militar. La carrera en pos de ésta se ha convertido en el móvil de los preparativos militaristas desplegados en los últimos años por los Estados Unidos y la OTAN. Precisamente en esto radican los orígenes de la intensa carrera armamentista, de los gastos militares astronómicos de las potencias imperialistas.

No se trata del «restablecimiento del equilibrio», ni de la «réplica al desafío», como aseveran los propagandistas burgueses, sino de los intentos de lograr, en contra de lo acordado en los tratados y convenios, la superioridad militar para dictar su voluntad. Esa es la causa de la febril actividad militarista desplegada por los países de la OTAN. «La superioridad militar es el objetivo fundamental de la política norteamericana en relación con la Unión Soviética», decía abiertamente la plataforma política electoral del Partido Republicano de los EE.UU. en 1980.

El sentido socio-político de dicho curso es evidente: los líderes imperialistas procuran responder militarmente al afianzamiento de las posiciones internacionales del socialismo, al crecimiento de su prestigio.

La distensión ha demostrado convincentemente que el relajamiento de la tensión, la atmósfera de buena vecindad y la colaboración entre los pueblos crean premisas favorables para desarrollar y fortalecer el socialismo y realizar las tareas creadoras que tienen planteadas los países socialistas. Dicho desarrollo de los acontecimientos ha alarmado a los círculos reaccionarios, que están preocupados por el crecimiento de la fuerza atractiva del socialismo y de su influencia internacional. La política de los círculos reaccionarios dirigida a minar la distensión política, acentuada últimamente, se debe, en particular, a cálculos premeditados de complicar los procesos de construcción económica, social y cultural en los países socialistas, de crearles dificultades en el alcance de sus metas. Un papel bien importante juegan las esperanzas de impedir el auge de la economía socialista imponiendo a esos países la carrera de armamentos, el peso de los gastos para la defensa.

Los observadores serios en los países capitalistas destacan

la inutilidad de esos planes, los cuales golpean como un bumerán a los propios estados del Bloque del Atlántico Norte. Sin embargo, cegados por el antisovietismo, por el odio hacia el régimen socialista, los círculos reaccionarios siguen manteniendo obstinadamente ese rumbo.

Hoy se confirma plenamente el análisis hecho por V. I. Lenin de los orígenes y funciones del militarismo engendrado por el sistema capitalista. «Es, en sus dos formas, una "manifestación vital" del capitalismo: como fuerza militar utilizada por los estados capitalistas —subraya Lenin— en sus conflictos externos... y como instrumento en manos de las clases dominantes para aplastar todo género de movimientos (económicos y políticos) del proletariado...» [5].

El curso agresivo de política exterior y la militarización de la vida socio-política relacionada con éste en los países capitalistas crean condiciones favorables para la ofensiva de la reacción, para limitar la influencia de las fuerzas progresistas y democráticas, para reprimir las luchas de los trabajadores. La derecha parte de que en la situación de histeria militar le es más fácil acabar con los enemigos políticos y afianzar sus propias posiciones. Acompañadas del desenfreno del antisovietismo y del anticomunismo, las campañas propagandísticas ayudan a desviar la atención de las masas populares de los agudos problemas de vital importancia que afrontan, apagar la creciente ola de descontento con la política socio-económica de las clases explotadoras.

Con las actuales dificultades que atraviesa el mundo capitalista, la invocación de las amenazas externas les permite ocultar los orígenes verdaderos de estas dificultades y sirve de cómodo pretexto para «apretar las tuercas» en las diversas esferas de la vida económica y social. Los mitos sobre el «expansionismo soviético», la «amenaza soviética», la «mano de Moscú», etc. constituyen el componente principal de la actual propaganda militarista y ayudan a camuflar las verdaderas fuentes de los conflictos y contradicciones sociales en el mundo del capital, tergiversar los factores que generan la lucha revolucionaria liberadora de las masas populares. Esos mitos abren el camino a la injerencia del imperialismo en los asuntos de los pueblos de cualquier continente, a la realización de la política agresiva y expansionista global.

En lo concerniente a Berlín Occidental, los medios burgueses

[5] V. I. Lenin. *O. C.*, t. 15, p. 196.

de comunicación masiva, así como algunos políticos, principalmente de la UDC, tratan de envenenar la atmósfera política, caldeando a escala inusitada la calumniosa propaganda anticomunista. Esa campaña sutil y bien coordinada persigue un objetivo doble, a saber: preparar poco a poco ideológicamente a la gente para que acepte la idea de las aventuras militares; segundo, impedir, en la medida de lo posible, que los trabajadores tengan conciencia de sus intereses políticos, democráticos y sociales y de la necesidad de luchar por satisfacerlos.

Existe otro aspecto importante en la referida política de las fuerzas imperialistas, en primer lugar de los Estados Unidos. *Al caldear la situación internacional, ellas intentan solucionar las contradicciones interimperialistas sobre la base del antisovietismo belicista y del retorno a la guerra fría.* Los EE UU. esperan afianzar sus posiciones tambaleantes en las relaciones con otros países capitalistas, debilitar a sus rivales y mejorar sus propios asuntos a cuenta de ellos.

Por ejemplo, la colaboración económica con los estados socialistas tiene un significado mucho mayor para los países de Europa Occidental que para los EE.UU. Es obvio que el deterioro de la distensión y el cese de las negociaciones dañarían sensiblemente la economía de los países eurooccidentales, especialmente si se toma en consideración la agravación del problema de mercados, y contribuirían a empeorar la situación de los competidores de los EE.UU.

Volcando sobre sus aliados el peso complementario de la carrera de armamentos, los EE.UU. persiguen también la realización de sus objetivos egoístas: por una parte, se amplía el mercado de venta del armamento norteamericano, que es el que fundamentalmente engrosa los arsenales de la OTAN, y, por la otra, se socava la capacidad competitiva de una serie de ramas civiles de la economía de los socios de los EE.UU., puesto que cuantiosos recursos financieros se desvían hacia fines bélicos.

En el plano más amplio, el recrudecimiento de la tensión les permite a los Estados Unidos inmiscuirse más activamente en los asuntos de sus aliados, obtener resortes complementarios para influir en todos los ámbitos de su vida. Es obvio, por ejemplo, que el emplazamiento de nuevos misiles norteamericanos en el continente europeo amenaza con un serio empeoramiento de la situación en Europa y, al mismo tiempo, convierte a los países eurooccidentales en rehenes de los EE.UU., pone en manos de los estrategas de Washington el medio para

ejercer poderosas presiones sobre la política de todos los miembros del Bloque del Atlántico Norte.

Semejantes planes de Washington entrañan un enorme peligro para los pueblos de Europa, amenazan a su futuro. Eso atañe también a Berlín Occidental, puesto que es completamente evidente que el emplazamiento planificado de nuevos sistemas de armamento nuclear en Europa Occidental implica peligros para su existencia. Berlín Occidental se encuentra en medio de la RDA y también sería blanco de esas armas inhumanas, destinadas, como es sabido, contra los estados socialistas.

En general se puede decir que posiblemente es la única ciudad cuya existencia y futuro dependen en grado tan elevado de la paz y de la seguridad en Europa. Cualquier agudización de la situación internacional, cualquier empeoramiento de la situación en nuestro continente acarrean para nuestra ciudad serios problemas y dificultades. Los habitantes de la ciudad no han olvidado aún los tiempos de la guerra fría, cuando el imperialismo convirtió a Berlín Occidental en «ciudad de la línea del frente». El acuerdo cuatripartito del 3 de septiembre de 1971 proporcionó a la ciudad no pocos beneficios, facilitó y mejoró las condiciones de vida. Por eso la inclusión ilegal de Berlín Occidental en la financiación de los gastos de la RFA y de la OTAN para la carrera de armamentos choca con la creciente resistencia de amplias capas de la población que no desea arriesgar todo lo conseguido en el período de la distensión. Esta posición la defiende enérgicamente también nuestro partido. Nos pronunciamos resueltamente en contra de la inclusión de Europa Occidental en cualquier aventura militar, contra los planes del imperialismo de los EE.UU. de emplazar en territorio eurooccidental nuevos sistemas de misiles nucleares y el arma de neutrones. En Berlín Occidental ha surgido un amplio movimiento de protesta contra esos planes, en el que participan comunistas, socialdemócratas, cristianos, liberales y gente no afiliada. El PSUBO considera en este sentido que una de sus tareas fundamentales es luchar por la estricta observancia del acuerdo cuatripartito y por la realización de la política de Berlín Occidental en el espíritu de desarrollar relaciones de buena vecindad con la RDA socialista. Aspiramos a que nuestra ciudad haga su aporte a la lucha por la paz, la distensión y el desarme en Europa.

Entre los factores más importantes de acentuación de las tendencias agresivas en la política del imperialismo figuran las transformaciones en la zona del movimiento de liberación

nacional. La elevación del papel desempeñado por los estados en vías de desarrollo en los asuntos internacionales, la liberación de muchos de ellos de las cadenas del dominio extranjero, la instauración de regímenes progresistas que mantienen posiciones antiimperialistas —procesos que se han acentuado notoriamente en los últimos años— suscitan la honda preocupación de la reacción internacional.

Los círculos imperialistas temen perder los privilegios de los que gozan aún en muchas regiones de la Tierra. Aunque el sistema colonial se haya desintegrado, el imperialismo sigue manteniendo importantes posiciones en muchos países de Asia, Africa y América Latina y saqueando a los pueblos de esos estados. Ya no se practican las ocupaciones abiertas, ni la expoliación colonial, ahora se aplican formas más sutiles de dominio neocolonialista. Pero al igual que en tiempos pasados, las clases gobernantes de las potencias imperialistas consideran a los países en desarrollo como apéndices de su economía; ellos aseguran la obtención de recursos minerales y de beneficios adicionales mediante la explotación de mano de obra barata. La esclavización financiera de los estados dependientes por medio de la exportación de capital, que Lenin definía como una de las bases económicas más substanciales del imperialismo, adquiere ahora enorme envergadura. Para cubrir las deudas con las potencias imperialistas, que totalizan cerca de 400 mil millones de dólares, se invierte cerca del 70% de los gastos presupuestarios de los países en desarrollo. Sólo en el período comprendido entre 1973 y 1979, esos pueblos fueron privados de un total de 80 mil millones de dólares, como resultado de las condiciones desiguales del comercio y de la explotación, impuestas por las corporaciones transnacionales.

La ambición de afianzar y ampliar sus posiciones en el mundo liberado origina inevitablemente el expansionismo en la política exterior de las potencias imperialistas. La tendencia inherente al imperialismo de apoderarse de las fuentes de materias primas, de los mercados de venta y de las esferas de inversión de capital se manifiesta con especial fuerza en nuestros días y adquiere formas extraordinariamente agudas y agresivas.

Al declarar esfera de sus intereses vitales a casi todo el globo terráqueo, los círculos imperialistas se inmiscuyen descaradamente en los asuntos internos de estados soberanos, tratan de incrementar su presencia en todas las regiones del

mundo, de cubrir extensos territorios con una red de bases y cabezas de puente. En el seno de la OTAN se traman planes con vistas a extender a nuevas regiones la esfera de actividad de ese bloque agresivo.

Claro, ahora no es tan fácil emprender aventuras militares menospreciando la opinión pública mundial, sofocando abiertamente la voluntad de los pueblos sin el riesgo de enfrentarse a una resistencia firme por parte de los países independientes y de sus aliados. Por eso el imperialismo, sin dejar de recurrir a las acciones militares directas, practica cada vez más a menudo formas veladas de agresión. Pero estos métodos persiguen también el mismo objetivo que la agresión armada directa. Se aplican todas las medidas para «exportar la contrarrevolución», colocar y mantener en el poder a regímenes que mejor respondan a los intereses de los imperialistas.

Precisamente por estas razones el imperialismo presta ayuda a las dictaduras más reaccionarias, a las juntas y camarillas antipopulares más sanguinarias, a las tiranías más feroces. El sha en Irán, los «coroneles» en Grecia, Salazar en Portugal, Somoza en Nicaragua, todos ellos eran clientes honoríficos de los EE.UU. También hoy los Estados Unidos tratan de fortalecer al máximo tales «bastiones de la democracia», como son Corea del Sur y Pakistán, la RSA y Chile, Paraguay y El Salvador, o ese «foco de paz» como es Israel. Precisamente a esos países van dirigidos los torrentes de ayuda económico-financiera y militar, se les amplían cada vez más los suministros de armamentos. En el curso de los años 70, los EE.UU. multiplicaron por 13 la exportación de armamentos que llegó a casi 15 mil millones de dólares al año.

En los suministros de armamento se refleja con especial nitidez el doble carácter de los móviles de la política militarista del imperialismo: de un lado, se amplía el mercado de venta de una producción extraordinariamente beneficiosa, y, del otro, se realizan las tareas socio-políticas reaccionarias, se reprimen los movimientos de liberación nacional y las luchas de los pueblos por el progreso social. Al suministrar armas a las fuerzas de la reacción nacional, los estrategas imperialistas esperan asegurar la defensa y el afianzamiento de sus propias posiciones, la conservación del orden neocolonialista.

De este modo, aunque las vertientes y las formas de la expansión imperialista son muy heterogéneas en las condiciones actuales, en su base descansa un solo móvil común por su contenido de clase. La carrera armamentista, el envío de escuadras a costas lejanas, el emplazamiento de bases militares en territorios ajenos y cerca de fronteras ajenas, la creación de fuerzas de «despliegue rápido», las acciones subversivas de los servicios de espionaje, tras toda esta actividad militarista están los intereses de lucro y dominio de reducidos grupos industrial-financieros, los intereses del capital monopolista.

Es evidente el enorme peligro que entraña para la paz semejante rumbo, fuente de la tensión internacional, preñado de conflictos bélicos y capaz de provocar la catástrofe global. Ahora también conservan todo su significado las palabras de Lenin de que «"el dominio mundial" es, en pocas palabras, la esencia de la política imperialista, de la cual la guerra imperialista es la continuación» [6].

La naturaleza agresiva del imperialismo, que genera el peligro de desencadenamiento de nuevas guerras, no ha cambiado. Pero eso no significa en absoluto que en las condiciones actuales sea imposible sofrenar la agresión y evitar un desenlace fatal. Hoy, la situación internacional experimenta la influencia de toda una serie de factores poderosos que impiden la realización de los planes expansionistas y abren perspectivas para afianzar la paz entre los pueblos.

En primer lugar, la configurada correlación de fuerzas en favor de la democracia y del socialismo ha limitado bruscamente las posibilidades de los círculos imperialistas reaccionarios en la esfera de la política mundial. Quieran o no quieran, éstos se ven forzados a considerar las posibles consecuencias funestas de la agresión. El acrecido potencial económico y defensivo de los países socialistas, en primer lugar de la Unión Soviética, dificulta las acciones de los militaristas.

Una influencia creciente ejercen sobre el carácter de las relaciones internacionales contemporáneas los pueblos de los países en vías de desarrollo interesados objetivamente en salvaguardar la paz para poder solucionar sus problemas socioeconómicos. En los propios estados imperialistas, amplias capas de la población, y en primer lugar los trabajadores, oponen resistencia al rumbo de la confrontación bélica. La influencia de esa lucha repercute, indudablemente, en la política de muchos parlamentos y gobiernos burgueses. Entre las clases gobernantes de los países capitalistas hay, sin duda, grupos, relacionados en primer lugar con las ramas de la producción civil, que no se benefician en absoluto con el empeoramiento del clima internacional y que procuran mejorar las re-

[6] V. I. Lenin. *O. C.*, t. 24, p. 36.

laciones con los estados socialistas y el desarrollo del comercio y de otros negocios. Esos círculos desempeñaron un papel significativo en los resultados positivos de la distensión, en la firma de importantes convenios internacionales en los años 60 y 70, orientados a la paz y a la ampliación de la colaboración internacional. Enorme significado tuvieron, por ejemplo, la firma del acuerdo cuatripartito sobre Berlín Occidental, de los acuerdos concertados entre la RFA y los países socialistas que contribuyeron al saneamiento de la situación en Europa y al paso de la confrontación a la política de distensión. Fueron creadas, en particular, premisas para que nuestra ciudad —que durante mucho tiempo constituyó un foco de tensión en los asuntos internacionales, una fuente de crisis que agudizaban la situación en el continente europeo—, pudiera convertirse en un elemento constructivo de la paz. Muchos otros tratados, concertados entre los países socialistas y capitalistas en el decenio pasado, sentaron las bases de la distensión.

Empero, ahora los frutos de la distensión se encuentran amenazados. Las perspectivas de desarrollo de la vida internacional dependen en enorme medida de la resistencia que se oponga al curso peligroso del imperialismo, de la cohesión y combatividad de todas las fuerzas amantes de la paz. El papel primordial en la lucha por el éxito en este terreno les pertenece a los partidos comunistas y obreros. Compartimos plenamente la idea expresada en el XXVI Congreso del PCUS por el camarada Leonid Brézhnev de que «el gran principio unificador y poderoso factor de la sucesiva cohesión y aumento del prestigio del movimiento comunista mundial es la lucha consecuente de los comunistas por la paz, contra la política agresiva del imperialismo y la carrera de los armamentos que amenaza a los pueblos con una hecatombe nuclear» [7].

Nuestro partido se pronuncia por la continuación de la distensión, por el desarrollo de relaciones pacíficas y de buena vecindad entre los pueblos de Europa.

En el documento «El PSUBO y las tareas de los años 80», nuestra posición principista aparece formulada en los términos siguientes: «El PSUBO es una fuerza antiimperialista consecuente y parte integrante del gran movimiento por las transformaciones y por la renovación en un espíritu de paz, democracia y socialismo... Tomando en cuenta la situación existente, el PSUBO considera que la tarea principal de su política

[7] *Documentos del XXVI Congreso del PCUS*, Moscú, 1981, p. 18 (en ruso).

en los años 80 es luchar por salvaguardar y consolidar la paz. El partido parte de que el aseguramiento de la paz se ha convertido, en mayor grado que antes, en cuestión de vida o muerte para toda la humanidad y en premisa para el progreso social... Por eso el PSUBO respalda incondicionalmente con sus acciones la lucha que las fuerzas pacíficas de todo el mundo sostienen por asegurar la distensión política, completándola con medidas de distensión militar» [8].

El incremento de las tendencias expansionistas y militaristas en la política exterior del imperialismo atenta contra la paz y la seguridad internacional. Por eso, la ampliación de las filas del movimiento antibélico, el auge de su actividad, la movilización y la cohesión de todas las fuerzas amantes de la paz constituyen la condición imprescindible para rechazar la política de agresión y de guerras, para defender los intereses vitales de los pueblos.

Revista Internacional, Nº 6, 1981.

[8] Sonderdruck *Die Wahrheit*, 5 de enero de 1981.

INTENSIFICACION DE LA EXPLOTACION CAPITALISTA

LA ECONOMIA POLITICA BURGUESA CONTRA LOS INTERESES DE LOS TRABAJADORES

Victor Perlo,
presidente de la Comisión Económica del CC del Partido Comunista de los EE.UU.

La profundización de la crisis económica en los EE.UU. se hace sentir cada vez más. En un artículo titulado «El descenso del nivel de vida», la revista *Business Week* dice: «La edad de oro del consumidor ha terminado. El nivel de vida en los EE.UU. está en declive... minado por una combinación del descenso de la productividad, la espiral de la inflación y el transvase anual de más de 60.000 millones de dólares de ingresos del bolsillo de los consumidores norteamericanos a los países exportadores de petróleo... La carga de los crecientes gastos militares... agravará el déficit del presupuesto federal, empujará hacia arriba la inflación y hará desaparecer toda oportunidad de que los americanos vean descender los impuestos» [1].

En esta constatación falta lo principal: el reconocimiento de la inutilidad de los intentos realizados por las clases gobernantes para sacar al sistema capitalista del atolladero en que se encuentra metido desde hace muchos años. En estas tentativas, el capital monopolista ha recurrido a las recetas suministradas por la Economía Política burguesa, cada vez más oportunista al hacerse eco de la tendencia de los monopolios a echar la carga de la crisis sobre la clase obrera y las capas medias, así como sobre los trabajadores de los países económicamente dependientes del capital monopolista.

EL ULTIMO REMEDIO CONTRA LA CRISIS

Desde los años 30 hasta finales de los 60, la atención de los economistas burgueses sa había centrado en el estímulo del crecimiento económico y en los intentos de regular el ciclo económico, con el fin de reducir al mínimo el efecto desestabilizador de las recesiones y evitar la agudización de las luchas sociales. En el plano de las relaciones económicas internacionales, los economistas burgueses pusieron el acento en los efectos «benéficos» de las inversiones realizadas en el extranjero por las transnacionales y de los esquemas de cooperación financiera y económica internacional bajo el liderazgo del imperialismo norteamericano.

Los economistas burgueses ofrecían a la sociedad la opción entre desempleo e inflación. Así, por ejemplo, Paul Samuelson, destacado economista burgués, la planteaba en los siguientes términos: «El ascenso del nivel de desempleo puede moderar o suprimir el alza continua de los precios. La sociedad se encuentra, por decirlo así, ante el dilema de un empleo razonablemente alto, con un crecimiento máximo y una reptación de los precios, o unos precios razonablemente estables, con un desempleo considerable. La opción constituye un difícil problema social» [2].

Sin embargo, estas teorías fracasaron ostensiblemente ante los nuevos problemas derivados del sucesivo debilitamiento del capitalismo mundial en los años 70. Los EE.UU., al igual que la mayoría de los demás países industrializados del mundo capitalista, padecen la stagflación, en la que se combinan un aceleramiento crónico de la inflación, un desempleo masivo y una desaceleración del crecimiento económico. Este fenómeno se observa también en países de economía dependiente del capital monopolista norteamericano. En los Estados Unidos se ha intensificado de un modo particular la concentración de la riqueza y de los ingresos con un incremento simultáneo de la

[1] *Business Week*, 28 de enero de 1980.

[2] P. Samuelson. *Economics*, Sixth Edition, New York, 1964, p. 344.

tasa de explotación de la fuerza de trabajo. Es más, los salarios reales están descendiendo con una persistencia que no tiene precedente en la historia del capitalismo moderno estadounidense. Entrecruzándose e interactuando con estos fenómenos está la crisis energética.

La empresa privada, ayudada por los métodos tradicionales de regulación del capitalismo monopolista de Estado, ya no puede hacer frente a esta situación, que empeora rápidamente y se hace cada vez más compleja. Por eso, el capital monopolista se esfuerza por dominar totalmente la vida económica e intensifica su ofensiva contra los trabajadores al objeto de compensar a expensas de ellos la pérdida de posiciones globales y acumular recursos para la guerra imperialista. De aquí la aparición de concepciones económicas burguesas destinadas a justificar y respaldar estas aspiraciones del capital monopolista.

Antes, la escuela que llevaba la voz cantante era el neokeynesianismo, que se dedicaba a construir fórmulas destinadas a armonizar el incremento del consumo masivo con un aumento de las inversiones privadas y del gasto público, apoyándose para ello en medidas tributarias y monetarias del Gobierno, que deberían actuar como un mecanismo equilibrador para moderar las crisis cíclicas. Los neokeynesianos trataban de demostrar que las perspectivas de «bienestar general» y de elevación de la «calidad de la vida» pueden compaginarse perfectamente con la libre aplicación de los principios de la propiedad privada de los medios de producción. La crisis de los años 70 vino a desacreditar en gran medida las teorías keynesianas y neokeynesianas. La antigua celebridad económica de la burguesía liberal, John Kenneth Galbraith, fue eclipsada por Milton Friedman, figura predilecta de Pinochet y de la ultraderecha [3]. Las emisiones de radio y televisión están saturadas con sus llamamientos a «romper las cadenas que atenazan al capital», «acabar con la regulación gubernamental de los negocios», etc.

En una serie de emisiones de la BBC, Friedman exhortó a los británicos a apoyar las medidas gubernamentales de «con-

[3] No es mera coincidencia que Friedman haya conseguido su reputación de líder de la «escuela de Chicago» (de la Universidad de esa ciudad) en un período en que el grupo de Chicago del capital financiero constituía el mayor apoyo del ala derecha del Partido Republicano. Tampoco es casual que el sanguinario Pinochet le hubiese elegido como «gauleiter» para las cuestiones financieras y se hubiese guiado en su política económica por los planteamientos de la «escuela de Chicago».

tracción» de las prestaciones sociales y de la intervención del Estado en la industria. Su programa para reducir a cero la tasa de inflación en el transcurso de 3—5 años incluía: reducción anual en un 10% de los gastos de cada institución del Gobierno, sobre todo mediante despidos de personal; reducción de la tasa tributaria tope a un 25%; supresión del sistema estatal de instrucción, de la sanidad pública y de las viviendas sociales y administración de estos servicios por los capitalistas, concediendo a los usuarios bonos para el pago de tales prestaciones (¡como si los capitalistas estuviesen dispuestos a mantener el precio de éstas a un nivel asequible a las masas!); reducción de los subsidios del seguro de desempleo.

¿Qué hacer con los trabajadores que van a ser puestos en la calle por la hipertrofiada burocracia del Estado? He aquí la opinión de Friedman: Si «se hace un recorrido por las oficinas públicas del Reino Unido y se reduce el personal despidiendo a un empleado de cada seis, no cabe duda de que el rendimiento de los otros cinco no bajará, sino más bien aumentará... Pero la dificultad política reside en que... tal reducción aparece como una contribución adicional al desempleo... Aunque más bien se trata de hacer que la gente desempeñe un empleo productivo en lugar de otro improductivo. La mayoría sería reabsorbida en poco tiempo» [4]. Esto es completamente irreal, pues en la actualidad hasta los obreros industriales están siendo despedidos uno tras otro y pasan a engrosar las filas de los desocupados.

La inconsecuencia de los economistas burgueses que abogan por la supresión de las «interferencias» del Gobierno aparece claramente cuando les vemos aprovechar al máximo esa intervención en beneficio de la clase gobernante, del capital monopolista. Por supuesto, nunca veremos a Friedman oponiéndose a la proliferación de la mayor, más parasitaria y más peligrosa burocracia gubernamental —la militar— ni a la del opresivo aparato policiaco. Al contrario, es un partidario incondicional de las guerras de agresión, de las intervenciones y de las sucias maniobras del imperialismo norteamericano.

Friedman representa una orientación reaccionaria y demagógica dentro de la actual teoría económica burguesa. Pero no es la principal. La que hoy domina es la que busca la clave de

[4] M. Friedman. *From Galbraith to Economic Freedom* (pamphlet). London, 1977, p. 47.

la actividad económica en una combinación de la oferta de capital y trabajo, así como en la tasa de productividad.

En opinión de Michael K. Evans, conspicuo economista burgués, los modelos keynesianos, por cuanto ponen el acento en los problemas de la demanda, no sirven para curar los males económicos presentes. Se requieren modelos que, según él, destaquen el aspecto de la oferta y estén centrados en un estímulo de la productividad [5]. Tras señalar los trastornos de la economía norteamericana (alta inflación y baja productividad), Evans propone ante todo reducir los impuestos que gravan los ingresos más elevados de las personas y las corporaciones y contraer el gasto público para fines sociales, asegurando que tales medidas estimularían la inversión privada, elevando así la productividad, reduciendo los costos y moderando la inflación.

La doctrina de Evans se mueve en la misma dirección derechista que la de Friedman, pero sin la demagogia ultraderechista de la «escuela de Chicago». Es una teoría igualmente seudocientífica basada en la falsificación de los hechos.

Las ideas de Evans son compartidas por la Administración. En su último Informe Económico anual al Congreso, el Presidente Carter definía la inflación como «el problema económico número uno de la nación» y la atribuía al alza de los precios del petróleo importado y al descenso de la productividad. Para resolver el problema proponía una política presupuestaria y monetaria de austeridad y la limitación «voluntaria» de precios y salarios, así como medidas para estimular el crecimiento de la productividad y reducir la vulnerabilidad del país frente a las «conmociones externas» en el plano de la energía y los alimentos [6]. Anteriormente, a medida que iban bajando los salarios reales, Carter había exhortado en repetidas ocasiones al pueblo a «hacer sacrificios» para contribuir a la solución de estos problemas. Finalmente, después de la Convención del Partido Demócrata, dirigiéndose en la Casa Blanca a los representantes de los grandes negocios, Carter expuso su «nuevo» programa económico para los años 80. De lo que dijo se desprende que el principal objetivo de las medidas propuestas es ayudar a los monopolios norteamericanos a compensar los efectos de la recesión a expensas de los trabajadores. Para ello deben asegurarse a los grandes negocios franquicias tributarias, que, en opinión de la Administración, habrán de contribuir a un incremento de las inversiones. Al referirse a la necesidad de combatir la inflación, el ex Presidente volvió a hacer énfasis en la limitación de las alzas de precios y salarios.

[5] Véase *Challenge*. Magazine of Economic Affairs (White Plains), enero—febrero de 1980, p. 13.

[6] *Economic Report of the President*. Washington, enero de 1980, p. 4—5.

LAS ESTADISTICAS, UN ARMA DE CLASE

Las teorías y políticas económicas burguesas se justifican remitiéndose a estadísticas amañadas por las agencias del Gobierno. A medida que se profundiza la crisis general del capitalismo, el divorcio entre los datos estadísticos y la realidad es cada vez más patente. En la distorsión de los hechos de la economía del país, las secretarías de Comercio y Trabajo de los EE.UU. llegan a los mismos extremos que las patrañas de la CIA en lo tocante a la política exterior.

En términos generales, los investigadores burgueses sostienen que en los años 70 se produce una desaceleración del crecimiento de la productividad y a finales de la década un descenso absoluto de la misma y que la causa reside en la falta de inversiones en bienes de equipo, lo que, a su vez, sería la consecuencia de que los beneficios de las corporaciones no son los adecuados [7]. Aquí nos hallamos ante una serie de falsas afirmaciones.

La productividad del trabajo es igual al volumen de la mercancía concreta producida dividido por el número de hombres/hora del trabajo realizado para producirla. Pero el departamento de Estadística del Ministerio de Trabajo, que aplica este cálculo en determinados sectores de la industria manufacturera y de otras industrias, se aparta de él al determinar las tendencias de la productividad en todo el sector privado de la economía.

El departamento de Estadística define la producción como el total, aproximadamente, de ingresos proporcionados por toda la actividad económica privada, con las correcciones correspondientes al índice de precios. Esto ha sido expuesto con la mayor claridad por Edward F. Denison, conocido experto

[7] Otra explicación es la de que la productividad desciende a causa del deterioro de la fuerza de trabajo provocado por un mayor aflujo de obreros jóvenes, negros, latinoamericanos y otros situados en condiciones desventajosas. La incitación racista contenida en esta explicación seudosociológica resulta extremadamente grave en condiciones de reactivación del Ku-Klux-Klan. Dichos analistas condenan también los gastos adicionales de trabajo para poner en práctica los programas gubernamentales de defensa del medio ambiente y protección del trabajo.

burgués en cuestiones de productividad, quien considera que el valor de la producción es igual a la renta nacional, es decir, «a los ingresos globales del trabajo y la propiedad» proporcionados por la producción corriente de mercancías y servicios.

En el plano teórico, y en el transcurso de un período de tiempo suficientemente largo, los ingresos globales del trabajo y la propiedad deben, en efecto, aproximarse al valor de la producción. Mas la cuestión es que las estadísticas oficiales, al calcular la productividad, excluyen del valor de la producción una proporción importante y cada vez mayor de los ingresos de la propiedad, especialmente en un período de elevada inflación, como el que atraviesan actualmente los Estados Unidos. Resulta que la producción se valora fundamentalmente en función del nivel de los salarios y la productividad en función del nivel de los salarios reales por hombre/hora o por obrero. Pero los salarios reales han descendido desde 1973, descenso que se precipitó en 1979. Esta consecuencia de la ofensiva del capital monopolista contra la clase obrera es desvirtuada y presentada como un descenso de la productividad del trabajo.

Según las estadísticas oficiales y los trabajos de Denison, el mayor descenso de la productividad se produce en 1973—1979. Pero los economistas burgueses no son capaces de argumentar sus cálculos. Denison dice que lo ocurrido constituye un «misterio». Los asesores del Presidente en materia económica admiten que «gran parte sigue sin explicar» [8].

Un cuadro real de la dinámica de la productividad en la industria manufacturera puede obtenerse con referencia al índice físico de la producción en el sector y el número de hombres/hora trabajado por los obreros dedicados a la producción. Este cálculo muestra, en efecto, una desaceleración gradual del incremento de la productividad. Así, en el período 1949—1959, el incremento medio anual fue de 4,2%; en el decenio siguiente, de 3,9%; entre 1969 y 1970 no pasó del 3,2%, siendo del 2,7% entre 1973 y 1979 [9].

Esta desaceleración gradual se explica fácilmente por los altos ritmos de crecimiento alcanzados en el decenio que siguió a la II Guerra Mundial por efecto de la modernización de la maquinaria llevada a cabo por las corporaciones. Después, las transnacionales comenzaron a instalar gran parte de los

[8] *Economic Report of the President*, Washington, enero de 1980, p. 86.
[9] Ibid., p. 248, 80.

equipos modernos en el extranjero y no en los Estados Unidos. Otro factor fue la desaceleración general del crecimiento económico. Finalmente, las mayores exigencias en cuanto a protección del trabajo y del medio ambiente.

La desaceleración moderada de la productividad no basta para explicar la stagflación. Con otras condiciones económicas y sociales, el aumento en un 2,7% anual del rendimiento por hombre/hora en la industria manufacturera, unido a un incremento más bien rápido de la mano de obra, podría haber permitido tasas adecuadas de crecimiento económico y una continua elevación del nivel de vida.

No resiste a un análisis serio la acostumbrada afirmación de los economistas burgueses de que las inversiones en bienes de equipo son insuficientes. El porcentaje de las inversiones de capital fijo con relación al producto interno global fue, por término medio, de 11,4 en los años 60, de 12,2 en los 70, con una cifra de 12,6 en 1979 [10]. Como vemos, este índice incluso va aumentando.

Finalmente, el argumento «decisivo» de los economistas burgueses sostiene que los beneficios de las corporaciones, tanto en términos absolutos como en porcentajes del capital invertido, se están reduciendo «realmente», por lo que no permiten crear fondos de inversiones suficientes. La burguesía está utilizando ahora este argumento en su incesante campaña en favor de nuevas concesiones tributarias, que le proporcionarían beneficios aún mayores. Esta reivindicación es la más cínica de todas. Las plusvalías obtenidas por el capital monopolista norteamericano han alcanzado cimas sin precedentes, no sólo en valores absolutos o en términos «reales», sino también en relación a los salarios. Los monopolios, aun manteniendo e incluso aumentando sus inversiones en los Estados Unidos, dedican una parte cada vez mayor de sus beneficios a la exportación de capital. Es más, por cuanto los principales mercados de consumo —tanto los del interior del país como aquellos hacia los que se dirige la exportación— se encuentran en una situación de relativo estancamiento, y dado que en muchos lugares los salarios y los impuestos son más bajos y la cuota de ganancia resulta mucho más alta, se da preferencia a la exportación de capital.

La evolución seguida por la tasa de plusvalía en la industria norteamericana puede apreciarse estableciendo una relación entre el valor agregado en la producción y la nómina salarial.

[10] Ibid., p. 214, 219.

El crecimiento de este indicador ha sido el siguiente: 146% en 1947, 181% en 1957, 226% en 1969 y 272% en 1976 [11]. Esto condujo, especialmente en los años 70, a un incremento explosivo de los beneficios de las corporaciones y a un aumento de la desigualdad de los ingresos en sus límites extremos.

En los 20 años comprendidos entre 1929 y 1949, los beneficios de las corporaciones una vez descontados los impuestos se duplicaron, pasando de 8.600 millones de dólares a 18.700 millones. En los 20 años siguientes se multiplicaron casi por 2,45 (de 18.700 millones a 43.800 millones). Después, en tan sólo 10 años (de 1969 a 1979), se multiplicaron aproximadamente por 3,3, para llegar a 144.400 millones [12]. Aun tomando en cuenta la inflación, el aumento de los diez últimos años ha sido del 84%, casi tanto como en los 40 años precedentes. Si se toma el último ciclo económico, de 1973 a 1979, el incremento de los beneficios de las corporaciones fue de un 115% (con el ajuste de un 36% correspondiente a la inflación), mientras que los salarios reales experimentaron durante ese mismo período una merma del 7%. ¡Una auténtica orgía de beneficios a expensas de los obreros! En lugar de disminuir, la productividad siguió aumentando, pero todas las ganancias derivadas de ello fueron para los capitalistas.

«Estos beneficios record —dijo Gus Hall en la XXII Convención del Partido Comunista de los EE.UU.— no se explican por la inflación. Son producto de las cadencias infernales, del sudor, la sangre y la extenuación de los obreros y de la reducción de los salarios reales... Los gigantescos beneficios de las corporaciones están directamente relacionados con el declive de los salarios tanto nominales como reales. El continuado descenso absoluto de los salarios reales constituye un fenómeno nuevo en los tiempos actuales. La elevada tasa de explotación de nuestra clase obrera y la plusvalía resultante siguen aumentando rápidamente. Y a este sistema de explotación ha venido a sumarse un elemento más: la inflación galopante» [13].

Los beneficios de las corporaciones una vez deducidos los impuestos, aun siendo, como vemos, muy elevados, no constituyen sino la parte más visible de la enorme masa de plusva-

[11] V. Perlo. *The Unstable Economy.* New York, 1974, p. 27; *Statistical Abstract of the United States.* Washington, 1979, p. 805.
[12] *Economic Report of the President,* Washington, enero de 1980, p. 225, 206.
[13] G. Hall. *Labor Up-Front in the People's Fight Against the Crisis.* New York, 1979, p. 8.

lía apropiada por la clase gobernante. Una suma enorme, igual casi a los beneficios declarados, es la representada por las exenciones fiscales a título de depreciación de los equipos y agotamiento de los yacimientos. Ha adquirido proporciones increíbles el pago de intereses, cuyo monto en 1979 se estimó en 500.000 millones de dólares, es decir, un 24% más que el año anterior y el cuádruple de la cifra de 1969 [14]. Una cantidad similar fue extraída en forma de sueldos, emolumentos y otros gajes de altos funcionarios, ejecutivos y profesionales superiores pertenecientes a las corporaciones y a la burocracia oficial [15].

La masa verdaderamente astronómica de la plusvalía apropiada por el capital monopolista es una de las principales causas de la inflación.

Las estadísticas burguesas no son meros ejercicios académicos. Son armas de la lucha de clases utilizadas contra la clase obrera. La manipulación de las estadísticas durante el período de profundización de la crisis ha rebasado todos los límites imaginables. Los datos adulterados sobre la productividad proporcionan al Gobierno una base ideológica para sus intentos, generalmente logrados, de mantener el crecimiento de los salarios en los límites de un 7% anual, en tanto que el costo de la vida aumenta en más de un 13%. Una serie de sindicatos sostienen que, teniendo en cuenta el alza de los precios de los artículos de consumo y el incremento de la productividad, los salarios deberían aumentar en un 15—20%. Esta diferencia ocasiona pérdidas a la clase obrera y proporciona ganancias a los capitalistas que se estiman en decenas de miles de millones de dólares.

LA MILITARIZACION COMO «SOLUCION»

Lo dicho anteriormente evidencia que la teoría económica burguesa se distingue en cualquier momento histórico por sus esfuerzos para satisfacer al máximo los intereses de clase de la burguesía, especialmente los del capital monopolista, a expensas de la clase obrera y de las capas medias. Este es el primer aspecto que no falta en ninguna de las doctrinas económicas burguesas. El segundo son los intentos de justificar y

[14] U.S. Department of Commerce, *National Income and Product Accounts of the United States, 1929—1974.* Washington, p. 303, 16, 67.
[15] H. L. Poppel. «Business Equipment», *Forbes Magazine,* 12 de noviembre de 1979.

defender la superexplotación de los trabajadores por el capital monopolista y el saqueo de los recursos naturales de los países en vías de desarrollo (incluso por vía de la agresión directa).

Es natural, por ello, que las concepciones económicas burguesas ignoren o minimicen el serio impacto que la carrera armamentista y la agresiva política norteamericana tienen en la economía y el nivel de vida. Incluso en plena guerra de Vietnam, este tema no fue abordado en los artículos y los libros de los economistas burgueses ni en las conferencias de sus asociaciones. Pero el caso es que el dramático deterioro de la economía norteamericana durante los años 70 obedeció en gran medida a las consecuencias de la guerra de Vietnam.

Ahora, en un período de graves desequilibrios financieros, de tremendas presiones inflacionarias y de conflictos económicos y políticos entre los estados imperialistas y los países en vías de desarrollo, volvemos a ser testigos de un rápido incremento de los presupuestos militares y de los preparativos bélicos en los Estados Unidos y otros países de la OTAN.

Incluso la prensa burguesa tiene que admitir que el exorbitante rearme está agravando la inflación. Pero los economistas al servicio del capitalismo siguen en sus trece. Persisten en no mencionar el papel central de los gastos militares en el actual aumento de la inflación en los Estados Unidos hasta alcanzar los dos dígitos, en el incremento del déficit presupuestario, en la agravación de la crisis energética, en la intensificación de las tendencias a la recesión económica, en el entrelazamiento del creciente desempleo, el descenso de la capacidad adquisitiva de las masas y una exacerbación de la discriminación racial. Al mismo tiempo, los economistas burgueses «no advierten» las grandes posibilidades que para atenuar las consecuencias negativas de la crisis ofrecerían la distensión, el desarme y la cooperación económica en gran escala con la URSS y otros países socialistas —aunque el camino para ello está abierto—, así como la democratización de las relaciones económicas internacionales.

Poderosos sectores de la clase en el poder, ahora dominantes, tratan de resolver los problemas creados por una crisis cada vez más profunda aplicando una política típica de períodos de guerra: almacenamiento acelerado de petróleo adquirido en el Cercano Oriente, con el fin de acumular la mayor cantidad posible a expensas de otros compradores y preservar a la vez las grandes reservas estadounidenses de recursos energéticos; planes para invadir el Cercano Oriente al objeto de apuntalar el amenazado control de los monopolios norteamericanos sobre el petróleo. También prevé dicha política la congelación de los salarios y la limitación de los precios en las transacciones entre las corporaciones, al tiempo que permite el continuo e incontrolado aumento de los precios al por menor de los bienes de uso y consumo y de los servicios; el aumento en flecha de los impuestos que afectan a las masas; medidas de represión política contra las fuerzas de la paz y la clase obrera.

En respuesta a las críticas de los economistas liberales y de los políticos de la oposición, estos sectores dominantes del capital monopolista niegan tener la menor intención de congelar los salarios. No obstante, la actitud general de la clase dominante indica que esa congelación habrá de producirse. También existe el propósito de proceder a una redistribución de los recursos con una restricción directa del consumo de las masas; de conceder importantes subsidios a los monopolios más poderosos con el fin de elevar la producción interior de energía de fuentes tradicionales y nuevas; de incrementar al doble el porcentaje del presupuesto militar con respecto a la renta nacional.

A la vez que pone en práctica sus planes de militarización, la Administración estadounidense ya no habla de política de «cañones y mantequilla», como lo hiciera, pongamos por caso, durante los años 40 y 50, en plena guerra fría. No está el horno para ese pan. La teoría económica burguesa acude en auxilio del capital monopolista al defender «su derecho a los superbeneficios», predica a las masas la resignación ante las adversidades y la «austeridad» como expiación del pecado del «consumo excesivo». En los EE.UU. se va viendo cada vez con mayor claridad el peligro que representa la actual política económica del Gobierno, respaldada por las nuevas teorías económicas burguesas. Los trabajadores que siguen a los comunistas, algunos sindicatos y las fuerzas democráticas están intensificando su lucha contra esta política antipopular del Gobierno y los monopolios.

Revista Internacional, Nº 12, 1980.

LA ESTRATEGIA CAPITALISTA DE LA RACIONALIZACION

Michael Graber,
miembro del CC del Partido Comunista de Austria

La racionalización de los procesos tecnológicos, que en los últimos años ha abarcado las ramas clave de la economía de los países capitalistas desarrollados, es al mismo tiempo el producto de la revolución científico-técnica de la segunda mitad del siglo XX y una de sus fuerzas motrices y ha pasado a ser un importante factor de los procesos socio-económicos y políticos que se operan en el mundo del capital. La amplia introducción de la nueva tecnología en la industria y en la esfera de los servicios influye en las propias bases de la producción capitalista, haciendo variar su estructura y, al fin de cuentas, profundizando la crisis general del capitalismo. Y esto, como lo muestra la experiencia de Austria, se observa no sólo en los países capitalistas grandes, sino también en los «pequeños», cuya economía tiene, naturalmente, un carácter específico.

El rasgo más importante de la etapa actual de racionalización, como lo señaló justamente el economista marxista germanooccidental H. Jung, es la amplia introducción de la microelectrónica en las ramas clave de la industria. La particularidad de la microelectrónica consiste en que encuentra aplicación en las más diversas esferas de la producción, ante todo en los terrenos de la medición, la gestión y la regulación, debido a sus posibilidades técnicas y también a su costo relativamente bajo.

Los dispositivos microelectrónicos se utilizan ya en las máquinas-herramienta y medios de comunicación, en la elaboración de información y en el suministro de energía, en los instrumentos médicos y en los equipos eléctricos de los automóviles, en los artículos de amplio consumo y en los electrodomésticos. Contribuyendo a la modernización de la producción, se convierten al mismo tiempo en una mercancía que va conquistando un mercado de venta cada vez más amplio.

La microelectrónica encarna los conocimientos científicos y la experiencia tecnológica que reflejan las enormes dimensiones de la socialización de la producción moderna. Las consecuencias de su introducción revelan con particular claridad las posibilidades que tenía en cuenta C. Marx al predecir que llegaría el momento en que la creación de la verdadera riqueza va a depender no tanto del tiempo de trabajo y de la cantidad de trabajo consumido como de la potencia de los agentes que se ponen en movimiento durante el tiempo de trabajo y que ellos mismos, a su vez (su enorme eficacia), no van a estar en concordancia con el tiempo de trabajo directo necesario para su producción, sino más bien en dependencia del nivel general de la ciencia y del progreso de la técnica o del empleo de esta ciencia en la producción.

Sin embargo, la amplia utilización de los últimos adelantos de la ciencia y la técnica en la sociedad capitalista contemporánea conduce solamente a la agudización de las contradicciones que le son inmanentes, pues al ser el resultado del trabajo social, la nueva técnica se convierte en objeto de la monopolización capitalista y su empleo se determina no por la racionalidad social, sino por los intereses particulares del capitalista. Como resultado, el progreso técnico se convierte en un instrumento para intensificar la explotac ón de la clase obrera y en una palanca para presionar sobre los trabajadores, conduce a la multiplicación no de la riqueza social, sino de la propiedad privada.

La racionalización, que se aceleró bruscamente a mediados de los años 70 bajo la influencia de los intentos de los círculos monopolistas de superar la crisis económica mundial, tiene consecuencias cuyo análisis permite ver los límites de las posibilidades de las relaciones de producción capitalistas. Ante todo se revela con mayor diafanidad que en condiciones de capitalismo el desarrollo de las fuerzas productivas puede tener lugar sólo a costa de la profundización de las contradicciones sociales de la sociedad burguesa.

La acentuación de la confrontación clasista en los países del capital planteó ante los ideólogos y teóricos burgueses la tarea de elaborar un sistema de argumentación para justificar las consecuencias socio-económicas negativas de la racionalización cap talista. Su objetivo es representar estas consecuencias como un «mal inevitable» supuestamente inherente a la influencia —benéfica en su conjunto— del progreso científico-técnico en las condiciones materiales de vida de la sociedad.

Al analizar, por ejemplo, los orígenes del desempleo masivo en los países desarrollados del mundo capitalista, los apologistas de los monopolios hablan con frecuencia de su carácter

«tecnológico». Al poner dos fenómenos de la economía capitalista contemporánea —el rápido desarrollo técnico y la liquidación de puestos de trabajo— en un mismo ítem y al presentar lo primero como la causa «natural» de lo segundo, quieren obligar a los trabajadores a resignarse a la situación existente.

Pero explicar que la actual liquidación en masa de los puestos de trabajo se debe a factores tecnológicos significa tergiversar conscientemente la verdad. Pues la esencia de la cuestión no reside en la técnica nueva como tal ni tampoco en los nuevos procesos tecnológicos y de producción, sino en el modo capitalista de su empleo, en otras palabras, en que las fuerzas productivas se desarrollan bajo la dominación del capital monopolista.

Al hablar de las consecuencias de esto, quisiera detenerme en una cuestión. Se trata de que la introducción de la técnica *nueva* se efectúa empleando métodos y palancas *tradicionales,* creados hace tiempo ya para elevar la capacidad competitiva y los beneficios de los monopolios. El examen de este aspecto de la racionalización tiene significado práctico en la elaboración de la estrategia y táctica de lucha de los trabajadores contra la nefasta influencia que ella ejerce en las condiciones de trabajo y vida.

El arsenal de los métodos monopolistas de Estado para efectuar la racionalización es extraordinariamente variado: desde la concentración acelerada de la producción y la centralización del capital, que origina la liquidación de las empresas, hasta la intensificación del trabajo, que es una sobrecarga física y psíquica para los trabajadores. Bajo el influjo de la nueva tecnología, el efecto de todos estos métodos, tanto en la economía en su conjunto como en las distintas estructuras económicas adquiere dimensiones cualitativamente nuevas.

El monopolismo de Estado, al tomar en sus manos la dirección de la racionalización, provocó, en particular, un número récord de bancarrotas en Austria, a pesar de que se observó alguna activación de la coyuntura. Otro ejemplo. La campaña de fusión de empresas en la industria metalúrgica del Estado, realizada con fines racionalizadores, se efectuó hace ya varios años, pero, sin embargo, su influencia en los procesos de producción tradicionales comienza a manifestarse tan sólo ahora. Miles de obreros han sido despedidos y otros miles se ven obligados a buscar trabajo lejos de sus lugares de residencia, lo que está vinculado con gastos complementarios en el transporte y grandes pérdidas de tiempo. En la industria austriaca,

donde la productividad del trabajo se elevó en un 25,4% desde 1974 hasta 1978 (calculado en hombres-hora), la carga de las potencialidades se redujo del 89 al 83% y desaparecieron 60.000 puestos de trabajo (es decir, más del 10%).

Si se examina la influencia de la racionalización en los procesos económicos en un plano más amplio, veremos que, no obstante las esperanzas de los teóricos y prácticos burgueses, ésta no ejerce ningún influjo notable en el desarrollo del ciclo económico, es decir, no contribuye al debilitamiento de los fenómenos de crisis en la fase de recesión ni a la activación de la economía en la fase de auge. Así, a pesar del anteriormente señalado considerable crecimiento de la productividad del trabajo, el volumen de la producción industrial en Austria aumentó en 1978, en comparación con 1974, sólo en un 4%.

La clave para comprender el mecanismo de la racionalización puede ser, en cierta medida, la política inversionista. Al analizar su dinámica, cabe señalar una tendencia curiosa: con una reducción general de las inversiones en la industria austriaca (del 18,2% en 1971 al 13,9% en 1978), la proporción de los gastos en la racionalización va elevándose invariablemente. Este fenómeno lo confirman también los datos de los años de crisis y poscrisis cuando las asignaciones para nueva tecnología en las inversiones generales en la industria aumentaron del 58% en 1974 al 64% en 1977.

Estas cifras muestran que la racionalización se efectúa actualmente no por la falta de potencialidades de producción, como sucedía antes, sino por el exceso de ellas provocado por la crisis. La esencia de la cuestión consiste en que los monopolios, al utilizar la reducción del costo de la tecnología moderna, consideran que lo principal es el ahorro de capital, sin inquietarse en absoluto por la ocupación. Por eso son cada vez menores los medios que gastan en ampliar los fondos básicos, cuyo incremento contribuiría a la creación de nuevos puestos de trabajo, pero reduciría los beneficios.

En cualquier esfera de aplicación del capital, el principal objetivo del progreso científico-técnico en la sociedad de propiedad privada es el incremento de los beneficios y no el bien social. Las desproporciones en la actividad inversionista, condicionadas por esto, se convierten en una de las causas fundamentales que generan, acentúan y prolongan las crisis estructurales.

En su intento de superar estas desproporciones, el Gobierno austriaco agiliza las medidas monopolistas de Estado para es-

timular las inversiones privadas que se orienten a la racionalización. Como resultado, enormes medios sociales se redistribuyen de modo que permiten utilizar el progreso científico-técnico en bien de las acumulaciones monopolistas. Debido a que la fuente principal de los medios sociales son los impuestos de los trabajadores, por consiguiente, los propios trabajadores financian las medidas que contribuyen, a fin de cuentas, a su transformación en reclutas del ejército de reserva de trabajo.

Un ejemplo de la dilapidación de grandes potencialidades de producción y de recursos sociales, objetivamente inevitable en condiciones de anarquía en las relaciones de producción capitalistas, puede ser la racionalización que lleva a cabo el monopolismo de Estado en la industria textil de las regiones orientales de Austria. En su primera etapa, los bancos del Estado cubrieron las pérdidas de las grandes empresas privadas, después de lo cual éstas fueron cerradas. A continuación se efectuó la segunda etapa, en cuyo transcurso los empresarios recibieron —¡de nuevo a costa de los medios del Estado!— créditos ventajosos para ser invertidos en empresas nuevas construidas según los últimos adelantos de la técnica, pero a condición de que se demolieran las fábricas viejas. Como resultado de esa racionalización, los monopolios se aseguraron beneficios complementarios mediante despido de cerca de 2.000 obreros y empleados. ¿Sería necesario recordar que semejantes operaciones se financian invariablemente a costa de los impuestos de los propios trabajadores?

De lo dicho se deduce la siguiente conclusión: el monopolismo de Estado, al estimular el progreso científico-técnico, en bien de los monopolios, no hizo variar en absoluto el carácter espontáneo de la actividad inversionista capitalista y la racionalización vinculada con ella. Las consecuencias sociales incontroladas de la racionalización plantearon ante los trabajadores austriacos una serie de complicados problemas.

Para un país pequeño, como es Austria, la introducción de la nueva tecnología tiene otro peligro específico, engendrado por la monopolización del progreso científico-técnico, por parte de las grandes compañías transnacionales. Este peligro lo pone de manifiesto la tendencia a convertir a los países pequeños en suministradores de producción intermedia para los poderosos monopolios extranjeros, lo que hace aumentar aún más la dependencia de estos países con respecto a las grandes potencias imperialistas.

Se puede formar una idea acerca de algunas consecuencias sociales del carácter espontáneo que tiene la introducción de la nueva tecnología, ante todo los microprocesores, por los resultados previos de las investigaciones realizadas en Austria. Con bastante fiabilidad se puede, en particular, pronosticar la reducción del número de obreros no calificados, instrumentistas y mecánicos, por una parte, y el aumento del número de trabajadores que trabajan con máquinas automáticas, sobre todo en la comprobación y control, y de especialistas calificados, diseñadores de dispositivos electrónicos y programadores de computadoras, por la otra. En otras palabras, bajo la amenaza del despido se encuentran los obreros calificados de las profesiones tradicionales.

Muchos especialistas prevén una mayor polarización en la estructura de la mano de obra calificada. Pues, digamos, en la industria de las artes gráficas el objetivo de la racionalización consiste en utilizar mano de obra no calificada en operaciones que antes requerían elevada calificación. Como muestra la experiencia de Austria y otros países capitalistas, por ejemplo, RFA y Gran Bretaña, esto crea el peligro de que grupos enteros de profesionales tengan que perder su calificación.

Debido a que la técnica computadora, que trabaja en base a la microelectrónica, puede emplearse ahora no sólo en las empresas grandes, sino también en las pequeñas y medianas, las consecuencias sociales de la racionalización se manifiestan aquí en un grado mucho más elevado que antes. Si en la mitad de las 220.000, aproximadamente, empresas pequeñas existentes en Austria (incluidas las que tienen menos de 50 obreros y empleados) desaparece aunque no sea más que un puesto de trabajo, como resultado de la introducción de la nueva tecnología, se encontrarán cesantes más de 100.000 personas. ¡Y esto cuando se necesita crear no menos de 30.000 puestos de trabajo al año para asegurar la ocupación de la juventud que inicia su vida laboral!

La influencia de la nueva tecnología puede ser particularmente fuerte en el trabajo de oficina, la gestión, los seguros y la banca. Se trata ante todo del procesamiento de la información en números y textos, por ejemplo, la confección de textos standartizados, cartas, pedidos, notas, etc. con ayuda de computadoras. De acuerdo con los datos de una serie de investigaciones, en las grandes empresas se puede formalizar, aproximadamente, el 30% y automatizar el 25% del trabajo de oficina. En las empresas pequeñas y medianas, esta parte

compone, respectivamente, el 45% y el 25%; en los órganos de dirección estatal y municipal, el 72% y el 38%. Se supone que la programación en el procesamiento de textos hará posible aumentar en 7 (!) veces la productividad del trabajo de oficina.

En el orden del día está el empleo de computadoras en el diseño y proyección. Se supone, por ejemplo, que hacia 1985 en los EE.UU. se prepararán con ayuda de microcomputadoras hasta el 90% de los planos técnicos. Sin la adopción de medidas especiales —y éstas son poco probables en la racionalización capitalista—, esto conducirá a la pérdida de la calificación de una parte de los especialistas y a la reducción de sus salarios.

La racionalización capitalista del trabajo de oficina repercute no sólo en los empleados, cuyos puestos de trabajo se ven afectados directamente. Pierden su vigencia los cálculos a largo plazo de desplazar la mano de obra que se libera en la producción a la esfera de los servicios públicos y comunales y aparato de dirección. Esto concierne plenamente a Austria, donde la ampliación de los mencionados sectores no productivos contribuyó, hasta hace poco y en un grado considerable, a mantener un nivel relativamente alto de ocupación y a prevenir el desempleo en masa.

Se ha escrito bastante de las graves consecuencias que tiene el empleo de los microprocesores en la producción de relojes y en la poligrafía. Para nosotros, austriacos, las enconadas contiendas de clases que estallaron en estas ramas de la industria de la RFA y las acciones de los sindicatos germanooccidentales contra la estrategia capitalista de racionalización constituyen uno de los elementos de la lucha de clases internacional. Ellas causaron impacto incluso en la dirección de los sindicatos austriacos, cuyo pensamiento está impregnado del espíritu de la «coparticipación social».

Las reivindicaciones de establecer el control sindical y social sobre la introducción de la nueva tecnología son cada vez más fuertes también en nuestro país, sobre el que comenzó a pender también la amenaza de la reducción de la ocupación. La influencia de la huelga de los tipógrafos germanooccidentales puede verse, en particular, en el acuerdo a que llegaron los sindicatos y los empresarios de suspender por un año las medidas tendientes a automatizar la industria poligráfica austriaca. El sindicato de empleados de instituciones privadas estudió detalladamente las consecuencias de la introduc-

ción intensiva de la microelectrónica. «Queremos que con ayuda de la planificación, el control y la participación en la gestión, el progreso técnico sea también progreso para el hombre y la sociedad», declaró este sindicato en su programa de acción.

Las posibilidades que crea la racionalización en el ahorro de la mano de obra son utilizadas por el capital en su propio beneficio intensificando el trabajo. Sin embargo, el personal cuya productividad de trabajo crece rápidamente como resultado de la introducción de la nueva tecnología exige la reducción de la jornada laboral sin que se disminuya el salario. Muchos sindicatos consideran que esto permitiría distribuir justamente el trabajo entre todos los obreros y empleados y, de este modo, no sólo conservar el nivel de ocupación, sino también elevarlo. Para los empresarios, sin embargo, es importante no simplemente ahorrar el tiempo de trabajo, sino hacerlo de forma que asegure el aumento del trabajo adicional como fuente de beneficios. Por eso precisamente los monopolios y el Gobierno, que vela por los intereses de los primeros, se pronuncian en contra de las propuestas de los sindicatos.

Los líderes sindicales de derecha consideran que el problema del creciente desempleo como consecuencia de la racionalización podría solucionarse mediante la «división» del dinero total para los salarios entre todos los trabajadores, incluidos los que perdieron el trabajo. ¿Pero acaso no está claro que esta medida equivale prácticamente a la reducción general de los salarios? Esta «solidaridad» sería apoyada también por el capital, pues en este caso la norma de explotación no variaría. Esos y otros «audaces» planes de los apologistas de la «coparticipación social» no afectan en absoluto los beneficios de los monopolios y sólo pueden hacer empeorar la situación de los trabajadores.

Los comunistas austriacos opinamos que es imposible aplicar una política ocupacional que respondía plenamente a los intereses de los trabajadores, sin limitar el modo capitalista de producción. Esa política puede ser realizada sólo si se planifica la utilización de la mano de obra y se establece la propiedad social sobre los medios de producción. Por eso consideramos que la batalla por reducir la jornada de trabajo es parte de nuestra lucha contra la explotación capitalista. En este caso, igual que en cualquier otro intento de prevenir o, por lo menos, de amortiguar las consecuencias socio-económicas negativas de la racionalización capitalista, se trata del

choque entre la economía política de la clase obrera y la economía política del capital.

La nueva tecnología, engendrada por la revolución científico-técnica, abre ante la humanidad grandiosas perspectivas. Puede conducir a la plena emancipación del hombre de la participación directa en el proceso de producción; a la liquidación paulatina de todos los trabajos pesados, monótonos y no calificados; al desarrollo multilateral del principio creador en la actividad laboral, a una considerable reducción de la jornada laboral.

Sin embargo, el progreso científico-técnico en el capitalismo viene acompañado del creciente peligro de que los trabajadores pierdan sus fuentes de existencia. En vez de que el trabajo de los obreros y empleados sea más aliviado, aumenta la sobrecarga psíquica y la monotonía de muchos procesos productivos. Los desbarajustes monetarios, la inflación, las crisis energética y de materias primas, el crecimiento de los déficits presupuestarios y los impuestos hacen aún más impactantes las consecuencias socio-económicas de la racionalización, manifestándose con agudeza en la situación material de millones de obreros y empleados.

Las contradicciones entre las posibilidades que abre el progreso científico-técnico y la realidad capitalista hacen que los sindicatos exijan cada vez con mayor insistencia la humanización del trabajo. Pero la materialización de la mayoría de las reivindicaciones de los trabajadores austriacos se ve obstaculizada por la línea de los líderes socialdemócratas de derecha partidarios de la «coparticipación social» con el capital, por su práctica basada en la «inviolabilidad sagrada» de los beneficios.

En las condiciones de propiedad capitalista y de sistema social antihumano, el empleo general de la racionalización en bien de los trabajadores no es más que una ilusión. La solución cardinal debe buscarse en las vías de profundas transformaciones socio-económicas, apoyándose en la experiencia del socialismo real, el cual muestra convincentemente que la introducción planificada de los logros del progreso científico-técnico en la práctica y su dirección consciente en bien de los trabajadores no es ya una hipótesis, sino una realidad objetiva.

Revista Internacional, Nº 3, 1980.

ENFERMEDAD CRONICA

EL PROBLEMA DEL DESEMPLEO EN LOS PAISES DEL CAPITALISMO DESARROLLADO

La ocupación, uno de los problemas clave en el conjunto de relaciones entre el trabajo y el capital, adquiere en la actualidad una extraordinaria acritud, y partidos y organizaciones desde diversas posiciones de clase centran su atención en ella. Generado por causas de orden económico y social, el desempleo como fenómeno orgánico enquistado estructuralmente en el sistema capitalista, tiene un mecanismo específico de surgimiento y acción. Mecanismo que hay que estudiarlo para promover con conocimiento de causa medidas reales y efectivas a fin de mitigar dicho problema que es de vivísima actualidad, importante desde el punto de vista teórico y de múltiples vertientes.

La Comisión para los problemas de la lucha de clases en los países capitalistas desarrollados de «Revista Internacional», con el objeto de intercambiar opiniones sobre el particular, ha creado un grupo de estudio, integrado por J. WEST, miembro del Buró Político del CC del PC de los EE.UU. y del Colegio de Redacción de la revista; P. VAIS, miembro del CC del PC de Grecia y miembro del Consejo de Redacción de la revista; R. ÖHMAN, miembro del Consejo de Redacción y representante en la revista del Partido de Izquierda-Comunistas de Suecia, y V. GOLUBKIN, colaborador de Revista Internacional.

Publicamos a continuación un resumen de la labor realizada por dicho grupo.

EL DESEMPLEO RADICA EN LAS RELACIONES BASICAS DE PRODUCCION CAPITALISTA

Como es sabido, la desocupación no constituye un fenómeno periódico de la economía capitalista. Es, en realidad, el reflejo de un proceso continuo que ora declina un tanto, ora cobra gran intensidad.

El desempleo ha alcanzado en el mundo capitalista proporciones sin precedente en los últimos decenios. Según datos de la Organización Internacional del Trabajo, en 1977 había en los países del capitalismo desarrollado unos 15 millones de cesantes, es decir, la misma cantidad que en el período de crisis 1974—1975. En los países miembros de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (sin contar Portugal y Turquía) hacia finales de 1979 no tenían trabajo casi 16 millones de personas. Según cálculos de los expertos,

la cesantía en el año 1980 afectará a más de 20 millones de personas en los 24 países que integran la OCDE. Conviene señalar al respecto que las cifras aducidas no reflejan el estado real de las cosas. Suelen estar rebajadas y requieren un ajuste sustancial en base a las estadísticas sindicales.

El desempleo actual es un fenómeno complejo, en el que tienen un reflejo contradictorio la casi totalidad de los procesos esenciales que se verifican en la economía de los países capitalistas: el ahondamiento de la crisis general del capitalismo, que estos últimos años ha adquirido en muchos países un carácter crónico y omnímodo; la revolución científico-técnica; la regulación monopolista-estatal de la economía; la variación de la coyuntura del mercado y los cambios en el ámbito de la distribución y el consumo, etc. El desempleo ha llegado a ser un punto neurálgico, el rasgo característico integral más importante de la situación de los trabajadores, que incide de modo sustancial en muchos otros aspectos de dicha situación.

Los integrantes del grupo centraron la atención en los siguientes problemas: los rasgos característicos y las causas del desempleo en relación íntima con las regularidades de la crisis general del capitalismo; los efectos socio-sicológicos, económicos y políticos del desempleo; la política de los círculos gobernantes de los países capitalistas en el terreno de la regulación de las reservas laborales y la garantización de la ocupación; los programas democráticos de lucha contra el desempleo y los programas de los comunistas.

Al hablar de las peculiaridades de la actual cesantía, los participantes en el debate señalaron ante todo su carácter masivo. Abarca prácticamente todo el mundo capitalista, todos los ámbitos de la economía (que van desde los servicios a los sectores que han aparecido últimamente), todas las categorías profesionales (desde el peón hasta el científico) y todas las generaciones. Se definió un rasgo relevante de la dinámica del desempleo: al parecer, éste ha trascendido el marco del movimiento cíclico de la reproducción. En el período posterior a la crisis de 1974—1975, el ejército de reserva laboral, lejos de disminuir, ha ido en aumento.

¿Cuáles son las causas de tan acentuada agravación del problema del desempleo? ¿Qué papel han jugado en este proceso las conmociones económicas que sufrió el mundo capitalista en la primera mitad de los años 70 y otros factores de más largo alcance?

En la segunda mitad de la década del 70, la situación económica en el mundo capitalista se ha caracterizado por una reanimación poco estable y la persistencia de fenómenos poscríticos residuales en los que se han reflejado tanto la inestabilidad de la economía capitalista mundial como la ineficacia de las medidas de regulación monopolista-estatales de la vida económica. Entre las causas que condicionan el restablecimiento desacelerado, en comparación con los ciclos anteriores, de la economía se encuentran los profundos cambios estructurales en el mecanismo de la reproducción social y en las relaciones económicas internacionales y también factores de orden coyuntural. Entre estos últimos figuran la floja y desigual actividad inversionista, orientada principalmente a modernizar y racionalizar la producción, y la inflación.

Al abordar la dinámica de los tres índices interconexos —la producción, la ocupación y la cesantía—, conviene hacer resaltar *dos* elementos más típicos: *primero,* que el incremento económico no ha ido acompañado de un aumento significativo de la ocupación y, *segundo*, que a su vez, este aumento se ha producido a la par con un ascenso del desempleo o, en el mejor de los casos, con el mantenimiento de sus amplias proporciones.

El primer fenómeno se explica por el hecho de que la reproducción ampliada se ha basado, generalmente, en la implantación de nueva técnica, en la racionalización de los procesos tecnológicos y en el aumento de la productividad del trabajo acompañado de una mayor intensificación del mismo. Se trata, pues, de los serios cambios estructurales que se están operando bajo el influjo de la revolución científico-técnica y que han condicionado el paso del tipo de producc ón extensivo al intensivo, con todas las consecuencias que ello acarrea para el mercado de trabajo.

Estos cambios estuvieron estimulados por una «política estructural» de Estado, la cual se aplica con el fin de modernizar y racionalizar la producción, lo que en el contexto del capitalismo va acompañado, naturalmente, de un proceso no cíclico, permanente, de desplazamiento de mano de obra «excedente» de la esfera de la producción. (Los asistentes al intercambio de opiniones subrayaron precisamente *en el contexto del capitalismo,* puesto que el desempleo masivo no constituye en modo alguno un efecto ineludible del desarrollo de la estructura industrial de la sociedad moderna. Ello lo demuestran los países socialistas donde, a pesar del alto nivel

de industrialización ya alcanzado, a los trabajadores se les garantiza la seguridad social y un creciente nivel de vida y de instrucción. En el socialismo, el progreso técnico conlleva también una reducción de la fuerza de trabajo en algunas ramas de la industria y sectores de la economía, pero, gracias a la gestión económica planificada, los que sobren suelen ser absorbidos mediante la oportuna readaptación profesional y la ampliación de la producción que se desarrolla sin crisis y de manera proporcional y regular.)

La vía de desarrollo intensivo significa que una parte cada vez mayor de las inversiones se asigna no a crear una nueva capacidad productiva y nuevos puestos de trabajo, sino al perfeccionamiento técnico de la ya instalada. Así, en la RFA, las tres cuartas partes de las inversiones se canalizan en los últimos años a la racionalización del proceso productivo y la adquisición de nuevos equipos para reponer los obsoletos, y sólo una cuarta parte para ampliar la producción. El resultado es que se eleva la eficacia de la producción con un aumento insignificante de las inversiones y desciende la demanda de mano de obra incluso cuando la producción va en aumento. Según cálculos del Instituto de Estudios Económicos y Sociales de la Unión de Sindicatos Alemanes, el número de ocupados en la industria de la RFA descendió, entre 1970 y 1976, en un 13,7% y las inversiones globales, en un 23,9%, mientras las capacidades instaladas aumentaron en un 11,6%. Los estudios evidencian que como consecuencia del empleo de microprocesadores y computadoras, el ritmo con que los nuevos ingenios irán «devorando» puestos de trabajo será mayor aún y, en los años 80, en el país «sobrarán» medio millón de hombres en la industria y 1,2 millones en las instituciones; dentro de 15 años, la cesantía amenazará a la mitad del total de ocupados en la RFA[1].

Una circunstancia más. En un contexto en que encarecen los productos energéticos, las materias primas y las tecnologías de importación y, por lo tanto, en que aumentan los costos de producción, los empresarios optan cada vez más por economizar a expensas de los salarios, lo que conduce a la disminución de la fuerza de trabajo ocupada. La mecanización

[1] La revolución científico-técnica indudablemente estimula también la tendencia inversa: una afluencia de mano de obra mediante su incorporación a los nuevos sectores. No obstante, prevalece la tendencia al desplazamiento de la fuerza de trabajo de la producción social, tendencia que afecta con particular fuerza a ciertas categorías de trabajadores.

del trabajo viene estimulada además por el aumento del valor de la mano de obra.

El segundo fenómeno, al que nos referíamos más arriba, está condicionado por la creciente afluencia de jóvenes y mujeres al mercado de trabajo. En cuanto al ritmo de crecimiento, este flujo es superior al aumento de la población laboral, lo que crea una presión adicional en dicho mercado. La cesantía juvenil y sus consecuencias constituyen uno de los factores más graves y peligrosos. Tan sólo en los países de la CEE abarca a unos 2 millones de jóvenes menores de 25 años. La tendencia a que el número de jóvenes «excedentes» aumente con más rapidez que el total de desocupados se observa en todos los países capitalistas. Se deja sentir el «boom de natalidad» de fines de los 50 y principios de los 60. Sus efectos se agravan además por el hecho de que la salida al mercado laboral de jóvenes que buscan su primer trabajo en la vida ha coincidido con un fuerte empeoramiento de la situación relativa al empleo. Se deja sentir también el bajo nivel de adiestramiento y de instrucción profesional, la cual ha sido puesta en manos de los patrones que utilizan a los aprendices como fuerza de trabajo casi gratuita sin calificación. Se dejan sentir además las deficiencias del sistema de enseñanza escolar y universitaria, incapaz de satisfacer las demandas socio-económicas fundamentales de la sociedad industrial moderna: las escuelas superiores se han convertido en un albergue temporal, materialmente abarrotado, de una juventud que no encuentra trabajo y difícilmente lo encontrará.

La cuestión sobre las causas e ineludibilidad de la existencia de un ejército laboral de reserva en el capitalismo fue teóricamente argumentada ya en las obras de Marx, quien mostró el condicionamiento de ese fenómeno por la ley de la plusvalía y la ley general de la acumulación capitalista inherentes al modo de producción capitalista. *«La acumulación capitalista* —dice Marx— produce constantemente... una *población obrera excesiva para las necesidades medias de explotación del capital*, es decir, una población obrera *remanente o sobrante.»* [2] La causa principal por la que surge el desempleo es la capitalización de la plusvalía que hace variar la composición orgánica del capital implantando nuevas tecnologías en la producción. Marx demostró que «al crecer el capital total crece también el capital variable y, por tanto la

[2] C. Marx. *El Capital*, Buenos Aires, Cartago, 1956, t. 1, p. 507.

fuerza de trabajo absorbida por él, pero en una *proporción* constantemente *decreciente*»[3].

Las leyes descubiertas por la ciencia marxista siguen vigentes también en las condiciones de la producción social, modificadas por la incidencia de la revolución científico-técnica, de las agudas crisis estructurales de la economía y de la acentuación del carácter monopolista-estatal de su desarrollo. Pero en la «conducta» del desempleo hay muchos elementos nuevos. La relación entre el cambio de la composición orgánica del capital y la ocupación ya no es tan directa en las condiciones de hoy, en que aumenta el significado de las contradicciones entre la estructura de la oferta y la de la demanda de fuerza de trabajo (por profesiones, calificación, nivel de instrucción, edad, sexo y raza y sectores industriales) y se intensifican las oscilaciones cíclicas de la producción. No obstante, las categorías de la teoría marxista del valor-trabajo, de la plusvalía y de la cuota de ganancia nos sirven de clave segura para dilucidar las causas de fondo del desempleo actual, de sus proporciones y su dinámica.

La ley fundamental del capitalismo —obtención del máximo beneficio— sigue en pie. Sin embargo, aun manteniéndose el grado de explotación a un mismo nivel, la cuota invariable de plusvalía puede expresarse en una cuota de ganancia decreciente dado que la dimensión del capital constante crece más rápido que la del capital variable utilizado. El capitalismo trata de contrarrestar la tendencia decreciente de la cuota de ganancia y aplica para eso una política de restricciones respecto a los trabajadores, política cuya crudeza no tiene precedente. Se trata, en particular, de las medidas que conducen a una notable reducción del número de obreros por unidad de capital y a la descalificación de los mismos.

Cuando la ganancia se halla en peligro, los empresarios se sirven de métodos cada vez más sutiles que les permiten reducir los puestos de trabajo o, al menos, no crear nuevos. O recurren a medidas como el cierre de empresas. Resulta revelador al respecto el caso de la Chrysler, corporación norteamericana, que anunció su propósito de cerrar la fábrica principal de su filial Dodge Division de Hamtramck, Michigan, fábrica que no ha dejado de ser rentable. ¿A qué se debe el propósito de cerrarla? «A que a las corporaciones —escribe el periódico *Daily World* de los comunistas norteamericanos—, que se han convertido en monopolios mastodónticos,

[3] Ibid., t. 1, p. 507.

no les satisface sino la máxima ganancia. Si el beneficio se halla por debajo del nivel que ellas consideran "máximo" y si creen que en otro lugar será mayor, se trasladan a él. Para las corporaciones la fuerza de trabajo es una mercancía que se compra y se usa como cualquier otra. Y el operador no es un individuo, una persona con demandas, deseos y sentimientos humanos, sino algo que se puede utilizar o tirarlo, según les convenga a las compañías, igual que desechos o piezas de equipos»[4].

La misma lógica motiva la acción de los monopolios en los países que coordinan su política en el marco de agrupaciones económicas cerradas. El «plan del acero» elaborado por el cártel Eurofer, en el que los consorcios germanooccidentales llevan la batuta, parte de que en los países de la CEE sobra la tercera parte de las capacidades instaladas en la industria metalúrgica. El plan de «saneamiento» de dicho sector estipula la supresión de 60.000 puestos de trabajo, al tiempo que los magnates del acero continúan absorbiendo recursos públicos que ascienden a sumas de miles de millones, así como medios de la comunidad. Ha sido elaborado también un «plan europeo» para las construcciones navales, con una reducción del 50% del personal, y para la industria textil, que permitirá a los monopolios acelerar la reconversión de este sector y trasladar empresas al Sudeste asiático, Africa, Cercano Oriente y América Latina. Para los obreros, esto significa nuevos despidos y la cesantía (de 1970 a 1975 el personal de la industria textil se ha reducido en 500.000 trabajadores).

El trasvase de capital y tecnología de un país para su implantación en economías extranjeras se lleva millares de puestos de trabajo. Esto no significa, desde luego, que de esa manera se resuelva el problema del desempleo en los países a los que trasladan sus bienes las corporaciones. Al utilizar procesos más avanzados en la producción, ellas contribuyen a elevar la composición orgánica del capital y, con ello, a una reducción relativa de la demanda de mano de obra. Las 6.000 empresas de índole multinacional creadas entre 1961 y 1969 en el marco de la CEE originaron el despido de 400.000 personas.

Pongamos el ejemplo de Grecia. ¿Acaso el flujo de capitales extranjeros ha beneficiado al desarrollo de su economía? La firma francesa Pechiney, que goza de franquicias tributarias y facilidades tarifarias en cuanto a la electricidad, se

[4] *Daily World*, 28 de junio de 1979.

ocupa de la explotación de las bauxitas griegas, elabora el mineral y luego lo exporta en su totalidad, obligando a que Grecia reimporte su aluminio. ¿Tal vez el capital extranjero salva al país del desempleo? ¡En absoluto! Según estimaciones de los sindicatos, en el país hay más de 200.000 personas que no tienen trabajo (sobre una población de 9 millones). El ingreso de Grecia en la CEE agravará aún más el problema, ya que ello conlleva un predominio todavía mayor de los monopolios internacionales y el cierre de empresas pequeñas y medianas incapaces de competir con aquéllos. Por lo que respecta a la agricultura de Grecia, que ocupa al 30% del total de la población activa, en la Comisión de Bruselas para las Comunidades Europeas han declarado abiertamente: «Hace falta una reorganización exigiendo un rápido aumento de la productividad del trabajo en este ámbito y, por consiguiente, una notable reducción de puestos de trabajo». «¿Qué vamos a hacer en el marco de una comunidad que cuenta ya con 6,5 millones de cesantes?» —pregunta con razón Pitharoul's, presidente de la asociación sindical progresista ESAK-S.

Una de las causas que reducen la ocupación es la descentralización de la producción: las compañías dejan de realizar ciertas operaciones en sus empresas por considerar que les resulta más conveniente «traspasarlas» a otras, con un reducido número de obreros, para luego comprarles el producto acabado. En tales casos suele desarrollarse una gran inventiva.

Un ejemplo. La administración de la compañía turinesa Urmet, que fabrica teléfonos, ha creado alrededor de veinte empresas enanas, cada una de las cuales ocupa de cinco a diez obreros como máximo. Estos realizan un trabajo que antes hacían decenas de personas. Ha surgido la llamada economía de periferia en la que se emplea en gran escala el trabajo sin calificación de mujeres y menores. Pero el gran «hallazgo» de la mayor parte de las compañías industriales italianas es el trabajo ilegal, el que no está jurídicamente formalizado. Esta lacra social ha alcanzado proporciones alarmantes debido precisamente al incremento de la producción y a la contratación no oficial de nuevos obreros. Tan sólo en cuatro años (1973—1977), el número de trabajadores «ilegales» ha pasado de 2,5 a 4 millones. Estos trabajan en condiciones deprimentes, sin seguro social, sin protección del trabajo y por un salario ínfimo.

Persistente atención merece el problema de la interconexión del desempleo y la inflación. En la época de las crisis del capitalismo clásico estos dos factores eran, en cierta medida, mutuamente excluyentes, la inflación revestía un carácter de corto alcance y el mal principal era el desempleo. Así, en EE.UU., durante la crisis de 1929—1933, cuando el número de cesantes ascendía a 13 millones, los precios bajaron, en relación con el período anterior a la crisis, el 38%. Actualmente se observa un fenómeno fuera de lo común: el entrecruzamiento de estos dos males corrosivos inseparables de la realidad capitalista. Sobre las causas y el carácter de ese entrelazamiento existen diversas opiniones. Unos consideran que la inflación y el desempleo operan como factores mutuamente estimulantes (la inflación reduce sensiblemente la capacidad de compra de la población y origina la contracción de los mercados de consumo; de ese modo los pedidos a la industria disminuyen, lo cual conlleva los despidos). Los otros (los partidarios de la doctrina neoclásica de la economía política burguesa) estiman que la elevación del nivel de desempleo contribuye al descenso de la espiral inflacionaria de los precios.

Los participantes en la discusión pusieron el énfasis en el nuevo brote de interés que se observa entre los economistas burgueses hacia la teoría keynesiana de la ocupación. Esta, como es sabido, parte del supuesto de que la dimensión de la ocupación es inversamente proporcional al nivel del salario real. El único medio de elevarla, según Keynes, es el de reducir el salario real. Esa reducción puede lograrse, a su modo de ver, de dos formas: disminuyendo el salario en metálico y aplicando una ágil política monetaria. «En la vida real —escribe en su libro *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*—, los intentos de los empresarios de reducir el salario en metálico mediante la revisión de los convenios con los asalariados provocarán una resistencia mucho más fuerte que el descenso gradual y automático del salario real como consecuencia del alza de los precios.» Keynes consideraba favorable el alza de los precios, ya que estimula la inversión y la actividad económica y, lo que es principal, «los ingresos de los "consumidores" van a parar a manos de la clase capitalista»[5]. No es de extrañar que esta doctrina sirviera de base para el empleo de la presión infla-

[5] J. M. Keynes. *How to Pay for the War.* London, 1940, p. 6.

cionaria para acelerar el crecimiento económico y atacar a la clase obrera.

El refuerzo empírico de la teoría keynesiana es la llamada curva de Phillips (nombre de un científico neozelandés que, operando con datos ingleses de 1861—1957, comprobó que había una correlación estadística entre el salario nominal y el nivel de ocupación en la industria. Esta relación fue siendo interpretada más tarde como prueba de la existencia de un estable nexo de causa a efecto entre la inflación y el desempleo, como principio de razón inversa de sus valores cuantitativos). Tras referirse a que la vida misma les ha asestado un sensible golpe a todas estas construcciones teóricas (en la casi totalidad de países capitalistas, el aceleramiento del ritmo inflacionario ha ido acompañado del aumento, y no del descenso, de la cesantía), los integrantes del grupo consignaron lo siguiente: esta suerte de juicios sirven para argumentar la política económica antiobrera, estimulan a que los empresarios apliquen tecnologías nuevas que economizan trabajo y les permiten ampliar la producción de bienes con menor gasto de fuerza de trabajo. La tesis de combatir la inflación a costa de aumentar el desempleo con el fin de incidir sobre el salario implica aumentar las proporciones del despilfarro de recursos humanos y materiales y la perduración del exceso de capital productivo con relación al trabajo vivo disponible. Esto significa también que las causas de fondo de la inflación y el desempleo ganan en fuerza.

Al hacer un resumen de lo que se expuso acerca de las causas del desempleo, los asistentes a la discusión subrayaron que en el fondo de éste se halla (con toda la importancia que revisten las motivaciones concretas) la relación de producción básica del capitalismo: la propiedad capitalista que separa a la fuerza de trabajo de los medios de producción y sólo permite su fusión a través de la compra-venta de la mano de obra. Con la particularidad de que el capital, por su propia naturaleza objetiva, persigue el fin de obtener la masa de trabajo vivo (ante todo adicional) mayor posible del número menor posible de obreros contratados.

UNA GRAVISIMA CALAMIDAD SOCIAL

Cierta elevacion general del nivel de vida y el perfeccionamiento del sistema de seguros, como consecuencia de las concesiones arrancadas a la burguesía, han mitigado la re-

lación fatal antes vigente: pérdida del puesto de trabajo —amenaza a la supervivencia física. Aún así, también hoy la pérdida del puesto de trabajo constituye una gravísima calamidad social.

Un hombre que carece de trabajo durante largo tiempo pierde su perspectiva vital. Sus probabilidades de encontrar un puesto nuevo van disminuyendo a medida que se prolonga el plazo de cesantía, ya que su experiencia profesional se va desfasando o perdiendo en parte y se produce una descalificación, una degradación de su capacidad para realizar un trabajo complicado, adecuado al contexto de la revolución científico-técnica. En muchos de ellos surge la sensación de inutilidad, inferioridad y un estado de abatimiento que lleva a menudo al alcoholismo y las drogas, cuando no a la delincuencia. El hecho de mantener a personas aptas para el trabajo, y que quieren trabajar, al margen de éste es una brutal violación de los derechos humanos.

Para el conjunto de la sociedad el paro en masa supone ante todo grandes pérdidas económicas. Y es que se trata de un desgaste moral del potencial laboral, creador, de millones de trabajadores, la extinción del capital invertido en la formación de una fuerza de trabajo compleja, que es la única capaz de ejercer la función de motor de la revolución científico-técnica. Este despilfarro de la principal y más valiosa fuerza productiva —los recursos laborales— es prueba de una infraproducción crónica, de la disparidad entre los bienes producidos y los que podrían haberse producido haciendo un uso más racional de la fuerza de trabajo. Pero no sólo se trata de eso. Según estimaciones del Senado de EE.UU., la sociedad norteamericana sufre anualmente pérdidas por valor de unos 7.000 millones de dólares debido al creciente número de enfermos, la mayor mortalidad y los subsidios para hospitales y cárceles ante un incremento del desempleo en el 1,4%.

Pero a quien la cesantía afecta en primer término es a la clase obrera. En Francia, por ejemplo, en el ejército de «manos sobrantes», cuyo número ascendía en 1979 a 1,7 millones, se contabilizaban 800.000 obreros. Entonces un obrero de cada 12 no tenía trabajo; pero en 1983 esa relación, según pronósticos de los especialistas, será de uno a diez. El «desmontaje político» de las regiones industriales, las que desde hace mucho tiempo constituyen baluartes de la lucha social en el país (el «cinturón rojo» de París, Alsacia, Lorena), así como

de una serie de sectores, desmontaje que se lleva a cabo mediante el cierre de empresas, constituye parte de la estrategia de los monopolios franceses en la cuestión de la ocupación.

El temor que experimentan los trabajadores ante el desempleo permite a la patronal elevar el grado de explotación y la intensidad del trabajo de los ocupados. En otras palabras, en un contexto de «ocio» obligado de una parte de los trabajadores gana en fuerza la depredación del capital respecto a la otra parte. La cesantía brinda a los monopolios oportunidades adicionales para «racionalizar» la producción, para endurecer la disciplina. En una encuesta efectuada por el sindicato del Metal germanooccidental, entre los 100.000 obreros de las empresas de la zona de Stuttgart, uno de cada tres manifestó que no se decide a acudir al médico por miedo a quedarse sin trabajo. Las sobrecargas y el stress aumentan constantemente, dijeron los obreros, y eso lo sienten al terminar la jornada laboral. El miedo al desempleo, como muestran los hechos, afecta sicológicamente con la misma fuerza que la desocupación real.

En circunstancias en que millones de personas carecen de trabajo, la cuestión de las horas extra obligatorias ha adquirido gran agudeza. Un ejemplo. En la industria química italiana, el número de horas de trabajo en 1976 se redujo, con respecto al año anterior, en el 40%. En cambio, las horas de trabajo extra aumentaron en igual período en un 32%. El ritmo y la magnitud del trabajo se suelen revisar por la administración, especialmente en las pequeñas empresas donde trabajan varias decenas de obreros y a las organizaciones sindicales les resulta difícil defender sus intereses. De una información facilitada por la dirección central de estadística de Suecia resulta que muchos obreros y empleados suecos deben trabajar bastante más tiempo que el establecido por la ley: uno de cada cinco, en edades comprendidas entre los 25 y 44 años, trabaja más de 11 horas diarias. La prensa norteamericana escribe sobre las «duras y agotadoras condiciones de trabajo» que recuerdan los primeros años de la revolución industrial [6].

Se hacen intentos de valerse del desempleo para presionar aún más sobre el salario y el adiestramiento profesional. Se

[6] Véase, por ejemplo, el artículo *«Otra vez florecen en EE.UU. las cadencias infernales de trabajo»*, en la revista *U.S. News and World Report*, 14 de enero de 1980, p. 73.

han convertido en elementos orgánicos de la política de gobiernos y empresarios el rebajar el nivel de calificación, propiciar la descalificación y reducir el período de adiestramiento profesional. Al propagar la práctica de rebajar el nivel de calificación, los patronos aspiran a no pagar por completo el valor total de la fuerza de trabajo.

No es de extrañar, pues, que la disminución del desempleo y el aumento de la ocupación hayan adquirido una importancia *primordial* para todos los destacamentos trabajadores que componen el ejército de trabajo tanto en activo como de reserva.

MEZCLA IMPROVISADA DE MEDIDAS CASUALES

Así, el desempleo cambia la situación en el mercado del trabajo en favor del capital. Se trata de que la plena ocupación, según la revista norteamericana *Harper's Magazine*, significa liquidar en cierta medida la desigualdad en la distribución de los ingresos entre determinadas capas de los trabajadores, invitar al «pastel norteamericano» a los negros y a los representantes de otras minorías nacionales (en los Estados Unidos uno de cada cuatro negros no tiene empleo. —*N. de la Red.*), a la juventud y las mujeres y poner límites a los apetitos desmesurados de las corporaciones. En cuanto se resuelva el problema de la ocupación, en los sindicatos norteamericanos pueden surgir ideas sediciosas en lo referente a la revisión de las condiciones de trabajo, a la participación de los trabajadores en la elaboración de la política productiva, y otros «disparates radicales». La aguda escasez de puestos de trabajo permitió a las corporaciones arrancar a los órganos locales y federales de poder una infinidad de valiosas concesiones y franquicias, apaciguar a los estudiantes, desplazar aún más a la derecha el eje de la política norteamericana, la más conservadora en el mundo industrialmente desarrollado [7].

Esta apreciación es cierta también con respecto a otros países capitalistas con determinadas variaciones relacionadas con la especificidad de las condiciones concretas. El desempleo permite a los capitalistas mantener el precio de la mano de obra más bajo que su costo y, por consiguiente, con-

[7] Véase *Harper's Magazine*, № 2, 1977.

servar el nivel más bajo de costo de la producción. Para los representantes del capital monopolista esto es tan evidente que pusieron en circulación el concepto de «desempleo normal» teniendo en cuenta un determinado nivel de desempleo del que necesita supuestamente la sociedad industrial contemporánea. De lo que se oculta tras este concepto se puede juzgar, por ejemplo, por las publicaciones del Instituto de Munich de Investigaciones Económicas. La existencia en la RFA de 950.000 «hombres sobrantes» (el 4% del total de los trabajadores) se presenta como un desempleo «normal». Los capitalistas consideran «anormal» una situación en que el desempleo es más bajo que un nivel determinado. En este caso hablan del mercado de trabajo «tenso», del crecimiento del valor de la mano de obra como consecuencia de tal «tensión». Y tratan de «normalizar» la situación de la ocupación mediante, por ejemplo, la importación de la mano de obra de otros países, que en caso de necesidad puede ser devuelta, exportando de esta manera sus propias dificultades.

Al mismo tiempo, el ejército de hombres expulsados de la producción constituye una seria amenaza a las bases mismas del capitalismo. De aquí la aspiración a evitar su crecimiento hasta el nivel socialmente peligroso, prevenir, sin sacrificar los intereses del beneficio capitalista, los conflictos que puedan desestabilizar el sistema político. Precisamente teniendo en cuenta todas estas circunstancias es necesario analizar el mecanismo —que surgió en los países capitalistas— de la influencia estatal en los procesos de reproducción y en la coyuntura, en la regulación de los recursos laborales y en la garantización de la ocupación.

Para la regulación estatal-monopolista del mercado fueron creados diversos instrumentos económicos: los fondos coyunturales de inversiones, los medios de estímulo a la movilidad geográfica, profesional y de calificación de la mano de obra, los trabajos sociales, regulación anticíclica de las inversiones estatales y de los pedidos industriales, etc. Sin embargo, en opinión de los participantes de la discusión, da la impresión de que el sistema capitalista prefiere comprar la pasividad de los desempleados. Lo hace gustosamente porque la fuente principal para cubrir los gastos en subsidios, que persiguen en parte disminuir la tensión social, son el impuesto sobre los ingresos y las cuotas para el fondo del seguro social, que recaen principalmente sobre los trabajadores.

En la mayoría de los países capitalistas prefieren recurrir a medidas a corto plazo en la lucha con el desempleo. Uno de los primeros pasos de muchos gobiernos fue la adopción de medidas para elevar el nivel de enseñanza profesional y de recapacitación. Pero con frecuencia éstas son formales y mal concebidas. Es ínfima la capacidad de admisión de los cursillos de recapacitación. Además, la graduación de estos cursillos no garantiza el derecho al trabajo, derecho que los ideólogos del capitalismo no se proponen incluir en los principales derechos democráticos del hombre. Como resultado, los trabajadores se recapacitan en... desempleados. Muy a menudo se justifica el temor de que el único objetivo de las «medidas de instrucción» consiste en ocultar las verdaderas proporciones del desempleo, reducir su porcentaje hasta cantidades políticamente aceptables.

Algunos países de la CEE implantaron estímulos financieros provisionales a los patronos con el fin de que ellos empleen a un número mayor de jóvenes. Sin embargo, incluso la Comisión de las Comunidades Europeas pone en tela de juicio la fundamentación de esta decisión. En lo que se refiere a los sindicatos, éstos se expresaron claramente al respecto: conceder franquicias financieras a los empresarios so pretexto de ayudar a la lucha contra la desocupación significa transferir una parte de medios necesarios para ello a las cajas fuertes de los monopolios.

Como regla, las medidas oficiales son ante todo una respuesta a las acciones de protesta, un medio para tranquilizar y crear la impresión de que se está haciendo algo. Están orientadas contra las consecuencias sociales del desempleo entre los jóvenes, como la delincuencia, el alcoholismo y la narcomanía. Su objetivo consiste en conservar la juventud en calidad de un ejército laboral de reserva, así como en redistribuir, en favor de los patronos, los gastos de la instrucción a cuenta de los trabajadores como contribuyentes.

Se trata, pues, de una mezcla improvisada de acciones casuales en muchos aspectos. Los círculos estatal-monopolistas y sus peritos están dispuestos a luchar contra el desempleo sólo en el grado en que esto corresponda a los intereses del gran capital y no afecte a sus beneficios. Una muestra de ello son los Estados Unidos, donde el nivel de desempleo es ahora mucho más alto que en 1973, antes de la crisis, y los beneficios de las corporaciones superan en un 20% el nivel de 1973.

«Es un hecho —constata la misma revista norteamericana *Harper's Magazine*— que en las condiciones de Norteamérica el "moderado" nivel de desempleo brinda muchas ventajas a los que son verdaderamente ricos y que viven con todas las comodidades... Es del todo evidente que es ingenuo esperar que los magnates y los abogados, economistas, politicastros, especialistas en información y otras personas que trabajan para ellos proclamen abiertamente su apego al desempleo. Pero entre amigos, estas personas suelen ser más abiertas. Declaran que se requerirá una explicación razonable, una teoría cómoda que refleje la preocupación por los sufrimientos de los desempleados y, al mismo tiempo, permita evitar cualquier acción realista orientada a cambiar la situación existente en los Estados Unidos.» «Los Estados Unidos comenzarán a avanzar hacia un nivel verdaderamente alto de empleo —resumió la revista— sólo cuando sea políticamente posible reducir el poderío de los sacos monetarios y disminuir la desigualdad en la esfera de los ingresos y el bienestar.» [8]

La ineficacia de las medidas que se están adoptando se debe a su carácter clasista; ellas se orientan al resultado y no tocan la causa: el carácter capitalista privado de la producción y el dominio de los monopolios. Los últimos prefieren invertir sus capitales y organizar la producción en los países donde es barata la mano de obra. La exportación del capital por los grandes consorcios crece mucho más rápidamente que las inversiones dentro de sus propios países. Por ejemplo, las inversiones de la RFA en el extranjero alcanzaron en 1978 la suma de 150.000 millones de marcos. De 1970 a 1976, diez de los más grandes monopolios germanooccidentales triplicaron su producción en el extranjero. En las empresas extranjeras de los consorcios germanooccidentales trabajan cerca de 1.500.000 obreros y empleados (a título de comparación: en la industria de la RFA trabajan 7.500.000 personas) [9].

En este contexto no es difícil comprender el sentido del cambio en la estrategia del gran capital y de los gobiernos respecto a la utilización del trabajo de los inmigrantes. En los últimos años, se acentuó la tendencia de presentar las cosas como si el envío a la patria de los trabajadores inmigrantes pudiera evitar el desempleo. Pero las investigaciones

8 Ibid.,
9 *Horizont*, № 33, 1978.

de carácter macroeconómico realizadas en Francia, que confirman y complementan las conclusiones sacadas por vía empírica en los sectores industriales, han demostrado que la reducción del número de inmigrantes en 150.000 personas asegurará tan sólo 13.000 lugares de trabajo complementarios para los trabajadores franceses, mientras que el incremento de la producción industrial se hará más lento y el déficit de la balanza del comercio exterior crecerá en 4.000 millones de francos [10].

De este modo, la motivación de los monopolios resulta inconsistente. La actual política en la esfera de la inmigración puede ser explicada más bien por los objetivos y los métodos de redistribución de fuerzas orientada ante todo a garantizar, sobre una base más amplia, la rentabilidad de las enormes masas del capital. Esto permite establecer condiciones extremas de explotación en los países del llamado tercer mundo supuestamente en aras de su desarrollo y aplicar la política de rigurosa austeridad en los países desarrollados en aras de su capacidad competitiva, fundamentando su necesidad con los factores externos. La utilización del trabajo de los inmigrantes sobre la base nacional se hace menos necesaria en estas condiciones: ahora no es la mano de obra la que va al encuentro del capital, sino que el capital busca la mano de obra.

Los monopolios consideran insuficiente la exportación directa para garantizar los mercados de venta. La creación de las filiales productivas y comerciales se convirtió en uno de los principales métodos de competencia. «Es una guerra despiadada —escribió acertadamente el semanario francés *L'Unité*—, en que los trabajadores se convierten en peones, guerra que acarrea graves consecuencias para la economía nacional. El "juego de la libre competencia" genera resultados tales como el cierre de las empresas (igualmente inesperado como su apertura), la inestabilidad de la economía nacional, la pérdida del empleo por miles de trabajadores.» [11]

Se podría citar infinidad de ejemplos de este género. He aquí dos de ellos: la compañía francesa Saint-Gobain— Pont á— Mousson invirtió en el extranjero el 60% de sus capitales, lo que no le impidió, en un impulso lírico, compararse a sí misma con un «barco que surca las aguas de todos los

10 *Cahiers du communisme*, agosto—septiembre de 1979, p. 39.
11 *L'Unité*, 28 de abril de 1978.

océanos, pero que conserva francés su pabellón y puerto de matrícula» [12]. Y sobre la reducción del personal en sus empresas en Francia anunció como de pasada. Otra compañía francesa, Rhône-Poulenc, porque había decidido ampliar su producción en Brasil, cerró cinco empresas en las que trabajaban 6.000 personas. Como se ve, los monopolios prefieren invertir sus capitales en el extranjero y realizar los despidos en Francia.

Es necesario destacar el carácter político de las acciones de algunas compañías. Se trata de la estrategia de la antinacionalización. Cuando se crea no una filial corriente, sino una filial en comandita con alguna firma extranjera y cuando las acciones se dividen en dos partes (precisamente así procedió la firma Rhône-Poulenc con la compañía británica ICI y con la firma suiza Sandoz), se trata ya de los intentos de evitar la nacionalización. Además, los capitalistas ni siquiera tratan de ocultarlo. El presidente del Banque de Paris et des Pays-Bas declaró abiertamente: «Internacionalizarse significa hacer la nacionalización en Francia sicológicamente absurda y técnicamente complicada...». De este modo, los trabajadores tienen todos los fundamentos para estar preocupados por la liquidación o reducción de la producción de una u otra empresa francesa.

En una serie de países, los programas gubernamentales prevén aumentar el empleo mediante la reducción de la jornada laboral y la prolongación de las vacaciones. Prevén que con el aumento de los impuestos los trabajadores sufragarán los gastos relacionados con la realización de estas medidas.

En Dinamarca, donde existen 185.000 cesantes, hasta 1982 el Gobierno, recurriendo a este procedimiento, se propone aumentar el empleo... en 35.000 puestos de trabajo. Tal salida de la situación no parece muy convincente a los que están a punto de ser despedidos ni a los 15.000 jóvenes daneses recién egresados de la escuela que entran a engrosar el ejército de desocupados. Surge la pregunta legítima: ¿por qué el Parlamento rechazó el programa de los comunistas que preveía garantizar ya en 1979 el trabajo a 100.000 personas? La respuesta es simple. En primer término, la mayoría de los diputados del Parlamento que representan los intereses del gran capital en seguida se dieron cuenta de que la realización de este plan irá en detrimento de los beneficios

[12] *France Nouvelle*, 22 de marzo de 1977, p. 18.

de los monopolios. En segundo lugar, la aprobación del plan del PCD significaría renunciar al plan gubernamental orientado a disminuir el déficit de la balanza de pagos mediante la elevación de la producción de exportación en un 5—6%, pero no aumentando la ocupación, sino incrementando la productividad del trabajo y racionalizando la producción.

De este modo, el desempleo se presenta como un mal inevitable que puede ser combatido únicamente mediante la racionalización de las empresas y el incremento de la norma de ganancias. En concordancia con semejante lógica, los despidos por razones económicas, además de aumentar el desempleo, se convierten en un medio de lucha por la ocupación, y la agudización de la competencia en el mercado de trabajo, en un medio de elevación de los ingresos... en el futuro, gracias a un nuevo crecimiento económico.

La dualidad de la política de los gobiernos de los países capitalistas en la esfera de la ocupación se manifiesta en la táctica a la que recurren las autoridades al resolver los problemas de cuadros. Por ejemplo, en una serie de empresas estatales de Francia (comunicaciones, energética, asistencia médica, transporte) faltan decenas de miles de obreros, pero la administración emplea a trabajadores temporales. Esto es ventajoso para las autoridades por dos causas: a los trabajadores no se les conceden ningunas garantías de ocupación; en las condiciones del desempleo, sobre todo entre la juventud, que constituye la principal parte de los empleados temporales, se puede exigir la supeditación incondicional y aplastar cualquier forma de «ánimos malignos», es decir, el deseo de luchar por sus derechos.

El capitalismo monopolista de Estado utiliza la cesantía para realizar la llamada política de precios e ingresos. Teóricamente, está orientada a disminuir la presión inflacionaria mediante la contensión del crecimiento de la demanda social conjunta. Pero en la práctica, semejante política se convierte invariablemente en un medio de limitar el salario de los trabajadores. Los gobiernos de muchos países capitalistas persiguen estos objetivos tomando diferentes medidas para reducir los gastos presupuestarios en seguridad social, instrucción, etc., complementándolas con la «congelación» legislativa de los ingresos de los trabajadores. Además, no se tocan los beneficios del gran capital ni los intereses del complejo militar-industrial. En lo que se refiere a las medidas para la «congelación» de los precios, éstas quedan en el papel.

Las causas principales de la desocupación radican en las relaciones de producción capitalistas y pueden ser liquidadas sólo con la eliminación de las últimas. Esto no significa, claro está, que es imposible hacer aflojar las tenazas del desempleo en el marco de la sociedad burguesa. Las variantes concretas del enfoque de este problema se determinan por la peculiaridad de la situación en el mercado del trabajo, por la correlación de fuerzas clasistas y por el desarrollo de la lucha política interna. Los participantes de la discusión consideran que, en todo caso, se hace necesario aplicar tales medidas como la limitación del poder de los monopolios y profundas transformaciones democráticas. Puesto que el problema del desempleo va revistiendo cada vez más claramente un carácter estructural, en la búsqueda de las vías de su solución no se puede hacer hincapié sólo en el mejoramiento de la coyuntura económica. Es necesario reorientar la política económica y, ante todo, la política de inversiones. La variante más racional parece ser la que tenga en cuenta rigurosamente el criterio ocupacional, es decir, la determinación, en base al desarrollo de las ramas que más trabajo requieren, del nuevo perfil de la especialización industrial.

Los participantes de la discusión consideran que desempeñarían un enorme papel la renuncia a la carrera armamentista y la reconversión de la industria de guerra a fin de solucionar los agudos problemas sociales. Los gastos en las ramas de la industria militar de grandes inversiones crean, por término medio, dos veces menos puestos de trabajo que los gastos en otras ramas, iguales por su volumen [13]. Además, la militarización de la economía, que se realiza a cuenta de los crecientes impuestos sobre los trabajadores, limita la demanda solvente y la correspondiente producción con fines pacíficos, y, en fin de cuentas, hace disminuir el grado de utilización de los recursos laborales. Cambiaría radicalmente, por ejemplo, la situación en Grecia si las asignaciones para gastos militares (1,9 mil millones de dólares), que constituyen aproximadamente una quinta parte de todos los gastos del país, fueran destinadas a la satisfacción de las necesidades vitales de los trabajadores. Según los cálculos de los investigadores de la Universidad de Illinois, en los Estados Unidos se podría crear 7.000.000 puestos de trabajo complementarios.

[13] Según los cálculos del sindicato norteamericano de mecánicos, mil millones de dólares invertidos en la producción de los armamentos crean 45.500 puestos de trabajo; la misma suma empleada con fines pacíficos asegura, en dependencia de la industria, 59—88.000 puestos de trabajo.

«La instigación de la carrera armamentista —dice el Secretario General del Partido Comunista de los Estados Unidos, Gus Hall— es una locura no sólo desde el punto de vista de la paz, sino también de la economía. El pueblo de los Estados Unidos debe poner fin a esta locura. Cuanto más rápidamente lo haga, tanto menor será el daño causado, tanto más rápidamente podremos comenzar a solucionar nuestros verdaderos problemas. En un principio deberíamos invertir 100 mil millones de dólares del presupuesto militar en la realización de programas útiles para los tiempos de paz, destinados a la creación de puestos de trabajo, incluidos los programas de reconstrucción de nuestras ciudades.» [14]

El proyecto de nuevo programa de la Agrupación de Sindicatos Alemanes subraya que tales medios para realizar la política económica como la distribución de las inversiones, el plan económico nacional, la participación de los obreros en la administración y el control sobre las fuerzas económicas, deben servir ante todo al logro y garantización de la plena ocupación. Las compañías deben tener en cuenta el principio de la conservación y creación de los puestos de trabajo en todos los planes y decisiones. Los sindicatos no se manifiestan contra el progreso técnico, porque éste es el «factor más importante para elevar el nivel general de vida y aliviar el trabajo». Pero quieren impedir que el crecimiento de la productividad del trabajo se logre a cuenta de los trabajadores. «Es necesario defender plenamente a los obreros y sus familias frente a las consecuencias antisociales de los cambios estructurales en la economía», dice el proyecto de programa.

Este enfoque evidencia la comprensión del carácter irreversible de la revolución científico-técnica. No se la puede detener ni «suprimir», tal como lo proponen los antitecnicistas y tecnófobos. Tampoco se la puede «humanizar» en las condiciones del capitalismo, porque sigue en vigor la principal ley de este régimen: desarrollar la producción y utilizar los adelantos del progreso científico-técnico para obtener la plusvalía. Pero es necesario crear tales condiciones en que el desarrollo de la revolución científico-técnica no vaya acompañado de despidos masivos y del crecimiento del desempleo. Se puede resolver con éxito este problema sólo me-

[14] *Daily World*, 14 de febrero de 1980.

diante el control democrático en la economía, incluido el control sobre la implantación de la nueva técnica, mediante la ampliación de la participación real de los trabajadores, ante todo de la clase obrera, en la gestión de la producción a todos los niveles.

Desde el punto de vista de la comprensión de la esencia de los problemas de la racionalización es muy demostrativa la huelga de seis semanas y media de 200.000 obreros de la industria del acero en Alemania Occidental, que finalizó en enero de 1979. La principal reivindicación de los obreros era la garantización del empleo y la reducción de la semana laboral de 40 a 35 horas, lo que contribuiría a contratar otros obreros y detendría a incesante reducción de los puestos de trabajo en esta rama de la industria (se espera que de 1975 a 1983 serán liquidados cerca de 45.000 puestos de trabajo). Pero es aún más importante, por sus repercusiones a largo plazo, la exigencia de los sindicatos germanooccidentales de tener mayor derecho a participar en la solución de los problemas de la ocupación. Así, los consejos de supervisores generalmente están facultados para aprobar sólo las grandes inversiones, por ejemplo, en una nueva empresa. Ahora, los representantes de los obreros luchan por el derecho a voto respecto a las empresas existentes, en particular, en lo que se refiere a la instalación de equipos automáticos que eliminan los puestos de trabajo. Los obreros exigen también que se les conceda el derecho a vetar el nombramiento del director de la compañía, que responde por la colocación y los despidos.

En el Congreso Británico de las Trade-Uniones (Blackpool, 1975) más de mil delegados aprobaron por unanimidad una resolución en la que se señala que la ocupación de las empresas por los obreros, en señal de protesta contra los propósitos de los patronos de parar la producción, es un legítimo medio de la lucha sindical por la conservación de los puestos de trabajo. De esta manera, el CBTU declaró una guerra abierta a los monopolios y a la legislación burguesa que califican como «acto criminal» esta forma de lucha de la clase obrera. Desde comienzos de 1974 hasta la primavera de 1976, en Inglaterra, Francia e Italia tuvieron lugar cerca de 500 casos de ocupación temporal de las empresas con continuación de labores en ellas.

Los sindicatos suecos consideran que el fondo de inversiones del Estado debe formarse no a base de los impuestos a

la población, sino mediante descuentos del 5—10% a los beneficios de los empresarios. Se necesita una nueva estrategia sindical, declaran ellos, es decir, la lucha contra el gran capital y el poder de la burguesía.

Con su creciente actividad, la clase obrera manifiesta que para ella es inaceptable cualquier curso dimanante de la inmutabilidad del marco cíclico del desarrollo de la producción social trazado por la avidez capitalista. «Tienen más importancia los hombres que los beneficios» fue la consigna de 1.500 fundidores de acero norteamericanos de la ciudad de Youngstown (Ohio) que realizaron una marcha de 75 millas hacia el local de la dirección de U.S. Steel Corporation en Pittsburgo exigiendo que la compañía renuncie a los planes de cerrar las empresas. A pesar de los esfuerzos de los medios de información masiva burgueses de camuflar la base clasista del desempleo, entre las masas trabajadoras crece la comprensión de las verdaderas causas de este mal. Una muestra de ello es la encuesta a desempleados realizada por el Instituto de investigación de las posibilidades sociales, de Colonia: más del 60% señalaron que el régimen social es el responsable por el desempleo.

Las acciones de los sindicatos se orientan cada vez más no a la autodefensa frente a la crisis, sino a contribuir a la creación de un nuevo modelo de desarrollo que permita salir de la crisis. Los partidos comunistas desempeñan en ello un gran papel. Ellos asumen la tarea de elaborar la alternativa democrática al capitalismo monopolista de Estado. Al ligar orgánicamente las tareas inmediatas y a largo plazo de la lucha antimonopolista con los problemas generales del desarrollo socio-económico, ellos imprimen nuevos impulsos a los procesos de reestructuración social y, de este modo, a diferencia de los reformistas, garantizan la unidad de los objetivos tácticos y estratégicos del movimiento obrero. Los partidos comunistas señalan que hasta el momento la clase obrera resuelve con mayor éxito los problemas de la elevación del salario, las pensiones, subsidios y pagos de los fondos del seguro social y de la reducción de la jornada laboral que las cuestiones del desempleo. Se trata de que la solución del problema de la ocupación es posible únicamente en base a profundas transformaciones a nivel estatal, nacional. En otras palabras, la salida de la crisis de las estructuras —estructura de la producción y distribución del producto nacional, de las inversiones de capitales, etc.— requiere cambiar radicalmen-

te las estructuras mismas. Para ello es necesario que la clase obrera se eleve a un nuevo peldaño en el fortalecimiento de la unidad de sus filas, en la definición de su estrategia y su táctica, en la elaboración de las medidas complejas en el contexto político concreto de los países capitalistas.

El Partido de Izquierda-Comunistas de Suecia promovió, por ejemplo, un programa nacional de creación de los puestos de trabajo, de renovación de la vida laboral del país, de cambio de su orientación. Los siguientes postulados de principios constituyen la base de este programa: el desempleo puede ser reducido incluso cuando no existe la economía planificada. Pero una reducción más sustancial requiere determinadas reformas estructurales que tocan las condiciones de la producción capitalista y del poder. En caso contrario, la creación de nuevos puestos de trabajo estará a la zaga del proceso de su liquidación. Cuando la lucha por la garantización de la ocupación alcanza un determinado nivel político y envergadura, se transforma en la lucha contra el sistema económico que origina el desempleo. Los cambios en el sistema de propiedad y en la estructura del poder se hacen inevitables. «La lucha por el trabajo es la lucha por el poder.»

La lucha de los partidos comunistas por resolver los problemas socio-económicos más agudos es una muestra de su disposición a poner su creciente prestigio al servicio de los intereses vitales de los trabajadores en un momento tan difícil. Los programas promovidos por muchos partidos comunistas unen las nuevas propuestas y la mayoría de las reivindicaciones socio-económicas y políticas tradicionales del proletariado relativas a los problemas de la ocupación. He aquí algunas de ellas:

—lograr la limitación de la exportación de capitales, cambiar la estrategia inversionista de los monopolios, determinar sensatamente el peso específico de la nueva construcción industrial y residencial, ampliar la actividad en la industria de transformación que requiere mucha mano de obra, en la esfera de los servicios, la instrucción, la cultura y la sanidad; contribuir al desarrollo de las ciudades y del transporte, al saneamiento del medio ambiente y ayudar al pequeño empresario;

—reducir la semana laboral a 30—36 horas e incrementar los salarios reales, prolongar los lapsos de vacaciones y disminuir la edad de jubilación (60 años para los hombres y 55 años para las mujeres);

—prolongar la duración de la enseñanza media obligatoria a 12 años, ampliar el sistema y mejorar la calidad de la preparación profes onal.

En los documentos de los partidos comunistas los problemas de la ocupación se ponen en directa dependencia del cese de la guerra fría, de la carrera armamentista nuclear, de la profundización de la distensión internacional, del desarrollo del comercio y de las relaciones económicas con los países socialistas.

La diferencia de principios existente entre los programas socio-económicos de los partidos comunistas y las plataformas social-demócratas y las tareas de los sindicatos que se limitan a la lucha económica consiste en que en los primeros se defienden los intereses cardinales de la clase obrera no sólo como la principal fuerza productiva de la sociedad, sino ante todo como la fuerza social rectora y revolucionaria. Los comunistas plantean tareas que movilizan a las masas; ya hoy día la realización de esas tareas contribuye al más rápido desarrollo de la clase obrera, a la elevación de su papel y significado en la producción y en la sociedad.

Una garantía que determina la eficacia de los programas de los comunistas consiste en que ellos están enfilados a liquidar las causas de la crisis en la esfera de la ocupación. Al mismo tiempo, los comunistas comprenden que en el marco de las estructuras existentes cualquier medida puede tener sólo un éxito limitado. Los monopolios y los gobiernos buscan constantemente, y seguirán buscando, las posibilidades de neutralizar los logros de los trabajadores en la lucha por sus derechos. Los comunistas relacionan la solución del problema del desempleo con el cambio del sistema social existente. Una condición indispensable para convertir el progreso social en un medio de desarrollo económico, que puede garantizar el pleno empleo, es la creación de la sociedad socialista.

Revista Internacional, N 6, 1980.

LOS OBREROS INMIGRANTES EN LOS PAISES DEL CAPITAL

La migración de la mano de obra en el mundo contemporáneo (fundamentalmente en su zona no socialista) adquirió gran envergadura. De acuerdo con los datos de una organización estadounidense de investigación, a finales de 1979, 20 millones de obreros sin contar los miembros de sus familias, vivían fuera de sus países [1]. Además, como señaló la Federación Sindical Mundial, «el principal centro de inmigración en el mundo» es Europa Occidental.

DINAMICA DE LA MIGRACION

Las siguientes cifras dan una idea del crecimiento de la migración de la mano de obra. A finales de los años 50, en los países de Europa Noroccidental había cerca de 2 millones de obreros extranjeros, mientras que hacia 1973 —en vísperas de la recesión económica en el mundo capitalista— su número se cuadruplicó, llegando a unos 8 millones, sin contar los centenares de miles de inmigrantes que llegaron a los países de dicha zona por vía ilegal [2]. A esto deben añadirse varios millones de miembros de las familias de los obreros extranjeros.

Los mayores «exportadores» de mano de obra son Italia (más de 1.000.000 de personas), Yugoslavia (770.000), Turquía (700.000), Portugal (590.000), España (575.000), países de la Commonwealth (1.000.000, fundamentalmente a Gran Bretaña), países de Africa Septentrional y Tropical (700.000). A los obreros inmigrantes, que constituyen del 6 al 28% de los asalariados en los países desarrollados de Europa Occidental, les corresponde una parte substancial del producto nacional de estos estados. Como reconoció reiteradas veces la prensa local, sin estos trabajadores serían más bajos los ritmos de desarrollo económico de estos países y muchas ramas de la economía no podrían funcionar normalmente.

La crisis económica de mediados de los años 70 repercutió profundamente en la situación de los obreros extranjeros. El

[1] Véase *International Herald Tribune*, 3 de diciembre de 1979.

[2] Desde luego, los datos sobre el número de obreros extranjeros no pueden ser lo suficientemente exactos debido al propio carácter del fenómeno que se analiza.

semanario norteamericano *Newsweek* publicó un artículo bajo el expresivo título de «inmigrantes, váyanse a casa», en el que se resumía de la siguiente manera la situación creada: «Durante dos decenios, los inmigrantes han estado realizando el trabajo sucio en las minas, fábricas y basureros de Europa (Occidental), sustituyendo a la mano de obra barata, pero vitalmente importante, y haciendo su aporte al boom económico posbélico en el continente. Pero el boom se terminó, y los gobiernos europeos, actuando enérgicamente y a veces con rudeza, redujeron el número de extranjeros» [3].

Con la aparición de los primeros síntomas de la crisis económica, las autoridades de los países eurooccidentales que importaban mano de obra comenzaron a adoptar medidas orientadas a limitar la inmigración de obreros extranjeros. En 1973, el Gobierno de la RFA, por ejemplo, prohibió la entrada de obreros extranjeros de países no miembros de la CEE. En Francia, las limitaciones para la entrada de inmigrantes se implantaron en julio de 1974; en Bélgica, en agosto del mismo año. ¡A continuación se procedió a expulsar en masa a inmigrantes. Como resultado de esas medidas, su número en Europa Occidental se redujo —durante 1973—1977— en más de 1.000.000 de personas. En relación con esto, el periódico *International Herald Tribune* publicó esta cínica declaración de un parlamentario suizo: «Hemos resuelto el problema exportando nuestro desempleo a Italia» [4].

En la tabla que publicamos a continuación se muestran los cambios operados en los años 70 en la composición de la mano de obra extranjera y el número total de inmigrantes en los países eurooccidentales.

La revista de la Organización Internacional del Trabajo señaló que la expulsión de inmigrantes había asestado «un duro golpe a los países que son, por tradición, suministradores de mano de obra. Sin ser tan fuertes en el plano económico ni tan desarrollados como sus vecinos septentrionales, se vieron obligados a enfrentar las mismas dificultades; además, sus obreros perdieron casi toda posibilidad de obtener ocupación en el extranjero y muchos de ellos debieron regresar a su país de origen; esto provocó la reducción del ingreso de divisas en estos países» [5]. La siguiente cifra nos da una idea de las dimensiones de las pérdidas relacionadas con la reducción de

[3] *Newsweek*, 12 de febrero de 1979.

[4] *International Herald Tribune*, 18 de abril de 1979.

[5] *Revue International du Travail*, № 4, 1979, p. 428.

NUMERO DE INMIGRANTES EN ALGUNOS PAISES DE EUROPA OCCIDENTAL

Países	1973 (millones de personas)		1977 (millones de personas)	
	obreros	todos los inmigrantes	obreros	todos los inmigrantes
Bélgica	**0,29**	**0,65**	**0,32**	**0,875**
Francia	**2,5**	**5,2**	**2,3**	**5,7**
Gran Bretaña	**1,8**	**2,8**	**1,7**	**2,9**
Países Bajos	**0,18**	**0,375**	**0,135**	**0,415**
RFA	**2,5**	**3,8**	**1,9**	**4,0**
Suecia	**0,2**	**0,4**	**0,225**	**0,7**
Suiza	**0,9**	**1,0**	**0,495**	**0,41**
Total:	**8,37**	**14,225**	**7,075**	**15,0**

Fuente: *International Herald Tribune,* 18 de abril de 1979.

las transferencias de divisas procedentes de los inmigrantes: en 1977, la suma total de esas transferencias a Italia, Portugal, Yugoslavia, Grecia, Turquía y España ascendía a 7.500 millones de dólares.

LOS PARIAS DEL MUNDO CAPITALISTA

Al adoptar medidas para limitar la entrada y después para expulsar a los obreros extranjeros, las autoridades de los países eurooccidentales trataban con frecuencia de justificar sus acciones invocando la defensa de los intereses de sus «propios» trabajadores y el creciente desempleo. Así, M. L. Stoléru, representante del Gobierno francés, declaró en el verano de 1977: «Cuando en Francia hay un millón de cesantes y dos millones de trabajadores inmigrantes, esto indica que la situación es anormal» [6]. Precisamente bajo este pretexto las autoridades francesas confeccionaron un programa para expulsar 150.000 obreros inmigrantes al año. Sin embargo, los expertos consideran que esto no contribuyó en absoluto a la reducción del desempleo.

Las medidas discriminatorias en cuanto a los trabajadores inmigrantes, incluida su expulsión, no significan que el capital monopolista se proponga renunciar a la utilización de su trabajo, que es ventajoso para los empresarios tanto en el plano económico como en el socio-político. En nuestros días, el empleo de la mano de obra extranjera adquirió un carácter estable, se convirtió en un factor estructural del mecanismo económico de los países industrialmente desarrollados de Europa Occidental, del sistema de explotación capitalista de estos países. No es secreto que incluso muchos cesantes se niegan a desempeñar trabajos pesados, sucios, insalubres y no calificados, considerándolos propios de los inmigrantes. El empleo de obreros extranjeros permite a los empresarios ahorrar en los grandes gastos vinculados con la modernización de muchos tipos de trabajo e incluso de empresas enteras, que en otras condiciones no serían rentables. Al ser, en esencia, el ejército reservista de mano de obra de los países capitalistas, los inmigrantes se someten a la explotación más bárbara. Por el mismo trabajo reciben un tercio menos, aproximadamente, que los trabajadores nacionales, y los empresarios aprovechan esta circunstancia para rechazar las reivindicaciones de estos últimos de aumento de salarios y de mejoramiento de las condiciones sociales.

La existencia de mano de obra extranjera permitió a los monopolios solucionar toda una serie de problemas nuevos relacionados con el desequilibrio en la estructura de la demanda y la oferta en la bolsa de trabajo. En particular, pudieron introducirse ampliamente las cadenas de producción y de montaje, que no requieren trabajo altamente calificado.

Muchos inmigrantes viven durante largos años alejados de sus familias. Debido a que se ven obligados a ahorrar gran parte de sus bajos salarios para enviar algún dinero a su casa, residen en tugurios y barracas. Los barrios de Londres, Manchester, Birmingham y Leeds, donde se concentra la mayoría de los trabajadores británicos de piel obscura, se convirtieron en verdaderos ghettos; no tienen hospitales ni escuelas; es frecuente que en una habitación minúscula vivan varias personas; la ausencia de condiciones higiénicas normales conduce a la propagación de distintas enfermedades entre los trabajadores extranjeros; por ejemplo, en Gran Bretaña el número de inmigrantes que padecen tuberculosis es varias veces mayor que el de los obreros ingleses.

Los inmigrantes están limitados en derechos sociales, les es mucho más difícil adquirir instrucción o calificación. De acuerdo con datos de expertos germanooccidentales, hace varios años sólo 1 de cada 150 inmigrantes tenía posibilidad de obtener calificación.

[6] *Cahiers du communisme,* № 8—9, agosto—septiembre de 1979, p. 38.

Son particularmente insoportables las condiciones en las que se ven obligados a vivir los inmigrantes ilegales pues, como resultado de esto, carecen de todo derecho.

RACISMO ORDINARIO

Cabe destacar otra forma de discriminación, de la que sufren en igual medida todos los trabajadores extranjeros. Se trata del nacionalismo y del racismo. Los círculos reaccionarios, bien sean de Gran Bretaña o de Francia, de Alemania Occidental o de Suiza, atizan por todos los medios posibles los instintos nacionalistas y racistas, siembran la cizaña entre los obreros locales y extranjeros. El tono en las campañas de esta índole lo dan los movimientos francamente racistas, como, por ejemplo, el «Frente Nacional» de Gran Bretaña o la organización homóloga de Francia.

En la prensa se ha informado en reiteradas oportunidades acerca de los actos bandidescos de los racistas. Por ejemplo, en el ghetto «de color» de Londres, los racistas en 1977—1978 atacaron más de 100 veces a los inmigrantes. Muchos de estos delitos ocasionaron graves traumatismos; otros, provocaron la muerte de personas inocentes. La revista *Newsweek* publicó el testimonio de un obrero argelino, quien señaló que durante los últimos cinco años los racistas franceses habían asesinado a más de 80 compatriotas suyos [7]. El semanario *L'Humanité Dimanche* describió cómo en el verano de 1979 los racistas quemaron vivos a varios trabajadores del Senegal [8].

En la mayoría de los casos, los racistas actúan aprovechando la franca pasividad de las autoridades. Así, una de las organizaciones de trabajadores extranjeros en Francia constató que en las investigaciones de 45 atentados realizados por los racistas desde mayo de 1977 hasta noviembre de 1978, «ningún sumario se llevó hasta el final; casi todas las personas, de las pocas que fueron detenidas, fueron puestas en libertad» [9].

La discriminación nacional y racial de los trabajadores extranjeros adquirió en los últimos años amplia envergadura por lo que las cuestiones de la defensa de los inmigrantes, en particular, la de hacer extensiva a ellos la convención internacional sobre la liquidación de todas las formas de discriminación racial, se examinó en abril de 1976 en una sesión especial de un comité de la ONU.

[7] Véase *Newsweek*, 12 de febrero de 1979.
[8] Véase *L'Humanité Dimanche*, 6—12 de junio de 1979.
[9] Ibid.

A comienzos de 1977, el secretariado de la Comisión de la ONU para los Derechos Humanos preparó un amplio informe dedicado a la calamitosa situación de los trabajadores inmigrantes en los países occidentales, en el que se enumeraron muchísimos casos de discriminación y de trato inhumano con respecto a los trabajadores extranjeros y se revelaron diversos subterfugios jurídicos mediante los cuales el capital monopolista elude las normas contenidas en muchos documentos internacionales, incluida la Declaración Universal de los Derechos del Hombre.

EN DEFENSA DE LOS INTERESES DE LOS OBREROS EXTRANJEROS

La demanda de mano de obra extranjera se mantendrá en el futuro. De acuerdo con algunos datos en los años 80 Europa Occidental necesitará más de 20 millones de obreros extranjeros.

Los obreros inmigrantes son parte componente del ejército de trabajo de los países capitalistas. Sus intereses, preocupaciones y aspiraciones son propios de todos los trabajadores y sus organizaciones de clase. La Federación Sindical Mundial realiza una gran labor para esclarecer la situación de los inmigrantes y defender sus intereses. En el IX Congreso Mundial de los Sindicatos, celebrado en Praga en la primavera de 1979, se prestó gran atención a esta cuestión.

Los comunistas defienden consecuente y activamente los intereses de los obreros extranjeros. Los problemas relacionados con la migración de la mano de obra y con la situación y la lucha del multimillonario ejército de trabajadores extranjeros son objeto de constante preocupación de los partidos comunistas y obreros. Estas cuestiones se examinaron, en particular, en la Conferencia de los Partidos Comunistas de los Países Capitalistas de Europa, celebrada en Bruselas en enero de 1974. La Conferencia de los Partidos Comunistas y Obreros de Europa, celebrada en Berlín en junio de 1976, exhortó a luchar por «la garantía de iguales condiciones laborales y salariales para los trabajadores nativos y extranjeros. Los derechos sociales, culturales y políticos de los trabajadores extranjeros y de sus familias deben basarse en los principios de la igualdad

de derechos con los de los ciudadanos del país de residencia»[10]. En el Documento Final de la conferencia se llama también a combatir «la propaganda y las actividades racistas que tienen por objeto dividir a la clase obrera . . .» [11].

Al organizar y orientar la lucha por las reivindicaciones inmediatas y los objetivos finales de la clase obrera y de todos los trabajadores, los partidos comunistas elaboran su política teniendo en cuenta que el conjunto de problemas relacionados con la migración de la mano de obra en nuestros días puede solucionarse en su totalidad sólo mediante las acciones comunitarias de los obreros de distintas nacionalidades contra el capital monopolista, por el progreso social, la verdadera democracia y el socialismo.

L. SORONI

Revista Internacional, Nº 4, 1980.

[10] *Revista Internacional* № 8 de 1976, p. 11—12.
[11] Ibid., p. 11.

EL NEOCOLONIALISMO

EL PRINCIPAL ENEMIGO DE LOS PUEBLOS LATINOAMERICANOS

Jose Gomes,
miembro del CC del Partido Comunista Brasileño
Julio Laborde,
miembro del CC del Partido Comunista de la Argentina
Carlos Núñez Anavitarte,
miembro suplente del CC del Partido Comunista Peruano

En los últimos años ha crecido notablemente el papel que las corporaciones transnacionales (CTN) desempeñan en la economía y la política mund ales. Ello se debe ante todo al colosal desarrollo de las fuerzas productivas y su internacionalización en el contexto del capitalismo contemporáneo. La intensificación de la actividad de las CTN constituye también una reacción peculiar del imperialismo a los cambios políticos esenciales que se producen en el mundo, es una tentativa de detener o, por lo menos, frenar el proceso del cambio radical de la correlación de fuerzas a favor del socialismo.

Particularmente, eso se manifiesta en el hecho de que las transnacionales procuran imponer su «nuevo» orden económico internacional, persiguiendo el fin de fortalecer las posiciones del capitalismo dentro del «tercer mundo», perpetuar el

sometimiento de los países en desarrollo en el marco de la división capitalista del trabajo a escala mundial.

Precisamente esta política de las CTN fue una de las principales causantes de la agravación, en los años 70, de las contradicciones entre los centros del imperialismo y los países «tercermundistas», en primer lugar América Latina, importantísima región de aplicación de capital extranjero.

Al estudiar la actividad de las transnacionales en América Latina y el Caribe, no podemos dejar de tener en cuenta el planteamiento de Lenin de que la independencia política de uno u otro país, por sí sola, no constituye un impedimento para el imperialismo. «El capital financiero es una fuerza tan considerable, puede afirmarse que tan decisiva, en todas las relaciones económicas e internacionales, que es capaz de subordinar, y en efecto subordina, incluso a los estados que gozan de la independencia política más completa...»[1] Precisamente este es el gran problema que enfrentan los países de América Latina y el Caribe, excepto la Cuba socialista.

La realidad de América Latina refuta contundentemente la tesis reformista burguesa que proclama, entre otras cosas, que el sistema económico internacional abierto, sistema que permite hacer inversiones en gran escala sin reparar en fronteras nacionales, garantiza mejor que cualquier otra cosa el crecimiento económico estable en los países «tercermundistas» y en los estados capitalistas industrializados. Dicha realidad muestra que las CTN, lejos de ser una fuerza motriz del progreso socioeconómico y científico-técnico, la única baza segura en el futuro —idea que tratan de inculcar a la «opinión pública sus apologistas—, actúan como principal enemigo de los pueblos latinoamericanos y son responsables del empeoramiento de las condiciones de su vida y del saqueo de sus riquezas naturales.

La noción de «colonialismo económico», que se vincula a la actividad depredadora de los monopolios transnacionales, tiene un sentido muy real en América Latina. El capital financiero internacional, en particular de EE.UU., ha ido dominando las palancas fundamentales de la economía y de las finanzas de los países de la región, y para ello se ha apoyado en sectores de la gran burguesía, de los grandes terratenientes y en los gobiernos adictos. Debido a esto, en muchos países latinoamericanos la propia soberanía nacional se encuentra enajenada.

[1] V. I. Lenin. *Obras Escogidas en doce tomos.* Moscú, Editorial Progreso, t. 5, p. 452.

La economía latinoamericana, en su conjunto, está fuertemente penetrada por los monopolios transnacionales, fundamentalmente norteamericanos, que forman la espina dorsal del neocolonialismo. América Latina absorbe más del 80% de la inversión directa extranjera que se concentra en los llamados «países del tercer mundo», y dentro de nuestra región ha afluido especialmente a los países más grandes y con un mercado mayor. Parte considerable de las inversiones proviene siempre de Estados Unidos, aunque en los últimos años su participación porcentual en el total ha disminuido un tanto. «Estados Unidos —ha indicado en uno de sus informes la CEPAL— continúa siendo la mayor fuente de los capitales absorbidos por América Latina y el Caribe... Sin embargo, se verifica una disminución de la elevada participación estadounidense y un aumento correlativo de las otras economías centrales.»[2] Dichos procesos se desenvuelven en un contexto de la lucha cada vez más aguda entre los tiburones imperialistas por establecer su control sobre los recursos de materias primas, mano de obra barata, mercados de venta y puntos estratégicos en la región.

Es de notar que se han producido importantes cambios en la orientación de los capitales monopolistas extranjeros respecto a América Latina. Durante la sexta década, el 60% de las inversiones norteamericanas directas correspondía a ramas que se dedicaban a la extracción y producción de materias primas y a empresas de servicios municipales. Pero hacia 1975 se pudo observar una disminución en dichas ramas: en las empresas de servicios municipales, hasta el 3%; en la minería, hasta el 7%. En esta última se han acrecentado las inversiones en la extracción de minerales tales como bauxita, níquel, elementos raros, etc. Empero, el hecho de que las compañías extranjeras reduzcan sus inversiones en ciertas ramas de la economía, no significa en absoluto que dichas ramas queden completamente libres de su influencia. En algunos países, los monopolios transnacionales realizan grandes inversiones en la agricultura, comprando tierras y desarrollando complejos agro-industriales. Controlan, en general, las compras, el crédito, la entrega de maquinaria y la comercialización de los productos que interesan a EE.UU. y a los países de Europa Occidental.

La esfera más importante de inversión de capitales extranjeros en América Latina es hoy la industria manufacturera. En 1977 le correspondía alrededor del 60% de las inversiones es-

[2] CEPAL. *Notas sobre la economía y el desarrollo de América Latina,* № 270, 1978, p. 2.

tadounidenses. En los países en que se amplía el mercado interno, debido, entre otros factores, al intenso proceso de urbanización y al desarrollo de capas medias, los monopolios transnacionales penetran cada vez más también en las ramas tradicionales, o sea, las industrias ligera y alimentaria.

Según cálculos aproximados, a mediados de los años 70, sólo las compañías norteamericanas fabricaban cerca del 40% de toda la producción industrial del continente; a ellas correspondía cerca del 90% de la producción química y el 80% de la elaboración de metales y de construcción de maquinaria. La propia CEPAL reconoce que «los mayores países de la región se encontraron firmemente atados al mercado internacional del capital privado. Sobre esta base surgió el sistema de relaciones recíprocas que se diferenciaba radicalmente del sistema que existía antes... Los gobiernos tenían que establecer un nuevo sistema de relaciones que eran en gran medida sometidas a la influencia de las corporaciones transnacionales»[3].

Este acrecentamiento de la dependencia económica fue acompañado de una brusca ampliación de la explotación imperialista de la región. Para pagar las transferencias de los beneficios, liquidar la deuda externa y el interés sobre ella, los países de América Latina gastan más de un tercio de la ganancia proveniente de la exportación. Este desembolso en algunos países es aún más elevado: Brasil y México, más del 50% de los ingresos que les proporciona la exportación; Perú, el 60%; Panamá, el 55%. En el período que media entre 1966 y 1976 fueron transferidos solamente a Estados Unidos 2.500 millones de dólares de ganancia neta. Por otra parte, según los cálculos del Banco Interamericano de Desarrollo (BID), la deuda exterior de los países latinoamericanos aumenta (anualmente un 25%).

Es necesario señalar que los préstamos del capital financiero a los países de América Latina y el Caribe han crecido en los últimos años a un ritmo superior al de las inversiones directas de ese país; en 1975 ya las habían superado, para pasar en 1976 a ser superiores en un 65%. En el período indicado, mientras las inversiones aumentaban en un 40,1%, los préstamos lo hacían en un 411,6%. Esta tendencia ha continuado durante los últimos años. De esa manera, la oligarquía financiera internacional adquiere un dominio más directo sobre puntos

[3] *The Economic and Social Development and External Relations of Latin America.* E/CEPAL/1024, 15. 3. 1977, p. 18.

clave de la economía y la política de los países de la región, acentuando las contradicciones en la misma.

Lenin ha indicado que el «siglo XX señala el punto de viraje del viejo capitalismo al nuevo, de la dominación del capital en general a la dominación del capital financiero»[4]. En los últimos decenios ha aumentado en enormes proporciones el poderío relativo y absoluto de la oligarquía financiera de EE.UU. El poder de los grandes centros financieros nunca ha sido tan decisivo ni tan evidente su papel en la determinación de la política del Estado. La expansión global de dichos centros ha adquirido proporciones sin precedentes[5].

Los grupos financieros imperialistas recurren a métodos sutiles para expoliar a los países latinoamericanos, métodos ilícitos con mucha frecuencia incluso desde el punto de vista del Derecho burgués tradicional. Según estudios de los economistas reconocidos, las transnacionales perciben ganancias que, por término medio, tres veces superan a las oficialmente registradas. Para ello, los monopolios utilizan ampliamente diversas formas ocultas de saqueo, especialmente a través de las llamadas subfacturación y sobrefacturación. En el primer caso, las firmas radicadas en Latinoamérica venden sus mercancías a bajo precio a una filial de otra zona, que también pertenece al mismo grupo de empresas transnacionales. La sobrefacturación consiste en comprar insumos y equipos a la casa matriz por parte de la subsidiaria a precios sobrevaluados, con lo cual se ocultan beneficios en los balances de las filiales, que luego son girados de diversas maneras al extranjero.

Otro aspecto muy importante del saqueo consiste en que gran parte de la financiación por parte de las CTN se efectúa a cuenta de recursos que se acumulan fuera de las compañías matrices por intermedio de reinversiones, préstamos obtenidos en los países en que invierten y otros medios.

Los monopolios imperialistas ejercen una influencia muy negativa también sobre el proceso de la llamada sustitución de importaciones, que se desenvuelve en nuestra región. Al penetrar en las ramas más perspectivas de uno u otro país, no se preocupan en absoluto por su desarrollo industrial. Su móvil principal es el afán de lucro, por cuanto los beneficios que perciben ellos, digamos, en la industria manufacturera, ceden muy poco a los obtenidos en la industria petrolera.

Las inversiones imperialistas en el sector industrial no con-

[4] V. I. Lenin. Ob. cit., p. 415.
[5] Véase *Revista Internacional*, № 4, 1978.

ducen a disminuir la demanda de importaciones de los países capitalistas desarrollados, sino que la aumentan. Crece la importación de bienes, tecnología, insumos, materias primas procedentes de las metrópolis imperialistas o de las filiales de las transnacionales.

Los monopolios imperialistas, para pasar desapercibidos ante los ojos antiimperialistas de los pueblos latinoamericanos, se encubren frecuentemente con posibles leyes nacionales que puedan regular sus actividades. Ha adquirido gran amplitud en el continente el sistema de la empresa mixta entre capitales monopolistas extranjeros y empresas nacionales privadas y estatales. Dicho sistema aminora los gastos relacionados con la organización de la producción y garantiza, al mismo tiempo, un salvoconducto en caso de la posible nacionalización. De hecho, las empresas mixtas tienen por principio de sus actividades la colaboración con la burguesía local, lo cual amplía la base del dominio imperialista en América Latina. Semejante sistema ha adquirido una gran amplitud especialmente en las empresas estatales que han logrado mayor rentabilidad y revisten especial interés para las CTN. Este fenómeno se puede observar en empresas de siderurgia, química básica, construcciones mecánicas, transporte y también en la exploración, explotación, refinación y comercialización del petróleo.

El proceso de inversión de grandes capitales privados —extranjeros y nacionales— en el sector estatal transcurre con frecuencia en forma oculta para la opinión pública: las empresas que se vuelven atractivas se transforman en sociedades anónimas mixtas. Una parte de las acciones pasa a manos de grandes compañías privadas a través de la bolsa de valores o por otras vías [6]. Por otra parte, muchas empresas que figuran como nacionales son controladas, en realidad, por accionistas extranjeros. Al mismo tiempo, poderosos monopolios extranjeros inscritos en países de América Latina, como Bunge y Born en la Argentina, se acogen a los beneficios que se les puede acordar a los capitales nacionales.

En el marco de la revolución científico-técnica adquiere una creciente importancia la ciencia y la tecnología para el desarrollo independiente y estable. Empero, los monopolios imperialistas utilizan el dominio de la tecnología para acrecentar sus ganancias y para dominar más aún a los países dependientes. Los monopolios utilizan preponderantemente dos vías para fortalecer su dominación en el área de la tecnología. Una es por medio de empresas filiales, subsidiarias o asociadas. La otra, a través de la comercialización de licencias para el uso de «know-how», patentes, marcas, diseños, etc., así como la venta de insumos críticos y bienes de capital, con un alto porcentaje de tecnología incorporada, a empresas nacionales, tanto estatales como privadas. En ambos casos, el proceso se disfraza bajo el nombre de «transferencia de tecnología», como si se tratara de una ayuda técnica, cuando en realidad es un proceso de comercialización no igualitario, que compromete la capacidad de decisión nacional y refuerza la relación de dependencia [7].

Al mismo tiempo hay que tener en cuenta que la moderna tecnología requiere alta inversión de capital y el tiempo útil es relativamente breve. Por eso, los centros imperialistas, cuando consideran que determinada técnica se ha retrasado en relación a aplicaciones más modernas, la envían a los países dependientes donde existe un bajo nivel técnico, bajos salarios y materias primas baratas. Tan sólo en algunas empresas imperialistas que requieren alta eficacia, se observa la utilización de la técnica más moderna. Por la tecnología importada de los países imperialistas, muchas veces ya superada, se realizan pagos crecientes en favor de las casas matrices. Por consiguiente, la industria local queda en inferioridad de condiciones para competir con las compañías de los países capitalistas desarrollados.

No hay duda de que la inversión multilateral de las corporaciones monopolistas internacionales ha acelerado el desarrollo capitalista de América Latina. Ya Lenin había señalado: «La exportación de capitales repercute en el desarrollo del capitalismo dentro de los países en que aquéllos son invertidos, acelerándolo extraordinariamente» [8]. Pero ese desarrollo se efectúa a costa de la expoliación brutal de los pueblos, del fortalecimiento de la dependencia y la deformación de su estructura productiva y social. Debido a que el grueso de las inversiones extranjeras directas en América Latina se efectúa en un número reducido de países y con determinadas preferencias sectoriales, se acentúa cada vez más el desarrollo desigual de la región.

Un papel muy importante en el proceso de concentración y centralización monopólica y, en consecuencia, en la dependen-

---

6 Véase *Economía de los países latinoamericanos*. Moscú, 1978, p. 184.

7 Véase *Problemas de economía*, № 49, 1977, p. 13—14.

8 V. I. Lenin. Ob. cit., p. 434.

cia de nuestros países, lo juegan las organizaciones financieras internacionales del imperialismo, tales como el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (BIRF), el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), el Atlantic Development Group for Latin America (ADELA), el Council of the Americas, así como la llamada Comisión Trilateral.

El Fondo Monetario Internacional, que nació bajo auspicios de EE.UU. en los acuerdos de Bretton Woods en el año 1944, con el propósito aparente de corregir y facilitar las dificultades de pagos internacionales, se ha convertido en la herramienta más activa para subordinar la política económica de nuestros países al exclusivo beneficio de las empresas de capital monopolista. También en Bretton Woods fueron aprobados los textos de los artículos del acuerdo mediante el cual se creaba el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, que suele denominarse también Banco Mundial (BM). Requisito indispensable para pertenecer a este banco es el de formar parte del FMI. La mayoría accionaria del BM quedó en manos de EE.UU. El BM, según sus propios ejecutivos, «antes de conceder un préstamo, estudia sobre el terreno la situación económica y las posibilidades del país solicitante, su riqueza potencial y sus dificultades» [9]. Es decir, que este enorme banco imperialista adquiere una rica información para los consorcios y luego acuerda créditos solamente para aquellos proyectos que beneficien a los monopolios internacionales. Por su parte, el Banco Interamericano de Desarrollo fue creado por la OEA en 1959 con el fin de instrumentar la Alianza para el Progreso, es decir, como una herramienta para enfrentar el ejemplo cubano. Esta institución se rige por las mismas normas y persigue los mismos objetivos que todos los organismos de créditos dominados por los consorcios norteamericanos.

El Atlantic Development Group for Latin America es un afilado instrumento de penetración imperialista en América Latina. La idea de la creación de ADELA surgió en 1961, en la Conferencia Parlamentaria de la OTAN, y fue auspiciada, entre otros representantes destacados del capital privado internacional, por Nelson Rockefeller. Cuenta con ingentes recursos financieros y ha establecido una estrategia para tratar de burlar la resistencia de nuestros pueblos. Con este fin recurre a los métodos que encubren sus verdaderos propósitos. Por

[9] Naum Minsburg. *Inversiones Extranjeras y Dependencia.* Buenos Aires, 1975, p. 145.

ejemplo, un principio fundamental de esta institución es que cualquier inversión que efectúe debe completarse con capital nacional. Como demuestra la experiencia, las cláusulas de sus préstamos son tan leoninas que cualquier organismo o empresa que los acepte queda a merced de ese pulpo imperialista [10].

El Council of the Americas es un organismo supranacional cuyo poder económico y político alcanza un nivel similar al del Departamento de Estado de EE.UU. Este grupo empresarial —creado por David Rockefeller— nuclea a más de 200 monopolios transnacionales de mayor influencia y poder político en América Latina, controla del 80 al 90% del capital norteamericano invertido en la región; fue responsable de la operación «TRACK II», de desestabilización del Gobierno de la Unidad Popular de Chile y juega gran papel en las actividades de la OEA [11].

Uno de los últimos y más ingeniosos engendros del capital financiero internacional es la Comisión Trilateral, creada en 1973 a iniciativa de EE.UU., que se ha fijado como objetivo «renovar el sistema internacional». La Trilateral se denomina, y no sin razón, órgano de la «iniciativa privada norteamericana, europea y japonesa» y, naturalmente, se preocupa por las «cuestiones de interés común». Esta Comisión ha acordado que los estados de la comunidad «trilateral» estimulen en los países en desarrollo, productores de materias primas, el «procesamiento primario de dichas materias primas»; la revisión de la estructura de los aranceles aduaneros de modo que los mercados queden abiertos a un flujo creciente de artículos industriales procedentes de los países «trilateralistas»; y exige que los países en desarrollo «den su beneplácito a la actividad de las compañías extranjeras en términos apropiados», términos que el Banco Mundial les ayudará a negociar. En otras palabras, la Trilateral se propone objetivos muy concretos: procesamiento primario de la materia prima para emplear la mayor cantidad de la mano de obra barata; puertas abiertas a los artículos industriales de los países imperialistas con el fin de destruir la industria nacional; carta blanca a la actividad de las transnacionales. Así la Trilateral, aunque cada uno de los tres lados del triángulo tiene sus propios planes e intereses, trata de dominar a los países llamados subdesarrollados [12].

[10] Véase Naum Minsburg. Ob cit., p. 150—154.
[11] Véase *Granma*, 13 de junio de 1978.
[12] Véase más detalladamente sobre el particular: J. Pittman. «El "trilateralismo", nueva variante de la estrategia del imperialismo norteamericano». *Revista Internacional*, № 5, 1978, p. 75.

Las inversiones imperialistas en América Latina y el Caribe, a la par que constituyen una bomba de succión de nuestras riquezas, crean desajustes en las balanzas de pago, contribuyen al intercambio comercial no equitativo, puesto que nuestra región vende sus productos cada vez más baratos y recibe en pago artículos cada vez más caros. Son funestas también por el dominio político que ejercen sobre gran parte de los gobiernos latinoamericanos.

La dependencia frente al imperialismo y el papel altamente retrógrado de la oligarquía terrateniente y de la gran burguesía asociada a las transnacionales es lo que ha acarreado atraso y miseria para nuestros pueblos.

Según estudios realizados por la CEPAL, alrededor del año 1970 vivía en condiciones de pobreza el 40% de las familias latinoamericanas. Es decir, para más de 110 millones de personas no era posible adquirir el conjunto de bienes mínimos para satisfacer sus necesidades básicas. Según los expertos de la CEPAL, a fines de los años 70, es probable que, debido al deterioro mostrado por el ritmo de crecimiento económico en América Latina, haya aumentado en alguna medida la cantidad de hogares pobres de la región [13].

Decenas de millones de desocupados, gran porcentaje de analfabetos, deficiencia sanitaria, graves problemas habitacionales y una impresionante mortalidad infantil (por cada infante que muere de inanición en Estados Unidos, corresponden 300 en América Latina), es el resultado concreto y dramático de la «ayuda» de los monopolios imperialistas y de la política antinacional de las clases dominantes.

Por las razones que hemos dado más arriba se comprende que existe una contradicción objetiva entre los intereses de la inmensa mayoría de la población de nuestra región y el imperialismo. La política expoliadora de las transnacionales afecta a la clase obrera, a los campesinos, a las capas medias, a la intelectualidad y a importantes sectores de la burguesía nacional. Sobre esa base se han desarrollado y se desarrollan cada vez con más vigor los combates antiimperialistas en cada país del continente. En esta larga lucha ha habido triunfos y derrotas, pero tanto unos como otras han servido para elevar la conciencia antiimperialista, atesorar experiencia y comprender la necesidad de unir en un solo haz a todas las fuerzas que se enfrentan a la voracidad del capital financiero internacional. Obviamente, en la medida que la clase obrera, encabezada por su partido, el partido marxista-leninista, logre la hegemonía en dicha coalición de fuerzas, el combate se llevará más a fondo y los logros serán los que anhelan las masas populares del continente. En el día de hoy, esta lucha se inspira en el gran ejemplo cubano y se encuentra favorecida por la nueva correlación de fuerzas en el mundo.

[13] CEPAL. *Notas sobre la economía y el desarrollo de América Latina*, NN 286—287, 1979, p. 3.

Sobre la amplitud y profundidad que está adquiriendo la resistencia a la expoliación imperialista en el continente hablan muchas de las organizaciones regionales que fueron constituidas en diversos lugares, tales como la comunidad económica comercial del Grupo Andino (1969) y la compañía conjunta de transporte de los países del Caribe, la Naviera Multinacional del Caribe (NAMUCAR, 1975). No hay duda de que ha tenido una gran trascendencia la creación del Sistema Económico Latinoamericano (SELA). El objetivo de esta organización, fundada en 1975, donde participa la Cuba socialista y no se encuentra entre sus integrantes EE.UU., es el de concurrir a la cooperación económica de los países latinoamericanos al objeto de proteger los intereses económicos de la región y acelerar el desarrollo nacional de los pueblos del continente. Gran papel en la lucha antiimperialista desempeña el sector estatal que se ha propagado en amplia escala en muchos países. Se trata de empresas petroleras, de transporte, siderúrgicas, petroquímicas, entre otras, que pueden significar palancas importantes en la defensa de las riquezas nacionales. Los comunistas no sólo defienden estas empresas, sino que también bregan para que los obreros participen ampliamente en su administración.

La existencia del sistema socialista mundial, especialmente de la Unión Soviética, ha creado condiciones nuevas y especiales para romper amarras con el imperialismo. Gracias a la cooperación comercial, tecnológica e industrial con la comunidad socialista, algunos países han logrado fortalecer el sector estatal, lo cual permite impulsar la reproducción ampliada y facilita la planificación; se promociona la esfera productiva, fortaleciendo el potencial industrial y energético. Las relaciones económicas y comerciales con los países socialistas se realizan en pie de igualdad, beneficiándose así ambas partes contratantes. Permiten diversificar las fuentes de financiación, dan la posibilidad de pagar con exportaciones tradicionales o con productos de las fábricas construidas con el concurso de los países socialistas.

Es un gran mérito de los partidos comunistas de América Latina el haber señalado hace ya medio siglo cuáles eran las causas fundamentales que frenaban el desarrollo de las fuerzas productivas del continente y, en consecuencia, las que sumergían a sus pueblos en la miseria. En efecto, en la primera Conferencia Comunista de Latinoamérica, realizada en Buenos Aires en 1928, se indicó que la dependencia frente al imperialismo y la estructura económico-social atrasada, con fuerte dominio en ella de la oligarquía terrateniente, constituían los factores determinantes del estancamiento de nuestra región.

Luego de decenas de años de combates contra el imperialismo y contra todos los sectores retrógrados, y ya con el sistema socialista en América —gracias al triunfo y consolidación de la Revolución Cubana—, los partidos comunistas de América Latina y el Caribe, en la Conferencia realizada en La Habana en junio de 1975, enriquecieron su concepción antiimperialista, la cual fue expresada de la siguiente manera: «La batalla por la democracia para las masas populares, la lucha por los cambios estructurales urgentes y por el tránsito hacia el socialismo, están inseparablemente vinculadas a la lucha contra los monopolios y el imperialismo que, además de mantener el dominio de nuestras riquezas, sostienen y apoyan a las oligarquías y a sus gobiernos.

Puesto que el imperialismo norteamericano es el enemigo principal y común, la estrategia y la táctica de la revolución en América Latina para aquellos que la concebimos como una revolución cuyo objetivo final es el socialismo, pasan por el antiimperialismo» [14].

Revista Internacional, Nº 11, 1979.

[14] *Conferencia de los Partidos Comunistas de América Latina y del Caribe.* La Habana, Ediciones Políticas, 1975, p. 50.

LA PRESION POLITICO-MILITAR CONTRA LOS REGIMENES «INDESEABLES»

Yusuf Dadoo,
Presidente del Partido Comunista Sudafricano

Los cambios históricos operados después de la II Guerra Mundial en Asia, Africa y América Latina figuran entre los factores fundamentales de la actual brusca agudización de la crisis general del capitalismo. Esta crisis, como es sabido, se manifiesta en las esferas monetario-financiera, de las materias primas y de la energía, en la política exterior del imperialismo, en el fracaso de toda una serie de doctrinas estratégicas militares; abarca nuevas y nuevas estructuras del sistema estatal-monopolista. También se acentúan los síntomas de crisis en el ámbito de las relaciones con los países liberados, a los que el imperialismo pretende imponer las cadenas de la dependencia neocolonial.

En el mundo afro-asiático y en América Latina —ahora también a nivel de Estado— se comprende ya ampliamente que la conquista de la soberanía nacional no conduce automáticamente a la liquidación del dominio y de la explotación imperialistas, no garantiza, por sí misma, la paz y el progreso social. Se precisan acciones para defender y salvaguardar el derecho de cada país a disponer de sus riquezas naturales y a realizar la industrialización, para cambiar el carácter de la división internacional del trabajo formado en la época colonial.

Al restablecimiento del control sobre los recursos naturales ha contribuido la nacionalización masiva de compañías imperialistas petroleras y extractoras de materias primas en más de 40 estados en vías de desarrollo. También se oponen a la explotación e imposición imperialistas los países exportadores de materias primas, cuya actividad debilita las posiciones de los monopolios occidentales. En un acontecimiento de trascendencia histórica se ha convertido la lucha decidida de los países liberados por reconstruir radicalmente las relaciones económicas internacionales con el mundo imperialista, por afianzar los principios de igualdad (programa del «nuevo orden económico internacional»).

Cada vez se perfila más nítidamente la orientación antiimperialista del movimiento de liberación nacional. Surgido en

lo fundamental como un movimiento anticolonial, que se planteaba el objetivo de liberarse de un colonizador concreto, ahora está dirigido contra *todo* el sistema de sojuzgamiento imperialista, independientemente de las formas que éste adquiera. La acción colectiva y solidaria en aras de alcanzar los ideales liberadores se ha convertido en un principio ampliamente reconocido de este movimiento, lo que corrobora la política de no alineación.

En el mundo se están configurando nuevas posibilidades para intensificar las batallas liberadoras y solucionar eficazmente las tareas antiimperialistas. Pero no podemos dejar de ver un fenómeno en sentido contrario: la reacción del imperialismo a la lucha nacional y social, que éste interpreta como un reto y una amenaza a su propia existencia. En los últimos tiempos, esta reacción aparece claramente marcada por una agresividad más acentuada. Se han activado los enemigos de la distensión internacional; se agudiza la lucha en torno a los problemas fundamentales de la política exterior practicada por las potencias capitalistas.

La situación sigue agravándose peligrosamente. Ahora ya no sólo a Moscú amenazan con el «puño» nuclear, sino también, por ejemplo, a Teherán, a los países de la comunidad socialista y a los estados liberados, testimonio de lo cual es, por ejemplo, el transporte secreto de armamento atómico a Diego García, la mayor base militar norteamericana en el Indico. Al unísono con la ex Administración Carter, los actuales dirigentes de EE.UU. también tratan de inculcar al mundo la idea de la eventualidad de una guerra nuclear «limitada». A semejantes intimidaciones recurren con creciente frecuencia los racistas sudafricanos. En su mensaje a Kurt Waldheim, el régimen de Pretoria declaró abiertamente que su ejército tiene el propósito de seguir realizando operaciones punitivas contra los «terroristas», es decir, contra los movimientos de liberación nacional del sur del continente, de los estados de la línea del frente. Acto seguido, el viceministro de Defensa de la RSA confirmó el «derecho» del régimen a utilizar las armas nucleares contra los países vecinos solidarios con los movimientos susodichos.

Todo eso son eslabones de una misma cadena, de una confabulación colectiva contra los pueblos amantes de la libertad. Los hechos revelan irrebatiblemente que ni el propio imperialismo, ni su engendro —el racismo— han rehusado a los métodos violentos de lucha contra las fuerzas de liberación nacio-

nal y social, que ellos siguen acariciando las ideas de dominio y de aplicar procedimientos coercitivos con relación a otros estados y pueblos. Leonid Brézhnev definió con toda precisión en el XXVI Congreso del PCUS las causas de esa actitud de los imperialistas en la arena internacional. «Los monopolios —dijo— necesitan el petróleo, el uranio y los metales no ferrosos ajenos, y los EE.UU. proclaman esfera de sus "intereses vitales" el Próximo Oriente, Africa y el océano Indico. *La máquina de guerra de los EE.UU., se abre paso activamente hacia esta zona en la que piensa situarse para largo tiempo.* (La cursiva es mía. —*Y.D.*) La isla de Diego García en el océano Indico, Omán, Kenia, Somalia, Egipto, ¿cuál será el objetivo siguiente?» Nos resta únicamente subrayar la extraordinaria importancia que tiene hacer frente a estos planes siniestros. También es de gran importancia el análisis oportuno de las tendencias actuales del curso neocolonialista del imperialismo.

Caractericemos primeramente, aunque de forma muy concisa, los métodos fundamentales de la estrategia neocolonialista. Especial hincapié en ésta se hace en los resortes económicos de sojuzgamiento y dominación de países y pueblos. Para estimular la expansión de los monopolios, los estados imperialistas crearon y siguen manteniendo en los países en desarrollo un sistema de medidas protectoras, asignan de sus presupuestos enormes sumas para la llamada ayuda que sirve al afianzamiento de su estado oprimido dentro de la economía capitalista mundial. Ahora la «ayuda» es facilitada cada vez más a menudo por vía de organizaciones financieras internacionales controladas por estados capitalistas; de este modo aparenta estar menos asociada con el imperialismo. Junto con los diversos tipos de «ayuda», también las corporaciones transnacionales imperialistas, que en muchos países liberados controlan casi toda la industria y el comercio exterior, se han convertido en un instrumento eficaz del neocolonialismo.

Las cifras revelan la envergadura del neocolonialismo económico. De 1970 a 1977 la exportación total del capital de la esfera del capitalismo industrial a los países en desarrollo aumentó en el 220%. Si entre 1970 y 1974 ésta totalizaba cada año un promedio de 20 mil millones de dólares, entre 1975 y 1977 ese índice se elevó ya a 43 mil millones, y en 1980, según cálculos del Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (BIRF), ascenderá a 74,6 mil millones de dólares [1]. Las ganancias obtenidas por los monopolistas extranjeros son 3—10

[1] *Financial Times*, 18 de agosto de 1980.

veces mayores que el capital exportado, y la fuga anual de medios de los países en vías de desarrollo a los estados imperialistas —consecuencia de la explotación neocolonialista— ha rebasado ya los 100 mil millones de dólares. Según datos de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico, de 1971 a 1979 la deuda de los estados afro-asiáticos y latinoamericanos aumentó en más del 300% —de 87 mil millones a 391 mil millones de dólares—, con la peculiaridad de que los pagos anuales por concepto de amortización por toda clase de créditos y préstamos se multiplicaron por 7 durante ese mismo período: de 10,2 a 72 mil millones de dólares. Se esperaba que para finales de 1980 la deuda alcanzaría la cifra de 450 mil millones de dólares y los pagos por concepto de amortizaciones, 88 mil millones de dólares. Conforme a los pronósticos del BIRF, para 1990 los países en desarrollo utilizarán las 4/5 partes de la suma total de préstamos anuales, que podrán ascender a 281 mil millones de dólares, para pagar las deudas existentes [2].

Como canales de influencia neocolonialista sirven también el numeroso personal de consejeros y expertos, los organismos capitalistas semiestatales y privados, los partidos políticos burgueses y los medios de información masiva, los sindicatos, las sociedades de beneficencia, las asociaciones empresariales, los organismos propagandísticos y culturales y la Iglesia. Valiéndose de estos canales, los imperialistas tratan de influir en la política y la conducta de determinadas capas y grupos sociales de los países en vías de desarrollo.

Finalmente, hoy también continúan siendo parte inalienable de la política neocolonialista la utilización, donde sea posible, de la fuerza militar o de la amenaza de recurrir a esa fuerza, y la organización de acciones subversivas contra regímenes «indeseables».

¿Cómo se correlacionan los diversos métodos neocolonialistas? ¿Qué elementos predominan en esos procedimientos en cada período de desarrollo histórico: métodos económicos y políticos flexibles o presión militar, chantaje, violencia abierta? Tales son desde el punto de vista de la causa de la paz y de la distensión internacional los problemas políticos que adquieren especial agudeza por la debilitación general de las posiciones del imperialismo y, ante todo, por el deterioro que

[2] Ibid.

experimenta su monopolio de los recursos energéticos y de materias primas en los estados en desarrollo. La perspectiva de una mayor limitación de accesos a las fuentes de materias primas, el alza de sus precios, los éxitos de los países de Asia, Africa y América Latina en la lucha por el derecho de administrar sus propias riquezas naturales suscitan enorme preocupación en los círculos imperialistas.

Al mismo tiempo, en nuestra opinión, ha de tomarse en consideración la acción de dos tendencias fundamentales en los círculos imperialistas. De un lado, tienden a aplicar la «política de fuerza» e, incluso, la violencia directa tanto contra el socialismo real como contra los movimientos de liberación nacional. Del otro, está el realismo que obliga a tomar en cuenta la situación general en el mundo, reconocer la paridad aproximada entre los estados con distintos regímenes sociales y la creciente influencia internacional de los jóvenes estados liberados. Esto implica la necesidad de recurrir forzosamente a la combinación flexible de métodos político-militares, diplomáticos, económicos e ideológicos, sin colocar el factor militar en primer plano.

Ninguna de las tendencias señaladas actúa, naturalmente, en su forma pura; el paso de una forma a otra es suave, las diferencias son más bien tácticas que estratégicas. Eso es completamente comprensible, pues al capital monopolista internacional lo aúna el interés de clase por mantener en pie el sistema imperialista, asegurar los mercados de venta y el suministro ininterrumpido de materias primas, esto es, el interés por conservar los pilares mismos de la explotación imperialista. El paso de una táctica neocolonialista «flexible» a una más «dura» y viceversa se opera, generalmente, como resultado del influjo ejercido por la situación existente en el mundo, por los procesos operados en los propios países en desarrollo. Es más, la pugna entre ambas tendencias dentro de los círculos dominantes de cada una de las potencias imperialistas y en el campo imperialista en general se encuentra bajo la influencia de diversos intereses políticos y económicos. Por ejemplo, los partidarios de la política «desde posiciones de fuerza» están ligados estrechamente al complejo industrial-militar, principalmente en EE.UU., así como a los influyentes monopolios de materias primas.

En junio de 1980, la Cámara de Representantes del Congreso de EE.UU. votó por conceder al Pentágono 153.700 millones de

dólares para realizar directamente programas militares [3], y el nivel general de las asignaciones militares norteamericanas para el año fiscal 1981 alcanzará el récord de 172.700 millones de dólares. Hemos de señalar que tampoco puede decirse que ha alcanzado su nivel tope, pues ya en marzo el Presidente Reagan firmó el proyecto de presupuesto para el año fiscal 1982, que contempla un nuevo aumento en flecha de esas asignaciones. Según los planes, ellas han de alcanzar la suma astronómica de 226.300 millones de dólares [4].

Los gigantescos preparativos militares tienen objetivos agresivos. Con ellos tratan de intimidar a los pueblos tanto de los países socialistas como de los estados en vías de desarrollo. Así lo corroboran la orientación de la OTAN a expandir las actividades político-militares del bloque fuera del continente europeo, el resurgimiento en sus nuevas formas de la política de ejes y bloques con la participación de estados imperialistas y países jóvenes, la instalación de las bases y fuerzas armadas norteamericanas en regiones estratégicamente importantes del Indico, el Caribe, en el Oriente Medio y Cercano. Los planes de EE.UU. conceden a esta última región el papel de tercer centro de «presencia militar» en el extranjero, como adición a Europa Occidental y al Extremo Oriente. Además de la enorme base situada en la isla de Diego García aparecerán una serie de bases en Omán, Kenia, Egipto y Somalia.

Especialmente peligrosos son los planes de incrementar la colaboración de los países de la OTAN con Sudáfrica racista. Roelof (Pik) Botha, su ministro de Relaciones Exteriores, celebró a fines del año 1980 consultas con Luns, secretario general del Bloque del Atlántico Norte. El encuentro constituyó una nueva violación flagrante de la posición, anunciada oficialmente, respecto de la «esfera de responsabilidades» geográficas de la OTAN. El Atlántico Sur y Africa, como es sabido, no aparecían incluidos en esa esfera. Sin embargo, Luns y Botha trataron precisamente el tema de las posibles vías de incorporar el régimen racista a las actividades de los militaristas de la OTAN. A estos últimos les es muy seductora la perspectiva de utilizar la posición estratégica de la RSA y sus recursos. Los militaristas de la OTAN desearían, asimismo, utilizar el sistema sudafricano de comunicaciones «Advocaat»

[3] Véase *International Herald Tribune*, 14—15 de junio de 1980.
[4] Ibid., 11 de marzo de 1981.

que mantiene bajo observación el Atlántico Sur. La explosión experimental de un artefacto nuclear, llevada a cabo por Pretoria y Tel Aviv, constituye una señal de gran peligro para nuestros pueblos. La tarea de la opinión pública progresista mundial es impedir que la RSA e Israel consigan ese potencial mortífero. Africa ha de ser una zona desnuclearizada.

No contentos con la construcción de una nueva cadena de puntos de apoyo militares en los países en vías de desarrollo, la ex Administración Carter ha formado las «fuerzas de despliegue rápido», que cuentan inicialmente con 110.000 hombres, al objeto de reprimir el movimiento revolucionario en regiones distantes de EE.UU. «Ese nuevo ejército —destacaba la revista *Stern* (RFA)— debe estar en condiciones de ocupar en el curso de algunos días la "región sujeta a la pacificación" y mantenerse allí sin suministros ni refuerzos adicionales durante 60 días. . . .» [5].

En el arsenal político-militar del neocolonialismo aumenta incesantemente el significado de los suministros de armas a los regímenes reaccionarios de Asia, Africa y América Latina. A cambio se les exige sumisión absoluta o coordinación de su política con los planes globales de Washington. Cerca del 80% del armamento que vende EE.UU. al extranjero es enviado a los estados jóvenes. En 1979—1980 se ha duplicado la exportación de armamentos de la RFA. Los suministros de armas de Francia a los países en desarrollo se sextuplicaron entre 1970 y 1977; los de Inglaterra, se multiplicaron por 3,6. El régimen de «nación más favorecida» para recibir armas ha sido concedido en primer lugar a los regímenes reaccionarios. La actual Administración de EE.UU. tiene programado aumentar aún más esos suministros.

Al poner armas mortíferas en manos de sus satélites, el imperialismo trata de crear en el Tercer Mundo focos de su dominio e influencia. Hasta hace poco, ese papel lo desempeñaba en el Cercano y Medio Oriente el régimen del sha de Irán, y hoy se pretende que lo protagonicen otros países. Esfuerzos similares, tendentes a activar las fuerzas reaccionarias, son emprendidos por los imperialistas en el Sudeste Asiático y en el Extremo Oriente, donde se quiere jugar la baza del creciente poderío de Japón e involucrar en los planes geopolíticos de

[5] *Stern*, 4—10 de octubre de 1979, p. 226.

EE.UU. a los estados de la ASEAN. Por ejemplo, se han incrementado los suministros militares a Tailandia [6].

En esos planes geopolíticos, a la RSA se le atribuye el papel de principal baluarte del neocolonialismo en Africa Tropical y Africa del Sur. Prosiguiendo sus actos brutales de agresión contra sus vecinos, en primer lugar contra Angola y Mozambique, el régimen racista, trata al mismo tiempo, de atraer a la órbita neocolonialista a los estados del Sur africano. Ahora el Gobierno de Botha acaricia la idea de crear la «comunidad» de esos estados. Valiéndose de su potencial económico y militar, la RSA desearía someterlos a su influencia y, junto con ello, debilitar el apoyo externo a las fuerzas revolucionarias de nuestro país, dirigidas por el Congreso Nacional Africano y el Partido Comunista Sudafricano. Los planes de Pretoria chocaron con la resistencia decidida de los estados de la línea del frente y de otros países del Sur de Africa, que manifestaron su intención de coordinar más estrechamente su desarrollo económico con el fin de reducir sus relaciones económicas y de transporte con la RSA.

Con más frecuencia que antes, el imperialismo recurre a acciones subversivas en los países en desarrollo realizadas por fuerzas mercenarias, a actos de sabotaje y complots de toda índole contra los gobiernos progresistas y democráticos. Se ha formado toda una nueva vertiente del curso subversivo, denominada «política de desestabilización» [7]. Las experiencias de Chile, Afganistán, Angola, Mozambique, Etiopía, Jamaica y El Salvador, así como de muchos otros países de Asia, Africa y América Latina revelan la enorme envergadura que ha tomado esta política en la actualidad. En el Sur africano le ha imprimido un nuevo impulso peligroso la Administración Reagan que respalda abiertamente al régimen racista de Pretoria y a las bandas de contrarrevolucionarios angolanos.

La tendencia político-militar en la política neocolonialista cobra fuerza a causa de la creciente colaboración entre EE.UU. y China. Su acercamiento se está operando durante varios años principalmente sobre la base del antisovietismo. Pero no hay duda que los planes de Washington y Pekín son mucho

---

[6] Ya en 1980, Estados Unidos facilitó a Tailandia un crédito por valor de 50 millones de dólares. El Pentágono suministrará aceleradamente a ese país novísimo material de guerra. Luego de los conflictos provocados por la parte tailandesa en la frontera con Kampuchea (junio de 1980), EE.UU. organizó el suministro urgente de armas a Bangkok.

[7] Véase este tema en los materiales de la Mesa Redonda, publicados en *Revista Internacional* № 9 de 1978.

más amplios. En los últimos años, eso se ha hecho más evidente con las agresiones armadas directas contra Angola y Etiopía en Africa y contra el Vietnam socialista en el Sur de Asia. También lo corroboran las acciones subversivas contra la India independiente y la guerra no declarada contra el Afganistán democrático.

Así es que la línea «dura» del neocolonialismo tiene raíces profundas en la propia esencia agresiva del imperialismo. Al verse ante una nueva situación en el mundo, marcada por importantes victorias de las fuerzas de liberación nacional y social, la parte más reaccionaria de los círculos imperialistas, en primer lugar de EE.UU., experimenta temor. Precisamente en ello radica una de las razones por las que en el linde de los años 70 y 80 tuviera lugar el resurgimiento de la consabida política «desde posiciones de fuerza» y se emprendieran los intentos de hacer virar a la humanidad hacia los tiempos de la guerra fría, de incorporar a los viejos y nuevos aliados de mayor confianza a su curso agresivo. Este curso contó con la aprobación de Pekín y de una serie de políticos de Europa Occidental.

Sin embargo, la «línea dura» en los asuntos internacionales encuentra hoy día un creciente rechazo no sólo por parte de los estados socialistas, de los movimientos obrero, democrático y de liberación nacional; suscita también serias dudas en los círculos realistas de los propios estados imperialistas. Tanto la línea de retorno a la guerra fría como el curso tendente a ampliar los métodos político-militares de neocolonialismo, que ha hallado en Washington a su partidario más fervoroso, no gozan de apoyo total en el mundo capitalista. Resulta muy revelador el hecho de que esos círculos realistas reaccionen positivamente a las proposiciones soviéticas de sanear radicalmente el clima internacional, expuestas desde la tribuna del XXVI Congreso del PCUS.

Ese realismo se refleja, por ejemplo, en la postura de los representantes de la socialdemocracia eurooccidental que, al tratar los problemas de la guerra y la paz, así como el tema de los países en vías de desarrollo, declaran públicamente su propia concepción de los mismos. Ellos abogan por evitar la confrontación entre las potencias imperialistas y los estados liberados, desarrollar el «diálogo» con estos últimos, incluso respondiendo favorablemente a algunas de sus exigencias. Al mismo tiempo, la política socialdemócrata, que pone el signo de igualdad entre los intereses de los explotadores neocolo-

nialistas y los de los explotados, no es capaz de proponer una solución real y duradera a las tareas económicas y sociales que afrontan los países en vías de desarrollo. Objetivamente, esa política representa más bien un intento de asegurar por un largo plazo los intereses cardinales del sistema capitalista, de estabilizarlo. Los partidarios de semejante curso sienten temor ante la vigorización del movimiento de liberación nacional, la creciente influencia de las ideas del socialismo científico; muchos de ellos mantienen conceptos y prejuicios anticomunistas muy arraigados. Por eso, los representantes de esos círculos no pueden hacer frente de manera consecuente a la aventurera política de violencia realizada por el ala derecha de estadistas de los países imperialistas.

Una de las directrices principales del neocolonialismo consiste en provocar la escisión en la alianza antiimperialista de las fuerzas de liberación social y nacional. Las miras se ponen en la separación de los movimientos de liberación de su aliado natural: la comunidad socialista, con la Unión Soviética a la cabeza, el movimiento comunista y obrero internacional. En este sentido los neocolonizadores más agresivos convergen con los círculos de pensamiento más realista —en otros asuntos— de las potencias imperialistas e, incluso, podemos decir que emulan en el ámbito ideo-político tratando de demostrar los unos a los otros cuál política es más eficaz.

Desde hace varios años los centros capitalistas vienen volcando sobre Asia, Africa y América Latina un torrente de propaganda anticomunista, antisocialista y antisoviética que no tiene precedente por su intensidad. La nueva contraofensiva ideológica constituye la reacción del imperialismo a los importantes cambios revolucionarios que trajeron al mundo los años 70. Precisamente por ello, de nuevo y por enésima vez, ha sido desempolvado y sacado a relucir el mito del «expansionismo soviético», de la «amenaza desde Este».

La desenfrenada campaña antisoviética es utilizada por los círculos imperialistas como un velo para poder lanzarse en una nueva espiral de la carrera de armamentos, signada por la adopción por la OTAN del programa a largo plazo de incremento multilateral de los armamentos y, más tarde, por la resolución de emplazar nuevos misiles norteamericanos de alcance medio en Europa Occidental.

Paralelamente, por medio de acciones extremadamente peligrosas, se atiza la tensión en una serie de regiones de Asia, Africa y América Latina. Así, en vísperas de la Conferencia de

Países No Alineados, celebrada en La Habana en verano de 1979, los Estados Unidos desplegaron una campaña de calumnias contra Cuba Socialista y la Unión Soviética. Podemos afirmar con pleno fundamento que Washington preparaba entonces una amplia ola de sabotaje político e ideológico contra el Movimiento de los No Alineados al objeto de dividirlo, desviarlo de las posiciones antiimperialistas y levantar un muro entre ese movimiento y la comunidad socialista. Fidel Castro, dirigente de Cuba Socialista, señalaba que EE.UU. había establecido en vísperas de la conferencia contactos con aproximadamente 40 países y trató de presionarlos mediante los procedimientos más variados.

La nueva ola turbulenta de anticomunismo y antisovietismo inundó el campo imperialista cuando fracasaron los planes de desestabilizar la situación en Afganistán revolucionario y en Kampuchea popular, así como a raíz del rechazo de la agresión china por parte de Vietnam. Cada derrota suya, trátese de Angola o Mozambique, Etiopía o Benín, Siria o la RPDY, Nicaragua o Granada, el imperialismo la considera dentro del contexto de la situación mundial general. Y los acontecimientos de los últimos decenios no le han sido favorables, lo cual inquieta a los imperialistas, incrementa su belicosidad, alimenta su constante propensión a recurrir a la fuerza militar en los asuntos internacionales. A este límite peligroso se ha acercado, a consecuencia de los acontecimientos en El Salvador y la revolución en Nicaragua, también la Administración Reagan en EE.UU.

Ante los peligros generados por la política de los círculos agresivos del imperialismo adquiere enorme significado la unidad de todos quienes luchan por el progreso y la democracia en nuestro planeta. En nuestros días ha aumentado en flecha el abanico de tareas comunes que se plantean ante los pueblos de países socialistas, capitalistas y en vías de desarrollo. Los problemas de defensa de la paz, de rechazo del hegemonismo y del expansionismo, del dominio de los monopolios y del neocolonialismo están entrelazados estrechamente. Su solución —tanto por separado como en todo su conjunto— exige la acción coordinada y solidaria en todos los sectores del frente antiimperialista.

Las masas oprimidas de nuestro país y el movimiento revolucionario dirigido por el CNA y el PCSA necesitan ahora más que nunca el máximo apoyo de todas las fuerzas antirracistas y antifascistas del mundo, su solidaridad —política, moral y

diplomática—, su ayuda material. Es preciso elevar a un nuevo nivel la lucha por aislar al régimen racista de Sudáfrica en todas las esferas de la vida internacional.

Los éxitos en las batallas contra el imperialismo se logran hoy gracias al creciente potencial del socialismo real y al consecuente curso pacífico de la comunidad socialista, gracias a la acción común del movimiento obrero y comunista internacional, a las nuevas e importantes acciones antiimperialistas de los países liberados. La amplia cooperación de todas estas fuerzas, su acción común sirven de garantía de que los grandes logros de la lucha liberadora revolucionaria se afianzarán aún más en el nuevo decenio.

Revista Internacional, Nº 5, 1981.

LA CARRERA ARMAMENTISTA Y LOS PAISES EN DESARROLLO

Al discutirse las soluciones de la tarea primordial que afronta la humanidad —el cese de la carrera armamentista—, se presta cada vez mayor atención a las alarmantes tendencias vinculadas con dicho problema y que se han perfilado en los países en desarrollo. Los hechos atestiguan que la carrera armamentista también llega a esta parte del mundo. Así, en los años 60 y 70 la parte alícuota de los países en desarrollo en los gastos mundiales para armamento ha crecido de un 4% a un 14%, siendo de destacar que en esta última década los gastos militares de los países de Asia, Africa y América Latina han ido aumentando con mayor rapidez que su producto nacional bruto. En algunas regiones las cifras aparecen aún más imponentes. En 1977 los gastos bélicos per capita en el Oriente Medio constituyeron 250 dólares USA, lo que equivale a un índice similar al de los países capitalistas desarrollados[1]. En su totalidad, los países en desarrollo gastan en armamento una suma tres veces superior al monto de la ayuda que se les presta[2].

El principal responsable del fomento de la carrera armamentista en los países en desarrollo es el imperialismo. El objetivo fundamental que se busca con la exportación del capital militar-industrial y de equipos bélicos a las zonas económicamente atrasadas del mundo, así como de «programas de ayuda» militares es crear en Africa, Asia y América Latina «fortines» para defender los intereses del imperialismo.

Según datos del Instituto Internacional de Estudios de los Problemas de la Paz, con sede en Estocolmo, la importación de armas por los países en desarrollo durante 1952—1977 se multiplicó, en total, por 15[3]. A comienzos de la década del 70, dicha importación acusó un incremento anual del 15%, y de 1974 a 1978, ya era del 25%, alcanzando en 1978 un total de 13,9 mil millones de dólares[4].

Los importadores fundamentales de armas son los estados con regímenes reaccionarios y proimperialistas. Así, en 1978 a Arabia Saudita e Israel les correspondió un 37% de la importación de armamentos enviados a los países mesorientales,

---

[1] *SIPRI Yearbook 1979.* London, 1979, pp. 1—2.
[2] *International Herald Tribune*, 21 de junio de 1979.
[3] *SIPRI Yearbook 1978.* London, 1978, p. 3.
[4] *SIPRI Yearbook 1979.* London, 1979, pp. 168, 170—171.

a Corea del Sur, el 57% de los suministros de armas a la región del Extremo Oriente. En la América del Sur, el primer puesto lo detenta el Brasil: compra un 35% de las armas que se envían a esta zona [5].

Las afirmaciones de los círculos imperialistas de que las ventas de armas están llamadas a garantizar la seguridad de sus aliados en Asia, Africa y América Latina van siendo, cada vez más a menudo, objeto de críticas en los propios países capitalistas. Al comentar los datos aducidos en la última edición del anuario del Instituto Internacional de Estudios de los Problemas de la Paz, de Estocolmo, el periódico *International Herald Tribune* ha escrito que «las naciones occidentales deben preocuparse resueltamente del problema de la limitación del comercio de armas... por cuanto Occidente continúa teniendo la principal responsabilidad: le corresponde un 70% de la exportación mundial de armamentos» [6]. Los científicos norteamericanos M. T. Klare y M. Holland han constatado: «Los hechos demuestran que los compradores extranjeros de armas norteamericanas a menudo se guían mucho más por sus propias ambiciones agresivas o imperialistas que por el afán de hacer un aporte a la garantía de la paz y de la seguridad mutua» [7].

La carrera armamentista conduce a consecuencias políticas y socio-económicas bastante nefastas para los países en desarrollo. La creciente acumulación de armas crea la tirantez política en las relaciones entre ellos, acentúa aún más su dependencia económica del imperialismo. Pues en la aplastante mayoría de los casos el nivel técnico-económico de los países afro-asiáticos y latinoamericanos es insuficiente para utilizar y atender los sistemas modernos de armas. Además, dichos sistemas requieren las correspondientes obras adicionales, tales como astilleros de reparación, aeródromos, equipos electrónicos y centros de comunicaciones, para los que también es necesario un personal de alta calificación. En 1965, los EE.UU. entregaron a sólo cuatro países aviones supersónicos de combate, y en 1976, a 25 países, y el número de estados que reciben estos aviones continúa creciendo [8]. Al convertirse en «clientes» de los monopolios militar-industriales internacionales, los países en desarrollo caen en una

[5] Ibid., p. 183.
[6] *International Herald Tribune*, 21 de junio de 1979.
[7] M. T. Klare, M. Holland. *Conventional Arms Restraint: An Unfulfilled Promise.* Washington, 1978, p. 2.
[8] Ibid.

dependencia cada vez mayor. Les arrastra el torrente de permanente complementación y renovación de los sistemas de armas.

El crecimiento de los gastos militares absorbe los recursos que los países en desarrollo necesitan para solucionar sus agudísimos problemas socio-económicos. Según datos de la ONU referentes a 1971—1975, 4 de cada 5 de estos estados no pudieron alcanzar el incremento planificado de producción per capita cifrado en el 3,5%. En el Asia Sudoriental dicho incremento ha constituido nada más que 1%. La aplastante mayoría de los países en desarrollo tienen graves problemas con la alimentación, necesitan ampliar los sistemas de sanidad y educación. Un total de 200 millones de niños padecen de subalimentación o de mala alimentación, lo que detiene su desarrollo físico e intelectual y conduce a consecuencias imprevisiblemente graves para la futura generación. Y en estas condiciones, incluso los países más pobres del mundo, en los que el ingreso per capita constituye 200 dólares, gastan, por término medio, en fines militares un monto igual a las asignaciones para el fomento de la agricultura [9]. Según cálculos de la UNESCO, si no se amplía en forma considerable el sistema de educación en los países en desarrollo, hacia 1985 un tercio de los niños de edad escolar no tendrá posibilidad de estudiar. En algunos estados africanos y latinoamericanos un médico corresponde a 20—30 mil personas, y los gastos para armamento son, por término medio, dos veces superiores a los destinados para la sanidad y la instrucción.

Otro problema serio relacionado con la carrera armamentista es el déficit de cuadros nacionales calificados, lo que constituye uno de los factores que frenan el progreso económico y social de los países en desarrollo. Al mismo tiempo, la parte mejor preparada de la población es desplazada de la esfera civil a la militar. La cuantía numérica de los ejércitos en dichos estados aumenta ahora, por término medio, proporcionalmente al crecimiento de la población. En vista de que el número total de ocupados en la esfera de la producción supera en pocas veces el de las fuerzas armadas, tal desplazamiento de los recursos humanos influye considerablemente en los ritmos de desarrollo económico [10].

[9] *Economic and Social Consequences of the Arms Race and of Military Expenditures.* United Nations, N. Y., 1978, p. 26.
[10] Ibid., pp. 29, 51.

Los complicados problemas socio-económicos de los estados recién independizados podían haberse resuelto, en una gran medida, a través de las medidas de desarme, aunque hubieran sido parciales. Las ventajas que habría podido proporcionar incluso la más mínima reducción de los gastos militares resultan particularmente evidentes en el siguiente ejemplo. Más de mil millones de personas en 66 países en desarrollo están expuestas al peligro de contraer malaria (paludismo). Según estimación de la Organización Mundial de la Salud, para erradicar esta enfermedad se requieren 450 millones de dólares[11]. Esta suma es casi 45 veces menor que el monto anual de pedidos que los países en desarrollo hacen para proveerse de equipos militares[12].

En la actualidad, los gastos para los preparativos militares de los estados de Asia, Africa y América Latina constituyen cerca de 60 mil millones de dólares anuales. Su reducción aproximadamente en un tercio proporcionaría un beneficio igual al monto de la ayuda extranjera que reciben todos estos estados. Los recursos que de ello resultasen disponibles podrían permitir abordar la solución cardinal de los problemas más perentorios.

La carrera armamentista contradice los intereses esenciales de los pueblos de Asia, Africa y América Latina, retrasa el desarrollo económico y social de los jóvenes estados, agota sus recursos y perjudica su independencia política. Y está claro que la eliminación de todos esos males sólo puede ser llevada a efecto a través de la lucha por la distensión internacional y por hacerla extensiva a la esfera militar.

Este material ha sido preparado por K. ENGELHARDT y W. KLANK, colaboradores científicos del Instituto de Política y Economía Internacional (RDA) y por la sección de información de la revista.

Revista Internacional, N 4, 1980.

[11] Ibid., p. 27.
[12] *SIPRI Yearbook 1979*. London, 1979, p. 2.

CHIPRE-CEE: AMARGA EXPERIENCIA DE UNA ASOCIACION

Dinos Constantinou,
miembro del Buró Político del CC del Partido Progresista del Pueblo Trabajador de Chipre (AKEL)

La nueva correlación de fuerzas en el ámbito internacional y la aceleración sin precedentes del progreso científico-técnico conducen a una internacionalización intensiva de las más diversas esferas de la vida. En el plano de la producción material tenemos la integración económica como manifestación más patente de este proceso, que en el mundo del socialismo y en el mundo capitalista reviste formas fundamentalmente distintas y diametralmente opuestas en lo que atañe a su contenido de clase, objetivos y propósitos.

La integración socialista sirve para unir los esfuerzos de pueblos hermanos e iguales con el fin de seguir desarrollando la producción sobre la base de los últimos adelantos de la ciencia y la técnica. Esta integración, que asegura el progreso de la sociedad, contribuye a nivelar las diferencias entre los países, a superar el rezagamiento en el plano económico y a mantener un ascenso continuo del bienestar y el nivel cultural de los trabajadores. Así lo evidencia la cooperación establecida en múltiples planos dentro del marco del Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME).

Totalmente distinta es la orientación de la integración económica bajo el capitalismo. Aunque el surgimiento de la Comunidad Económica Europea (CEE)[1] fue, objetivamente, una

[1] La CEE (Mercado Común) es una agrupación económica de estados capitalistas europeos (RFA, Francia, Gran Bretaña, Italia, Bélgica, Países Bajos, Luxemburgo, Dinamarca, Irlanda y, desde el 1 de enero de 1981, Grecia). El Tratado de Roma, firmado en la capital italiana en marzo de 1957 y en vigor desde el 1 de enero de 1958, señaló la constitución de la CEE. La naturaleza de los objetivos económicos, sociales y políticos de la Comunidad viene determinada por su esencia clasista, como organización del capitalismo monopolista de Estado. Su propósito es ir eliminando progresivamente todas las limitaciones al comercio entre los países miembros, establecer tarifas aduaneras comunes para el comercio con terceros países y el «libre movimiento de personas, capitales y servicios» en el marco de un mercado único; desarrollo sin crisis y suavización de los antagonismos de clase; lograr una coalición de fuerzas del capitalismo eurooccidental contra el movimiento revolucionario y de liberación

manifestación de la misma tendencia a la internacionalización de la vida económica, la forma y la naturaleza de clase de dicha asociación determinaron que sus objetivos fueran totalmente diferentes. La constitución de la CEE en una situación de crisis general del capitalismo cada vez más profunda representa un nuevo intento de mantener en pie los pilares del viejo mundo, oponerse a la creciente influencia del socialismo y conservar, modificando sus aspectos, el sistema de opresión y explotación de los pueblos. Los chipriotas hemos podido convencernos por experiencia propia de lo que es la política de la CEE en su aplicación a un país pequeño que acaba de conquistar su independencia.

Han pasado diez años desde el momento en que el Gobierno chipriota adoptara la decisión de asociarse a la Comunidad Económica Europea. En marzo de 1971 se iniciaron las negociaciones, y casi dos años más tarde, en diciembre de 1972, se firmaba, tal como está previsto en el artículo 238 del Tratado de Roma, un acuerdo de asociación permanente de Chipre a la CEE, el cual entró en vigor el 1° de junio de 1973, con la previsión de que al cabo de diez años se concertaría una alianza aduanera. Hemos recorrido, pues, un camino bastante largo que permite analizar con lucidez los verdaderos frutos de la asociación de Chipre al Mercado Común. Pero detengámonos antes a examinar brevemente la historia de esta cuestión.

En la etapa inicial del debate en torno a los planes de cooperación con la CEE aparecieron ya en nuestro país tres posibles variantes del carácter y las formas de los futuros vínculos: miembro de pleno derecho, asociación y acuerdo comercial. El Gobierno fundamentó con una serie de consideraciones la opción en favor de la segunda de ellas (con la perspectiva de una alianza aduanera). En primer lugar, el beneficio que, a juicio suyo, podría aportar el establecimiento y consolidación de una base estable para los lazos entre Chipre como Estado europeo y Europa Occidental. En segundo lugar, el afán de superar las desfavorables consecuencias que para la

mundial. La experiencia del funcionamiento de la CEE durante más de dos decenios muestra, sin embargo, que sus actividades comerciales y políticas originan una continua agudización de las contradicciones interimperialistas tanto en el seno de la Comunidad como en el resto del mundo capitalista. La crisis del capitalismo se ha ahondado aún más. Las masas trabajadoras y las fuerzas de izquierda y patrióticas de numerosos países capitalistas y en vías de desarrollo se oponen al carácter antidemocrático y antipopular del Mercado Común, a la integración o la asociación con él. —*N. de la Red.*

economía de la isla y su exportación tendría la pérdida de los aranceles preferenciales británicos debido al ingreso previsto entonces de Gran Bretaña en el Mercado Común. En tercer lugar, la amenaza de la competencia de otros estados de la cuenca del Mediterráneo, que habían asegurado ventajas especiales para su exportación a los países de la CEE. En cuarto lugar, la necesidad de mantener y aumentar la exportación de la producción agrícola e industrial chipriota.

El AKEL se pronunció desde el primer momento no sólo contra la incorporación de Chipre a la CEE sino también contra la asociación. Nuestro análisis de la integración capitalista que se estaba desarrollando en Europa Occidental mostró que dicho proceso conducía a un reforzamiento del dominio de los monopolios (ahora ya a escala transnacional) y a una supremacía de los socios capitalistas más fuertes sobre los más débiles. La integración capitalista tiene también un marcado contenido político. No en vano se dice que la CEE es una «base económica» de la OTAN. El Mercado Común se ha convertido, con el activo apoyo de los EE.UU., en uno de los principales sostenes del imperialismo mundial, el cual lucha contra el sistema socialista, el movimiento obrero y revolucionario de Europa Occidental y el movimiento nacional y social de liberación de los países en vías de desarrollo.

Nos dábamos perfecta cuenta de que la integración capitalista no es capaz de suprimir —ni menos de resolver— las profundas contradicciones que emanan de la propia naturaleza del capitalismo. Durante los años en que viene funcionando la Comunidad Económica Europea se ha intensificado el antagonismo entre los estados miembros, así como entre los principales centros económicos del imperialismo (EE.UU. —Japón—CEE). La «periferia pobre» de la CEE es explotada cada vez más por los grandes monopolios eurooccidentales, cuya política con respecto a los países del Mediterráneo tiende a ampliar el marco de dicha explotación. Lo mismo se está haciendo en el Cercano Oriente y en otras zonas de Asia y Africa.

Al oponerse a la asociación y a la integración, el AKEL ha aportado pruebas convincentes de que lo que correspondería a los intereses económicos y políticos nacionales sería la simple firma de un acuerdo comercial con la CEE, tal como lo ha hecho la mayoría de los países del Mediterráneo. Esto nos permitiría establecer con la Comunidad relaciones comerciales basadas en la igualdad y conveniencia recí-

proca, sin ninguna clase de compromisos políticos ni de otra índole. La vida se ha encargado de confirmar el acierto de nuestra actitud.

Trataremos ahora de definir en forma más concreta lo que ha dado a Chipre su asociación con la CEE, vigente desde hace ya más de siete años.

Resumamos las condiciones que presidieron la firma del acuerdo de 1972:

— mantener hasta el 30 de junio de 1977, o sea, durante la primera etapa de la asociación, el régimen de tarifas preferenciales para las exportaciones chipriotas a Gran Bretaña; establecer cuotas para la exportación de patatas; las tarifas proteccionistas para los vinos tipo *sherry* exportados por Chipre estarían en vigor no más de dos años y sólo cubrirían una exportación que no habría de pasar de los 200.000 hectolitros;

— reducción en un 40% de los aranceles de importación de la CEE para los cítricos y supresión de los aranceles para la algarroba;

— disminución en un 70% de las tarifas aduaneras de la CEE para los artículos de la industria chipriota.

A su vez, la República de Chipre se ha comprometido a reducir en un 35% sus tarifas aduaneras para la producción procedente de los países de la Comunidad, medida que debía ser introducida gradualmente, para culminar al final de la primera etapa del acuerdo de asociación. En la segunda etapa (1977—1982), Chipre y la CEE deberán suprimir por completo los aranceles y establecer una alianza aduanera.

Puede parecer a primera vista que tales ventajas y preferencias deberían propiciar el desarrollo de la exportación chipriota. No se puede negar, claro está, que el mantenimiento del régimen preferencial en el mercado inglés, aunque haya sido durante un período limitado, ha tenido una importancia de primer orden para nuestro país, pues como consecuencia de la larga dominación colonial inglesa la economía de la isla está unilateralmente orientada hacia Gran Bretaña, que sigue siendo el principal mercado para la producción chipriota, en particular para la producción agraria (cítricos, patatas, vinos, uva, legumbres, jugos y zanahorias). Pero a esto —conservación temporal de las preferencias británicas— quedaban reducidas todas las ventajas de la asociación de Chipre a la CEE.

Se intentó convencernos con el argumento —tal vez el principal— de que el país iba a incorporarse a un mercado con un potencial de 260 millones de consumidores, lo que favorecería la exportación chipriota. Mas, por desgracia, la experiencia demuestra lo contrario. En el primer año de la asociación, la exportación de Chipre se mantuvo al nivel de 1972, con un valor global de 12 millones de libras esterlinas, que se redujo a 7 millones en 1974. La reducción prosiguió en 1975 y 1976, llegando a bajar hasta los 5 millones. En 1977 y 1978 se produjo cierto aumento en el valor de las exportaciones a los países de la CEE (7 y 9,8 millones de libras esterlinas, respectivamente), pero debe tenerse en cuenta el considerable aumento de los precios a causa de la inflación. Como vemos, los pronósticos de los abogados de la asociación sobre el aumento de las exportaciones se han venido abajo.

La reducción de las exportaciones de Chipre a los países de la CEE fue particularmente grave en los momentos más críticos para los destinos de la isla[2] hecho interpretado por algunos como una prueba de la existencia de causas objetivas que se habrían opuesto a los «benéficos» efectos de la asociación. Lo infundado de tal afirmación queda demostrado por el simple hecho de que durante los años en que las exportaciones a los países de la Comunidad se habían reducido considerablemente, aumentaron las realizadas a los países socialistas y a los estados árabes, aumento que en algunos casos fue muy sensible.

La conclusión se desprende por sí sola: la cooperación de Chipre con la CEE no ha contribuido a un aumento de nuestras exportaciones. Pero bastará con echar una ojeada al estado de nuestras importaciones de los países comunitarios para ver que durante aquel mismo período experimentaron un aumento considerable, al pasar de los 32 millones de libras esterlinas en 1972 a 81 millones en 1978. Dicho en otros términos, los más beneficiados con la asociación han sido los países de Mercado Común.

Veamos ahora hasta qué punto las condiciones del acuerdo de asociación responden a ciertos objetivos y necesidades nacionales, como son la defensa de la creciente industria chipriota, la obtención de asistencia económica y técnica por nuestro país, el desarrollo de sus relaciones comerciales con el mundo socialista.

Ya hemos señalado, que, a cambio de las «ventajas» otorga-

[2] Se trata ante todo de la ocupación de una parte de la isla por las tropas turcas en 1974. —*N. de la Red.*

das por la CEE, Chipre ha aceptado reducir los aranceles que gravaban las importaciones, procedentes de los países comunitarios (en un 35% durante los 4,5 primeros años de la primera etapa de la asociación). El acuerdo de 1972 contiene también el compromiso de no establecer nuevas limitaciones cuantitativas o de otro orden para dichas importaciones y facilitar su acceso al mercado chipriota.

Causa profunda inquietud el hecho de que las condiciones de la asociación no prevén ninguna defensa real para la creciente industria de nuestro país. Lo que hoy constituye una protección frente a la competencia extranjera, desaparecerá en cuanto sea una realidad la alianza aduanera con la CEE, que supondrá la total supresión de los aranceles. Semejante desarrollo será fatal para la joven industria chipriota, que resultará aplastada por los colosos industriales de Europa Occidental o se convertirá en un apéndice de los mismos. Está claro que aun en este caso la industria seguirá desarrollándose en Chipre, pero ya no será una industria chipriota. Las consecuencias económicas y políticas de este desarrollo dependiente son fáciles de prever.

Esta perspectiva, que despierta la justa protesta de todos los patriotas, resulta muy del agrado de los mandamases de la CEE. Durante los años que está en vigor la asociación, la Comunidad no ha prestado a Chipre ninguna asistencia económica ni técnica, asistencia que había sido prevista por el acuerdo de 1972. La CEE no ha cumplido ninguno de los compromisos asumidos en este sentido.

A la luz de la asociación de Chipre a la CEE merece la máxima atención el futuro de nuestros vínculos comerciales con los países socialistas. Estos, como es notorio, son unos consumidores estables de artículos chipriotas. Las exportaciones a dichos países en 1978 se elevaron a 8 millones de libras esterlinas. Para la economía de la isla tiene especial importancia la estructura de la exportación a aquellos países socialistas hacia los que encaminamos nuestra producción agrícola, en particular los productos de la viticultura, para los cuales se halla limitado o cerrado el acceso a los mercados occidentales. Esta importancia es ampliamente reconocida en Chipre, incluso por los medios gobernantes. Advertiremos que en el curso de las negociaciones con la CEE, el Gobierno procuró proteger las relaciones comerciales de Chipre con los países socialistas.

Y en efecto, la Comunidad no ha establecido ninguna clase

de limitaciones a dichos nexos comerciales. El caso es que los propios países del Mercado Común se esfuerzan por desarrollar el comercio con los estados socialistas. Pero aunque nuestro comercio con estos últimos no se ve amenazado por ningún impedimento directo, sí existe el peligro de obstáculos indirectos. Así, la reducción inicial en un 35% de los aranceles aduaneros para los artículos importados de los países de la CEE y la posterior supresión de los mismos harán que aumenten nuestras importaciones de los países comunitarios, lo que impondrá una reducción de las importaciones procedentes de los países socialistas, los cuales, a su vez, se verán obligados a reducir sus compras de productos chipriotas, ante todo de aquellos que no sean artículos de primera necesidad, entre los que figura la producción vitivinícola, de la importancia de lo cual para Chipre ya hemos hablado.

Si dice, ciertamente, que, en todo caso, las relaciones comerciales de Chipre con los países socialistas no se verán afectadas, pues los artículos importados de estos países no pagan aranceles aduaneros. Pero esto sólo es verdad por lo que respecta a algunos artículos, mientras que muchos otros sí pagan derechos de aduana. Por lo tanto, el peligro de perturbación de las relaciones comerciales con el mundo socialista a consecuencia de la asociación con el Mercado Común es, pese a todo, un peligro real. Y éste es un hecho que debe suscitar nuestra preocupación. Es preciso ver cuáles son las verdaderas posibilidades de ampliar las relaciones de cooperación comercial y económica con el mundo socialista, para las que la asociación con la CEE constituye un obstáculo.

Examinemos, finalmente, el problema de las relaciones entre Chipre y la CEE en el contexto de la política mediterránea de esta última. Después de la proclamación de tal política, el régimen de nación más favorecida fue concedido a casi todos los países de la zona, incluso a aquellos que sólo habían firmado con la CEE acuerdos comerciales. Así, Argelia, Marruecos y Túnez han obtenido el derecho de exportar a los países de la CEE, libremente y sin tarifas aduaneras, prácticamente todos sus artículos industriales. Su producción agropecuaria es gravada por aranceles reducidos (del 30 al 100%). A cambio han aceptado aplicar a las mercancías procedentes de la CEE el mismo régimen que conceden a otros países. Dicho en otros términos, en este caso no se ha asumido ningún compromiso esencial. En 1976, Egipto, Siria y Jordania obtuvieron análogas condiciones en base a acuerdos

comerciales bilaterales con la CEE. Otro tanto cabe decir de las relaciones de Israel y otros estados de la cuenca del Mediterráneo con la Comunidad Económica Europea. La inmensa mayoría de estos estados han conseguido mediante acuerdos bilaterales con la CEE condiciones incomparablemente mejores para su exportación, sin hacer a la vez ninguna clase de concesiones aduaneras.

El acuerdo de asociación de 1972 preveía la concesión a Chipre de las mismas ventajas de que gozaban los otros estados de la cuenca del Mediterráneo. Pero en realidad ocurrió lo contrario. Al firmar el acuerdo, Chipre se vio en una situación mucho peor. Violando lo convenido, no se le aplicó ninguno de los elementos de la política de ventajas, mientras que los estados de la CEE han aprovechado plenamente las exenciones aduaneras que les habían sido concedidas.

Spyros Filaktis, alto funcionario del Ministerio de Comercio e Industria, enjuicia en los siguientes términos la primera etapa del acuerdo de asociación: «El acuerdo de 1972 relativo a la asociación de Chipre a la Comunidad Económica Europea, que, según se esperaba, habría de contribuir al establecimiento de un nexo sólido y dinámico entre Chipre y la Comunidad, ha conducido a una situación de desequilibrio, como puede verse fácilmente a través de los datos del intercambio comercial correspondientes al período comprendido entre junio de 1973 y el mismo mes de 1978. Durante este tiempo, la Comunidad tuvo un balance positivo con Chipre del orden de los 296,5 millones de libras esterlinas. Una de las principales causas de esta situación, tan desfavorable para Chipre, fue la insuficiencia de las ventajas concedidas por la Comunidad. Mientras que el acuerdo prevé la desgravación de las exportaciones a los países de la CEE, la eficacia de tal ventaja se ve reducida en la práctica por una serie de instrucciones relativas al origen de las mercancías. Y por si eso fuera poco, recientemente hemos recibido una información, según la cual el Reino Unido está estudiando la posibilidad de limitar la importación de ropa y tejidos procedentes de Chipre».

En resumen, la cooperación de Chipre con la CEE constituye en su forma actual una amarga y aleccionadora experiencia. Mas, por desgracia, la lección que ello supone no ha sido aprendida por todos, ni mucho menos. Así lo ha evidenciado la nueva ronda de negociaciones emprendida en la segunda mitad de los años 70.

Según el acuerdo de 1972, 18 meses antes del fin de la primera etapa de la asociación de Chipre al Mercado Común habrían de iniciarse nuevas negociaciones, en el curso de las cuales serían discutidas las condiciones de la segunda etapa. A finales de 1975, el Gobierno chipriota propuso a la CEE comenzar dichas negociaciones. Mas la Comunidad declaró que por el momento no estaba preparada para iniciarlas. Finalmente, en mayo de 1977, dos meses antes de que expirara la primera etapa, dieron comienzo a las negociaciones, que, sin embargo, no condujeron a la firma del acuerdo sobre la segunda etapa de la asociación. Se prolongó por dos años y medio la vigencia de la primera etapa, y cuando expiró dicho plazo se propuso a Chipre una nueva prórroga de un año, esta vez hasta finales de 1980.

¿Por qué no se ha pasado a la segunda etapa de la asociación? La causa principal es de orden político. No se trata sólo de que el régimen existente en el país no es del agrado de la Comunidad, sino ante todo de que en la CEE no se quiere suscitar el descontento de Turquía con el establecimiento de vínculos más estrechos con Chipre.

No obstante, y pese a que el acuerdo de 1972 es utilizado cada vez más manifiestamente para ejercer presión sobre la República de Chipre, su Gobierno sigue orientándose por la asociación e intenta pasar a la segunda etapa de la misma, a la alianza aduanera. ¡No nos quieren admitir, pero nosotros seguimos insistiendo! ¡Se ejerce sobre nosotros una presión política, pero el Gobierno parece no advertirlo! Mientras tanto, la prolongación de la primera etapa ha tenido unas consecuencias aún más desfavorables que los resultados de casi cinco años de vigencia del acuerdo. Las condiciones para la exportación de la producción agraria chipriota han empeorado. Antes, las patatas, las zanahorias, los cítricos y la uva de mesa producidos en Chipre eran exportados a Gran Bretaña sin pagar derechos de aduana y sin someterse a ninguna cuota. Ahora, de acuerdo con las nuevas condiciones, se han establecido aranceles y cuotas para dichos productos. Según el ya mencionado Filaktis, «la prolongación de la primera fase del acuerdo de asociación no pone de manifiesto el dinamismo (de las relaciones entre Chipre y la CEE. —D. C.) sino el carácter estático, cuando no la regresión y la ausencia de cualquier indicio de progreso».

¿Cuál es la salida de la situación creada? Nuestro partido, como ya hemos señalado, dio la respuesta a este interrogante

a comienzos de los años 70, al oponerse a la asociación. Los comunistas previeron las consecuencias económicas que cabría esperar de este paso. Sin embargo, la actitud del AKEL no era de simple negativismo. Nunca cerramos los ojos ante la existencia de la Comunidad Económica Europea ni ante la necesidad de mantener ciertas relaciones con ella. Pero proponíamos que en lugar de la asociación se concertase un acuerdo comercial entre Chipre y la CEE, como lo han hecho otros países del Mediterráneo, pues casi todos han preferido este último tipo de relaciones a la asociación. Sosteníamos que la CEE se vería obligada a hacer concesiones a los países del Mediterráneo, pese a la renuncia de éstos a asociarse o a ingresar en el Mercado Común, como así ocurrió al ser proclamada la política mediterránea de la CEE.

Ahora se nos dice: admitamos que el AKEL tenía razón, pero ¿qué vamos a hacer ahora cuando ya ha sido firmado el acuerdo y las relaciones con la CEE son las establecidas?

No cabe duda de que cuanto más pase el tiempo más difícil va a ser modificar la forma de tales relaciones. Si termina la segunda fase de la asociación, que conduce directamente a la alianza aduanera, parece que ya será imposible modificar cualquier cosa. Pero no se debe olvidar que lo que está en juego, cabe decirlo, son los destinos de nuestra patria. De ahí que el AKEL propugne un enfoque profundo y verdaderamente patriótico de este problema, teniendo ante todo en cuenta las perspectivas históricas y no los privilegios temporales y las ventajas estáticas.

Consideramos que aún no es tarde para adoptar decisiones serias. Sobre todo teniendo en cuenta que, como se ha señalado más arriba, la CEE no ha cumplido las condiciones del acuerdo de 1972 y luego ha retrasado por consideraciones políticas el paso a la segunda etapa de la asociación. Nos hallamos, pues, ante la excepcional posibilidad de interrumpir la vigencia del acuerdo de asociación e iniciar negociaciones para concertar un convenio comercial con la CEE en las mismas condiciones en que lo han hecho otros países de la cuenca del Mediterráneo. No se debe desperdiciar esta oportunidad.

También es insostenible otra tesis de los partidarios de la asociación, mantenida por una serie de políticos chipriotas y funcionarios del Gobierno. Aun reconociendo las consecuencias negativas que la cooperación con el Mercado Común tiene para la economía del país, esta gente considera que la

continuación de las relaciones de asociación es necesaria, pues viene impuesta por consideraciones políticas.

Pero el caso es que Chipre ha sido y sigue siendo un país no alineado. El mantenimiento de este status es una de las condiciones básicas de la solución del problema chipriota. La política de no alineamiento responde a los intereses nacionales del país y a los intereses de la paz y la seguridad en nuestra turbulenta zona. A la vez, el status de no alineamiento presupone relaciones iguales y normales con todos los países del mundo e implica la no incorporación de Chipre a ningún bloque político o militar. Tales son los principios fundamentales que presiden esta política, mundialmente reconocida.

Examinemos a la luz de lo dicho los vínculos con la Comunidad Económica Europea. ¿Es ésta una alianza puramente económica? Nada de eso. Así lo evidenció ya el acuerdo de constitución de la CEE. La Comunidad persigue no sólo objetivos económicos sino también políticos, determinados por los monopolios multinacionales que dominan en ella. Además, la mayoría de los estados más influyentes de la CEE participan también en el agresivo bloque de la OTAN, cuya finalidad es asegurar por medios militares y políticos los intereses globales de la CEE y de los EE.UU. Esto muestra claramente a dónde conduce la asociación de Chipre a la Comunidad y, con mayor motivo, cuáles serían las consecuencias de su ingreso en el Mercado Común. Ello significaría en definitiva para nuestro país la incorporación a un bloque que no es simplemente económico sino también político y militar, lo que estaría en contradicción radical con el no alineamiento.

No se debe olvidar asimismo que los países de la CEE y los EE.UU. tienen una tremenda responsabilidad por los sucesos de mediados de los años 70, tan trágicos para nuestro país: el golpe reaccionario de 1974 y la intervención turca. Las potencias imperialistas no cejan en sus intentos de someter a Chipre al control de la OTAN. Para ello estimulan la rígida posición de Turquía y prestan apoyo a los círculos chovinistas reaccionarios de las comunidades griega y turca de nuestra isla. Dicho en otros términos, son consideraciones de índole no sólo económica sino también política las que demuestran claramente hasta qué punto están contraindicadas para Chipre sus actuales relaciones con la CEE y la prevista alianza aduanera.

Ha llegado el momento en que todos —Gobierno, partidos, organizaciones políticas y nuestro pueblo— deben cobrar clara conciencia de que la única política aceptable para la República de Chipre, sobre todo en el grave período actual, es el establecimiento de relaciones comerciales con todos los países sobre la base de la igualdad y la conveniencia recíproca, sin ninguna clase de condiciones políticas o de otro carácter. Tal es el camino por el que luchamos.

Revista Internacional, N 11, 1980.

ACERCA DE LAS CONCEPCIONES DEL NUEVO ORDEN ECONOMICO

Maciej Perczyński,
profesor, Doctor en Ciencias Económicas (Polonia)

En los últimos decenios, los pueblos de los países liberados del yugo colonial y apoyados por todas las fuerzas revolucionarias y progresistas promueven activamente las reivindicaciones de democratización de la economía mundial. La lucha por la libertad y la independencia nacional se entrelaza estrechamente con las intervenciones en pro del desarrollo de las relaciones económicas internacionales sobre los principios de la igualdad de derechos y el beneficio mutuo. Las transformaciones democráticas de la economía mundial afrontan en su camino serios obstáculos, pues en ella chocan los intereses de fuerzas sociales heterogéneas y se enfrentan tendencias de clase contradictorias. La reestructuración de las relaciones económicas en el mundo da lugar a una enconadísima lucha político-ideológica, en la que los comunistas ocupan una posición clasista clara y consecuente.

Se pueden mencionar varias cuestiones que, desde este punto do vista, revisten una importancia clave. En primer lugar, es la apreciación del papel de la comunidad socialista y del movimiento comunista y obrero en la lucha por la democratización de las relaciones económicas internacionales; en segundo lugar, es la cuestión de las formas y los métodos de la ayuda a los países recién liberados de la dependencia colonial; en tercer lugar, es el análisis de la distribución de las fuerzas sociales y políticas en dichos estados y, en cuarto término, el desenmascaramiento de la esencia antidemocrática de las concepciones burguesas referentes a la reestructuración de la economía mundial. Es en el examen de estos problemas en lo que quisiera centrar la atención de los lectores.

En los años 70, los países en desarrollo comenzaron a bregar activamente por la democratización de las relaciones económicas internacionales. En el proceso de la lucha, dichos estados elaboraron posiciones que en su base son afines o coincidentes, lo que permitió a los países no alineados for-

mular el Programa de Acción para Instaurar un Nuevo Orden Económico Internacional, adoptado por la ONU en 1974. Este documento contiene reivindicaciones de capital importancia y que son:

— soberanía total y permanente de cada Estado sobre sus recursos naturales y sobre toda la actividad económica, incluido el derecho incondicional a la nacionalización;

—elaboración de mecanismos de intercambio y cooperación internacionales capaces de contrarrestar las variaciones de los precios en el mercado mundial que resulten desfavorables para los países en vías de desarrollo y de asegurar la estabilidad de los términos del intercambio, así como de contribuir a la transmisión de maquinaria nueva y de nuevas tecnologías, necesarias para modernizar el aparato productivo de dichos países;

— prestación de ayuda económica con el fin de disminuir las desproporciones existentes en el mundo y contribuir a la aceleración del desarrollo económico de los estados liberados;

— establecimiento de un control eficaz sobre la actividad de las corporaciones transnacionales.

El movimiento por la reestructuración de las relaciones económicas internacionales se deriva de las premisas objetivas. Las relaciones económicas exteriores existentes hoy en el sistema capitalista se configuraron en una situación en que la mayoría de los estados se encontraba marginada de la participación activa en la política mundial. Ello permitía explotar los recursos naturales y humanos de los países dependientes, limitar artificialmente los contactos económicos entre los estados y realizar variadas formas de discriminación. Para comienzos de la década del 70, se puso de particular manifiesto la inadecuación de semejantes relaciones a las cambiantes tendencias del desarrollo político del mundo contemporáneo, a las necesidades esenciales de la mayoría de los países, sobre todo de los estados recién liberados. La persistente dependencia económica respecto de las potencias capitalistas industrializadas impide a los pueblos liberados emprender el camino de desarrollo independiente y aprovechar los logros de la revolución científico-técnica.

Por cierto, últimamente se están operando ciertos cambios en la división capitalista internacional del trabajo. Sin embargo, el hecho de que los monopolios van trasladando a la «periferia» una serie de ramas industriales que exigen mucha mano de obra, energía y materiales y que son ecológicamente contaminantes, no responde, ni mucho menos, a los intereses de los países en desarrollo ni resuelve los problemas de su industrialización. Al establecer sucursales y filiales en Asia, Africa y América Latina, las corporaciones transnacionales se guían ante todo por las consideraciones de la lucha competitiva, por el afán al máximo incremento de sus beneficios. De este modo, pese a los cambios operados, los países recién emancipados siguen manteniendo en el actual sistema de división capitalista del trabajo su condición de países sometidos y dependientes. El antagonismo entre los países en desarrollo y los estados imperialistas se va agudizando.

Sería manifiestamente erróneo ver en el movimiento por la modificación del orden económico internacional un fenómeno totalmente nuevo en la historia de las relaciones internacionales, aislado de otras formas de la lucha de clases en la palestra mundial, reducirlo a las contradicciones entre los llamados países ricos y países pobres. La historia y toda la praxis actual atestiguan que el capitalismo aplica en el ámbito de las relaciones económicas exteriores principios, métodos y procedimientos de gestión que le son propios como régimen dividido en clases antagónicas, que no puede existir sin el dictado, la opresión y la inescrupulosa explotación de los pueblos rezagados en su desarrollo económico. Sólo el socialismo establece «relaciones internacionales por completo diferentes, que dan a todas las nacionalidades sojuzgadas la posibilidad de librarse del yugo imperialista» [1]. El Gran Octubre dio inicio al proceso de democratización de las relaciones internacionales, incluidas las económicas. El socialismo sostiene una lucha consecuente y activa por la cooperación entre los estados independientemente de su régimen social y económico.

La cuestión de democratización de la economía mundial no estaría, sin duda alguna, en la orden del día si no existieran la comunidad socialista y el influyente movimiento comunista y obrero internacional. Los hermanos países socialistas y los partidos comunistas bregan activamente por la democratización de las relaciones internacionales y por el desarrollo de la cooperación económica de todos los pueblos sobre la base de la igualdad de derechos y beneficio mutuo. Esta posición está formulada con diafanidad en el Documento Final de la Conferencia de Berlín de los Partidos Comunistas

[1] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 2a ed., Buenos Aires, Cartago, t. 34, p. 200.

y Obreros de Europa, que exigió «liquidar el colonialismo y el neocolonialismo; crear un nuevo orden económico internacional; asegurar las condiciones para el desarrollo económico y social de todos los países, y en primer término de los países más subdesarrollados; organizar una amplia cooperación internacional que apoye los propios esfuerzos de los pueblos de los países en desarrollo encaminados a eliminar el desnivel entre ellos y los países desarrollados; asegurar el ejercicio ilimitado por cada pueblo de su derecho a disponer soberanamente de sus riquezas naturales; asegurar el acceso de todos los estados a las conquistas de la ciencia y la técnica contemporáneas; establecer una correlación equitativa entre los precios de las materias primas, los productos agropecuarios, de una parte, y los precios de los artículos industriales, de la otra; desarrollar ampliamente las relaciones comerciales sin barreras artificiales ni discriminación de ningún tipo»[2].

De esta forma, el apoyo a las reivindicaciones fundamentales de los países en desarrollo en cuanto a la reestructuración de las relaciones económicas internacionales constituye una posición común de los comunistas de Europa, que es compartida por los partidos hermanos también en otros continentes. Los países socialistas, que en las relaciones con los estados recién independizados siguen invariablemente el principio de la igualdad de derechos, contribuyen por todos los medios a su desarrollo económico y a la superación de su atraso. Muchas destacadas personalidades del movimiento de liberación nacional reconocen que el logro por ellos de los objetivos que se propusieron sería imposible sin la ayuda multilateral de la comunidad socialista, y ante todo de la Unión Soviética. El socialismo mundial representa para los estados recién independizados no sólo un respaldo moral, sino también una base material que les brinda la posibilidad de enrielar la reestructuración de las relaciones con los países imperialistas por una vía práctica. Por eso las perspectivas de democratización de la economía mundial dependen de la ulterior modificación en la correlación de las fuerzas de clase tanto en los distintos estados como en todo el mundo. No se puede hablar del nuevo orden económico sin tener en cuenta el papel que desempeña el socialismo mundial.

Los países de la comunidad socialista han elaborado una

[2] Conferencia de los Partidos Comunistas y Obreros de Europa. Berlín, 29—30 de junio de 1976. *Revista Internacional* № 8 de 1976.

línea colectiva al respecto[3]. Dicha línea parte de los principios marxistas-leninistas de la actitud ante el movimiento de liberación nacional y antiimperialista. Esta línea se está materializando con esfuerzos comunes. De ahí que difícilmente sea correcto presentar las cosas como si la primacía en la formulación de las ideas y de las reivindicaciones de democratizar la economía mundial pertenezca a un solo partido o a algún Estado. Además, no se puede dejar de considerar que la democratización de las relaciones económicas mundiales es un proceso largo y complicado, cuyo desenlace sólo puede depender de la acción colectiva de todas las fuerzas revolucionarias y progresistas.

La característica objetiva de la lucha de los países en desarrollo supone un enfoque precisamente así ante la evaluación de las vías para instaurar un nuevo orden económico mundial. Si se maneja exclusivamente los documentos nacionales, podría producirse un desplazamiento de la perspectiva histórica y política. Por ejemplo, es de dominio público que el cambio en la correlación de fuerzas en la arena mundial fue anunciado ya en los documentos de las conferencias de representantes de los partidos comunistas y obreros de 1957 y 1960. Asimismo, es de reconocimiento general que los principios fundamentales del nuevo tipo de relaciones mutuas económicas y políticas entre los estados, —el respeto a la soberanía y la independencia de cada país, la igualdad de derechos, la no injerencia en los asuntos internos, la renuncia a la amenaza de emplear la fuerza y el beneficio mutuo— no fueron formulados, ni mucho menos, a mediados de la década del 60, como lo afirman a veces, sino mucho antes. Estos postulados fueron promovidos por Lenin, quien fundamentó la tesis sobre la coexistencia pacífica de estados con distinto régimen social, sus ideas han presidido toda la política exterior de la Unión Soviética tanto antes como después de la II Guerra Mundial. En los documentos del movimiento comunista y obrero internacional se ha subrayado invariablemente la fidelidad a dichos principios. Por último, ellos

[3] Así, en noviembre de 1978, en la reunión del Comité Político Consultivo celebrada en Moscú, los estados integrantes del Tratado de Varsovia se dirigieron a todos los estados y los pueblos del mundo llamándolos «a bregar tenazmente por la reestructuración de las relaciones económicas internacionales sobre una base justa y democrática y por la afirmación de un nuevo orden económico internacional que asegure la liquidación acelerada del atraso económico de los países en desarrollo y el progreso dinámico de todos los pueblos y de toda la humanidad». (*Pravda*, 24 de noviembre de 1978.)

encontraron su reflejo en los principios de Pancha Shila y luego fueron registrados en las resoluciones de la Conferencia de Bandung. Señalaremos además que con vistas a exponer correctamente el estado actual de la lucha por la reestructuración de las relaciones internacionales cabe atender los documentos adoptados por la ONU, por sus instituciones especializadas y por distintas conferencias internacionales, participando en las cuales los países de la comunidad socialista han tenido la posibilidad de formular con bastante nitidez su posición e influir en las decisiones que se adoptaban.

El movimiento por la democratización de las relaciones económicas en el mundo ha pasado firmemente a ser parte del sistema de las relaciones internacionales contemporáneas. En torno a esta cuestión no sólo se han deslindado nítidamente las fuerzas sociales fundamentales, sino que también se han revelado matices políticos y diferencias en las posiciones de distintos países, divergencias en el enfoque de los problemas concretos, etc. La lucha por un nuevo orden económico internacional ha adquirido en nuestros días tal envergadura que ningún Estado capitalista y ningún político destacado del Occidente pueden permitirse defender con la visera levantada los regímenes coloniales o neocoloniales. Los políticos burgueses hablan a porfía de la necesidad de «ayudar» a los países en desarrollo. Por eso nosotros, los comunistas, no tenemos derecho a limitarnos tan sólo a declaraciones «en pro» de la instauración de un nuevo orden económico internacional y a la exposición de conocidos postulados al respecto. El enfoque clasista ante la democratización de las relaciones económicas internacionales se expresa en un análisis a fondo de las bastante numerosas concepciones burguesas, en la denuncia de su esencia antidemocrática y antipopular.

Al apoyarse en su potencial productivo, los países capitalistas altamente desarrollados desearían, mediante concesiones parciales, encauzar la reestructuración de las relaciones económicas internacionales por una vía aceptable para ellos y convertir los cambios objetivamente necesarios en un nuevo estímulo para la expansión de los monopolios y para mejorar la coyuntura económica. Los círculos monopolistas cambian a todas luces de táctica con respecto al nuevo orden económico internacional, pasando de una «crítica defensiva» a una «ofensiva constructiva». Los ideólogos y políticos burgueses promueven cada vez más a menudo las concepciones de reestructuración de la economía mundial, encaminadas a aplastar los tiernos brotes de la democratización. Se emprenden intentos de introducir en el Programa de Acción para Instaurar un Nuevo Orden Económico Internacional un contenido distinto, privarlo de toda orientación radical y antiimperialista.

Pese a la aparente diversidad de esas concepciones, todas ellas presentan tres elementos comunes: defensa del principio de libre acción de los mecanismos de mercado en las relaciones económicas mundiales (de aquí la resistencia a todas las formas de regulación internacional de la correlación de los precios, incluida la «indización»[4]); llamamientos a mantener el principio de la «inviolabilidad» de la propiedad privada (lo que equivale a renunciar a la soberanía en lo tocante a las nacionalizaciones); deseo de seguir asegurando el acceso del capital extranjero privado a la economía de los países en vías de desarrollo y la expansión irrestricta de los monopolios internacionales. En tales condiciones, el Occidente capitalista estaría dispuesto a «salir al encuentro» de los países recién independizados, satisfaciendo una serie de sus reivindicaciones: por ejemplo, las referentes al aumento de los créditos, la estabilización de los ingresos proporcionados por las exportaciones, la extensión de las preferencias comerciales, etc.

Desde mediados de los años 70, en los discursos y escritos de los líderes políticos del mundo capitalista y en los medios burgueses de comunicación de masas comenzó a repetirse insistentemente el estribillo de la «interdependencia» y la «comunidad de intereses» de los países capitalistas desarrollados y los países en vías de desarrollo. La creciente internacionalización de la vida económica queda reflejada también en algunos documentos del «Grupo de los 77»[5], documentos que en términos generales tienen un contenido antiimperialista. Ahora bien, ¿qué interpretación dan los círculos monopolistas al concepto de «interdependencia»?

Dicho en breve, el esquema de la reflexión es el siguiente: las economías nacionales están tan ligadas unas con otras en

[4] El sistema de «indización» de los precios supone el mantenimiento de la relación entre los precios de las mercancías exportadas e importadas por los países en desarrollo, con el fin de ponerlos a salvo de una importación de la inflación.

[5] Agrupación de los países en desarrollo en la ONU formada en la segunda mitad de los años 60. Debe su nombre al número de estados que la integraron inicialmente. Actualmente, cuenta con unos 120 países.

el mundo contemporáneo que cualquier cambio en uno de estos eslabones repercute tanto en todo el conjunto como en cada una de sus partes y, cual un bumerán, golpea también el eslabón causante de este proceso. De aquí se llega a la conclusión de que un país en desarrollo (sobre el que hoy gravita el peso de la desigualdad en las relaciones económicas internacionales) no debería emprender acciones unilaterales que pudiesen perjudicar a otros (es decir, a los países capitalistas desarrollados), pues la ola de los descalabros económicos, al reflejarse, retornaría al país promotor y golpearía su economía.. Es obvio que el objetivo de esta concepción es desmedular el contenido antiimperialista de las reivindicaciones democráticas y mantener el statu quo en la parte no socialista de la economía mundial.

Lo que esa «interdependencia» implica para los países en desarrollo vino a demostrarlo la crisis económica mundial de mediados de los años 70, parcialmente «exportada» a la economía de dichos países a través de las relaciones económicas exteriores. La actividad de las trasnacionales, que trataban de salir de la crisis a expensas de los pueblos de Asia, Africa y América Latina, ha desempeñado aquí un enorme papel negativo. En los estados capitalistas desarrollados, bajo la presión de los círculos monopolistas, se endurecieron las medidas proteccionistas, se establecieron prohibiciones y limitaciones para importar artículos procedentes de los países en vías de desarrollo. Sus dificultades económicas han sido aprovechadas por los estados imperialistas para intensificar su intervención en los asuntos internos de sus «socios», condicionando los créditos con las concesiones al capital privado extranjero, la renuncia a las transformaciones progresistas dentro del país, el desmantelamiento del sector estatal, etc.

Al analizar el desarrollo de los acontecimientos de estos últimos años, algunos estudiosos expresan sus dudas sobre la posibilidad de una democratización sustancial de las relaciones económicas internacionales si los estados recién independizados siguen dentro del sistema de la división capitalista internacional del trabajo y no aceleran sustancialmente el desarrollo económico y científico-técnico. En cambio, en nuestra opinión, ellos ya ahora pueden lograr un considerable mejoramiento de sus posiciones en las relaciones económicas con los centros capitalistas. Una condición imprescindible para ello es la lucha intransigente contra el neocolonialismo.

Ahora, si el imperialismo, bajo la apariencia de aplicar los postulados del nuevo orden económico internacional, lograse imponer a los países en desarrollo «sus propios» principios y normas de relaciones internacionales, los problemas clave de dichos países quedarían sin resolver, del mismo modo que no pudieron ser resueltos por los distintos programas de los años 60. En el mejor de los casos, cierta modernización del mecanismo de la economía capitalista mundial podría hacerlo funcionar en forma algo más eficaz. Así, pues, la variante burguesa del nuevo orden económico internacional contribuiría en fin de cuentas a una dependencia progresiva de los países en desarrollo y a su creciente explotación por el capital monopolista internacional.

El «mundo en desarrollo» es un concepto muy amplio. Al enfocarlo como un todo único e indiferenciado y utilizar índices promediados de la renta nacional producida per capita, se puede llegar a evaluaciones políticas simplificadas o incluso erróneas. Y, por consiguiente, a recomendaciones prácticas inaceptables para muchos de los estados liberados del yugo colonial.

Los países de Asia, Africa y América Latina se diferencian mucho entre sí por su situación económico-social, sus intereses económicos inmediatos, su orientación clasista y el carácter del régimen político. Todo esto conduce a que, dentro de una plataforma común, se revelan actitudes esencialmente distintas, que reflejan la complejidad y el carácter contradictorio de los procesos sociales que se están operando. También constituye un importante factor la contradicción en la que entran a veces los objetivos finales y las tareas inaplazables del desarrollo de los estados recién independizados. Los círculos gobernantes de algunos de ellos se sienten inclinados a pactar con el imperialismo, depositan sus esperanzas en la atracción del capital extranjero y se avienen a las «reglas del juego» que se les proponen, lo que necesariamente acentúa aún más su dependencia de las potencias capitalistas y de los monopolios internacionales. El imperialismo trata de aprovechar dichas diferencias y contradicciones, desunir a los estados recién liberados.

De ahí está claro por qué suscita objeciones la actitud indiferenciada ante los países en desarrollo y ante la fisonomía social del mundo contemporáneo en general. Se trata de la concepción que contrapone el denominado «Sur pobre» a todos los países desarrollados, «el Norte rico». El criterio prin-

cipal utilizado para establecer la división en grupos es el nivel de producción de la renta nacional per capita. Pero al mismo tiempo se hace caso omiso de que los países con una renta per capita más o menos igual no constituyen un grupo homogéneo ni en lo político ni en lo socio-económico. Por eso no hay motivos para presentar «reclamaciones» iguales a todos los países industrializados. Los estados socialistas no tienen nada que ver con la larga opresión colonial de los pueblos de Asia, Africa y América Latina, ni con su actual explotación neocolonialista, ni con la diferencia de ingresos existente en el mundo. La culpa de ello la tienen los países imperialistas, por lo que los pueblos de los países liberados tienen el derecho a exigirles una indemnización por el daño causado durante los largos años de explotación.

En la actualidad existen muchas teorías sobre las vías hacia un nuevo orden económico internacional, que reflejan un amplio abanico de intereses de clase. Nos limitaremos a examinar tan sólo una de ellas, la que declara que la fuerza rectora para la instauración de un nuevo orden mundial son los países en desarrollo, mientras que su adversario son los estados dotados de un considerable potencial económico y militar. El defecto fundamental de esta concepción consiste en que desatiende el hecho de que en el mundo existen dos sistemas sociales opuestos, con sus actitudes fundamentalmente distintas ante las relaciones internacionales. Al retirar el problema del imperialismo como obstáculo principal para la realización de las justas aspiraciones de los países en desarrollo, dicha teoría desorienta a la opinión pública. Cabe señalar también el deseo de sus autores de socavar la alianza natural de los pueblos de Asia, Africa y América Latina con la comunidad socialista.

Los intentos de contraponer los países en desarrollo y los estados socialistas se emprenden también en el plano de la ayuda exterior. La acertada valoración del papel de los factores económicos exteriores en la solución de los problemas del desarrollo económico tiene una importancia fundamental. Los países emergentes necesitan recibir del exterior no sólo ayuda financiera sino también maquinaria, tecnologías modernas, conocimientos científicos y experiencia laboral.

En este contexto adquiere especial importancia el carácter de la ayuda, y no sólo en su aspecto cuantitativo, sino, tal vez ante todo, en el cualitativo: objetivos y destino de la ayuda.

Quisiéramos destacar a este respecto tres aspectos sustanciales:

en primer lugar, como ha demostrado la práctica, la «ayuda» prestada en forma de exportación de capital constituye a menudo un factor sustancial de desarrollo económico para los «países donantes», es decir, los países capitalistas industrializados, más que para el país receptor;

en segundo lugar, los círculos monopolísticos consideran la ayuda económica como un elemento de su estrategia orientada a consolidar en los estados en vías de desarrollo relaciones capitalistas que aten sus economías a la economía capitalista mundial;

en tercer lugar, si en el país se mantienen estructuras socio-económicas obsoletas y un régimen político reaccionario, ninguna transmisión de beneficios podrá contribuir a un verdadero auge económico; por el contrario, en este caso, la afluencia de recursos financieros en forma de «ayuda» no hará más que contribuir a profundizar la desigualdad social.

Los países de la comunidad socialista, al prestar ayuda a los estados recién independizados, se guían por principios fundamentalmente distintos, totalmente ajenos a cualquier motivación egoísta. Consideran que la amplia asistencia económica y científico-técnica es un medio eficaz de superar las consecuencias de la opresión colonial y neocolonialista, de consolidar la independencia nacional y reestructurar las obsoletas relaciones socio-económicas en bien del progreso de los pueblos liberados. La ayuda de los países socialistas a la lucha de los pueblos por la emancipación nacional y social y por el desarrollo económico siempre ha sido y sigue siendo una ayuda diversificada y eficaz. Pero a los estados socialistas no les son indiferentes los objetivos sociales y económicos a que se destinan en realidad los recursos materiales y financieros asignados por ellos a título de ayuda. Sería irrealista esperar de los países socialistas una asistencia a objetivos del desarrollo que no fuesen progresistas. Esta actitud no se halla en contradicción alguna con el respeto a la libertad, la independencia, la igualdad, la soberanía, la no injerencia en los asuntos internos y el derecho a elegir las vías del desarrollo social.

Ahora bien, el problema del atraso económico, claro está, no puede resolverse exclusivamente con la ayuda de los factores exteriores. Estos últimos son necesarios, pero no bastan ni mucho menos. La ayuda extranjera es un factor eficaz del

desarrollo económico si sirve para movilizar las fuentes internas de la acumulación con fines productivos, si asegura una incorporación eficaz de los recursos naturales, financieros y humanos nacionales a la producción. Pero cabe hacer la salvedad de que las posibilidades reales para la acumulación con fines productivos en los países del Tercer Mundo son muy distintas: dependen del nivel general y el ritmo de desarrollo económico, de la agudeza de los problemas sociales, de la orientación política exterior, etc. Además, dichos factores internos sólo pueden ser aprovechados eficazmente si se realizan las transformaciones socio-económicas y culturales progresistas. Por eso recomendar a todos los estados en desarrollo una norma de acumulación única desvinculada del lugar y el tiempo, significa desatender totalmente sus particularidades socio-económicas y políticas. Aún más inaceptable es el establecimiento de cierta dependencia entre la tasa de acumulación y la ayuda exterior. El esquema artificial de esta índole azota en primer término a los estados más débiles y económicamente menos desarrollados, que, a menudo por razones objetivas, no están en condiciones de mantener una elevada tasa de acumulación.

Como resultado de los esfuerzos de la reacción imperialista, la situación en el mundo en los últimos tiempos se ha encandecido notablemente, la lucha política se ha complicado aún más. En estas condiciones, aparece particularmente claro que sólo se puede encontrar una solución constructiva al problema del subdesarrollo guiándose por los principios de clase, analizando meticulosamente el curso del desarrollo y manifestando flexibilidad y circunspección en las recomendaciones y acciones prácticas. La esquematización del estado de cosas existente no puede resultar fructífera ni en el sentido científico ni en el sentido político. A nuestro modo de ver, lo que es particularmente perjudicial son esquemas que difuminen las contradicciones de clase en el mundo contemporáneo. Al evaluarlos, cabe subrayar con toda claridad que sin considerar en todos los aspectos el papel del socialismo en el día de hoy, no se puede trazar un camino real para la democratización de la economía mundial ni movilizar a las fuerzas revolucionarias y progresistas en la lucha contra la herencia colonialista y el neocolonialismo.

Revista Internacional, N 7, 1980.

LA SOCAVACION ECONOMICA DE LOS PAISES LIBERADOS

Las relaciones económicas exteriores tienen especial importancia para los países en vías de desarrollo, ya que su economía depende en alto grado de las fuentes extranjeras de abastecimiento, financiación y mercados de venta de sus mercancías. Es natural que esos países, la mayoría de los cuales permanecen en la esfera de la economía capitalista mundial, exigen con creciente insistencia que en sus relaciones económicas con la parte industrialmente desarrollada del mundo capitalista se realicen cambios que correspondan a las necesidades de dar solución acelerada a los problemas que afloran a causa del atraso socio-económico. A despecho de lo que dicen ideólogos y economistas al servicio de los círculos imperialistas, las actuales características de dichas relaciones dificultan o incluso excluyen por completo su solución.

La independencia política alcanzada por las ex colonias y semicolonias ha cambiado notoriamente las condiciones generales del desarrollo económico de esos países. Pero también ahora siguen siendo objeto de la explotación imperialista. Lo que más atrae hacia esos países al capital monopolista son los recursos minerales y de materias primas, así como la mano de obra barata. Su penetración no sólo tiene como objetivo el asegurarse los máximos beneficios, sino que también mantener a los países liberados dentro del sistema capitalista.

Expansión en la esfera del comercio exterior. El comercio ocupa un lugar relevante en las relaciones económicas entre los países capitalistas desarrollados y los estados en vías de desarrollo. El papel de proveedores de materia prima y de consumidores de artículos industriales, al que estaban relegadas las colonias, predeterminó la especialización en la agricultura y producción de materia prima de los países afro-asiáticos y latinoamericanos. Ellos cubren el 60% de la exportación mundial de productos agropecuarios fundamentales y de materia prima (sin contar el petróleo). En cuanto a algunos tipos de materia prima, el índice resulta aún más elevado. Más de las tres cuartas partes del comercio exterior de la mayoría de esos países se realiza con las potencias capitalistas desarrolladas.

Está claro que la situac'ón económica de aquéllos depende en gran medida de la coyuntura del mercado capitalista mundial.

La política de importación que llevan a cabo los estados imperialistas se caracteriza por el incesante aumento del proteccionismo. El establecimiento de cuotas, los aranceles aduaneros y otras barreras frenan seriamente la importación de mercancías provenientes de países en desarrollo. En el marco del Mercado Común, por ejemplo, están sometidos a limitaciones 65 tipos de artículos industriales y 100 tipos de productos agropecuarios. Según algunas estimaciones, las limitaciones puestas en vigor por las potencias capitalistas en los años 1975—1977 redujeros el índice de exportaciones de los países afro-asiáticos y latinoamericanos por un valor de 30 a 50 mil millones de dólares. La política discriminatoria ha jugado un papel importante en cuanto a que su proporción en el comercio mundial, según datos de la UNCTAD, se redujera del 30%, registado a mediados de los años 60, al 15% en 1980.

La lucha de los países en desarrollo por la igualdad en el comercio internacional obliga a los círculos imperialistas a hacer ciertas concesiones. En los años 70, dieciocho estados capitalistas desarrollados tuvieron que poner en vigor un sistema común de preferencias para la importación de artículos industriales de las ex colonias y semicolonias. No obstante, las preferencias que abarcaban mayormente las materias primas enriquecidas, no se extendían a la producción industrial propiamente dicha. No es de asombrarse que la proporción que cubren los estados afro-asiáticos y latinoamericanos en la exportación mundial de artículos industriales constituye sólo el 2%.

En el comercio de las potencias imperialistas con los países en vías de desarrollo desempeñan un papel creciente las corporaciones transnacionales (CTN). Al realizar más de la mitad de las exportaciones capitalistas mundiales, los monopolios gigantes actúan en calidad de conducto principal de abastecimiento de materias primas a los centros capitalistas. Además, la regulación estatal-monopolista contribuye a crear para dichas corporaciones una correlación más favorable de precios en el comercio con el mundo en desarrollo. Por ejemplo, en 1975, a causa del empeoramiento de las condiciones del comercio (la correlación de los precios de exportación e importación), los estados afro-asiáticos y latinoamericanos perdieron 14 mil millones de dólares. En 1980 los precios sobre las mercancías vigentes en el mercado capitalista mundial, cuyos

proveedores principales son esos estados, se hallaban al nivel más bajo desde 1950 [1].

A consecuencia del empeoramiento de las condiciones del comercio, los estados afro-asiáticos y latinoamericanos han tenido que exportar, en los años 70, una cantidad 2 ó 3 veces mayor de materias primas para conseguir el monto de divisas suficiente para asegurarse la importación estable de artículos industriales desde los países capitalistas desarrollados. La política comercial discriminatoria originó el crecimiento sin precedentes del déficit de las balanzas comerciales y de pago de los países en desarrollo. Según el periódico inglés *Financial Times*, el déficit total de las balanzas de pago de los países en vías de desarrollo (no exportadores de petróleo), fue en 1979 del orden de los 41 mil millones de dólares. En 1981 ascenderá, aproximadamente, a los 70 mil millones de dólares [2].

Las CTN despliegan la ofensiva. De la política de contención artificial del fomento industrial de los estados afro-asiáticos y latinoamericanos los monopolios capitalistas pasan en los últimos tiempos a la política de conversión de esos países en sus apéndices industrial-agrarios. Ese viraje se debe a que el atraso económico empieza a dificultar la explotación de esos países mediante métodos modernos. Los círculos imperialistas procuran modernizar su estructura económica y adaptarla a las necesidades actuales de la economía capitalista mundial. Obrando de este modo, ellos amplían los mercados de venta y las fuentes de materia prima en Asia, Africa y América Latina.

El instrumento principal para alcanzar esos objetivos lo constituye la exportación tanto de capital estatal como privado. Este último tiene mayor peso específico en las inversiones. Los principales exportadores de capital son los EE.UU., Gran Bretaña, RFA, Francia y Japón. Entre 1960 y 1976, la suma total de sus inversiones privadas en los países en desarrollo fue de más de 54 mil millones de dólares, lo que representa el 84,2% del total de inversiones de los estados capitalistas desarrollados en Asia, Africa y América Latina. El primer lugar le pertenece a los EE.UU., tal y como se desprende de la tabla que reproducimos a continuación.

El aumento del costo de la producción a causa del encarecimiento de la materia prima y la energía, la subida de los salarios como resultado de la lucha de la clase obrera, así como el aumento de los gastos invertidos en las instalaciones de depu-

[1] Véase *International Herald Tribune*, 2 de mayo de 1980.
[2] Véase *Financial Times*, 24 de marzo de 1980.

INVERSIONES PRIVADAS DIRECTAS DE LOS PRINCIPALES PAISES EXPORTADORES DE CAPITAL EN LOS ESTADOS EN DESARROLLO

	1960—1976 en miles de millones de dólares	en por ciento *
EE.UU.	32,7	50,7
Gran Bretaña	6,1	9,5
RFA	5,7	8,8
Francia	4,9	7,7
Japón	4,8	7,5

* Con respecto a la suma total de inversiones realizadas por todos los países capitalistas.
Fuente: *Boletín de información comercial extranjera,* 4 de marzo de 1980.

ración hacen que resulte conveniente para los monopolios el traslado de una serie de industrias de sus propios países a los estados afro-asiáticos y latinoamericanos. Se trata de empresas que requieren gran cantidad de energía, mucha mano de obra y ecológicamente nocivas, en particular, metalúrgicas, químicas y refinerías de petróleo. La explotación de la mano de obra barata proporciona a los monopolios pingües beneficios. Así, en Singapur el salario de los obreros es cinco veces más bajo que en Europa Occidental y tres veces menor que en Japón. En Malaysia, la remuneración del trabajo en las empresas radioelectrónicas es 30 veces menor que en las fábricas del mismo ramo de los EE.UU. La eximición de los gastos en seguro social y mejoramiento de las condiciones de trabajo, rubros que forman parte integrante del costo de la mano de obra en los países capitalistas desarrollados, les proporciona beneficios adicionales a las corporaciones extranjeras. La norma promedio de los beneficios de las CTN en el Tercer Mundo es del 17,5% frente al 9,7% en los países de Occidente [3].

Los siguientes hechos evidencian la envergadura de las operaciones de los monopolios extranjeros. Más de 200 grandes corporaciones de los EE.UU. mangonean en América Latina. Ellas controlan cerca de un tercio de toda la producción en la industria de transformación. En Brasil, a las compañías extranjeras les pertenece el 70% de las inversiones en la industria, el 58% en el comercio y el 68% en el transporte. El 31% de las empresas de la industria de transformación de México es controlado por el capital extranjero. En Sri Lanka operan cerca de 700 compañías extranjeras, en su mayoría británicas. En Indonesia el 80% de la extracción de petróleo se real za por los monopolios petroleros extranjeros. Según datos del Ministerio de Comercio Exterior e Industria de Japón, en 1975, de las 1.554 filiales de firmas japonesas que han penetrado en la industria de transformación de países extranjeros, aproximadamente el 80% se hallaban en estados tercermundistas, el 65% de las cuales operan en los países de Asia.

La expansión económica del imperialismo representa en sí una amenaza seria para los países en desarrollo. El aumento del potencial de producción de los monopolios occidentales en los países afro-asiáticos y latinoamericanos conduce a la reducción de la esfera de control nacional de la economía, cosa que dificulta la realización de los planes económicos. Las industrias creadas por el capital monopolista en esos países se caracterizan, generalmente, por el ciclo económico incompleto (verbigracia la extracción y transformación parcial de materia prima mineral, fabricación de sólo algunas de las piezas, ensamblaje de unos u otros artículos). A consecuencia de ello los países en desarrollo se van convirtiendo gradualmente en eslabones de la cadena de producción capitalista. Lejos de desaparecer, su dependencia económica se profundiza aún más, aunque sobre una base tecnológica distinta a la anterior.

La «ayuda» imperialista. La concesión de medios financieros en calidad de la llamada ayuda constituye un elemento importante de las relaciones económicas desiguales entre los países capitalistas desarrollados y los que están en vías de desarrollo. Entre 1970 y 1977 la ayuda totalizó 85,7 mil millones de dólares. La mayor parte de esa suma fue asignada por los EE.UU. (casi un tercio de ella), así como por Gran Bretaña, Francia, RFA y Japón. Sin embargo, la proporción de esas asignaciones en el producto nacional global (PNG) de las mayores potencias imperialistas es notoriamente inferior al 0,7% recomendado por la ONU. En 1978, por ejemplo, su peso específico fue del 0,27% del PNG de los EE.UU., el 0,38% del de la RFA y el 0,48% del de Gran Bretaña [4].

Generalmente, las condiciones en que se conceden los re-

[3] A. S. Kodachenko. *La política económica exterior del imperialismo y los países en desarrollo.* Ed. en ruso, Moscú, 1977, p. 44.

[4] Véase *Financial Times*, 22 de febrero de 1980.

cursos financieros son bastante difíciles. El recrudecimiento de la crisis monetaria en los años 70 condicionó el aumento de la tasa de interés en los créditos del Banco de Exportación e Importación de los EE.UU. del 5,5% en 1966 al 8% en 1978 (al mismo tiempo el plazo de amortización de los préstamos se redujo de 9 a 6 años). El aumento de la tasa de interés en los créditos norteamericanos provocó el encarecimiento de todos los créditos capitalistas internacionales: entre 1970 y 1977 subieron del 5,3% al 7%. Este crecimiento ha seguido teniendo lugar en lo sucesivo.

En la otorgación de créditos a los países en desarrollo, los círculos imperialistas conceden cada vez mayor importancia a las organizaciones internacionales de crédito que operan bajo la égida de los EE.UU. El lugar principal entre ellas lo ocupan el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (BIRF) y el Fondo Monetario Internacional (FMI). Las condiciones de concesión de créditos son onerosas. En el período comprendido entre 1966 y 1977 la tasa de interés por los créditos concedidos por el BIRF aumentó, como promedio, del 6,5% al 8,2%, mientras que el plazo de su amortización se redujo de 17 a 12,5 años. Al negociar las condiciones de otorgación de créditos, las organizaciones financieras imperialistas procuran lograr las máximas ventajas. El BIRF establece un severo control sobre los gastos de los medios concedidos y trata de orientar la actividad económica de los gobiernos de los países en desarrollo a tono con sus propias ambiciones. El FMI insiste generalmente en la devaluación de la moneda nacional del Estado que recibe medios del Fondo, lo cual origina el crecimiento inflacionario de los precios.

Las condiciones de concesión de ayuda, por lo general, hacen considerablemente más difícil la situación monetaria y financiera de los países tercermundistas. En 1977 el monto de los pagos que los estados en desarrollo no exportadores de petróleo realizaron para amortizar la deuda exterior y los intereses totalizó 25 mil millones de dólares, lo cual representa el 21% del total de beneficios obtenidos de sus exportaciones; esta suma ha continuado en aumento. Es curioso destacar que ese mismo año todo el aflujo de medios monetarios occidentales a esos países, llegados por la línea estatal, sumaron sólo 14,8 mil millones de dólares. Según estimaciones de la UNCTAD, la deuda exterior de los países en desarrollo no exportadores de petróleo totalizó en 1979 la suma de 329 mil millones de dólares. En 1981 ascenderá a 440 mil millones de dólares [5]. Obviamente, eso dificulta seriamente la realización de una política económica independiente.

La práctica revela que el imperialismo ha convertido la «ayuda» en un instrumento de presión económica y política sobre los países en desarrollo. En su afan de mantenerlos dentro del marco del capitalismo mundial, los círculos imperialistas se valen también de la «ayuda» para entorpecer el desarrollo de la colaboración económica equitativa de los países de Asia, Africa y América Latina con los estados de la comunidad socialista.

Tales son solamente algunos de los rasgos de la política económica exterior de los países capitalistas con relación al Tercer Mundo. La práctica evidencia la ambición cada vez más patente de los círculos imperialistas de valerse de la modernización de la división capitalista del trabajo en beneficio de sus intereses lucrativos económicos y políticos.

El material ha sido preparado por la Sección de Información de la revista.

Revista Internacional, Nº 8, 1980.

[5] Véase *Financial Times*, 24 de marzo de 1980.

CRIATURA DE LA REACCION MUNDIAL

ACERCA DE LA NATURALEZA DEL FASCISMO EN AMERICA LATINA

La Redacción de la revista recibió una carta de la lectora S. Gotseliuk (URSS), en la que se contienen varias preguntas referentes al fascismo contemporáneo. En particular, «¿en qué formas se manifiesta en los países en desarrollo y en qué países concretos de esta región se puede dar? ¿Cuál es la naturaleza política y socio-económica del fascismo (neofascismo) y en qué se diferencia de las demás variedades de la reacción, ante todo de la dictadura de derecha? ¿Se le puede considerar un fenómeno «exportado»? ¿Caducó ya la definición del fascismo, dada en el VII Congreso de la Internacional Comunista?» Los problemas del fascismo contemporáneo se han examinado varias veces en las páginas de **Revista Internacional** [1]. Contesta a la carta de nuestra lectora el publicista chileno **Fernando Romero.**

Estimada camarada Gotseliuk:

Usted ha planteado un conjunto de preguntas dirigidas a analizar diferentes aspectos del fascismo en los países en desarrollo. Nuestra respuesta, sin embargo, la circunscribiremos al surgimiento de regímenes fascistas en países como Chile que tienen un nivel medio de desarrollo capitalista y que se desenvuelven aprisionados en las redes de la dependencia. Limitamos el campo de la respuesta por una razón principal: la denominación «países en desarrollo» engloba a más de un centenar de estados, con un nivel de evolución económico-social muy variado y con un proceso histórico muy distinto, que no hacen posible, en nuestra opinión, extraer conclusiones similares, en este aspecto, para el conjunto de ellos.

De otra parte, tenemos en cuenta que el problema del fascismo en Asia, Africa y América Latina, la región del mundo que engloba los llamados «países en desarrollo», se da, como ha señalado el científico de la RDA Eberhardt Hackethal, «particularmente en aquellos países en los que existe una gran burguesía nativa que se encuentra íntimamente entrelazada con los monopolios internacionales y donde el sistema de dominación imperialista se halla al mismo tiempo amenazado por un fuerte movimiento popular» [2].

El fascismo ha sido, en estos casos, una respuesta de la contrarrevolución frente el desarrollo de la clase obrera y del movimiento popular que con su acción ponían en peligro las posiciones del imperialismo y el gran capital interno. Es una respuesta que tiene presente el grado avanzado que, como demostró la Revolución Cubana, pueden tomar rápidamente los procesos revolucionarios en muchos de nuestros países.

Los regímenes fascistas aparecidos, en estos últimos años, en América Latina —ha escrito Rodney Arismendi— «surgieron de golpes contrarrevolucionarios, o fueron dados para cortar en sus inicios procesos nacionalistas y democráticos, de gran proyección continental, o anticipándose a la posibilidad del triunfo futuro de una democracia avanzada ante el crecimiento de las fuerzas obreras y antiimperialistas» [3].

Los regímenes fascistas nacen como resultado tanto del debilitamiento del dominio del imperialismo y de la reacción, como de la fuerza que tienen aún para imponer formas de gobierno que les permitan defender, e incluso extender, sus posiciones, así como del crecimiento de la influencia de la clase obrera y de su debilidad para impedir el triunfo de la contrarrevolución. Muestra, al decir de Jorge Dimitrov, «por una parte, la debilidad del proletariado... y, por otra parte, revela la debilidad de la propia burguesía que tiene miedo a que se realice la unidad de la clase obrera, que teme a la revolución y que ya no está en condiciones de mantener su dictadura sobre

[1] Véase los materiales del simposio internacional en los N°N° 4 y 5 de 1973 y también los artículos publicados en los N°N° 7, 8, 11 y 12 de 1974; № 11 de 1975; N°N° 1, 3, 4, 11 y 12 de 1976; N°N° 1 y 12 de 1977; N°N° 1, 4, 5, 8 y 12 de 1978. —*N. de la Red.*

[2] *Nueva Política*, № 1, 1976, p. 182.

[3] Rodney Arismendi. *Algunas reflexiones sobre el fascismo en la hora actual de América Latina*, 1976, p. 13.

las masas con los viejos métodos de la democracia burguesa y el parlamentarismo»[4].

Por lo tanto, el surgimiento del fascismo debemos ubicarlo en un momento de intensa lucha de clase, de enfrentamiento de las fuerzas de la revolución y de la contrarrevolución, de avance en la conciencia y acción de amplias capas de la población y de contraofensiva del imperialismo y de la reacción interna.

En el caso de Chile, el golpe fascista se produjo para cortar un proceso de profundas transformaciones revolucionarias que se encontraban en marcha y que habían afectado a fondo las posiciones del imperialismo, de la oligarquía financiera y de los grandes dueños de la tierra. Obviamente, en estas condiciones, dichos intereses no podían contentarse con derribar al Gobierno Popular, necesitaban, para reponer su dominio sobre la sociedad chilena, revertir las transformaciones alcanzadas e imponer un nuevo mecanismo de poder. Ninguno de estos objetivos podían alcanzarlos sin establecer un régimen de terror, que les permitiese arrebatar a las masas sus conquistas. De otra parte, la aplicación que requerían de un esquema económico, contrario a los intereses nacionales y que afecta a la aplastante mayoría de los chilenos, en una nación donde las masas habían alcanzado un grado significativo de participación en la conducción del país, no era posible sin hacer de la violencia uno de los elementos fundamentales del «modelo» a aplicar. «Pinochet y su camarilla —ha señalado Luis Corvalán— no podían lograr tales propósitos usando métodos tradicionales, apelando a alguna forma de expresión más o menos democrática. Tenían un solo camino y fue el que siguieron: la guerra contra el pueblo.» [5]

Palmiro Togliatti, analizando el fascismo italiano y contestando a la pregunta de si era previsible que en otros países pudiese manifestarse de la misma manera esta dictadura terrorista, planteó un asunto de la mayor importancia metodológica. Recalcó la necesidad de «analizar atentamente el régimen capitalista del país en cuestión, así como también las relaciones de producción y de clase que dominan allí» [6]. Si nos detenemos en este tipo de problemas, veremos que el fascismo, en realidades como la chilena, se produce en países agobiados por una profunda crisis de estructura, determinada, en lo fundamental, por la traba al desarrollo de las fuerzas productivas que representa la dominación imperialista, el alto grado de monopolización de la economía y la persistencia del latifundio, crisis que se proponía resolver y superar el Gobierno Popular de Salvador Allende. El imperialismo y la oligarquía financiera chilena, a partir de sus intereses, también se han propuesto intentar superar este estado de cosas. Han tratado de hacerlo acrecentando la dependencia, acentuando la centralización financiera y la concentración de la producción, restableciendo la gran propiedad de la tierra y, sobre todo, generando un mecanismo de poder que desarrolla formas propias del capitalismo monopolista de Estado en las condiciones de un país dependiente.

A través de esta forma de dominación se proponían acentuar los ritmos de acumulación, lo cual permitiría de inmediato, en su opinión, producir nuevas inversiones, en especial, del capital extranjero —considerado en su esquema como una palanca determinante del desarrollo—, así como de los grupos económicos internos más poderosos cuya potencialidad se reforzaría. El fortalecimiento de los monopolios, extranjeros y nacionales, pasa a ser, en su política, la condición de avance y de superación del estancamiento.

Los hechos han demostrado, igualmente, que fuertes intereses del capital financiero internacional, particularmente de origen norteamericano, se han trazado una estrategia global para América Latina, y en especial para el Cono Sur, que cuenta con el apoyo de la Comisión Trilateral, como lo atestiguan su reunión de Bahía y especialmente las políticas que están imponiendo en la región. Esta estrategia persigue la modificación de la inserción de algunos de nuestros países en la división internacional capitalista del trabajo, buscando que se concentren en determinados rubros de exportación en función de los intereses de los tres centros del capitalismo contemporáneo (Estados Unidos, Europa Occidental y Japón), mientras se abre completamente el acceso al mercado interno de mercancías importadas. Los cambios que se van produciendo en la estructura de la economía chilena, por ejemplo, nacen de esta estrategia que conduce a que el país pase a ser productor de lo que no consume y que requieren los centros imperialistas mencionados, y consumidor de lo que no produce, adquirido de los consorcios transnacionales. Esta política constriñe las actividades económicas internas, permitiendo que tan sólo se desarrollen aquellas que tienen posibilidades de abrirse paso en

[4] Jorge Dimitrov. *El Frente único y popular*, Sofía, 1969, p. 117.
[5] *Pleno de agosto de 1977 del CC del PCCh.* Edic. Colo-Colo, 1978, p. 42.
[6] *Principios*, № 152, 1973, p. 143.

los mercados externos o las que son irremplazables en el suministro interno. Por esta vía se produce una modificación profundamente regresiva en la estructura productiva del país. Los rubros de exportación que Chile desarrolla son, en general, de escaso valor agregado. En cambio, la eliminación en la práctica de las barreras de protección produce una invasión del mercado interno de todo tipo de productos importados, lo que conduce a que sean desplazadas de este mercado mercancías de origen nacional.

No es casual, en consecuencia —aunque no era inevitable— que regímenes fascistas se hayan establecido en varios países del Cono Sur de América Latina, que se encuentran entre los estados latinoamericanos con un mayor desarrollo capitalista relativo, que cuentan con una burguesía monopolista interna más poderosa y en donde el imperialismo ha aplicado más rápidamente sus nuevas formas de dominio, fenómeno que ha conducido, al mismo tiempo, a establecer relaciones de nuevo tipo entre la oligarquía financiera internacional y el gran capital local. «En los últimos años —ha escrito Luis Corvalán— tiene lugar en América Latina un proceso de cambios cualitativos en las formas de dependencia respecto del imperialismo. Sin perjuicio de las contradicciones que hay entre ellos, se ha establecido un maridaje entre la alta burguesía de nuestros países y el capital imperialista, de modo tal que una parte de los capitalistas criollos, principalmente de tipo financiero, pasaron a formar parte del sistema mismo de explotación imperialista y el imperialismo a constituir un factor crecientemente «interno» en no pocas naciones del continente. Surgió así una nueva base de clase para el fascismo en América Latina, consistente precisamente en esta asociación entre el capital monopólico imperialista y los clanes internos.» [7]

El fascismo ha sido incapaz, en Chile, de superar la crisis de estructura. Por el contrario, la ha ahondado. Su estrategia «sólo se ha cumplido en cuanto a reducir la capacidad adquisitiva de los sueldos y salarios, elevar la tasa de plusvalía, pauperizar la clase obrera, hambrear a gran parte del pueblo, paralizar un amplio sector de la actividad productiva, arruinar a las capas medias, concentrar el capital y centralizar el poder económico, pero... no ha habido acumulación en el país, sino mayor saqueo, no se han desarrollado nuevas ramas de la producción mientras disminuye la capacidad de las anteriores y la

[7] *Pleno de agosto...*, p. 44.

república ha perdido toda una década, retrasándose incluso respecto del resto de América Latina» [8].

La diferencia fundamental entre las dictaduras fascistas, cuyo soporte básico es la alianza entre el capital imperialista y la gran burguesía interna, con otro tipo de regímenes autoritarios de derecha de esencia terrorista, proviene básicamente de su carácter la clase. Las dictaduras que podríamos considerar como tradicionales en América Latina, en general, han tenido otra base de clase, se dieron cuando la capa alta de la burguesía interna no había devenido en capital financiero o no tenía el grado de monopolización y la potencia alcanzados en los países en que se establecieron regímenes fascistas. La forma de dominación del imperialismo adquiere ahora también otras manifestaciones. Lo fundamental está, por consiguiente, en este plano. La diferencia no reside en si sus expresiones terroristas son algo mayores a menores. De la misma manera, su esencia no está en la participación directa de los militares en el aparato de poder, por importante que sea el papel que éstos desempeñan.

Definir los regímenes de nuestros países como «fascismo militar», como hacen ciertos autores, conduce a dejar de lado su especificidad de clase y a no ver el papel que el imperialismo y la reacción hacen jugar a las fuerzas armadas, colocándolas al servicio de sus intereses. Si se analiza el funcionamiento de estas dictaduras fascistas se apreciará que, independientemente de lo decisivo que es la acción de las fuerzas armadas, la conducción de resortes claves, como son los económicos, se los reservan para sí el capital extranjero, a través de algunos de sus representantes, y los grandes grupos económicos internos.

Nuestra experiencia, como se desprende de lo ya señalado, muestra que estos regímenes fascistas son una forma estatal de dominación del capital financiero, externo e interno. El fascismo en América Latina se impuso, de preferencia, como hemos dicho, en países de un desarrollo relativamente importante del capitalismo. Por eso, su estudio lleva, antes que nada, a profundizar en las expresiones que adquiere la dictadura terrorista del capital financiero en países capitalistas de desarrollo medio, caracterizados por la magnitud que en ellos ha alcanzado la dependencia. Se trata de países que tienen un determinado grado de semejanza con el nivel de desarrollo

[8] *Partido Comunista de Chile. Boletín del Exterior*, № 34, 1979, p. 4.

económico-social que tenían varios países del sur y del este de Europa, en los cuales surgieron regímenes fascistas antes e incluso después de la II Guerra Mundial. Pensamos, por ejemplo, en Bulgaria, Hungría, estados del Báltico, Portugal, Grecia y también en Italia, definida por Togliatti, en la década de los años 30, «como un país pobre», con un capitalismo que «aun habiendo alcanzado un estado de desarrollo considerable y aun estando minado por las contradicciones inherentes al imperialismo, tiene una estructura débil, miserable» [9]. Se comete un error cuando se tiende a identificar el fascismo de la preguerra sólo «con su variedad más reaccionaria» [10], la de tipo alemán.

En consecuencia, pensamos que situaciones como la nuestra nos llevan más bien a penetrar en las características del fascismo de este tipo de países más que en un «mundo en desarrollo», tomado en general. En ello resulta determinante que «la transformación del capitalismo en modo dominante de producción (aunque haya sucedido en distintos períodos en los estados de desarrollo medio europeos y latinoamericanos de un capitalismo más "viejo", como Argentina, Uruguay y Chile, y más "joven", como México, Brasil y Venezuela) le imprime un sello determinado a todas las formas de la vida social» [11], así como que «la cadena de países de desarrollo medio se ha "arrancado" del grueso fundamental del "tercer mundo", más por las características socio-económicas que por los índices que denuncian el desarrollo de las fuerzas productivas» [12].

Nuestra experiencia ha ratificado, de la misma manera, lo señalado por Togliatti, estudiando el fascismo en Italia, que «la base social de un movimiento político no puede definirse tomando en cuenta únicamente la categoría social en que reclutan sus partidarios, sino tomando en cuenta, sobre todo, sus *fines,* su *acción, quién lo domina y lo dirige*» [13]. En Chile, capas de la población que miraron con simpatía e incluso apoyaron el golpe contra el Gobierno de Salvador Allende, pudieron apreciar rápidamente que sus intereses no sólo no eran tenidos en cuenta por la dictadura de Pinochet, sino que eran directamente afectados por la política de la tiranía. Lo sucedido, por ejemplo, a los dueños de camiones —cuya participación en el golpe es internacionalmente conocida— no tiene únicamente el valor de una anécdota. Este sector, constituido masivamente por pequeños propietarios, ha sido duramente golpeado por el esquema económico en aplicación. Tanto es así que León Villarín, presidente de la Asociación de Dueños de Camiones, a quien le cupo una participación protagónica en los paros de este sector que facilitaron el desencadenamiento del golpe, ha declarado, no hace mucho: «La cesantía de los camioneros afecta por lo menos a un 30% de nuestros socios. Varios miles ya han dejado de trabajar. El gremio está viviendo condiciones insoportables. Y si me piden una definición del régimen, yo considero que estamos viviendo bajo una dictadura económico-administrativa, por un grupo de civiles con el respaldo de las Fuerzas Armadas» [14].

[9] *Principios*, № 152, 1973, p. 142.
[10] Jorge Dimitrov. Obra citada, p. 117.
[11] *Economía Mundial y Relaciones Internacionales*, № 9, 1977, p. 115.
[12] Ibid.
[13] Véase *Principios*, № 152, 1973, p. 146.

La definición del fascismo realizada por el VII Congreso de la Internacional Comunista, como «la dictadura terrorista abierta de los elementos más reaccionarios, más chovinistas y más imperialistas del capital financiero» [15], no ha envejecido, mantiene toda su validez. Esta definición corresponde a la esencia fundamental de los regímenes fascistas que se han establecido en nuestros países. Es por eso que el estudio de los materiales del VII Congreso nos ha prestado una ayuda inapreciable en nuestra lucha y constituye un elemento de análisis para profundizar en nuestra propia realidad.

Lógicamente, esta definición tenemos que considerarla teniendo presente los cambios de tiempo y lugar en que se desenvuelven las dictaduras fascistas latinoamericanas. Ellas se han establecido cuando en el mundo existe otra correlación internacional de fuerzas, antes que nada, como consecuencia del peso alcanzado por la Unión Soviética y la comunidad de estados socialistas, así como por el reforzamiento de las posiciones de la clase obrera al interior de los países capitalistas y el derrumbe del mundo colonial e incluso el surgimiento en estados ayer coloniales o semicoloniales de gobiernos de orientación socialista. El fascismo latinoamericano se desenvuelve, por ello, en medio de una situación internacional que le es desfavorable, hecho que adquiere forma concreta con el repudio mundial que rodea, en general, a las dictaduras fascistas y que conduce, en muchos casos, a su aislamiento externo. Este fenómeno alcanza su expresión más acentuada en la condena generalizada a la dictadura de Pinochet.

En los más de 40 años transcurridos desde el VII Congreso

[14] *Hoy*, 13 de septiembre de 1978.
[15] Jorge Dimitrov. Obra citada, p. 117.

también el imperialismo —sin cambiar su esencia— ha experimentado algunas modificaciones, hecho que se refleja en las nuevas manifestaciones que adquiere su presencia en nuestros países y a las cuales ya nos hemos referido. La dependencia le da a las dictaduras fascistas latinoamericanas un carácter específico. De allí que nos parezca adecuada la definición de «fascismo dependiente» entendiendo, como tal, la dimensión concreta que adquiere el dominio imperialista y no, como a veces se entiende esta expresión, como resultado de la existencia de una dictadura establecida desde el exterior.

Es por estas razones que en nuestra respuesta, como usted habrá podido observar, hemos preferido hablar, lisa y llanamente, de fascismo y no de «neofascismo».

La presencia del imperialismo en la instauración de regímenes fascistas, como el de Pinochet, es directa. Los hechos que comprueban su injerencia en el golpe son ya conocidos internacionalmente. Lo mismo acontece con su participación en la instauración de otros regímenes fascistas en el continente.

Con todo, considerar el fascismo, en este tipo de países, como un mero fenómeno «exportado» conduciría a perder de vista tanto la expresión concreta del imperialismo en el «interior» del país, como las fuerzas locales que se integran en la estructura de poder que se ha conformado. En el caso de Chile, por ejemplo, no nos permitiría apreciar, en particular, el papel que desempeña la oligarquía financiera local, la cual si bien ha establecido múltiples vínculos con el capital imperialista, generando relaciones que, por la mayor potencia indiscutida de este último, son en gran parte de dependencia, ello no quiere decir que no actúe con un determinado grado de autonomía y a partir de sus propios intereses de clase. El fenómeno real que se ha producido es la formación de una estructura de poder en que se entrelazan el capital imperialista, presente en el país, la oligarquía financiera interna y el aparato de Estado.

A estas características se vinculan tanto la fuerza como la debilidad de estos regímenes fascistas. Su potencia, además de su poder represivo, reside en la magnitud de sus relaciones de dependencia y la dimensión alcanzadas por los grupos económicos internos más poderosos. Pero, su expansión y su política son, al mismo tiempo, factores de debilidad, al ahondar las contradicciones estructurales y acrecentar las contradicciones entre una base de clase minoritaria y la gran mayoría de la población, incluidos amplios sectores de la burguesía que son desplazados o reducidos en sus posiciones por el peso alcanzado y por las características del poder monopólico. La experiencia de estos años, en nuestro país, también ha confirmado la conclusión de Dimitrov de que «el fascismo que pretende superar las divergencias y las contradicciones existentes en el campo de la burguesía, viene a agudizar todavía más estas contradicciones» [16].

Estas circunstancias crean la base objetiva para forjar en la lucha contra el fascismo alianzas muy amplias que pueden alcanzar desde la clase obrera hasta los sectores de la burguesía afectados por el esquema de dominación impuesto. Esta política de alianzas parte de un principio básico elaborado por el VII Congreso de la Internacional Comunista que tiene la mayor importancia en la unidad de acción contra las dictaduras fascistas. Ella debe alcanzarse sin *«ninguna clase de condiciones, con excepción de una elemental, aceptable para todos los obreros, a saber: que la unidad de acción vaya encaminada contra el fascismo . . .»*[17].

En esta dirección trabajamos.

Revista Internacional, Nº 1, 1980.

---

[16] Ibid., p. 132.
[17] *Ibid.*, p. 138.

LA ALIANZA DEL TERROR

El secuestro en Buenos Aires de Antonio Maidana, Primer Secretario del Comité Central del Partido Comunista Paraguayo, y de su compañero de lucha Emilio Roa conmovió profundamente a la opinión pública democrática de todo el mundo y en especial a la latinoamericana. Es un eslabón más en la ya larga cadena de crímenes perpetrados por la oligarquía y el imperialismo. «Un acto de esta naturaleza... —como denunció la Comisión Política del CC del Partido Comunista Paraguayo— es imposible realizarlo en un populoso barrio de Buenos Aires sin la participación, respaldo o connivencia de las autoridades argentinas, bajo la inspiración de la política terrorista de Stroessner» [1].

Durante 19 años —casi la tercera parte de su vida— había permanecido Maidana en las mazmorras de la dictadura paraguya. Las condiciones inhumanas del encarcelamiento, los interrogatorios y las torturas minaron su salud, pero no lograron quebrantar su moral. Su nombre es un símbolo de la lucha inclaudicable por la libertad y la felicidad de su pueblo. Liberado a principios de 1977 gracias al movimiento de solidaridad que cobró envergadura mundial, nuevamente se dio por entero a la lucha.

Maidana y Roa no son los únicos patriotas secuestrados en Argentina. Igual suerte han corrido, junto a varios miles de argentinos, numerosos paraguayos, uruguayos y chilenos. Unos de ellos «desaparecieron», otros fueron asesinados o entregados a los aparatos represivos de sus respectivos países. Las fuerzas de seguridad de Argentina y Uruguay actuaron conjuntamente con la policía política de Brasil para localizar y detener a patriotas en territorio brasileño. En vísperas de la llegada al poder del presidente Belaúnde Terri en Perú, los órganos represivos de este país y las fuerzas de seguridad de Argentina secuestraron a seis asilados políticos argentinos. En Argentina fueron asesinados Juan José Torres, ex presidente de Bolivia; Carlos Prats, ex comandante en jefe del Ejército chileno; Zelmar Michelini y Héctor Gutiérrez Ruiz, líderes de partidos de oposición en Uruguay, y otros relevantes patriotas latinoamericanos.

[1] *Salvar la vida de Antonio Maidana y Emilio Roa.* Asunción, 2 de septiembre de 1980, p. 1.

El secuestro de Maidana y Roa constituye un nuevo testimonio de los estrechos vínculos entre los regímenes dictatoriales de la región y de la existencia de un pacto tácito concertado por ellos para descabezar al movimiento democrático revolucionario en el continente, para intensificar la lucha contra el «enemigo interno», es decir, contra quienes están por terminar con el dominio oligárquico y la dependencia imperialista. Argentina se ha convertido en una especie de centro de coordinación de sus acciones en el marco de la estrategia anticomunista, en una verdadera trampa para activos luchadores contra la reacción. No se debió al azar que a la «desaparición» de los comunistas paraguayos antecedieran las declaraciones del general Videla, presidente de Argentina, saludando el golpe fascista en Bolivia ni que, casi simultáneamente con el secuestro de Maidana y Roa, se celebrara en Buenos Aires el IV Congreso de la Confederación Anticomunista Latinoamericana, bajo la presidencia del general argentino Carlos Suárez Mason.

Otro hecho que atestigua el importante papel que la contrarrevolución asigna en sus planes a los círculos militaristas reaccionarios de Argentina es que la XIII reunión de los jefes de las Fuerzas Armadas de los países miembros de la OEA, celebrada en Bogotá en noviembre de 1979, aprobó por mayoría una propuesta del general argentino Viola de coordinar mejor las actividades de los servicios de inteligencia de los países latinoamericanos. El objetivo fundamental del «plan Viola», como se señaló en el II Foro Nacional por los Derechos Humanos y la Amnistía General (Colombia), es impedir el desarrollo del movimiento liberador en América Latina [2].

Se trata, pues, de un intento de crear una alianza dictatorial del terror bajo la égida de la junta militar argentina (o con su participación rectora) y con el apoyo del imperialismo. Las miras se ponen sobre todo en el terrorismo de Estado y la violencia institucionalizada, cuya amplia utilización se convierte en elemento orgánico de la estructura de poder y en una condición para la existencia de la mayoría de los regímenes antinacionales. De aquí la gran ola de medidas represivas, crímenes y secuestros que se ha extendido por el continente. A la vez, esta política criminal es una expresión de la nueva estrategia imperialista «de la tensión», asumida por la extrema derecha latinoamericana para «sacudir» con métodos sanguinarios a la población y hacerla de nuevo gobernable y conseguir

[2] *Voz proletaria*, 21 de agosto de 1980.

que, sobre el telón de fondo de las «conmociones», el orden burgués aparezca como un sistema ejemplar o, en todo caso, preferible.

La acción terrorista de estos regímenes dictatoriales se efectúa no sólo con la fuerza de los órganos represivos, sino también por intermedio de grupos especiales, aparentemente «paralelos». En Guatemala, por ejemplo, funcionan el «Ejército Secreto Anticomunista» y el «Escuadrón de la Muerte»; en El Salvador, ORDEN y la «Unión Guerrera Blanca». En Chile tomó especial resonancia la acción de un denominado «Comando de Vengadores de los Mártires». La denuncia valerosa de varias de sus propias víctimas permitió demostrar que este poderoso comando «que no trepidó en secuestrar, torturar y matar, resultó pertenecer a la propia policía de investigaciones, organismo dependiente del Ministerio de Defensa Nacional» [3].

Son precisamente los órganos represivos de los regímenes dictatoriales los que hacen circular en América Latina largas listas de «presos políticos desaparecidos», cuyos paraderos en una alta proporción jamás se conocen. Buscan así intimidar a la población, quebrantar la volutad de lucha de los patriotas.

La experiencia histórica demuestra, sin embargo, que, a pesar de la profusión de los métodos represivos, incluidos los secuestros, como es el caso de Antonio Maidana y Emilio Roa, los pueblos saben encontrar siempre el camino certero para derrotar las dictaduras. Así lo han demostrado en los últimos tiempos las victorias de Nicaragua y Granada, los éxitos de las fuerzas progresistas de otros países. No obstante, las acciones conjuntas de las dictaduras latinoamericanas requieren una mayor solidaridad internacionalista con el movimiento democrático revolucionario de la región. Sólo la unidad de nuestros pueblos, de todos los patriotas, permitirá frustrar los criminales propósitos de la reacción.

La Comisión de la revista para los Problemas de América Latina y el Caribe

Revista Internacional, Nº 11, 1980.

[3] *Mensaje*, № 292, 1980, p. 452.

UN PUEBLO EN EL EXILIO

(ACERCA DE LA SITUACION DEL PUEBLO ARABE PALESTINO)

Desde hace más de 30 años viene subsistiendo en el Oriente Medio un foco de peligrosa tirantez. Una de las causas principales de ello es que continúa sin solución el problema palestino, el sufrimiento de un pueblo privado de patria y de derechos nacionales.

Este problema se debe a que Israel al anexar las tierras asignadas, según la resolución de la ONU del 29 de noviembre de 1947, al Estado árabe palestino [1], condenó al exilio a la aplastante mayoría de la población nativa de Palestina.

Antes de la formación del Estado de Israel en mayo de 1948, los colonos judíos tenían a su disposición sólo 1.500 km², o sea el 5,7% del territorio de Palestina. Sin embargo, ya en el curso de la primera guerra árabe-israelí de 1948—1949 las tropas israelíes anexionaron vastos territorios reservados para los palestinos: al terminar las hostilidades, la superficie del Estado judío constituía 20.700 km² (el 78% de Palestina bajo el mandato). El resto del territorio pasó a pertenecer a Jordania y Egipto.

Al cabo de 18 años, en junio de 1967, Israel consumó la anexión de las tierras palestinas, ocupando Cisjordania y el sector de Gaza. Además, como resultado de la agresión de junio, pasaron a manos de Israel la Península del Sinaí y las alturas de Golán.

Todas las guerras árabe-israelíes fueron acompañadas de la expulsión en masa de palestinos. La guerra de 1948—1949 y la agresión de junio de 1967 han sido las acciones más crueles en este sentido. La primera condujo a que del millón 350 mil árabes residentes en el territorio de Israel quedaran 120 mil [2], y en las regiones que pasaron a pertenecer a Jordania y Egipto, 450 mil. Los restantes *780 mil quedaron en con-*

[1] Esta resolución preveía la derogación del mandato inglés en Palestina y la creación de dos estados independientes: uno árabe y otro judío, a los que respectivamente se asignaban 12.200 y 14.100 km². La ciudad de Jerusalén se constituía en una unidad administrativa autónoma con estatuto internacional especial.

[2] Otros 40 mil árabes palestinos fueron desalojados de sus aldeas por las autoridades sionistas después de la formación del Estado de Israel. Quedaron en el territorio de Israel, pero en virtud de la legislación vigente tenían el estatuto de «ausentes».

CUANTIA NUMERICA Y UBICACION GEOGRAFICA DEL PUEBLO ARABE DE PALESTINA

País/región	1971*	1978*
Israel	**370**	**450**
Cisjordania	**705**	**800**
Sector de Gaza	**370**	**455**
Jordania	**960**	**1.115**
Líbano	**260**	**400**
Siria	**170**	**250**
Kuwait	**170**	**180**
Irak, Arabia Saudita, Egipto	**75**	**110**
Principados del golfo Pérsico	**18**	**80**
América Latina	**105**	**120**
EE.UU.	**45**	**40**
Europa Occidental	**15****	**60**
Total:	**3.270**	**4.130*****

* En miles de personas.
** Sólo la RFA.
*** Incluyendo pequeñas colonias palestinas —de un total de 70 mil— residentes en otros países.

dición del refugiados. La segunda guerra obligó a emigrar a unos 350 mil del millón 256 mil palestinos que residían en Cisjordania y el sector de Gaza [3].

La anexión de Palestina y la expulsión violenta de la población árabe nativa condujeron a que, como se ve de la tabla que aducimos, la mayor parte del pueblo palestino es apátrida.

De este modo, hoy en día, dentro de lo que fuera Palestina (Israel, Cisjordania y el sector de Gaza) vive la menor parte de los palestinos (cerca de un 40%). Más de la mitad de ellos se asentaron en los países árabes, principalmente en los colindantes con Israel. Los demás están dispersos por todo el mundo.

LOS PALESTINOS EN LOS PAISES ARABES (CAMPAMENTOS DE LA UNRWA EN EL LIBANO)

Una gran parte de los refugiados palestinos en los países árabes está alojada en campamentos especiales de la UNRWA [4]. En rigor, todas estas personas, privadas de la pa-

[3] 900 mil palestinos vivían en Cisjordania y 356 mil en el sector de Gaza.

[4] UNRWA — Agencia Mesoriental de la ONU para ayudar a los refugiados palestinos y organizar los trabajos. Creada por la resolución de la IV Sesión de la Asamblea General de la ONU del 8. 12. 1949.

tria, no importa donde vivan —en Jordania, Siria, o el Líbano— afrontan problemas parecidos: condiciones de vivienda insatisfactorias, escasez crónica de productos alimenticios, carencia de servicios necesarios, epidemias periódicas, elevado nivel de mortalidad, ante todo entre los niños, etc. También juega un gran papel el «factor sicológico»: la población de los campamentos de la UNRWA siente con particular agudeza su total dependencia de la ayuda externa, de la filantropía internacional.

Esta similitud en la situación de los palestinos en distintos países árabes permite limitar el examen de las condiciones de su vida en sólo uno de los países, por ejemplo, el Líbano.

A comienzos de la década del 70, en el territorio del Líbano había 17 campamentos de refugiados. En ellos vivían 140—150 mil personas, o sea, más de la mitad de los palestinos que estaban en ese período en el Líbano [5].

Todos los campamentos, sin excepción, están repletos. Por ejemplo, el campamento de Al-Karama (no lejos de Beirut), construido para alojar no más de 5.000 refugiados, cuenta ahora con una población que pasa de 15 mil personas. El problema de la vivienda se complica no sólo por la afluencia de nuevos refugiados con sus familias, sino también porque allí se establecen los pobres no palestinos del propio Líbano y otros países árabes: en los años en cuestión, los campamentos libaneses de la UNRWA han servido de amparo para 11.500 libaneses (incluidos 5,5 mil refugiados del Líbano del Sur) y 3,3 mil sirios [6].

Entre los problemas aún sin solución se halla también el de la instrucción. La población de los campamentos es relativamente joven: las personas de hasta 19 años de edad constituyen en ellos más del 60%. A los refugiados registrados la UNRWA sólo les asegura instrucción primaria (de 6 años) y la llamada preparatoria (de 4 años), siendo de notar que los programas escolares elaborados por la UNRWA tienen deficiencias sustanciales. Orientados a formar de los jóvenes palestinos «miembros útiles de la sociedad árabe», no prestan atención a la tarea de educar en los jóvenes los sentimientos

[5] Los datos sobre la situación en los campamentos libaneses de la UNRWA se aducen en el estudio publicado por la revista *Shuun Filastiniya*, № 36, 1974, p. 47—73.

[6] El 90% de las casas de los campamentos tienen una o, cuando más, dos habitaciones, cada una de las cuales corresponde, por término medio, a 4 personas. El 60% de las casas no tienen agua, un 19,5%, instalaciones sanitarias; sólo el 58% de ellas tienen instalaciones primitivas de calefacción.

patrióticos, en particular, a través del estudio de la historia nacional del pueblo árabe palestino. En las escuelas faltan profesores palestinos.

El problema de dar empleo a los refugiados implica grandes dificultades. En el período en cuestión, sólo cerca de un 40% de la población de los campamentos libaneses de la UNRWA tenían empleo permanente, temporal o a jornal. Es particularmente elevado el número de desempleados entre la juventud: el 73% en el grupo de edad de 15 a 19 años y el 56% entre el de 25 a 29 años. Los palestinos son utilizados fundamentalmente en labores sucias y poco remuneradas.

LOS TERRITORIOS OCUPADOS

En 1974, el Comité especial de la ONU para investigar la violación por parte de Israel de los derechos del hombre en los territorios ocupados mencionó las siguientes vertientes fundamentales de la política de las autoridades israelíes con respecto a la población de Cisjordania y el sector de Gaza: anexión de las tierras palestinas y creación de asentamientos judíos, demolición de casas, detenciones en masa, encarcelamientos, deportación a título administrativo, explotación económica [7].

Después de 1967, el Gobierno israelí se empeña por todos los medios en «asimilar» las tierras anexionadas. Sólo en 1967—1973 en ellas se crearon 50 asentamientos judíos. A finales de 1976, esta cifra aumentó hasta 70. En las regiones ocupadas hay 92 asentamientos de ese tipo con un número de habitantes de cerca de 10 mil personas; según los planes oficiales del Gobierno de «Likud», en el que la palabra decisiva la tienen los extremistas [8], para 1992 su cantidad crecerá en otros 196 asentamientos más [9].

[7] Israeli Violation of Human Rights. Report of the Special Committee to Investigate Israeli Practices Affecting the Human Rights of the Population of the Occupied Territories. UN publications, 1974, pp. 30—44.

[8] Al nombre del primer ministro M. Begin y al de varios miembros del Gabinete, están ligados los actos antiárabes de los comandos sionistas, que tanto alboroto hicieran en su tiempo. En particular, precisamente Begin estuvo a la cabeza del grupo terrorista «Irgun Tswai Leomi», que en abril de 1948 masacró a más de 250 habitantes de la aldea de Deir-Yasin.

[9] *Al-Ittihad*, 24 de noviembre de 1978. Según informaciones de la prensa israelí, en 1979 el Gobierno asignó para el «fomento de los asentamientos» 850 millones de libras israelíes contra 540 millones en 1978. Además, se decidió añadir al presupuesto otros 135 millones más para subvencionar a las 1.400 familias israelíes que deberán ser trasladadas a Cisjordania en 1980-1981.

La política de las autoridades israelíes provoca una creciente resistencia de la población árabe de los territorios ocupados. El descontento se reprime con brutales medidas policiacas, con el terror y el incremento de la represión. Se ha calculado que de 1967 a 1977, en las cárceles israelíes estuvieron unos 60 mil palestinos; en 1978 en ellas había cerca de 5 mil personas [10]. La opinión pública mundial dispone de irrebatibles pruebas de trato infrahumano de los detenidos en las mazmorras de Cisjordania y del sector de Gaza.

La deportación a título administrativo es utilizada por las autoridades de ocupación ante todo como método de lucha contra la intelectualidad patriótica palestina: artistas, escritores, periodistas, poetas, destacadas personalidades políticas y sindicales; han sido deportadas violentamente de los territorios ocupados más de 1.500 personas.

En estos últimos años, el capital israelí intensifica la explotación de la mano de obra barata procedente de los territorios ocupados. La ventaja es evidente: un salario más bajo en comparación con los obreros de origen judío (por término medio, fue menor en el 51,6% en 1976), la carencia de derechos sindicales y sociales de los palestinos. Los obreros de los territorios ocupados viven en condiciones sumamente duras: según palabras del periódico Al-Ittihad, familias árabes enteras con sus hijos de corta edad vegetan en las granjas judías... en los rediles para el ganado [11].

La mano de obra palestina es explotada por el capital israelí de un modo muy «eficaz». Basta decir que en 1976 la ganancia neta obtenida por los empresarios israelíes de la explotación de los trabajadores palestinos constituyó 1.113 millones de libras israelíes, frente a 816 millones en 1975 [12].

LA MINORIA ARABE EN ISRAEL

En más de treinta años de existencia del Estado de Israel la situación de la población palestina ha experimentado cambios cardinales. El sistema de discriminación se extiende a todos los aspectos de la vida de los árabes en Israel. Muchos de los palestinos, e incluso sus hijos nacidos después de 1948, no tienen ciudadanía israelí y son calificados por la legislación vigente en el país como «apátridas hereditarios»: personas sin ciudadanía. La desigualdad de derechos a menudo

[10] *Zo Haderech*, 8 de marzo de 1978.

[11] *Al-Ittihad*, 24 de noviembre de 1978.

[12] *Al-Kitab al-Ihsaiy al-Sanawiy*, № 28, p. 730.

adopta formas verdaderamente humillantes. Por ejemplo, según la ley de la previsión social, sólo aquellos que hayan servido en el ejército tienen derecho a obtener el subsidio por el nacimiento de un hijo. Pero, como es sabido, los árabes en su mayoría no son llamados al servicio militar [13].

La discriminación también ha echado raíces en el sistema de educación. En 1974 los niños árabes de más de 14 años tenían, por término medio, 5,9 grados de enseñanza escolar, y los judíos, 9,5 grados. Este desfase va aumentando conforme se eleva el nivel de la educación: hoy, sólo un 3% de las plazas universitarias las ocupan los árabes, aunque su parte alícuota en la población de Israel constituye del 12 al 13%. Entre los árabes el número de analfabetos es mucho más alto que entre los judíos (en 1972 un 36,5% y un 9%, respectivamente). Las escuelas árabes atraviesan por una aguda escasez de locales, profesores, material didáctico, etc. [14].

Las municipalidades árabes reciben muchas menos asignaciones estatales que las judías. Lo demuestran palpablemente los siguientes datos publicados en marzo de 1978 por la fracción del Frente Democrático por la Paz y la Igualdad en la Kenésset israelí.

		EROGACIONES PRESUPUESTARIAS	
	POBLACION (miles de personas)	total (millones libras isr.)	per capita (miles libras isr.)
ALDEAS JUDIAS			
Beit Dagan	**2,5**	**10,5**	**4,2**
Binyamina	**3,0**	**6,6**	**2,2**
Yakov	**5,0**	**12,0**	**2,4**
ALDEAS ARABES			
Iksal	**5,0**	**1,4**	**0,3**
Beit Djan	**4,5**	**1,0**	**0,2**
Ja Dieda	**4,0**	**0,9**	**0,2**

Fuente: «New Perspectives», № 5, 1978, p. 40.

La casi total ausencia de ayuda estatal impide el desarrollo de las aldeas árabes: en 60 de los 107 poblados árabes en

[13] En el ejército israelí en parte se admiten representantes de la minoría árabe drusa y miembros de las tribus beduinas.

[14] En Israel sólo existe un centro de preparación de profesores árabes. Los maestros judíos son formados en 38 centros.

Israel no existe asistencia médica, 40 no tienen electricidad [15].

En los años 70 se ha intensificado notablemente la migración de la población árabe hacia las ciudades. Este proceso es resultado de la consecuente y coherente política discriminatoria que aplican las autoridades israelíes [16]. Los campesinos árabes, que labran cerca de un 20% de la superficie agrícola en Israel y que constituyen un 32% de la población agrícola activa del país, reciben sólo un 2% del agua para el riego, y los equipos que utilizan no superan un 7% de la totalidad de máquinas de las granjas judías [17].

El éxodo hacia las ciudades obedece en cierto grado al sistema discriminatorio de los precios en el mercado de la producción agropecuaria. Por una misma especie de tabaco, por ejemplo, el granjero judío recibe, por término medio (teniendo en cuenta pluses especiales), un 64% más que el árabe; por las olivas y el aceite de oliva, un 41,1% más [18].

No es mucho mejor la situación de los árabes en las ciudades. Sólo un 14% de ellos están ocupados en el trabajo intelectual (empleados públicos, profesionales). Pero la mayoría es utilizada en labores que no requieren calificación. Por término medio, los obreros de origen árabe perciben en Israel por su trabajo dos veces menos que los obreros judíos. Ellos están privados de muchos derechos políticos y sindicales.

Tales son algunos de los hechos que desentrañan uno de los aspectos del problema palestino: la situación «apátrida» de todo un pueblo, creada por la política expansionista y racista de los gobernantes de Israel. Está claro que el mantenimiento de esta situación sólo puede implicar una tirantez crónica en el Oriente Medio con todas las consecuencias que de ahí se derivan.

A. NOTIN

Revista Internacional, Nº 2, 1980.

[15] El desarrollo de las aldeas árabes es frenado conscientemente por las autoridades israelíes, que prohíben construir allí nuevas viviendas. Las casas erigidas soslayando esta prohibición, deben ser demolidas.

[16] A lo largo de los 30 años de existencia de Israel, el contenido y la expresión fundamental de dicha política ha consistido en la expropiación ilegal y violenta de las tierras árabes. Incluso según las estadísticas oficiales, a finales de la década del 50, las autoridades israelíes privaron a la población árabe del 80% de su propiedad agraria (sin tener en cuenta las extensas tierras expropiadas a los refugiados).

[17] *New Perspectives*, № 5, 1978, p. 40.

[18] Sabri Jiryis. *The Arabs in Israel*. New York, London, 1976, pp. 215, 307.

EL DERECHO A LA PATRIA

COMUNISTAS DE PAISES ARABES HABLAN DEL PROBLEMA PALESTINO

Una de las más graves amenazas para la paz internacional reside hoy en la crisis del Cercano Oriente, cuya base y causa original es el problema palestino, el problema del pueblo árabe de Palestina, condenado por el imperialismo y el sionismo a vivir en el exilio, privado de su patria. La conferencia de los partidos comunistas y obreros de los países árabes, celebrada en abril de 1978 destacó en su declaración: «El desarrollo de los acontecimientos en el Cercano Oriente durante los últimos tres decenios ha demostrado que la paz no puede instaurarse en esta zona si se ignoran, niegan, pisotean o eluden los derechos nacionales de más de 3 millones de palestinos». Desde el momento mismo en que surgió este problema, los comunistas siempre han defendido de manera firme y consecuente la causa del pueblo árabe de Palestina. La actitud de los comunistas en la lucha por la justa solución del mismo ha sido el tema del intercambio de opiniones organizado por la Comisión de la «Revista Internacional» para los Problemas del Movimiento de Liberación Nacional en los países de Asia y Africa, en el que participaron: Michel Kamel, miembro del Buró Político del Partido Comunista Egipcio; el periodista Adib Dimitry, veterano del movimiento comunista de Egipto; Albert Farhat, miembro del CC del Partido Comunista Libanés; Omar Al-Fassi, miembro del Buró Político del CC del Partido del Progreso y el Socialismo de Marruecos; Naim Ashhab e Issa Mdanat, miembros del Buró Político del CC del Partido Comunista Jordano; Arabi Awwad, miembro del CC del Partido Comunista Jordano, y Varouge Saletan, miembro suplente del CC del Partido Comunista Sirio.
Ofrecemos a continuación un resumen de las intervenciones.

En su discurso de introducción, *N. Ashhab*, miembro del Consejo de Redacción de la revista, dijo que actualmente se acrecienta en todas partes el interés por el problema palestino y cada vez se comprende mejor que su solución constituye el elemento central para el arreglo del conflicto del Cercano Oriente. La traición de Sadat ha demostrado una vez más que la capitulación bajo la presión del imperialismo de EE.UU. y de los gobernantes de Israel no hace más que alejar la perspectiva de la instauración de una paz justa y duradera y no puede conducir a ninguna solución pacífica, ni siquiera a la que se imaginan los imperialistas y sionistas. Se afianza la convicción de que cualquier intento de soslayar el problema palestino está condenado al fracaso.

Al propio tiempo, un sector bastante importante de la opinión mundial no tiene todavía plena conciencia de la trágica situación del pueblo árabe de Palestina, que desde hace ya

más de 30 años se ve privado de su patria. También hay quien no comprende la verdadera naturaleza del sionismo, como movimiento ultrarreaccionario y racista, que con sus acciones agresivas crea una amenaza para la paz no sólo en el Cercano Oriente sino también en el resto del mundo.

Más adelante, N. Ashhab señaló que la política de genocidio que, de hecho, vienen aplicando los gobernantes de Israel contra el pueblo árabe de Palestina, también ejerce un efecto cada vez más marcado sobre la sociedad israelí. Esto se refiere tanto a la esfera socio-económica, en la que se acentúa la ofensiva contra el nivel de vida de los trabajadores, como a la esfera política. Intensifican su actividad los grupos fascistas y las bandas de asaltantes y asesinos, que están acumulando armas para utilizarlas contra la población árabe y conseguir expulsar por completo a los árabes de su suelo patrio. La política de la cúspide sionista ha hecho que el pueblo de Israel sea un rehén del imperialismo mundial, ante todo del norteamericano, y que sobre el país se cierna actualmente la amenaza del fascismo. La vida ha venido a demostrar una vez más que Engels tenía razón al decir que no puede ser libre un pueblo que oprime a otros pueblos.

OTRO PELIGROSO COMPLOT

El problema palestino, dijo *I. Mdanat*, ha sido creado por el imperialismo, que durante largos años en que Palestina se encontraba bajo mandato había venido atizando las fricciones entre los distintos pueblos de esta zona en favor de su política de «divide y vencerás». El imperialismo fomentó las aspiraciones agresivas de los sionistas, y en 1948 dio su bendición a los gobernantes de Israel y a los regímenes árabes reaccionarios para que menoscabasen brutalmente los derechos nacionales del pueblo árabe de Palestina. Como es sabido, la resolución de la Asamblea General de la ONU del 29 de noviembre de 1947 estipulaba que en Palestina habrían de crearse dos estados, uno judío y otro árabe. Pero a consecuencia de la primera guerra árabe-israelí, el territorio en el que debería erigirse el Estado árabe fue repartido entre Israel, Jordania y Egipto [1]. De este modo, los árabes de Palestina se vieron privados del derecho a la autodeterminación y a la creación de un Estado propio.

[1] Egipto asumió la administración del sector de Gaza. —*N. de la Red.*

Ahora se realiza un nuevo intento, aunque en otra forma, de privar al pueblo árabe de Palestina de sus legítimos e inalienables derechos. Trátase, dijo *A. Awwad*, de una confabulación destinada a aislar al movimiento nacional palestino, socavar sus bases y acabar con él. Una de las manifestaciones más peligrosas de esta conjura ha sido el trato de Camp David, tras el cual Egipto, el mayor Estado árabe, se colocó al lado de los enemigos del pueblo palestino.

En la actualidad, los que participaron en la confabulación de Camp David proyectan crear en territorios árabes ocupados por Israel la llamada «administración autónoma» y no cesan en sus intentos de buscar entre los palestinos «moderados» traidores potenciales a la causa nacional, dispuestos a servir a la realización de tales propósitos. El proyecto tiene por finalidad poner cruz y raya al problema palestino, retirarlo del orden del día como problema nacional de un pueblo despojado de la posibilidad de ejercer sus derechos legítimos. Al propio tiempo, las autoridades israelíes se entregan a una amplia colonización de las tierras árabes anexionadas, de las que siguen expulsando a la población nativa para crear en ellas nuevos asentamientos militarizados. Esta práctica ha sido condenada en repetidas ocasiones por la comunidad internacional. Begin, primer ministro israelí, declaró que el problema de «Judea y Samaria» (así es como los gobernantes sionistas de Israel denominan a la Cisjordania) no está sujeto a revisión, que esta tierra es la patria del pueblo israelí y que la presencia en ella de tropas israelíes no es una ocupación sino una «liberación».

En el Líbano —hoy base principal del Movimiento de Resistencia Palestino (MRP)—, los militaristas israelíes no cesan en sus actos de agresión, declarando abiertamente que su propósito es acabar con las fuerzas de la resistencia y atraer al Líbano al campo de los participantes en la alianza de Camp David. Sus cómplices directos en este empeño son la reacción fascistizante interior y los separatistas cristianos de derecha. Aprovechando la incapacidad de los países árabes de ofrecer una resistencia real a este pillaje, dijo *M. Kamel*, los agentes israelíes tratan de sembrar un sentimiento de desesperación e impotencia entre la población víctima de la agresión y enfrentarla a los contingentes palestinos. A la vez se sugiere la posibilidad de «nuevas» y «justas» soluciones. Una de ellas se reduce de hecho al intento de «canjear» el Movimiento de

Resistencia Palestino por el «Estado» de S. Haddad[2], de eliminar dicho «Estado» al precio de un desarme de los combatientes palestinos.

Mas, como subrayaron los participantes en el intercambio de opiniones, los organizadores y ejecutores de la conspiración no lograron sus objetivos. Los acuerdos de Camp David y sus consecuencias han sido condenados resueltamente y rechazados por todos los pueblos árabes, por los regímenes patrióticos de los países árabes, por la Organización para la Liberación de Palestina y por todas las fuerzas nacionales progresistas. Los estados árabes que integran el Frente de la Firmeza y el Rechazo adoptaron —singularmente en su reunión de Damasco— importantes acuerdos destinados a impulsar la lucha contra la confabulación de las fuerzas imperialistas, sionistas y reaccionarias. La necesidad de una alianza estratégica con la URSS y otros países de la comunidad socialista quedó planteada con más claridad y precisión que nunca.

En la conferencia cumbre de Bagdad, incluso los países árabes de regímenes reaccionarios o «moderados» tuvieron que ceder, pese a distintas maniobras, a la unanimidad de los pueblos árabes y de sus fuerzas patrióticas progresistas y condenar la confabulación de Camp David. Asimismo tuvieron que aceptar una serie de sanciones políticas y económicas contra el régimen de Sadat que significan, en la práctica, un boicot árabe contra él.

El tratado de «paz» de Camp David y Washington, entre Egipto e Israel, ha tenido como consecuencia un nuevo ascenso de la lucha de masas de los palestinos. En las tierras árabes ocupadas se ha extendido una poderosa ola de huelgas, marchas y manifestaciones con airadas protestas contra el nuevo intento de negar al pueblo árabe de Palestina el restablecimiento de sus legítimos derechos nacionales. Esta auténtica tormenta de indignación nacional ha constituido un obstáculo insuperable para los intentos realizados por los participantes en la alianza de Camp David para hallar entre los líderes palestinos personas dispuestas a situarse abierta e incondicionalmente a su lado y seguir el ejemplo del traidor Sadat.

[2] Estrecha franja en el sur del Líbano, controlada por tropas al mando de S. Haddad, ex comandante del ejército libanés, quien proclamó allí su «Estado». Las unidades de Haddad actúan en contacto y colaboración con el ejército israelí, que de hecho es el que le suministra todo lo necesario. —*N. de la Red.*

También se reactivó el movimiento de resistencia del Líbano. Como señaló A. Awwad, llegaron al Líbano centenares de entusiastas voluntarios de distintos países árabes para participar en las operaciones militares al lado de las fuerzas patrióticas progresistas y los destacamentos de la resistencia palestina.

Los participantes en la discusión hicieron constar que la confabulación del imperialismo, el sionismo y la reacción contra el pueblo árabe de Palestina constituye un peligro extraordinario. Pero lo principal es que la confabulación no ha logrado alcanzar su objetivo básico. Los organizadores de la misma no han logrado acabar con el movimiento nacional palestino ni socavar y destruir las fuerzas de la resistencia, no han podido «soslayar» el problema palestino, que sigue siendo el eje de la confrontación, el problema clave de una solución en el Cercano Oriente.

MANIOBRAS PARA ESCINDIR EL MOVIMIENTO

Los oradores señalaron que Camp David no es sólo un ataque del imperialismo, el sionismo y la reacción contra el movimiento de liberación nacional árabe, sino también un testimonio de que las maniobras contra dicho movimiento están entrando en un callejón sin salida. Los organizadores de la confabulación de Camp David consiguieron, evidentemente, un gran éxito al separar a Egipto del frente único árabe de lucha contra el agresor sionista y lograr atraérselo a su lado. Pero si esto es todo, si no se abre una nueva brecha en la solidaridad panárabe, la situación puede tornarse peligrosa para ellos, cosa de la que se dan cuenta.

El mundo árabe se encuentra actualmente ante un nuevo Camp David, es decir, la prosecución de la vieja política iniciada con aquella confabulación, pero aplicada en formas nuevas, más sutiles y veladas. Ya se dice que el primer paso dado por este camino ha ido acompañado de ciertos errores y desaciertos, pero que en lo sucesivo serán corregidos y las reivindicaciones del pueblo palestino serán tenidas en cuenta más plenamente.

¿De qué se trata, concretamente?

No es ni mucho menos casual, dijo I. Mdanat, que, después de que los acuerdos de Camp David y el tratado de paz de Washington hubiesen sido rechazados con ira por los pueblos árabes y de que el capitulador régimen de Sadat se hubiese

visto en una situación de profundo aislamiento en el mundo árabe, EE.UU. haya comenzado a insinuar la posibilidad de una revisión de su política en el Cercano Oriente y de una actitud más favorable ante los legítimos intereses del pueblo árabe de Palestina. Comenzaron a aparecer declaraciones, señaló A. Awwad, sobre la «imposibilidad de hacer caso omiso del problema palestino», sobre «las aspiraciones nacionales de los palestinos» e incluso sobre «el hogar nacional palestino». Algunas personalidades oficiales norteamericanas llegaron incluso a emprender ciertas acciones para convencer al mundo de que en los círculos dirigentes de EE.UU. había aparecido la tendencia a adoptar un nuevo enfoque ante todo el conjunto de problemas del Cercano Oriente.

Los oradores fueron unánimes en la opinión de que todo lo que se dice acerca de supuestos cambios en la actitud norteamericana no tiene ninguna base. La finalidad perseguida es llevar la división al seno del movimiento de liberación árabe y palestino, creando en los elementos inestables y proclives a la conciliación la ilusión de que es posible lograr los objetivos nacionales del pueblo palestino con ayuda del imperialismo norteamericano y de que, por lo tanto, no tiene sentido concentrar el fuego contra la política de Estados Unidos en esta parte del mundo. Otro de los objetivos es dar aliento en las filas árabes a los elementos capituladores, que siguen sosteniendo que la clave de la solución se encuentra en manos de EE.UU. y que, por lo tanto, es preciso ganarse su buena disposición por cualquier medio.

El imperialismo norteamericano, manifestó A. Awwad, se encontraba y se encuentra al frente de la conspiración contra el movimiento de liberación nacional árabe. Fue el principal director de escena de la confabulación de Camp David, el inspirador y cómplice de la traición de Sadat. Estados Unidos no ha abjurado de Camp David ni del proyecto de crear una «administración autónoma» en los territorios palestinos ocupados por Israel. Sigue negándose a reconocer a la Organización para la Liberación de Palestina y rechaza categóricamente la idea de un Estado palestino independiente. Sólo gracias a su enorme ayuda militar y política ha podido Israel conservar las tierras árabes conquistadas, seguir colonizándolas y emprender incesantes acciones agresivas contra los estados vecinos.

M. Kamel señaló a este respecto el gran peligro que repre-

sentan los intentos de las fuerzas reaccionarias y derechistas de distraer la atención y apartarla del imperialismo norteamericano como enemigo principal del movimiento de liberación nacional árabe y de ignorar o desvincular la relación orgánica existente entre aquél y el Estado sionista de Israel, de reducir todo el problema a la persona del apóstata Sadat. A la vez que mantienen y refuerzan sus vínculos con Estados Unidos, sobre todo en el terreno comercial y financiero, estas fuerzas se limitan tan sólo a atacar verbalmente a Israel y, después de Camp David, a Egipto. Semejante actitud se ha visto reflejada en los acuerdos de la cumbre de Bagdad, que no contenían nada que estuviese dirigido contra los intereses norteamericanos, ante todo petroleros, en la región. Por otra parte, como señalaron los participantes en la reunión, no se puede frustrar la conjura del imperialismo, el sionismo y la reacción sin una resistencia activa a la política estadounidense, sin socavar las posiciones económicas, políticas, militares e ideológicas del imperialismo norteamericano en el Cercano Oriente.

En el intercambio de opiniones se prestó gran atención a la actitud adoptada ante el problema palestino por los estados eurooccidentales y los correspondientes partidos socialdemócratas, que constituyen la médula de la Internacional Socialista. I. Mdanat señaló el hecho de que las insinuaciones respecto al «nuevo papel» de Europa Occidental, de la Comunidad Económica Europea en el conflicto del Cercano Oriente coincidieron con los intentos de fundamentar un «cambio» de posición de Estados Unidos. Pero no hay ninguna prueba convincente que acredite la existencia de tal cambio. ¿Cabe hablar de una nueva posición de la Internacional Socialista cuando, al hablar en la ONU, Bruno Kreisky, líder de los socialistas austriacos y Canciller federal, al que se suele aludir a este respecto, ni hizo más que referirse en términos muy generales a los derechos del pueblo árabe de Palestina, sin pronunciarse claramente en favor de su derecho a crear un Estado nacional independiente?

Aunque los estados de Europa Occidental dicen estar a favor de una solución justa del problema palestino, dijo A. Awwad, en realidad consideran que Camp David es un hecho consumado y constituye un paso hacia la instauración de la paz. Dicen que es preciso seguir avanzando por el camino de Camp David, o sea, en el sentido de incorporar también a los palestinos a las negociaciones entre Estados Unidos, Egipto e Israel[3]. Las promesas respecto a las perspectivas de solución del problema palestino van asociadas invariablemente a declaraciones respecto a la necesidad de la «moderación» y la «lucha contra los extremistas». Así, Kreisky dice que entre los palestinos hay «muchos comunistas» y que en las negociaciones deben participar personas «que mantienen posiciones moderadas». El verdadero objetivo de estas maniobras es provocar la escisión en las filas de los palestinos, enfrentar entre sí a sus distintos contingentes y, en definitiva, minar todo el movimiento de liberación nacional palestino.

Según *V. Saletan*, muchas acciones de los estados y de los partidos socialistas de Europa Occidental han sido inspiradas en secreto por el imperialismo norteamericano. Se está produciendo una especie de reparto de papeles. Estados Unidos se encarga de «trabajar» a Jordania, en un esfuerzo por apartarla del frente de solidaridad panárabe y hacerla renunciar a ese acuerdo mínimo conseguido en Bagdad. Al mismo tiempo, actuando a través de los partidos de la Internacional Socialista, trata de influir en la OLP, para separarla de la lucha contra la confabulación de Camp David y la traición de Sadat. El propósito es, pues, debilitar la resistencia con que tropiezan los participantes de la alianza de Camp David, aislar a Siria, obligarla después a capitular y, finalmente, asestar un golpe al movimiento de liberación en todo el mundo árabe.

Interviniendo en esta parte del debate, *A. Farhat* señaló que al mostrar el peligro que entrañan las acciones emprendidas por los países eurooccidentales y los partidos de la Internacional Socialista es preciso tener en cuenta otro aspecto más. Hay que pensar en el momento y las condiciones en que tales acciones comenzaron a tener lugar. ¿No es esto la expresión del atolladero en que se encuentra metido el imperialismo norteamericano en el Cercano Oriente?

Profundas divergencias ideológicas separan a la socialdemocracia y los comunistas. Pero la existencia de una amenaza común por parte de los círculos imperialistas más agresivos brinda la posibilidad de una acción conjunta en el ámbito internacional. Un ejemplo de ello nos lo ofrece la reunión

[3] Los resultados de la reunión en la cumbre celebrada el pasado mes de junio en Venecia por los estados miembros de la CEE no han modificado esta apreciación. La declaración sobre el Cercano Oriente ha sido considerada por la OLP y los países árabes progresistas como un apoyo a Camp David.

del grupo de trabajo de la Internacional Socialista para los problemas del desarme con L. Brézhnev, Secretario General del CC del PCUS, y otros dirigentes soviéticos.

Es evidente que no se puede considerar a la Internacional Socialista como un aliado seguro. No hay que abrigar ilusiones respecto a su posibilidad de desempeñar el papel decisivo y fundamental en el arreglo del problema del Cercano Oriente y en la solución del problema palestino. Pero tampoco se puede ver en todo el resultado de una conjura, dijo A. Farhat.

La historia contemporánea, señaló I. Mdanat, nos ofrece bastantes casos en que el imperialismo norteamericano, fuerza de choque y vanguardia del imperialismo mundial, se ha visto obligado a retroceder. Pero jamás ha hecho concesiones de buen grado; siempre que retrocedía ha sido a consecuencia de una derrota. El imperialismo, el sionismo y la reacción han desatado una furiosa ofensiva contra los pueblos árabes, contra su movimiento de liberación nacional, ofensiva que, como es natural, tropieza con un rechazo y una resistencia, pero no ha sido derrotada. ¿Cabe hablar en tales condiciones de un repliegue del imperialismo norteamericano, así como de los estados imperialistas de Europa Occidental y de los partidos de la Internacional Socialista, que actúan como reserva del imperialismo mundial y a menudo son utilizados por él para lograr sus propios fines? Claro que no. Por eso, subrayó I. Mnadat, la vigilancia ante las maniobras de las potencias eurooccidentales y los partidos de la Internacional Socialista es necesaria y está justificada.

Los participantes en el debate confirmaron la apreciación de sus partidos de que el imperialismo norteamericano es el enemigo número uno del movimiento de liberación nacional árabe, incluido el palestino.

Revista Internacional, Nº 9, 1980.

EL VEREDICTO ES DEFINITIVO

MEMORIAS DEL EX SHA Y EL PAPEL SINIESTRO DEL IMPERIALISMO USA

HEDAYAT HATAMI,
periodista iraní

Poco antes de su muerte, el ex sha de Irán, Mohammad Reza Pahlavi, tuvo tiempo para publicar un voluminoso tomo de memorias, tituladas *Mi respuesta a la historia* *. El defenestrado monarca se puso a demostrar, según sus palabras, «cómo se desordena, se destruye y se desintegra lo que fue creado con ayuda de Dios, gracias al entusiasmo y trabajo de todo un pueblo...» (p. 12). Le secundaba la editorial parisina Albin Michel, que editó el libro con esta anotación: «Irán llegó a ser la décima potencia económica del mundo gracias al dinamismo y a los criterios revolucionarios y positivos del monarca... Según explica el sha, "la siniestra alianza de lo Rojo y lo Negro", es decir, la alianza de los elementos de izquierda con los ultrarreaccionarios, ha hecho retroceder al país en varios siglos».

El autor no ha sabido justificar las esperanzas que cifraba en él la propaganda imperialista. Ni siquiera los medios burgueses de comunicación de masas, que habían publicitado ampliamente el libro aún antes de su aparición y que suponían utilizar las memorias del sha en la guerra sicológica contra la revolución iraní, pudieron ocultar su decepción. «El sha no se ha orientado en nada, no ha comprendido nada —escribió el semanario francés *L'Express*—. Este hombre enfermo, que encontró tiempo y fuerzas para escribir un libro grueso y revisar largo rato las pruebas, continuó siendo lo que siempre ha sido: una encarnación de arrogancia y altanería.»[1] En efecto, del libro se desprende que el ex gobernante iraní hasta el fin de su vida no llegó a orientarse en la esencia de los acontecimientos que condujeran a la caída de la monarquía. Son absurdos sus intentos de convencer a los lectores de que la revolución iraní constituiría un retroceso, una victoria de la «minoría reaccionaria» sobre la «mayoría popu-

* Mohammad Reza Pahlavi. *Résponse a l'histoire*. Paris, Editions Albin Michel, 1979, 296 p.
[1] *L'Express*, 15 de diciembre de 1979, p. 90.

lar», que supuestamente apoyaba al régimen del sha. De creer al autor, resulta que millones de iraníes que se volcaban en las calles para manifestar su odio a la monarquía, centenares de miles de obreros en huelga, millares de soldados que se negaban a cumplir las órdenes de los oficiales y ametrallar al pueblo, constituían la «minoría», mientras que el propio sha, los miembros de su familia y un puñado de traidores, que servían incondicionalmente a la corona y que huyeron del país a los embates de la revolución, constituían la «mayoría».

El fracaso de la política económica del régimen del sha se explica en el libro alegando que el pueblo de Irán es «atrasado» y por eso no podía «ir al compás» de la «revolución blanca», que un grupo de conjurados —según afirma el ex monarca—, al aprovechar hábilmente el descontento de ciertos sectores «inconscientes» de la población, la transformó en «contrarrevolución negra».

Difícilmente valga la pena polemizar ahora con las bombásticas digresiones del autor de las memorias en torno a las «excelencias» de la «revolución blanca» y los «logros» en la industria, la agricultura y la cultura. Ya no sólo nosotros, los iraníes, sino también muchas personas en el extranjero conocen bien el resultado real de dichas «reformas»: el atolladero socio-económico al que llevó al país la decantada marcha forzada hacia la época de la «gran civilización» [2]. Quizás, lo único que puede interesar ahora en las memorias del ex monarca son sus revelaciones que vierten luz complementaria sobre algunos acontecimientos de la historia iraní de las últimas tres décadas.

Una de las páginas más trágicas de este período es el golpe de Estado de 1953, a raíz del cual fue derrocado el Gobierno legítimo de Mosadegh e instaurado un régimen pronorteamericano encabezado por el sha. Los imperialistas no podían perdonar a Mosadegh su reto lanzado a los expoliadores locales y extranjeros de las riquezas naturales del país, no podían resignarse a que Irán, proveedor de petróleo a las potencias imperialistas, se alejara de la esfera de su dominación. Así fue como en los «laboratorios» secretos de la CIA nació la operación «Ayax». Sus detalles se exponen en las páginas del libro: «En agosto de 1953, con el activo apoyo de

[2] Sobre las catastróficas consecuencias que tuvo el gobierno del sha para Irán, véase, por ejemplo, *Revista Internacional*, № 11 de 1978; N°N° 1, 4 de 1979 y № 4 de 1980. —*N. de la Red.*

los EE.UU. e Inglaterra, que elaboraron, por fin, una política común, y después de discutir la cuestión con mi amigo Kermit Roosevelt, enviado especial de la CIA, tomé la decisión de acabar con él (Mosadegh —*H. H.*)» (p. 68). El complot de la CIA, que permitió al sha volver al trono, no era, sin embargo, el fin, sino el comienzo de un drama que duró todo un cuarto de siglo.

Al calificar falazmente el golpe de 1953 de «insurrección de las masas», el autor de las memorias escribe: «... los que derrocaron a Mosadegh fueron acusados de estar subvencionados por los EE.UU. y Gran Bretaña. En primer término, por los EE.UU. Pero los datos más exactos demuestran que durante dichos sucesos la CIA gastó tan sólo 60 mil dólares. No puedo creer, en absoluto, que esa suma baste para levantar en varios días a todo un país» (p. 70). Entretanto, en el libro de A. Guérin *La gente de la CIA* [3], aparecido en París, se señala que la operación «Ayax» costó la nada desdeñable suma de 20 millones de dólares. Sin embargo, no es necesario discutir sobre las sumas gastadas. Es más importante otra cosa. El ex sha reconoce abiertamente, por vez primera, que Gran Bretaña y los EE.UU. fueron los principales inspiradores del golpe en Irán, y la CIA, su ejecutor. No es de extrañar que el autor hable con particular afecto del entonces Presidente de los EE.UU., D. Eisenhower («No le he olvidado, pues precisamente durante su gobierno los Estados Unidos me prestaron su apoyo contra la política de Mosadegh»), del secretario de Estado J. E. Dulles, cuya política exterior se califica en el libro de «indiscutiblemente eficiente» (p. 184-185).

El sha cifraba todas sus esperanzas en la fuerza militar del imperialismo norteamericano para aplastar el movimiento revolucionario. En cuanto en el horizonte político de Irán se perfilaron a finales de 1977 los indicios de la tormenta que se avecinaba, el entonces gobernante del país comenzó inmediatamente a interesarse por la escala de la posible ayuda militar de los EE.UU. Tras recordar a los norteamericanos los compromisos que asumieran, exigió oficialmente que Washington «definiera su actitud ante los acuerdos vigentes». La respuesta fue corta y clara: «Los Estados Unidos cumplen siempre sus compromisos» (p. 242). Es más, los EE.UU. decidieron apoyar las promesas con acciones amistosas de carácter personal. A finales de noviembre de 1977, Carter invitó a Mohammad Reza Pahlavi a Washington, y un mes más tarde

[3] Véase: A. Guérin. *Les gens de la C.I.A.*, Paris, 1980.

él y su esposa llegaron a Teherán para festejar, junto con la familia del sha, el año Nuevo. En el banquete ofrecido, el presidente norteamericano pronunció un brindis, en el que declaró que el sha era una persona que gozaba del «respeto, la admiración y el amor» del pueblo. Unos días más tarde, el 9 de enero de 1978, en la antigua ciudad iraní de Qom estallaron los disturbios populares que mostraron el grado de dicho «respeto, admiración y amor» hacia el monarca.

Después de la manifestación de masas en Tabriz, realizada el 18 de febrero de 1978, en Irán comenzó un rápido auge del movimiento revolucionario. El sha volvió a solicitar el apoyo de sus protectores imperialistas: «... Cuando los acontecimientos se agravaron, los embajadores estadounidense e inglés vinieron para prometerme su ayuda» (p. 243). Si han prometido —decidió él—, ¡se puede actuar! En las principales ciudades del país fue decretado el estado de guerra. El 8 de septiembre de 1978, el ejército abrió fuego contra los inermes manifestantes, dejando un saldo de varios miles de muertos. Al otro día, Carter —este activo «defensor de los derechos del hombre»— llamó por teléfono al sha para alentarle. Según palabras del periódico francés *Le Monde*, «no fue un simple gesto de solidaridad platónica. Las balas que disparaban las fuerzas del orden iraníes provenían de arsenales norteamericanos... Los helicópteros que ametrallaban a la muchedumbre, los tanques que arrollaban a los manifestantes también ostentaban la marca "Made in USA"»[4]. Pero los organizadores de esta operación, que se grabó en la memoria del pueblo como el «viernes negro», no lograron el resultado apetecido. El odio al régimen sanguinario había llegado a su culminación.

En ese entonces Carter envió al sha un mensaje secreto. Según testimonio del diplomático iraní F. Hoveyda, que conoció el contenido de ese mensaje, los EE.UU. concedieron al monarca «plena libertad de acción para hacer frente a las dificultades»[5]. Esto significaba que la Administración norteamericana sancionó la continuación, en una escala aún mayor, de la política de represión y asesinatos para ahogar en sangre a la revolución iraní. Las unidades del ejército tomaron bajo su control los establecimientos y dependencias administrativas. La policía se ensañaba con la gente directamente en las calles, en las fábricas y yacimientos petrolíferos, en los

[4] *Le Monde*, 17 de junio de 1980.
[5] F. Hoveyda. *The Fall of the Shah*. London, 1980, p. 39.

centros docentes. En la prensa occidental aparecían cada vez más a menudo informaciones sobre los preparativos de una intervención imperialista directa en Irán. El país fue invadido por agentes de la CIA, que realizaban su actividad apoyándose en la tristemente célebre SAVAK.

No era la primera vez que colaboraban estrechamente los dos servicios secretos. La SAVAK debía su propia existencia a la CIA. Este hecho se reconoce igualmente en las memorias del ex monarca. Según sus confesiones, la policía política fue creada en Irán «para cortar la actividad subversiva comunista después de la amarga experiencia de gobierno de Mosadegh. Esta misión fue encomendada en 1953 al general Bajtiar, quien pidió ayuda a la CIA. En lo sucesivo, muchos funcionarios de la SAVAK recibieron instrucción en Langley, cuartel general de la CIA. Se les enviaba también a otros países occidentales para practicar y aprender los métodos allí utilizados» (p. 227). Sin embargo, no sólo los miembros del Partido Popular de Irán, sino también los estudiantes, representantes del clero y obreros de ideas patrióticas fueron objeto de represiones y exterminio físico. Uno de los cabecillas de la SAVAK reconoció en una entrevista al semanario norteamericano *Seven Days* que una cuestión mucho más importante que la lucha contra el comunismo era la de mantener el poder de la dinastía de Pahlavi[6]. En esto consistía la tarea que plantearon a la policía del sha sus amos de allende el océano, que veían en el monarca el defensor más seguro de los intereses de los EE.UU. en Irán. Cerca de 500.000 hombres, mujeres y niños sometidos a las torturas más inhumanas pasaron por las mazmorras de la SAVAK y por los campos de concentración.

Sin embargo, nada podía quebrantar la voluntad del pueblo iraní, impedirle que emprendiera el último asalto a la monarquía.

Los agresivos propósitos antiiraníes del imperialismo chocaron con la firme posición de los países de la comunidad socialista y de todas las fuerzas progresistas del mundo. En la respuesta a la pregunta del corresponsal de *Pravda*, el camarada L. Brézhnev advirtió: «La Unión Soviética... declara resueltamente que está contra la injerencia foránea en los asuntos internos de Irán, independientemente de quién la lleve a cabo, de la forma y pretexto que se utilicen»[7].

[6] Véase *Seven Days*, 29 de marzo de 1980.
[7] *Pravda*, 19 de noviembre de 1978.

Al mencionar en las páginas del libro la referida intervención del máximo dirigente soviético, el autor de las memorias escribe a continuación: «El 7 de diciembre, los Estados Unidos declararon oficialmente que ellos "bajo ninguna forma se van a inmiscuir en los asuntos del Irán". Sin embargo, en cada entrevista conmigo, los embajadores inglés y norteamericano repetían en el tono acostumbrado: "¡Nosotros le apoyamos!"» (p. 244).

A comienzos de enero de 1979, los jefes de las cuatro principales potencias capitalistas se reunieron en Guadalupe para discutir, entre otras cosas, «los aspectos políticos del abastecimiento de petróleo», ocultando tras esta formulación la cuestión de la situación en Irán. En opinión del mencionado Hoveyda, los EE.UU. se convencieron entonces de una vez para siempre de que el sha estaba demasiado desprestigiado como para tener probabilidades más o menos serias de mantenerse en el trono. Y comenzaron a buscar otra salida, que permitiese, según escribía a la sazón la prensa norteamericana, mantener a Irán como seguro aliado, independientemente del desenlace de la sublevación.

Los embajadores de los EE.UU. y de Gran Bretaña decidieron convencer al monarca de la necesidad de abandonar el país para «descansar», encomendando la formación del Gobierno civil a uno de los personeros «seguros» de la llamada oposición. La elección recayó sobre Shahpur Bajtiar. Los norteamericanos se encargaron de garantizarle el apoyo del ejército. A Irán llegó el general Huyser, vicecomandante en Jefe de las Fuerzas Armadas de los EE.UU. en Europa. El carácter de esta misión se desprende del archisecreto telegrama enviado por éste al general Haig. El contenido de la misiva fue puesto en conocimiento público en la Conferencia Internacional de Investigación de las Acciones Agresivas de los EE.UU. contra Irán, celebrada en Teherán en junio de 1980. «Las acciones en que insisto —escribía Huyser— consisten en derrotar con ayuda del ejército las huelgas en las aduanas, explotaciones petrolíferas y bancos.» La sangría debía ser realizada bajo la dirección de Bajtiar. «Yo lo exhorto a dar esos pasos —proseguía el general—. El se ha mostrado dispuesto, pero yo quisiera acelerarlo todo. Si esto no se logra, les he indicado a ellos (a los militares. —*H. H.*) pasar directamente al golpe militar.»

Confesiones bastante elocuentes sobre la visita de Huyser contiene también el relato del sha. En él, como en un espejo, se ve el carácter de las relaciones iraní-norteamericanas de aquellos tiempos. El general norteamericano llevaba ya varios días en Teherán, y el sha no sabía nada de ello, aunque antes tales visitas siempre se discutían de antemano. «Los militares norteamericanos —cuenta el autor de las memorias como si se tratara de algo natural— llegaban y salían en sus aviones y no debían, por supuesto, cumplir las formalidades habituales, puesto que aterrizaban en bases militares» (p. 245). Pero Huyser era una figura especial. «Un hombre que ocupa un cargo como él —continúa Mohammad Reza Pahlavi— no juega a escondidas sin tener serias razones para ello» (p. 245—246). Cuando, al fin, se celebró la entrevista de Huyser con el sha, el general norteamericano estaba interesado, ante todo, en qué día y hora su interlocutor abandonaría el país. Y el ex monarca tuvo que constatar con amargura en su libro: «El general Rabii, comandante en jefe de las fuerzas aéreas de Irán, declaró en el juicio: "El general Huyser arrojó al sha del país como a un ratón muerto"» (p. 247).

Sí, los norteamericanos barajaron a su discreción las cartas sobre el tapete político de Irán. Pero de nada les sirvieron los «comodines» en los que habían depositado sus esperanzas durante todo el curso de los acontecimientos: primero el sha, luego Bajtiar y, por último, el ejército. También fracasaron los posteriores intentos de la Administración washingtoniana de ahogar la revolución iraní. Tanto las medidas de presión económica y las aventuras militares, similares al desembarco de comandos norteamericanos en territorio de Irán, como los complots que se urden constantemente con miras a derrocar el Gobierno legítimo de la república y la amenazante presencia de la flota estadounidense en las aguas del Indico y del golfo Pérsico no han podido ni podrán detener la revolución iraní.

El sha ha muerto. Hasta sus últimos días esperaba que el pueblo iraní «entraría en razón», le pediría que volviera, que continuaría bajo su caudillaje el avance hacia los espejismos de la «gran civilización». Pero el pueblo tiene otros objetivos, otros intereses e ideales. Ya no admitirá que el imperialismo rija a su discreción los destinos del país. El veredicto de la historia sobre la sanguinaria monarquía es definitivo y no admite apelación.

Teherán,
septiembre de 1980.

Revista Internacional, Nº 9, 1980.

ACTA DE ACUSACION CONTRA EL IMPERIALISMO

Cada día dan a conocer nuevos hechos que evidencian la naturaleza reaccionaria, antihumana y criminal del imperialismo. Insertamos a continuación un material informativo sobre los crímenes perpetrados por el imperialismo. En su preparación se utilizaron datos oficiales de la ONU y de distintos estados; materiales y documentos de partidos comunistas y obreros, del Consejo Mundial de la Paz, de la Federación Sindical Mundial y de la Organización Internacional del Trabajo; estudios de instituciones científicas y materiales de la prensa de muchos países.

JUEGO CRIMINAL CON LOS DESTINOS DE LA HUMANIDAD

El imperialismo, que trata de impedir e incluso de retrotraer la marcha de la historia y del proceso revolucionario mundial, no se detiene en amenazar la vida de millones de personas y la propia existencia humana.

En los últimos años esta amenaza se ha acrecentado como resultado de la actitud cada vez más negativa que los círculos gobernantes de las potencias imperialistas, ante todo de los EE.UU., mantienen frente al saneamiento de la situación internacional perfilado gracias a los perseverantes esfuerzos de los estados de la comunidad socialista. A despecho de las

aspiraciones de los pueblos a una paz duradera y a la seguridad para todos, el imperialismo acelera la realización de sus programas militaristas; posterga la ratificación del Tratado soviético-norteamericano SALT-2 que garantiza el equilibrio militar de ambas partes; adopta una «nueva estrategia nuclear»; procura instalar nuevos tipos de medios ofensivos lo más cerca posible de las fronteras de los países de la comunidad socialista y dinamiza la «estrategia de cercar» a estos países con sus bases militares, intensifica la guerra psicológica y aplica medidas económicas discriminatorias contra la URSS y sus aliados, atiza la psicosis de guerra en el mundo capitalista.

Durante todo el período de existencia de la OTAN —bloque político-militar de estados imperialistas, formado en 1949— creció el número de efectivos de sus fuerzas armadas, se crearon armas cada vez más mortíferas y aumentaron los gastos militares. En 30 años, estos gastos han sumado cerca de 2,8 billones de dólares. Pero los apetitos militaristas de los cabecillas otánicos van mucho más lejos: el nivel anual de los gastos militares globales del bloque, previsto para la primera mitad de los años 80 supone 400—450 mil millones de dólares. Sólo Estados Unidos va a gastar para fines militares en el próximo lustro no menos de un billón de dólares.

Parte considerable de esos medios se asigna a la industria militar, a la modernización de los armamentos y a la invención de nuevas armas, entre ellas las armas químicas y neutrónicas y a base del rayo laser. Se concede una importancia especial al perfeccionamiento y aumento de los medios nucleares. En particular, está en plena marcha la preparación y emplazamiento de 200 nuevos cohetes móviles intercontinentales «MX», que —como se jactara el ex Presidente de los EE.UU. J. Carter— «aumentarán mucho el potencial de un golpe nuclear contra un alto número de objetivos soviéticos». La Marina de Guerra ha comenzado a recibir submarinos atómicos estratégicos dotados con nuevos cohetes Trident. Se modernizan los bombarderos estratégicos «B-52». Se acelera la producción de los misiles Cruise, con los que se pertrecharán aviones, buques y unidades terrestres.

Todo prueba que los círculos militaristas de las potencias imperialistas se han planteado la tarea de alterar el aproximado equilibrio de las fuerzas y asegurar su superioridad militar sobre la URSS y los aliados de ésta.

Como contrapartida a las iniciativas de paz de la Unión

INCREMENTO DE LAS INVERSIONES MILITARES EN EE.UU.

(Base 1977 = 100%)

	1981	1985 (proyecto)
Misiles estratégicos y tácticos	**165**	**350**
Aviación	**159**	**242**
Marina de Guerra	**107**	**228**
Tanques y carros blindados	**109**	**273**
Armas de otro tipo	**159**	**255**

Soviética y de otros países de la comunidad socialista, el bloque imperialista acelera el incremento de su potencial militar, lo que significa el desencadenamiento de una nueva ronda de la carrera armamentista. Además de poner barreras en el camino de saneamiento de la situación internacional, esta política constituye un grave obstáculo en la solución de múltiples problemas de carácter socio-económico (protección del entorno, lucha contra el hambre y el atraso económico. etc.).

La expresión política del rumbo militarista son las correspondientes «directivas» de la Administración USA y las decisiones de la OTAN. Dos de estas acciones del imperialismo representan un peligro particular para la causa de la paz. Una es la decisión que adoptó el Consejo de la OTAN en diciembre de 1979 sobre el emplazamiento en Europa Occidental de alrededor de 600 misiles estadounidenses de alcance medio, cualitativamente nuevos, apuntando al territorio de la Unión Soviética. La materialización de esta decisión aumentaría la amenaza nuclear para la URSS y otros estados socialistas y, por supuesto, para los participantes europeos de la OTAN, que, en caso de desencadenarse un conflicto militar, se convertirían sin falta en blanco del golpe de respuesta.

Otra acción peligrosa del imperialismo es la aprobación por la Administración estadounidense, en julio de 1980, de la llamada nueva estrategia nuclear, formulada en la directiva presidencial N° 59 que «canoniza» la posibilidad de un golpe nuclear «preventivo» y de una guerra nuclear «limitada». Pero los cálculos de que esa guerra pueda tener un carácter limitado son infundados. Incluso el ex ministro de Defensa de los EE.UU., H. Brown, reconoció de hecho que un golpe nuclear «controlado» desembocaría ineludible y rápidamente en un conflicto nuclear ilimitado.

Bien se sabe qué significa semejante perspectiva. En marzo de 1980, destacados médicos estadounidenses dirigieron a J. Carter y L. Brézhnev una carta en la que señalaron que como resultado de una guerra nuclear, aunque sea «limitada», perecerán, recibirán lesiones o contraerán enfermedades un número de personas sin precedentes en la historia de la humanidad; las precipitaciones radiactivas contaminarán la mayor parte del planeta durante la vida de muchas generaciones y las perturbaciones atmosféricas causarán un grave daño a todos los seres vivientes.

Los propios autores de las «doctrinas» imperialistas comprenden las consecuencias de la guerra nuclear. En varios documentos firmados por Carter se reconocía que, en caso de una conflagración nuclear, Estados Unidos puede perder casi las tres quintas partes de su población y hasta las tres cuartas partes de su potencial económico. *Sin embargo, tras esa constatación se adoptan medidas tendentes no a disminuir, sino a aumentar el riesgo de surgimiento de la tormenta nuclear y se exhorta a incrementar por doquier las fuerzas y medios militares de los estados imperialistas. Persiguiendo sus objetivos políticos y de clase, el imperialismo juega criminalmente con los destinos de la humanidad.*

La política imperialista de fomento de la tensión, además de repercutir en las relaciones internacionales, ejerce una notoria influencia sobre la vida social cotidiana en los mismos países capitalistas, engendra y atiza un ambiente de psicosis de guerra, de zozobra y temor. Un hecho elocuente es que en Estados Unidos en 18 meses (1979—1980) se dieron 151 alarmas nucleares «falsas» que pusieron a la aviación estratégica de bombardeo y a las dotaciones de misiles balísticos intercontinentales en estado de combate completo. En 151 ocasiones, durante un año y medio, el Pentágono se «divertía» balanceándose al borde de la guerra. A propósito, semejantes «entretenimientos» pueden desembocar en una verdadera tragedia.

La continua comezón militarista experimentada durante todo el período posbélico por los círculos imperialistas ha dado lugar a acciones enfiladas contra la Unión Soviética y otros países de la comunidad socialista. En su empeño de tener «bajo puntería» el máximo número de objetivos en el territorio de la URSS, los Estados Unidos, ya a mediados de los años 50, crearon en territorios ajenos una extensa red de bases militares y de otras instalaciones de carácter agresivo.

Los EE.UU. mantienen fuera del país un efectivo de medio millón de personas y alrededor de 2.500 bases y puntos de apoyo, muchos de los cuales no son otra cosa que rampas de lanzamiento para las llamadas fuerzas nucleares de emplazamiento avanzado. Un elemento sustancial de esa «estrategia de cerco» lo constituyen asimismo las considerables fuerzas navales que surcan incesantemente los mares del mundo.

Ultimamente, la actividad expansionista militar del imperialismo se ha intensificado. Se incrementa la presencia militar de EE.UU. en las «regiones clave» del mundo, se prepara la instalación de nuevas bases (por ejemplo, en Egipto, Somalia, Kenia y Omán, sin hablar ya de Israel). Se hacen esfuerzos tendentes a resucitar el bloque de SEATO. *Toda esa actividad imperialista ha sido y sigue siendo la causa principal de mantenimiento y fomento de la tirantez internacional.*

Suma importancia se concede al aspecto militar de la «carta china». Las potencias imperialistas, que ayudan a modernizar las fuerzas armadas de China, suprimieron —según reciente comunicación del periódico japonés *Mainiti Shimbun*— las restricciones para la venta a Pekín de material de guerra, incluyendo armas ofensivas. Los estrategas estadounidenses toman en cuenta en sus planes y de hecho avivan las pretensiones de los hegemonistas pequineses de apropiarse de vastas regiones del Extremo Oriente soviético. *De este modo, sobre una base antisoviética y hostil a la causa de la paz, se va organizando una cooperación cada vez más estrecha del imperialismo con el hegemonismo pequinés, nuevo fenómeno en la política mundial, peligroso para toda la humanidad y también para los pueblos de Estados Unidos y China.*

La carrera armamentista desencadenada por los círculos imperialistas, la intensificación integral de los preparativos militaristas, el anillo de bases aéreas y de misiles nucleares que cercan a los países del socialismo real, la intención de disminuir el «umbral» de requisitos para emplear —contra estos países— el arma nuclear, *estos y otros aspectos militares testimonian la acrecida actividad agresiva del imperialismo que, emponzoñando la situación en el mundo y colocando a la humanidad bajo la amenaza de una hecatombe nuclear, lleva a cabo una guerra psicológica de grandes dimensiones contra la URSS y sus aliados.*

Los objetivos de esa guerra, que en los últimos tiempos ha adquirido proporciones inusitadas, consisten en asegurar la «cobertura» ideológica del curso agresivo del imperialismo

y falsear y desacreditar la política de distensión que aplican los países de la comunidad socialista. Se trata asimismo de inculcar a la opinión pública mundial la idea de que estos países, sobre todo la Unión Soviética, entrañan la «amenaza» al «mundo libre» y de «justificar» la injerencia imperialista en los asuntos internos de los estados socialistas para modificar su sistema político.

La propaganda imperialista «compensa» la ausencia de argumentos y pruebas con burdas patrañas, falsificaciones y evidentes embustes. Así, tratando de persuadir que aumentan los gastos militares soviéticos —a pesar de que, en los últimos diez años, se registra invariablemente una reducción absoluta y relativa del presupuesto militar de la URSS—, los medios de comunicación social burgueses afirman machaconamente que en los gastos militares de la URSS hay «cláusulas ocultas», aunque nunca llegan a señalarlas. Otro método consiste en «fundamentar» con «datos del servicio de inteligencia» la falacia sobre una acelerada producción de armamentos en la Unión Soviética, reduciendo a dólares el valor que tendrían esos armamentos, señalando las sumas que los consorcios militares de los EE.UU. podrían recibir de su Gobierno y comparando las cifras obtenidas de esta manera con el presupuesto soviético total.

A eso cabe añadir las afirmaciones sobre la «falta de seriedad» de las numerosas proposiciones soviéticas sobre los problemas del desarme y de la reducción del nivel de confrontación militar en Europa o simplemente el silencio en torno a ellas, así como el ignorar deliberadamente la retirada unilateral de considerables contingentes de tropas y tanques soviéticos de la RDA y otras iniciativas pacíficas de la URSS. Importantes direcciones de la guerra psicológica del imperialismo constituyen también la bien coordinada actividad subversiva de los servicios de información y de centros ideológicos, como las emisoras «Voz de América», «Libertad» y «Europa Libre» que pretenden «ablandar» el socialismo real, y una amplia campaña propagandística de la prensa burguesa contra los estados socialistas.

Esa guerra es acompañada de los intentos de los medios imperialistas de los EE.UU. de presionar económicamente a los países socialistas, establecer «sanciones económicas» contra la URSS (discriminación comercial, embargo sobre la exportación de equipos, cereales, etc.). Semejantes medidas, concebidas como una forma de coerción respecto de los esta-

dos socialistas, se convirtieron —además de desorganizar el comercio internacional— en un boomerang, perjudicando los intereses de los propios EE.UU. y, en particular, los de los productores de cereales estadounidenses.

Los estrategas imperialistas no quieren conformarse con el hecho histórico de que los cálculos para utilizar la «posición de fuerza» contra la URSS y sus aliados son absolutamente infundados. Persistiendo en sus intentos de lograr la superioridad militar sobre la comunidad socialista y desplegando contra ella una guerra psicológica y económica, el imperialismo impone a la humanidad el sucesivo empeoramiento del ambiente político mundial, con todas las consecuencias que se derivan de ello.

MAR DE PRIVACIONES Y SUFRIMIENTOS

Las crisis económicas, las conmociones monetarias y la inflación, fenómenos inherentes al imperialismo, conllevan para los trabajadores nuevas y nuevas privaciones.

En la cacareada «sociedad de posibilidades iguales» crece la categoría de «hombres superfluos», los desempleados. En 1980, su número en los Estados Unidos alcanzó la cifra de 8.200.000. En los países de Europa Occidental 9.000.000 de personas están privadas del derecho al trabajo. De ellas, más de 7.000.000 corresponden a los países del Mercado Común. El liderazgo pertenece a Inglaterra: más de 2.000.000 de desempleados. En 1980, en Italia hubo 1.800.000 cesantes; en Francia, 1.800.000; en España, más de 1.500.000, y en la RFA, aproximadamente 860.000. En Turquía no tienen empleo 4—5 millones de personas. En el mundo no socialista el desempleo total o parcial abarca a no menos de 455.000.000 de hombres. *La inactividad obligada de la enorme fuerza productiva potencial es el resultado trágico del sistema capitalista de relaciones sociales.*

Una paradoja no menos trágica del capitalismo es la conservación, pese a la existencia del desempleo masivo entre la población adulta, de la amplia explotación del trabajo infantil. Según datos de la Oficina Internacional del Trabajo, en 1979, no menos de 52.000.000 de niños de los países no socialistas se veían obligados a trabajar.

En los Estados Unidos, donde el trabajo infantil fue prohibido oficialmente hace 30 años, el 20% de los obreros agrícolas son niños. Según datos del Sindicato Unificado de Obreros Agrícolas, en las granjas y plantaciones trabajan no menos de 800.000 menores de edad que pertenecen principalmente a los grupos étnicos discriminados. Se ven obligados a trabajar porque los salarios de sus padres no bastan para satisfacer las necesidades vitales más elementales.

En Europa, Italia goza de la triste fama del país con el mayor porcentaje de niños que trabajan. A pesar de que existe una ley que prohíbe admitir en el trabajo a menores de 14 años, se explota no menos de 600.000 niños. Muchos de ellos trabajan más de doce horas al día.

En Inglaterra hay medio millón de niñas y niños de unos 13—14 años que se ven obligados a vender su fuerza de trabajo. En la RFA, 300.000. En España están ocupados unos 280.000 niños menores de 14 años. Tan sólo en Madrid su número alcanza a 100.000. En Turquía están oficialmente registrados casi un millón de niños de 12—14 años que cobran salarios. Para miles de ellos, la vida laboral comienza a la edad de 6—7 años. La Constitución brasileña disminuyó la edad de admisión laboral mínima de 14 a 12 años. Como resultado, están ocupados en la producción cerca de 10 millones de niños. Su semana laboral dura con frecuencia más de 48 horas.

La explotación del trabajo infantil es una de las manifestaciones más monstruosas de la esencia criminal del capitalismo.

Las dificultades que el desempleo causa a los trabajadodes de los países capitalistas se agravan por la creciente carestía de la vida, que se debe a la inflación crónica.

En los Estados Unidos, el nivel general de los precios subió tan sólo en 1980 en el 13,3%, en los países del Mercado Común, en el 11%. En Italia, la inflación llegó al 22,5%, alcanzando el nivel récord en todo el período de postguerra. El alza de los precios afecta ante todo a los víveres, combustibles, energía eléctrica, alquiler y a los servicios públicos.

En España, en los nueve meses de 1980, los precios de los comestibles, bienes de consumo y alquiler, el costo del servicio médico y del transporte público subieron por término medio en un 11,3%. En Grecia los precios al consumidor aumentaron en 1979 en un 24,8%, dos veces más que el incremento medio anual de varios años anteriores; en Turquía, según algunas apreciaciones, ese aumento fue del 130%.

El problema de la vivienda es un verdadero drama para am-

plias capas de la población en los paises del capital. El negocio que los capitalistas hacen con una de las necesidades más apremiantes del hombre, necesidad de la vivienda, engendró el crecimiento ininterrumpido del alquiler. En los Estados Unidos, el alquiler subió por término medio en un 70% a partir de 1967, constituyendo una tercera parte del salario medio de un obrero. El alquier que pagan muchas familias «devora» hasta la mitad de los ingresos. Unos 34 millones de norteamericanos viven en edificios que no corresponden a las exigencias mínimas.

En Gran Bretaña están deshabitadas muchas casas debido al elevado alquiler (tan sólo en Inglaterra y País de Gales son 650.000), mientras que centenares de miles de ingleses se ven obligados a alojarse en edificios insalubres, sin hablar ya de las 50.000 familias que no tienen vivienda.

En Italia, según datos de la organización de arrendatarios, a finales de 1979, 600.000 familias corrían el peligro de ser desalojadas por no poder pagar el alquiler. Y para finales de 1980, este mismo destino esperaba a 200.000 familias.

De año en año sube el alquiler en la RFA. El 55% de todas las familias germanooccidentales con tres y más hijos habitan estrechas viviendas. Según datos oficiales, en la capital de Holanda, Amsterdam, más de 50.000 personas no tienen viviendas, aunque muchas casas están desocupadas debido al alquiler extraordinariamente alto. Tal situación es característica para todo el país.

Mientras el nivel de vida de los trabajadores en los países del capital disminuye, crecen los beneficios de los monopolios. En las condiciones de regresión económica general, en los Estados Unidos el volumen de ventas de las 500 compañías industriales más importantes aumenta constantemente. En 1978, este índice creció en el 12,2%, en comparación con el 11,9% en 1977. En el mismo año 1978, su ganancia líquida aumentó en un 17% contra el 6,5% del año anterior. En 1977—1978, los activos de los monopolios crecieron de 803,7 mil millones a 898,5 mil millones de dólares. Las 8 más grandes corporaciones petroleras norteamericanas elevaron los beneficios, según sus propios datos, de 9 mil millones en 1978 a 15 mil millones de dólares en 1979.

La «igualación de los ingresos», de la que hablan los defensores ideológicos de la «sociedad de posibilidades iguales», no es más que una ficción. En los Estados Unidos, los magnates, que constituyen el 1% de la población, poseen

ahora una cuarta parte del patrimonio nacional; la mitad de este 1%, la quinta parte de él. 3.500 personas, o sea el 0,002% de toda la población del país, controlan casi la mitad de los activos en la industria, el sistema bancario, el sistema de comunicaciones, el transporte, la esfera de los servicios y dos terceras partes del seguro social.

Sólo el 4% de los norteamericanos adultos tienen propiedades por un valor equivalente o superior a los 60.000 dólares, lo que en su totalidad suma más de un billón de dólares. Otro polo es la mitad de los norteamericanos: a ellos corresponden tan sólo tres de cada 100 centavos de las riquezas de Norteamérica. En la potencia imperialista más rica, más de 60 millones de personas viven en la pobreza.

En Inglaterra, más de una cuarta parte de toda la riqueza nacional pertenece al 1% de la población. En la RFA, el 1,7% de la población posee tres cuartas partes de todos los medios de producción.

De este modo, la «sociedad de posibilidades iguales» es en realidad un sistema de explotación en que los intereses de millones de trabajadores son opuestos a los intereses de pequeños grupos de magnates.

LIBERTADES FANTASMAS «BASADAS» EN LA AUSENCIA DE DERECHOS

El imperialismo menoscaba constantemente los principales derechos socio-económicos del hombre y viola las libertades políticas proclamadas formalmente.

Más arriba se citaron algunos hechos y cifras respecto al derecho al trabajo (gran desempleo) y el derecho a la vivienda (masa de personas que no la tienen) en el mundo capitalista. Analicemos ahora problemas como la instrucción, la prevención social, la asistencia médica, la situación de las mujeres y la juventud.

El sistema de enseñanza en los países capitalistas refleja en gran medida el carácter explotador de todo el sistema social.

En los Estados Unidos, 5 millones de niños en edad escolar están privados de la posibilidad de estudiar. El analfabetismo en este país está ampliamente propagado. Cerca de 30 millones de adultos no pueden comprender un texto sencillo o llenar un cuestionario para ser admitidos en el trabajo. El pago por los estudios en los centros docentes superiores oscila, según la re-

vista *U.S. News and World Report,* entre 3—4 mil y, en varios estados, entre 5—6 mil dólares al año. Esta barrera financiera cierra el camino a la escuela superior a muchos adolescentes de procedencia obrera.

Según estadísticas oficiales en Italia el 9,4% de los niños en edad escolar no estudian.

En Portugal, el 23% de los habitantes del país mayores de 14 años son analfabetos.

En Francia cursan estudios secundarios el 57% de los hijos de empleados que ocupan cargos directivos y de personas que ejercen profesiones liberales, pero sólo el 3,4% de los hijos de los obreros.

Como resultado de la prolongada lucha de los trabajadores por mejorar su situación, en los países capitalistas fueron creados los sistemas de seguro social. Pero *estos sistemas se basan en gran medida en los descuentos de salarios que se hacen durante muchos años, y los subsidios y las pensiones son con frecuencia míseros.*

Para obtener el derecho a jubilar, el obrero debe pagar las cuotas durante 35 años en Austria; 40—45 años, en Bélgica; 49 años, en Holanda, etc. La cuantía de las cuotas constituye en la RFA más del 13% del salario; en Bélgica, un 10%; en Italia, Francia y Japón, del 6 al 7%, y en los Estados Unidos, más del 4%. La pensión de vejez en Inglaterra constituye tan sólo el 23% del salario medio, en los EE.UU., el 20%.

El «peso» real de los subsidios y jubilaciones disminuye constantemente como resultado de la inflación. Así, en los Estados Unidos, en el decenio pasado, el costo de la vida crecía por término medio un 7,4% al año, y la capacidad adquisitiva de los que habían jubilado diez años antes se redujo en más de la mitad. Según el semanario *U.S. News and World Report,* el 34% de los 22 millones de ciudadanos norteamericanos mayores de 65 años viven en condiciones más bajas que el «nivel de pobreza». Los ancianos que pertenecen a las minorías nacionales se encuentran en una situación particularmente difícil. Literalmente, más de la mitad de los ancianos negros viven en la miseria.

En Francia, 2.300.000 personas mayores de 65 años reciben jubilaciones y subsidios de vejez que son dos veces inferiores al mínimo oficial necesario para vivir. Como señala *Le Figaro* de París, tres de cada cuatro franceses mayores de 55 años se sienten como parias de la sociedad. En Japón, las tres cuartas partes de casi 10 millones de hombres y mujeres mayores de

65 años reciben subsidios tan míseros que apenas pueden sobrevivir.

La asistencia médica es uno de los problemas sociales más agudos de muchos países capitalistas. En los Estados Unidos, por ejemplo, como resultado de la carestía de la misma, que tiene tendencia a crecer, una enfermedad supone la ruina para una parte considerable de la población.

Los gastos en la atención médica anual de una familia de cuatro personas en los Estados Unidos en 1978 constituían 2.000 dólares por término medio. En los próximos cinco años, esta suma, en opinión de peritos norteamericanos, se duplicará. Una operación quirúrgica cuesta al paciente de 2.500 a 10.000 dólares y el costo de la permanencia en el hospital creció a partir de 1950 en 12,5 veces. Cada día en el hospital cuesta al paciente 256 dólares por término medio.

Debido al alto costo de la asistencia médica, cerca del 20% de la población de los Estados Unidos está prácticamente privada de la posibilidad de recibirla, 51 millones de ciudadanos norteamericanos viven en regiones donde no hay ni un solo médico. Las recientes investigaciones de la asociación médica norteamericana mostraron que tan sólo una quinta parte de las mujeres embarazadas de las clases desposeídas reciben asistencia médica antes del parto. El número de mujeres negras y de otras minorías étnicas que mueren a causa del parto es cuatro veces mayor que el de las mujeres blancas, y la mortalidad entre los recién nacidos de «color», dos veces mayor que entre los blancos. Más de 10 millones de niños no reciben ninguna asistencia médica.

En muchos estados capitalistas existe hasta ahora la discriminación de las mujeres en la remuneración del trabajo.

En los EE.UU., en más de medio siglo no se ha podido aprobar una enmienda constitucional sobre la igualación de los derechos de las mujeres y los hombres. Como reconociera la revista norteamericana *Newsweek,* la mujer recibe por término medio el 59% de lo que gana un hombre. Las «cenicientas» de la sociedad capitalista son las primeras en ser despedidas, tienen menos oportunidades de recibir subsidios de desempleo.

En Japón, el salario de la mujer es un 35% más bajo que el del hombre que cumple la misma labor. La mayoría de las compañías despide a las mujeres después de haberse casado o dado a luz. En la RFA, la remuneración por horas de trabajo de las mujeres en la industria es por término medio 3 marcos

más baja que la de los hombres. Esta discriminación se refleja también en la cuantía del subsidio de desempleo y en las jubilaciones.

A la juventud la llaman con frecuencia en Occidente «generación perdida». *La injusticia social, el desempleo, la inseguridad en el día de mañana conducen, en particular, al crecimiento del alcoholismo y la narcomanía.*

Según datos de una investigación realizada en la RFA, en la segunda mitad de los años 70, la sexta parte de los jóvenes en edad de 10 a 18 años son «propensos al alcoholismo» y más de 150.000 adolescentes son alcohólicos. Crece también la narcomanía infantil. Según datos oficiales, en 1980, en la RFA había 60.000 adolescentes narcómanos.

En Suecia, más del 30% de los jóvenes en edad de 18 a 25 años consumen bebidas alcohólicas en grandes cantidades. En Francia hay 4.500.000 personas que abusan de las bebidas, 2 millones son alcohólicos crónicos. Gran parte de ellos son jóvenes.

Una de las lacras sociales más dolorosas de la sociedad capitalista es el alto grado de delincuencia en constante crecimiento.

Según las estadísticas, en 1979 fueron cometidos en los Estados Unidos más de 1.000.000 de delitos violentos, 300 mil más que hace diez años. A partir de 1978, en el país, cada tres segundos se realiza un atraco, cada treinta segundos se hace uso de las armas de fuego. En Grecia, en los años 70, el número de delitos comunes aumentó en más del 60%. Situación semejante existe también en otros países del capital.

La restricción real y constante de los derechos socio-económicos más importantes de los trabajadores va acompañada de amplias arbitrariedades políticas.

El «Comité de Amigos Americanos al Servicio de la Sociedad», organización progresista de cuáqueros norteamericanos, publicó un libro titulado *Amenaza policiaca a las libertades políticas.* En base a numerosos documentos recibidos de los juzgados por ésta y una serie de otras organizaciones sociales, y también como resultado de una amplia investigación efectuada en varias importantes ciudades, los autores llegaron a la conclusión de que en los Estados Unidos «existe en gran escala la práctica de vigilancia policiaca y de formación de expedientes por motivos políticos». Tan sólo el FBI acumuló huellas digitales y expedientes de casi 200 millones de norteamericanos y continúa activamente realizando esta labor. En total, los sistemas electrónicos de numerosas instituciones federales guardan cerca de 4 mil millones de diversas informaciones. En los últimos años, el FBI acusó a más de 500.000 ciudadanos norteamericanos de «acciones subversivas», aunque su actividad política no estaba al margen de la ley. En Los Angeles, por ejemplo, entre 1975 y 1978 la policía espiaba a 200 organizaciones sociales de Cal fornia infiltrando en ellas a sus confidentes. El llamado grupo para problemas de desobediencia civil, adjunto a la dirección policiaca de Filadelfia, lleva expedientes de casi 18.000 personas y 600 organizaciones. Los servicios de inspección de la policía de Baltimore vigilaban la actividad de 125 organizaciones sociales que se dividían en «subversivas, extremistas, en defensa de los derechos cívicos, izquierdistas, pacifistas, diversas y civiles».

El semanario londinense *New Statesman* afirma que en Inglaterra existen sistemas de escucha telefónica y de otros tipos para vigilar a los ingleses. En las ciudades importantes, en cada planta telefónica grande hay por lo menos 12 líneas que se conectan regularmente para escuchar las conversaciones. La revista británica *Now* comunicó que existen expedientes de casi 11 millones de personas, es decir, de una quinta parte de la población del país.

Más de 4.500 ciudadanos de la RFA no pueden llegar a ser funcionarios públicos debido al vergonzoso sistema de «interdicción profesional» (semejantes sistemas están vigentes también en una serie de otros países), más de 3 millones de personas son objeto de persecuciones policiacas. Hay expedientes de 5 millones de personas en diferentes instancias de la policía.

La propaganda burguesa se jacta de las «libertades» y la «plenitud de derechos» en la sociedad capitalista contemporánea. Pero las «libertades» y los «derechos» vienen a ser en la práctica todo lo contrario. Es la «libertad» de los desempleados de llamar a todas las puertas de las bolsas de trabajo, es la «libertad» de los desamparados de dormir a la intemperie y la de los pobres de seguir siendo pobres. Es el «derecho» de los enfermos a la asistencia médica inasequible para muchos, de las mujeres trabajadoras al salario recortado, el «derecho» de los niños a un trabajo superior a sus fuerzas. El «paraíso» capitalista es para las amplias masas de población la desigualdad social que se está profundizando.

EXPLOTACION NEOCOLONIALISTA

El derrumbamiento político de los imperios coloniales asestó un golpe muy fuerte al imperialismo, pero la explotación de los países en vías de desarrollo —en formas veladas— sigue siendo uno de sus rasgos principales.

Según datos de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económicos, de 1971 a 1979 la deuda exterior de los países en desarrollo ha aumentado en más de cuatro veces, totalizando casi 400 mil millones de dólares. Las amortizaciones anuales por todo tipo de créditos y préstamos han aumentado siete veces en ese mismo período, esto es, de 20,2 a 72 mil millones de dólares. A fines de 1980, la deuda de los países en desarrollo ya alcanzaba, según estimaciones de expertos, los 450 mil millones de dólares, mientras los pagos por concepto de amortización llegaban a los 88 mil millones de dólares. La carga creciente de esas amortizaciones frena seriamente el progreso socio-económico de esos estados.

La política de saqueo, practicada por los monopolios, constituye la causa principal del empeoramiento económico en los países de Asia, Africa y América Latina. Según datos incompletos del Secretariado de la UNCTAD, las compañías extranjeras sacaron de los países en desarrollo durante los años 1970—1977 la suma de 72,2 mil millones de dólares sólo por concepto de beneficios, lo cual superó 1,8 veces el aflujo de nuevas inversiones. La parte leonina correspondió a los monopolios de EE.UU. Su norma promedio de ganancias en los países «tercermundistas» en el período señalado superó más de dos veces el índice referido en los estados capitalistas industriales. La dinámica de ese saqueo es reveladora: si en los años 1964—1966 el promedio anual de beneficios extraídos de Asia, Africa y América Latina, por el capital extranjero invertido, totalizó 5,4 mil millones de dólares, en los años 1973—1975 fue de 26 mil millones de dólares. En los años 1976—1978, sólo los beneficios de las compañías de EE.UU. en los países de esos continentes totalizaron más de 40 mil millones de dólares.

El imperialismo ha convertido el comercio exterior en un ancho canal de saqueo de los países en vías de desarrollo. El constante incremento del proteccionismo comercial por parte de Occidente, así como la amortización de las deudas por la concesión de licencias, patentes y nuevas tecnologías, les cuesta anualmente a los estados afro-asiáticos y latinoamericanos entre 50 y 100 mil millones de dólares. El saqueo se realiza

también mediante los llamados precios transferibles, esto es, mediante manipulaciones con la compra y venta de mercancías por vías internas de las corporaciones transnacionales. La política imperialista en la esfera del comercio exterior agrava considerablemente la situación monetaria y financiera de los jóvenes estados. En 1978, el déficit en las operaciones corrientes de los países no productores de petróleo totalizó 36 mil millones de dólares. Esa desproporción en el comercio y servicios aumentó al año siguiente a 53 mil millones y, según ciertas estimaciones, hacia finales de 1980 ascendió a 70 mil millones de dólares; los vaticinios para 1981 la colocaban en 80 mil millones de dólares.

La explotación neocolonialista imperialista ha provocado la agudización del problema del hambre en los países en vías de desarrollo. En esos países, unos 800 millones de personas —cerca de la quinta parte de la población del planeta— sufren las consecuencias de la subalimentación, y unos 50 millones de personas mueren de hambre cada año.

Los problemas de alimentación se agravan constantemente por la monopolización del comercio de los principales productos agropecuarios. Así, el comercio mundial de granos se encuentra concentrado en manos de cinco compañías privadas, en cuyas operaciones participan especuladores de EE.UU., Suiza y Bélgica.

La expansión económica de las poderosas corporaciones transnacionales constituye un obstáculo extraordinariamente serio en el aumento de la producción de alimentos en los países en desarrollo. Las CTN se han adueñado de enormes áreas de siembra en Africa, Asia y América Latina, cultivándolas con fines de exportación. En Brasil, por ejemplo, donde los monopolios extranjeros han adquirido 80 millones de acres de tierra, ha sido aumentado extraordinariamente el cultivo de soja con fines de exportación, pero se ha reducido verticalmente el cultivo de frijoles, tradicional producto de alimentación de la población —especialmente de las capas pobres—, y el país se ve obligado a comprar esta legumbre a precios muy altos en el mercado exterior.

Antes, el imperialismo dejaba por completo fuera de la vida política del planeta a los pueblos brutalmente explotados de las colonias y semicolonias. Ahora, el sistema de relaciones económicas desiguales con los países de Asia, Africa y América Latina, creado por el imperialismo, dificulta seriamente los

esfuerzos de estos países dirigidos a superar el atraso, sirve para conservar las lacras heredadas del pasado colonial, frena el progreso socio-económico de la mayoría de la población del planeta.

GALVANIZACION DE LA «POLITICA DE LAS CAÑONERAS»

En los últimos años, el imperialismo ha incrementado notoriamente la presión política y militar sobre los países en desarrollo. Con creciente frecuencia enfrenta las hondas transformaciones que se operan en esos países con buques de guerra, tanques y aviones de combate. Haciendo caso omiso de las más elementales normas internacionales, las potencias imperialistas, encabezadas por EE.UU., incluyen regiones enteras en la esfera de sus «intereses de importancia vital».

Durante los años 70, EE.UU. envió 18 veces sus escuadras de fuerzas navales al Indico. Procura establecer su dominio en la región del golfo Pérsico, por considerar que allí están concentradas cerca de 60% de las reservas exploradas de petróleo (unos 50 mil millones de toneladas) y el 40% del crudo extraído (en 1979, 1,07 mil millones de toneladas) en el mundo capitalista. Ya hace varios meses que dos escuadras de portaaviones de choque patrullan las costas de Irán.

Acorde a sus «doctrinas» expansionistas imperialistas EE.UU. adopta medidas con vistas a poner en estado de disposición movilizativa las llamadas «fuerzas de despliegue rápido», que cuentan con un total de 200 mil soldados y oficiales, preparados para intervenciones armadas en los «puntos candentes» del planeta.

El primer intento de operación «relámpago» fue emprendido por el Pentágono en abril de 1980, cuando se efectuó la incursión de tropas de desembarco en el interior del territorio iraní, la cual, como es sabido, fracasó. En otoño de ese mismo año, en las inmediaciones del golfo Pérsico tuvieron lugar las maniobras navales y aéreas norteamericano-británicas en las que participaron 18 mil hombres, 25 buques de guerra, incluidos los portaaviones de choque «Midway» y «Eisenhower» de las fuerzas navales de EE.UU., así como 170 aviones de combate.

Para conseguir sus objetivos expansionistas, el imperialismo de EE.UU. ha desplegado dinámicos esfuerzos con vistas a organizar una red de bases de apoyo en Asia y Africa. Su destino práctico consiste en apoyar las operaciones de las «fuerzas de despliegue rápido» en caso de que surjan situaciones de «inestabilidad», esto es, en caso de que se intensifique la lucha de liberación nacional en una u otra región.

Más de 20 bases militares, sin contar los radares, arsenales, etc., tiene EE.UU. en *Turquía.*

A pesar de la resolución de la ONU, aprobada en 1971, de convertir el Indico en zona de paz, EE.UU. amplía rápidamente su base en la isla *Diego García* al objeto de que pueda recibir submarinos con misiles nucleares y los bombarderos estratégicos «B-52». Qabus bin Said, gobernante de *Omán,* ha concedido a EE.UU. la posibilidad de crear tres bases aéreas y navales en su territorio. Más generoso todavía ha sido el Presidente de *Egipto,* Sadat, que ha ofrecido a Washington el acceso ilimitado a las bases egipcias, so pretexto de «defender» los países musulmanes.

La cadena de puntos de apoyo del imperialismo se extiende también al Africa Oriental. En *Kenia,* EE.UU. ha obtenido la autorización de utilizar en caso de necesidad el puerto de Mombasa y una serie de aeropuertos, incluyendo en la Nairobi; en *Somalia,* los puertos de Berbera y Mogadiscio. El Pentágono lanza miradas codiciosas a *Jibuti,* estudia la posibilidad de penetrar más activamente en *Sudán.*

Un apoyo incondicional a los preparativos militares de EE.UU. presta *Australia,* cuyo Gobierno tiene la intención de conceder al Pentágono la base en Cockburn Sound y participar en la «defensa común» del Indico.

La estategia global de EE.UU. concede un importante papel a *Pakistán,* como principal cabeza de puente de la agresión contra el Afganistán revolucionario, como instrumento de chantaje y presiones sobre los estados del Oriente Medio y la India, país que realiza una política antiimperialista.

Corea del Sur, con su ejército de más de 600 mil hombres, juega un papel similar en Asia Oriental y el Sudeste Asiático. Para sostener al actual dictador de Seúl, Chung Doo Hwan, Estados Unidos mantienen en territorio sudcoreano un efectivo de 40 mil hombres.

Un lugar destacado en la política expansionista del imperialismo de EE.UU. ocupa Israel, principal aliado y socio «privilegiado» de Washington en el Cercano Oriente. Gozando de preferencia, el régimen sionista recibe una enorme ayuda militar, económica y financiera que alimenta la agresividad de

Israel. Pisoteando las normas de Derecho Internacional y la voluntad de la comunidad mundial, expresada en reiteradas ocasiones en las resoluciones de la ONU sobre el Cercano Oriente, sus gobernantes siguen practicando un curso expansionista. Prosigue la intensa «asimilación» de los territorios palestinos ocupados, de Cisjordania y del sector de Gaza, en los cuales han sido construidos centenares de poblados militarizados y civiles. Ha sido anexada oficialmente la parte árabe de Jerusalén, ciudad proclamada como capital «eterna» e «indivisible» del Estado sionista. Se prepara también la «incorporación» de las alturas de Golán, territorio arrebatado a Siria.

El máximo apoyo y fortalecimiento del aborrecible sistema de apartheid del régimen racista de la RSA, como bastión contra los movimientos de liberación nacional y base de operaciones neocolonialistas, constituye uno de los elementos clave de la política imperialista en el continente africano. Según datos de la ONU, las inversiones de EE.UU., Gran Bretaña y la RFA totalizan allí la cifra de 28 mil millones de dólares. Las inversiones extranjeras aumentan en más del 11% cada año, proporcionando a los monopolios pingües beneficios a costa de la salvaje explotación de la población nativa.

El aflujo de capitales occidentales permite al régimen racista de Pretoria fabricar en el país y recibir desde el exterior —burlando las sanciones de la ONU— los más modernos y diversos armamentos. So pretexto de desarrollar la industria energética nuclear, las potencias imperialistas han coadyuvado a que RSA creara la base material para fabricar el arma nuclear. Contando con el apoyo multilateral del imperialismo, los racistas pretenden imponer sus condiciones a los pueblos de Africa del Sur. Hace ya 14 años que la RSA, haciendo caso omiso de las exigencias de la ONU, mantiene ocupada a Namibia. 70 mil soldados y policías sudafricanos realizan una verdadera guerra contra la población nativa y la SWAPO, su único representante legítimo. La soldadesca de la RSA efectúa regularmente incursiones «punitivas» en los países africanos vecinos, principalmente en Angola y Zambia, manteniendo una constante tensión en la región.

La política imperialista de respaldar los regímenes reaccionarios, antipopulares y dictatoriales y de utilizarlos se revela también claramente en América Latina. En ese terreno, el más activo es el imperialismo de EE.UU. Asustado, en particular, por el triunfo de la revolución sandinista en Nicaragua y la explosión revolucionaria en El Salvador, procura por todos los

medios fortalecer sus posiciones tambaleantes en el continente.

En 30 años (1947—1977), EE.UU. prestó a los regímenes dictatoriales de América Latina ayuda por valor de 150 mil millones de dólares. Al final de su período presidencial, Carter aprobó la decisión de conceder 90 millones de dólares a los círculos gobernantes de El Salvador, quienes han desatado una ola de terror contra la población del país. Enormes créditos —de 800 a 1.000 millones de dólares— recibe cada año la Junta fascista de Pinochet, que ha restablecido por completo en Chile el dominio de los monopolios transnacionales de EE.UU., como la ITT, Anaconda, Exxon, Kennecott, General Motors y otros. Con la connivencia y estímulo de EE.UU., las juntas gobernantes fascistas practican la política de genocidio contra sus pueblos, con el fin de aplastar su lucha liberadora y antiimperialista.

En *Paraguay,* durante el tiempo que se encuentra en el poder el general Stroessner, más de 2.500 personas han sido encarceladas y torturadas, y más de la mitad de la población del país se ve obligada a vivir en el exilio.

En *Nicaragua,* sólo en los últimos meses de gobierno de Somoza fueron asesinadas cerca de 40 mil personas; sufrieron destrucciones todas las ciudades; fueron inutilizadas fábricas y empresas.

En *Haití,* en los 23 años de dictadura de la familia Duvalier han sido asesinadas más de 30 mil personas, y cerca de un millón de haitianos se ven obligados a vivir en el exilio.

En *Chile,* en siete años de gobierno del régimen fascista de Pinochet fueron asesinadas cerca de 30 mil personas, 2.500 fueron declaradas «desaparecidas», y un millón de chilenos se vieron forzados a abandonar el país.

En *Bolivia,* en menos de un mes transcurrido desde el arribo de la junta militar al poder por medio del golpe de Estado (1980), han sido detenidas más de 3 mil personas, miles de personas figuran en las listas de «desaparecidos» y centenares de bolivianos se han visto obligados a emigrar.

En *Guatemala,* país al que EE.UU. trata de convertir en baluarte de la contrarrevolución en Centroamérica, cada año se perpetran hasta 3 mil asesinatos políticos. Desde 1954, cuando la reacción arribó nuevamente al poder con el apoyo del imperialismo de EE.UU., en el país fueron exterminados 70 mil guatemaltecos. Secuestros, torturas, «desapariciones» y asesi-

natos son los métodos diarios de la política antipopular del régimen.

En El Salvador, donde en el poder se encuentra la junta reaccionaria, tan sólo en 9 meses de 1980 fueron exterminadas por la ultraderecha cerca de 6 mil personas. Los destacamentos punitivos del ejército salvadoreño, mandados por asesores militares de EE.UU., y las organizaciones fascistas paramilitares siembran el terror asesinando diariamente a decenas de patriotas. En su empeño de impedir el triunfo de las fuerzas revolucionarias de ese país, que acrecientan constantemente su empuje, Washington no descarta la posibilidad de recurrir a la variante de reserva, aplicada ya en reiteradas ocasiones de realizar una intervención armada en el país para reprimir al pueblo rebelado.

Así pues, el decurso del tiempo nos proporciona nuevos y nuevos testimonios de la esencia criminal del imperialismo. He aquí sus crímenes:

— la carrera de armamentos, las guerras grandes y pequeñas;

— la explotación y el ataque a los derechos de los trabajadores;

— la subversión económica en los países en desarrollo;

— el apoyo a los regímenes antipopulares.

Todo ello es resultado de la política del imperialismo que trae consigo penalidades y sufrimientos a millones de personas.

LA LUCHA CONTRA EL IMPERIALISMO ES Y SIGUE SIENDO LA TAREA HISTORICA DE TODA LA HUMANIDAD PROGRESISTA.

Revista Internacional, Nº 1, 1981.

Cierre de la edición: 19 de octubre de 1981.